LECCIONES

DE

LITERATURA ESPAÑOLA,

esplicadas en el Ateneo

Científico, Literario y Artístico

POR

DON ALBERTO LISTA.

TOMO II.

MADRID.

LIBRERÍA DE D. JOSÉ CUESTA, CALLE MAYOR, N.° 2.

MADRID.—Imprenta de D. José Repullés. 1853.

ÍNDICE

DE LAS LECCIONES DEL TOMO II.

LECCIONES

DE LITERATURA ESPAÑOLA, ESPLICADAS EN EL ATENEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO,

POR D. ALBERTO LISTA.

17.ª Leccion. = Primera de Calderon.

Cuando despues de leidas las mejores comedias de Lope, Tirso, Mira de Mescua y Velez, se pasa á leer el teatro de Calderon, se esperimenta una sensacion muy semejante á la que se esperimenta pasando de los dramas de Virues, Juan de la Cueva y Cervantes, á los de Lope: parece que se entra en un mundo nuevo, en que el arte se halla mas perfeccionado. Lope fijó las formas dramáticas: fue el inventor de las situaciones, de los efectos y de los caractéres: este era un paso de gigante en la penúltima decena del siglo XVI. Calderon dió otro no menos grande despues del primer tercio del XVII, y llevó á su perfeccion el teatro español, dando á la fábula una regularidad desconocida hasta él, deduciendo de una situacion dada todos los incidentes que debia producir, desdeñando los medios y recursos imprevistos que tantas veces afean las comedias de Lope rompiendo la unidad de accion y estraviando el interés. Su versificacion es mas llena, mas robusta, mas artificiosa: pocos le han igualado en el arte de formar períodos poéticos, y hasta él no se conocieron los cortes en el verso de ocho silabas, que hasta entonces solo se creía propio por su facilidad y sencillez para espresar afectos tier-

nos. Su estilo es fogoso, atrevido, lleno de espresiones y metáforas nuévas: su lenguaje, que es constantemente urbano y propio de la buena sociedad de su siglo, se eleva á toda la grandilocuencia de la lírica y de la epopeya cuando el asunto lo requiere, aunque en los asuntos pastoriles no pueda sufrir comparacion con la amable candidez de Lope. Sus sales cómicas, sin ser malignas como las de Tirso, estan sin embargo llenas de intencion satírica; pero no hieren, solo pican agradablemente como las de Horacio.

Tantas y tan grandes prendas dramáticas bastarian por sí solas para hacer superior á Calderon á todos sus predecesores, incluso el mismo Lope, á pesar de la sinceridad y nobleza con que el mismo Calderon le cita en varios pasages de sus comedias. Pero todavía hay en este insigne poeta un mérito mucho mayor que todos los que hemos enunciado; y es el de haber creado un mundo ideal, en el cual se hallaban satisfechas las principales necesidades morales de la sociedad en que vivia.

En efecto: cuando él comenzó á trabajar para el teatro de una manera constante, que fue en 1536, habiendo vuelto de Flandes, donde militó de 10 á 11 años, era todavía la nacion española la mas poderosa de Europa, y por consiguiente el centro de la política. A la verdad el sistema de conquistas cesó con la muerte de Felipe II: habíase adoptado el de la conservacion. El siglo XVI habia sido todo de accion y de movimiento: en el XVII empezó la época del descanso: y en esta situacion es cuando las grandes naciones gustan de reflexionar sobre sí mismas, de estudiar su carácter propio, y de conocer las prendas y cualidades que las han elevado á un alto grado de poder.

Calderon, si hemos de dar asenso á las cortas noticias que nos restan de su vida, y que estan conformes con el personage de *caballero español* que tan frecuentemente repitió en sus dramas, era por su carácter personal el representante de su nacion. Sabe-

mos de él que era caballero por su orígen, noble en sus sentimientos, valiente, afable con los iguales é inferiores, respetuoso sin bajeza con los superiores, dadivoso, caritativo. Sabemos ademas que poseía en alto grado el espíritu de la religion, á la cual consagró sus últimos años, recibiendo las sagradas órdenes: en lo cual fue semejante á Lope y á Tirso; pero no fue casado antes como Lope, ni la historia ha conservado ninguna anécdota amorosa de su vida. De creer es que poeta y soldado, no le faltarian en su juventud: mas tambien es de creer, que su manera de amar sería la misma que describe en sus comedias, porque esa es la única digna de un caballero, cuyas prendas consta que poseía en alto grado.

Pues bien: esas mismas prendas eran las generales de las personas distinguidas no solo de su época, sino tambien de las anteriores: porque como en los siglos de mayor rudeza, las cualidades aun propias del noble español eran la piedad religiosa, el valor, el amor, el respeto al bello sexo, la generosidad y la lealtad. Si Calderon queria interesar á sus contemporáneos, bastábale describirse á sí mismo.

En cuanto á las mugeres, tenia á la vista dos grandes modelos: Lope, que las describió verdaderamente amables, pintando la ternura y la constancia de su pasion, y Tirso, que las presentó casi siempre, amando á la verdad; pero con un amor mezclado de vanidad, de interés y de liviandad. Calderon con el tacto fino que siempre acompaña al genio, conoció que las mugeres de Tirso no podian interesar á los espectadores de su época, que conocian el verdadero amor, que la liviandad descrita, aunque sea con toda la urbanidad y destreza de Tirso de Molina, produce siempre efectos perniciosos en moral: y por consiguiente se resolvió á seguir el sistema de Lope de Vega en cuanto á los caractéres mugeriles añadiéndoles un dote, que templando la espresion de la ternura, escesiva tal vez en los dramas de su modelo, diese una nueva direccion

á las ideas y sentimientos amorosos. Este dote fue la *altivez*. Una dama de Lope ama á su galan: una de Calderon ama no solo la persona de su querido, sino su honor, su gloria, su engrandecimiento: y renunciaria por estos nobles y sublimes objetos, al mismo amor en que cifra su felicidad.

Estos son, pues, los elementos del mundo ideal que creó Calderon, que repitió en la mayor parte de sus comedias, y que se encuentra imitado y adoptado, aunque con otras modificaciones, en las obras inmortales de Corneille y Racine. Estúdiense los caractéres de las princesas que estos dos insignes trágicos describieron en sus tragedias, y sabiendo que fueron posteriores á Calderon, que la lengua española era entonces el idioma comun de la diplomacia y de los palacios, como lo fue despues la francesa, y que las composiciones del poeta favorito de Felipe IV eran tan conocidas en París como en Madrid, no será necesario preguntar si deben las heroinas de aquellos trágicos franceses la altivez generosa, la noble sublimidad que las distingue, á las damas que describió Calderon en sus comedias.

El grande agente del teatro de los griegos y de los romanos era el fatalismo: potencia invisible y misteriosa, cuya accion, prevista por los oráculos y conocida despues en el efecto, llenaba los espectadores de terror y piedad. El grande agente del teatro que perfeccionó Calderon, es el *honor* erigido en divinidad. El amor mismo, aunque deidad tambien, le estaba sometido. Con este principio queda esplicado el mundo ideal de sus dramas; y es la clave de todos sus caractéres.

Los hombres son valientes, porque la cobardía es incompatible con el honor: incapaces de sufrir impunemente una injuria; pero tambien incapaces de faltar al amor ni á la amistad. Aman con idolatría, y el amor es la ocupacion esclusiva no solo de su corazon, sino tambien de su entendimiento: de aqui sus largos razo-

namientos acerca de esta pasion, que algunos críticos necios han censurado como alambicados, frios y contrarios á la pasion: no advirtiendo que la mayor prueba que puede dar un delirante de su locura es raciocinar mucho sobre ella, y todos los enamorados de Calderon aman con delirio. Aman, sí; pero sus celos son terribles, porque el honor los exalta; el honor, que se cree ofendido con la competencia de un amante casi tanto como con el proyecto de seducir una esposa. Hasta que el galan se haya desengañado de sus celos, no espere de él su querida mas pruebas de cariño que furores y proyectos de venganza contra su rival.

Las mugeres aman con la misma idolatría, pero teniendo siempre presente el respeto debido á su honor. Reciben las quejas celosas con altivez, pero procuran satisfacerlas. Las dan cuando creen tener motivo para ello: pero se valen de todos los recursos y artificios del sexo para dar fuerza á su razon. No pueden tolerar que sus amantes vivan desairados ó sin *honor*, y emplean toda la vehemencia de su alma y todos los medios que estan á su alcance para borrar hasta el menor vestigio de desaire ó de mancha.

En una palabra, el amante en Calderon es el protector que el cielo ha destinado á la amada: esta es una deuda de honor: pero para cumplirla necesita ser absoluto y esclusivo dueño de todas las afecciones de su dama. La amada por su parte se somete á este dominio: pero necesita para recibir el yugo que el honor de su amante esté tan intacto como el corazon que ella le entrega. Este género de amor, que en nuestro entender es el mas íntimo y verdadero, porque liga las almas con el lazo mas fuerte de todos, que es el del honor cuando se cree en él, dominó en nuestro teatro desde Calderon, que lo introdujo á mediados del siglo XVII, hasta Zamora, el último de sus imitadores que merece ser mencionado, y que escribia á principios del siglo XVIII.

Casi todas las comedias urbanas ó de capa y es-

pada de Calderon, se reducen á la fábula siguiente: *un amor turbado por los celos, y que viene á ser feliz por el desengaño.* Parece imposible que no fastidie un mismo asunto repetido tantas veces: y en eso es en lo que estriba mas el talento dramático de Calderon. Sabe diferenciar de tantas maneras el motivo de los celos, y por consiguiente los incidentes y el desenlace; sabe distribuir la accion con tanta maestría y subordinar los lances haciéndolos derivarse naturalmente unos de otros, que aunque el fondo del cuadro sea igual, no lo son ni las figuras ni los sucesos. Siempre Calderon es el mismo y siempre es diferente. Solo es constante en llevar siempre embelesado al espectador ó al lector de suceso en suceso hasta el fin del drama.

En efecto, sobre todas las dotes que hemos esplicado de este insigne poeta, sobresale la mayor de todas en la poesía dramática, que es la de *interesar.* Es imposible analizar el artificio ó los medios que emplea para ello: el don de producir *interés*, es el secreto del genio: y á veces el mismo genio ignora que los posee hasta que ve sus efectos en los espectadores. Sin embargo hasta cierto punto hemos visto ya las cualidades que podian asegurar aquel don á nuestro Calderon. Las esposiciones son tan brillantes por lo menos como las de Lope: las situaciones y efectos teatrales los mismos: pero no le sucedia como á su maestro introducir episodios desligados del asunto, ni salir de una situacion por medio de un suceso imprevisto. Por mas complicadas que sean sus fábulas, no sucede nada en ellas, que no sea consecuencia de una situacion ya dada y bien espuesta. Si á esto se agrega la belleza ideal de los caractéres, la magia del estilo, la vivacidad del diálogo, y la espresion metafórica y atrevida de la sentencia, no deberá estrañarse el grado de interés que inspiran sus composiciones.

Este interés es tan grande, que en sus autos sacramentales se siente con respecto á los mismos seres ideales y alegóricos que introduce. La gracia, la natu-

raleza humana, el hombre, la muerte misma nos escitan sentimientos ya de amor, ya de piedad, ya de terror.

Acuérdome que en mi juventud, hablando con un grande amigo mio y compañero en el estudio de la literatura, me dijo una vez: «¿Podrás tú esplicarme, por qué cuando leo una tragedia de Racine ó una comedia de Moliere, puedo dejarla sin concluir, y si me pongo á leer una comedia de Calderon (que bien ves tú, ninguna sigue las reglas del arte) me es imposible abandonar la lectura hasta acabarla?» Entonces no supe esplicar este fenómeno: ahora ya podria responder que la principal regla del arte, y sin la cual de nada sirven las demas, es *interesar*.

Calderon interesó en gran manera á su siglo, y la prueba es que sus numerosos sucesores imitaron su género. Si en nuestros dias no interesan sus comedias, y estan como desterradas del teatro, la culpa no es suya, sino nuestra. La generacion actual es muy positiva, como dicen, y ha cerrado quizá para siempre las puertas del Paraiso amoroso que creó Calderon. Guárdanlas, no un arcángel con espada de fuego, sino dos monstruos tan aborrecibles como la lubricidad y el interés.

¡Ah! si esta cátedra fuera de filosofía moral, y no de literatura española, ¡cuánto placer tendria en analizar lo que quiere decir el epíteto *positivo*, aplicado al siglo presente y contrapuesto á lo que se llaman *ilusiones* de la *imaginacion*! Pero no es este mi deber: bastará solo decir lo que ninguno de los que tienen la bondad de oirme dejará de sentir en lo íntimo de su corazon por poca esperiencia que haya tenido del mundo: á saber, que en un momento de ilusion, ya artística, ya moral, está encerrado un tesoro de verdadera y pura felicidad, incomparablemente mayor que el que pueden producir muchos años de placeres y goces esclusivamente materiales. Lo que el mundo llama *ilusiones* compone la verdadera vi-

da del hombre. Pero volvamos á nuestro propósito.

El suceso mas insignificante basta á Calderon para formar el nudo de su fábula. Un galan ausente vuelve á Madrid, y su dama se ha mudado á otra casa, sin haber podido avisárselo: tal es el enlace de la comedia *Dar tiempo al tiempo*, una de las mas complicadas y mejor distribuidas. Una alhacena que se creía en firme y estaba en falso, bastó para inventar la ingeniosa fábula de la *Dama duende*. El retrato del galan de una dama, sorprendido casualmente en manos de otra, dió orígen al drama de *Bien vengas mal, si vienes solo*. Un sombrerillo de una señora, visto en manos de otra, es la intriga de *Mañanas de abril y mayo*.

En las comedias en que se introducen personages de mas alta esfera que caballeros particulares, y que llamaremos *heróicas* á imitacion de Pedro Corneille, el orígen del enlace no es tan ténue ni las fábulas tan complicadas; pero la buena distribucion y el interés es el mismo: siempre se observa la mano maestra de Calderon, tanto en estas, como en las mitológicas y de santos (porque Calderon se ejercitó en los mismos géneros que su maestro Lope), en vano se buscarán variedad de caractéres. Los héroes de Roma y de Grecia, los dioses del paganismo, los pastores y los santos de la Iglesia hablan siempre y sienten como hablarian y sentirian, si hubiesen sido caballeros españoles. El teatro de Calderon es un grande monumento elevado esclusivamente á la gloria de nuestro carácter nacional. El idealismo en los diferentes géneros es diverso: pero nunca se olvida de conducir al espectador á un mundo nuevo y desconocido.

Para que no pueda atribuirse esta monotonía de caractéres á infecundidad de imaginacion, escribió comedias de costumbres en el género que hemos llamado terenciano: pero sin caer en las inmundicias morales de Lope. En ellas se acerca mas á la vida existente y á los sentimientos comunes de la sociedad. Es-

cribió otras en que pintó caractéres individuales; entre estas deben contarse tambien sus dramas trágicos, que no son los de menos mérito, aunque mezclados como los de Shakespeare con escenas cómicas. En una de sus comedias *No siempre lo peor es cierto*, quizá la mejor de las de capa y espada, creemos haber visto el primer drama lastimero ó sentimental que se ha escrito en Europa.

Mucho he elogiado á Calderon; y en mi opinion, no todo lo que él merece. Mas no por eso le creemos libre de defectos, que debemos manifestar, como hemos hecho con Lope y Tirso: el interés del arte lo exige asi, aunque no mi gusto particular, mas inclinado á admirar lo bueno que á censurar lo malo. Pero antes de entrar en el exámen de sus faltas, debemos desvanecer algunas que se le han atribuido, á mi ver sin razon.

El mas casto de nuestros antiguos poetas dramáticos ha sido acusado de haber infringido los principios de la moral, pintando mugeres livianas, atrevidas, que hablan con sus galanes por la ventana á hurto de sus padres y hermanos, que tal vez los introducen en sus aposentos, que van á buscarlos á sus casas, en fin, que huyen con ellos si es menester. Esta censura nos parece injusta.

No creo que merezcan el nombre de livianas ni en moral filosófica, ni en moral cristiana, las mugeres que despues de una solicitud decorosa en la cual han podido conocer el carácter y prendas de su amante, corresponden á su amor con el fin de premiarlo por medio de un lazo legítimo. Si los padres y hermanos tienen motivos para celarlas, no los tienen ellas menos poderosos y justos para procurar conocer por sí mismas hasta qué estremo son amadas, y lo que deben esperar ó temer del hombre á quien piensan ligar irrevocablemente su suerte. Las costumbres actuales, que permiten una decente comunicacion entre los que aspiran á ligarse con el vínculo del matrimonio, son

mas justas que las antiguas, escesivamente rígidas á causa de la escesiva delicadeza del honor, que se creía manchado aun con la mas leve sospecha.

Las conversaciones nocturnas por las rejas ha sido de tiempo inmemorial en España el medio de comunicacion entre los novios, y aun lo es en gran parte de la Península. En los tiempos de mayor rigidez era permitido en Palacio mismo el galanteo del terrero: llamábase asi un sitio á que concurrian los galanes para hacer señas á las damas de Palacio que estaban en los balcones ó en las azoteas. Pero ni el trato entre los amantes por las ventanas, en los jardines, en los aposentos, ni aun las visitas de las damas en casa de sus galanes, pueden alarmar al pudor en los amores que Calderon describe, sometidos siempre á la ley inflexible del honor en ambos sexos; ley que dominaba entonces en la sociedad culta con muy pocas escepciones. Ni los caballeros ni las damas se atreverian entonces á infringirla.

Calderon no describió el amor platónico é imposible de Petrarca y Herrera, ni despojó esta pasion de sus caractéres físicos. Lo hizo mejor dejándola en su estado natural, ligó á ella las virtudes caballerosas y la necesidad del honor. Una dama que huia del furor de su padre y de su hermano en compañia de su amante, iba tan segura como hubiera estado en su misma casa. Bien sé que estos sentimientos parecerán estravagantes ó exagerados en nuestros dias; tanto peor para nosotros, sino creemos ni aun en la posibilidad de la virtud: y mucho peor, si creyéndola, la tratamos de necedad.

Es falso, pues, que las damas de Calderon fuesen *livianas*, á no ser que confundamos las ideas de amor y de liviandad. En mi opinion si volviesen á renacer en el mundo social los sentimientos nobles y generosos que supo ligar al amor nuestro poeta, ganaria mucho la moral doméstica, fuente de la civil y de la pública. Los inocentes y amables artificios de una jóven para asegurarse de la pasion de su amante y aumentarla cuanto le es dado por medios justos y decorosos, no son

losque introducen en las familias la discordia, el adulterio y el suicidio: no son los que influyen en la perversa educacion de los hijos: no son los que corrompen el lecho nupcial, y desde él toda la sociedad.

Mas dificil, aunque no imposible, es libertar á Calderon de la nota de amigo de equívocos, de antítesis, frases mas ingeniosas que sólidas en que tal vez incurre. Sin negar estos defectos, diremos que no siempre son suyos. Copió fielmente su siglo, y copió hasta su lenguaje. Ahora bien; nadie ignora que en su tiempo era general el gusto, ó por mejor decir, la moda de las figuras ingeniosas, como son las que hemos citado. Sus personages han debido imitar la fraseologia de su tiempo: y se le debe mucho á Calderon en haberla templado con la gravedad de la sentencia y el tono caballeroso que reina en todos sus dramas.

Se le ha censurado, en fin, porque sus graciosos son casi siempre personages episódicos é inútiles á la accion principal. A esto respondemos que el bobo desde los principios de nuestro teatro fue siempre una figura de obligacion, como el arlequin en la farsa italiana. Calderon no pudo escusarse de introducirlos; pero sacó de ellos mas partido que el que piensan sus censores. Reflejándose en ellos siempre los sentimientos é ideas de los personages principales, satiriza las costumbres y afectos innobles del vulgo. Ademas, todo gracioso de Calderon tiene una idea fija; uno la de sacar siempre un reloj que le habian regalado para anunciar la hora con toda exactitud hasta que se le pára por haberse roto la cuerda, y hace que su amo falte á una cita. Otro llama trecemesino á un niño de que encuentra madre á su novia despues de trece meses de ausencia: otro es casado, y cela ridículamente á su muger; y todos tienen los defectos propios de su clase, el vino, el juego, el chisme y la ruindad. Tales son los medios de Calderon para escitar la risa. En estos caractéres tiene originalidad y fuerza cómica.

Ya es tiempo de hablar de los defectos que se de-

ben censurar en Calderon. El primero es el trastorno contínuo, voluntario, y que de nada sirve para el interés dramático, de las nociones mas comunes de geografía y de historia, trastorno tanto mas censurable en él, cuanto segun dice Villaroel, su biógrafo, amigo y discípulo, habia estudiado en Salamanca, entre otras facultades, *la geografía, cronología é historia política y sagrada*. Ademas, un hombre de talento, estudioso y aficionado á las letras, que viajó por España, Italia, Alemania y Flandes, no podia ignorar, por ejemplo, que Jerusalen no es un puerto de mar, como supone en la comedia del *Mayor monstruo los celos,* que el rey de Persia, destronado por Alejandro Magno, se llamaba Darío y no Ciro como le llama en *Duelos de amor y lealtad*, que la fundacion de Tiro no fue coetánea á la conquista de Persia por los macedonios, como finge en la misma comedia, que un reyezuelo de los sabinos en Italia no pudo estar casado con una princesa de Celtiberia, como se halla en *las Armas de la hermosura*, y en fin, que la defeccion de Coriolano no tuvo su orígen en el disgusto que le causó la ley contra los adornos mugeriles.

Es permitida en el teatro la alteracion de algunos sucesos de poca monta y subalternos, y eso por motivos dramáticos, y cuando la alteracion es útil á la buena disposicion y mayor interés del drama; pero una corrupcion tan completa, hecha á sabiendas, de la historia, cronología y geografía, no tiene disculpa alguna, mucho mas cuando sin esos errores podrian muy bien existir los dramas que hemos citado, y con el mismo mérito é interés. Bastábale para ello mudar algunos nombres de pueblos ó personas. Mucho he meditado en esta materia, y jamás he podido atinar con el objeto de Calderon al cometer semejantes errores.

Sea cual fuere la causa de ellos, lo cierto es que al leer sus comedias heróicas, es preciso que nos olvidemos de lo que sabemos de historia y de geografía, para que no nos ofendan tantos desaciertos, y no dañe

nuestro disgusto al interés del drama, que siempre es grande. Mas fiel es en sus comedias mitológicas á las tradiciones de las fábulas del gentilismo. Quizá los españoles contemporáneos de Calderon se dedicaban mas al estudio de la mitología que al de las ciencias históricas, y por eso se atrevió á falsificar estas y no aquella. Sin embargo, no nos parece esto cierto; pues aunque entonces se estudiaba mal, la lectura de Mariana era comun, y ella sola bastaba para dar á conocer cuán grandes eran los errores de Calderon.

Pero este defecto que hemos notado es accidental, no esencial al arte del poeta dramático, que puede cubrir los yerros históricos y geográficos, si dice con verdad: *he interesado á mi auditorio.* Pero al arte pertenece el defecto de *gongorismo mitigado* en que algunas veces incurre: digo *mitigado*, porque nunca llega á la afectada oscuridad de las Soledades y del *Polifemo*, por lo cual dijo un poeta cómico español (Rojas) hablando de una noche muy oscura:

«Hecho un Góngora está el cielo.»

Calderon se entiende siempre. Su gongorismo consiste en el uso de metáforas y antítesis atrevidas, que suelen no venir al caso. Llamar á un caballo desbocado:

rayo sin llama,
pájaro sin matiz, pez sin escama,

no es presentar imágenes, sino hacinar palabras vacías de sentido.

Pero apresurémonos á decir que este defecto, que se le pegó del contagio literario del siglo, no es frecuente en él. Calderon es uno de nuestros mejores poetas, y el mejor de nuestros versificadores.

Reasumiendo toda la presente leccion, diremos que Calderon de la Barca es el mejor poeta cómico de nuestro teatro antiguo, y cuya manera imitaron sus

coetáneos y sucesores, contándose entre ellos los nombres célebres de Rojas, Moreto, Ruiz de Alarcon, Hoz y Mota y Cañizares: que perfeccionó el drama novelesco, dándole una completa unidad, conduciendo y repartiendo la fábula sin mas incidentes que los que ella misma daba de sí: que creó un mundo ideal desconocido antes, ennobleciendo y embelleciendo los afectos del amor y del honor, y las prendas caballerosas propias de su siglo: que por estos medios, y con el auxilio de una escelente versificacion, del corte que él inventó en los versos pequeños, de la grandilocuencia en los mayores, de un estilo, muchas veces poético y frecuentemente urbano y noble, á pesar de algunos defectos de afectacion, y de tal cual espresion en boca de los graciosos, no deshonesta, sino poco limpia, dió al drama todo el interés de que es capaz, y le llevó por consiguiente al mas alto grado de interés. Su furor en desfigurar la historia y la geografía es mas bien un defecto de sabio y de literato que de poeta dramático.

Mucho hemos dicho acerca de este célebre poeta; y nuestra intencion es justificar cuanto hemos dicho con el exámen de sus comedias. En la leccion siguiente comenzaremos el trabajo de las numerosas analísis que pensamos hácer de ellas.

LECCIONES

DE LITERATURA ESPAÑOLA.

18.ª Leccion. = Segunda de Calderon.

He elegido para comenzar los analísis de Calderon la comedia de *No siempre lo peor es cierto*, porque ademas de ser una de las mejores suyas de capa y espada, pertenece tambien al género que despues se ha llamado *sentimental*, y del cual es este drama el primero que se escribió en Europa.

D. Cárlos, caballero de la corte, enamorado y correspondido de Doña Leonor de Lara, la hablaba por las noches en un aposento de su casa. D. Diego Centellas, caballero valenciano que estaba en la corte siguiendo un pleito, galanteó á Leonor y fue despreciado. Supo por una criada que sobornó que su dama amaba á otro: y se introdujo por medio de la misma criada en el aposento de Leonor á la misma hora que Cárlos venia á hablarla. Fue sentido, los dos rivales pelearon, y D. Diego recibió una herida de que quedó casi muerto. Al ruido de la pendencia despertó la familia y el padre de Leonor. La infeliz amante implora el socorro de Cárlos, que aunque celoso y ofendido, cumple la obligacion de caballero, pone en salvo á su dama, y pasa con ella á Valencia.

La primer jornada empieza en una posada de esta ciudad, donde llega Cárlos é inmediatamente manda llamar á su primo y amigo D. Juan de Roca, y consulta con él los medios de poner en seguridad á Leonor: despues de lo cual pensaba en partirse á Italia á servir en el ejército español. Convienen en que Leonor, disfrazada de nombre y trage, entre en casa de D. Juan á servir á su hermana Doña Beatriz Roca; y asi se hace.

Pero esta determinacion, que parecia poner fin á la fábula, es precisamente su enlace. D. Diego sanó de la herida; y temiendo el enojo de la ilustre familia de los Laras, volvió á Valencia y al amor de Doña Beatriz, de la cual era correspondido antes de ir á la corte. Beatriz, informada por Ginés, criado de D. Diego, de todo lo que habia pasado á este en Madrid, le recibe con cariño aparente, y al fin, no pudiendo disimular, acusa su perfidia y su mudanza. La conversacion se prolonga, llega D. Juan, D. Diego se esconde; y no pudiendo salir por la puerta, despues que todos se habian recogido, se arrojó de un balcon á la calle.

La segunda jornada comienza en la misma hostería que la primera, donde Cárlos está haciendo los preparativos de su viaje á Italia: pero su primo D. Juan, que habia visto desde su cuarto la bajada de D. Diego por el balcon, llega y le suplica que le ayude á recobrar su honor que cree perdido, aunque no conoce á su enemigo. Determinan que D. Cárlos se esconda en el cuarto de D. Juan, para que esté en situacion de auxiliarle en cualquier ocurrencia.

Entre tanto D. Diego, que creía no haber sido observado la noche antes, vuelve á casa de Beatriz á satisfacerla y desenojarla. D. Juan, que estaba hecho centinela de su honor, le vió entrar, y avisando á Cárlos que estuviese á la mira, registra la casa espada en mano. D. Diego, huyendo de él, llega hasta el cuarto donde estaba Leonor, y se queda espantado al verla: pero le ocurre inmediatamente para D. Juan la disculpa de que habia entrado en su casa solo por ver á Leonor, á quien habia amado en Madrid. D. Juan, que no ignoraba el suceso de la corte, le creyó: pero para satisfacerse enteramente, le preguntó si era aquella la primer vez que habia entrado á ver á su dama. D. Diego, temiendo que la pregunta traía malicia, le dijo que no: que la noche antes habia entrado tambien, y habia salido por un balcon. D. Cárlos, que

oía oculto estas satisfacciones, sale ardiendo en celos á vengarlos, y entrambos acometen á D. Diego. Beatriz y sus criadas apagan las luces: Ginés da el grito de *muerto soy*, con lo que desaparece alguna gente que habia entrado de la calle al ruido de la pendencia, y él y D. Diego se escapan. Leonor, reconocida ya por quien es, é insultada por su amante enfurecido, que no oye satisfaccion alguna, se desmaya. Asi acaba el segundo acto.

El tercero comienza en el cuarto de D. Juan, donde se habia retirado Cárlos, y donde consultan lo que debe hacerse; porque ya habia llegado á Valencia D. Pedro de Lara, padre de Leonor, con cartas de recomendacion para D. Juan, á perseguir á D. Diego Centellas, que era el único que conocia de los dos rivales. Tanto D. Juan como D. Cárlos estaban persuadidos, á pesar de todas las protestas de Leonor, de que esta amaba á D. Diego: Cárlos forma el noble proyecto de casarla con él. D. Juan lo aprueba; y resuelven que Beatriz su hermana, que como dama trataria mejor este asunto, el mas delicado del duelo, llamase á D. Diego, y le instase á que volviese su honra á Leonor. Entre tanto queda D. Cárlos escondido en el cuarto de D. Juan, sin que lo supiese nadie de la casa.

Beatriz manda á llamar á D. Diego, y le hace la proposicion. Su amante, admirado de que ella misma sea quien le busque esposa, describe con la mayor exactitud y fidelidad los sucesos de Madrid y de Valencia. Como estaban en un cuarto inmediato al de D. Juan, no perdió Cárlos nada de aquella interesante conversacion, de la cual constaba la inocencia de Leonor en todos los lances que parecian acriminarla.

Llegan en esto D. Juan y D. Pedro de Lara: Beatriz dice á D. Diego que evite la vista del padre de Leonor. Diego va á esconderse en el cuarto donde está D. Cárlos, le encuentra, le cree amante de Beatriz, y quiere reñir con él. Llega D. Pedro, conoce

á los enemigos de su honor, y los acomete. Media D. Juan, exige de D. Diego que case con Leonor, y D. Diego lo rehusa. Pero Cárlos, satisfecho ya, da la mano á su fiel amante, y obliga á su rival á que case con Doña Beatriz, cuyo amor habia sabido por la propia confesion de ambos.

No puede haber una accion mas interesante que la de una muger infeliz, que ama y no es creida del noble caballero que la adora con todas las fuerzas de su alma; pero que no puede corresponderle hasta que quede satisfecho de su inocencia, contra la cual conspiran tambien las intrigas amorosas de la casa donde buscó asilo. Las quejas y lágrimas de Leonor, sus protestas de fidelidad que el espectador á pocos lances conoce que son verdaderas, su situacion infeliz, perdida su casa, su honor, su padre, su amante, y reducida á la humillacion de servir la que habia sido siempre señora, inspiran un grado de interés muy semejante al que solicitan escitar los dramas sentimentales, muchos veces á fuerza de aspavientos. La situacion de Eulalia en *Misantropía y Arrepentimiento*, añadida la verdad del delito, puede creerse tomada de la de Leonor.

El carácter de Cárlos es lo mas ideal del amor, del valor, de la nobleza del corazon. Es imposible llevarla á un grado mas alto. Todas sus grandes cualidades se despliegan admirablemente en la narracion que hace á D. Juan en la primer escena, del suceso de Madrid, y en la primer escena del tercer acto, en que propone casar á Leonor con D. Diego.

D. *Cárlos*. Yo vi una hermosura, y yo
la amé, D. Juan, tan á un tiempo
todo, que entre ver, y amar,
aun no sé cuál fue primero.
Rendido ostenté finezas,
constante sufrí desprecios;
fino merecí favores,

celoso lloré tormentos:
que estas son las cuatro edades
de cualquier amor, pues vemos
que en brazos del desden nace,
crece en poder del deseo,
vive en casa del favor,
y muere en la de los celos.
Entraba de noche á hablarla,
de un criado al aposento
que corresponde á su cuarto:
escuchamos pasos dentro;
volvió ella, y yo tras ella,
ó recelando, ó temiendo
que fuese su padre, cuando
vimos un hombre encubierto,
que de su cuarto venia
á hurto sus pasos siguiendo.
¿Quién es? dijo: él respondió:
quien solo quiso ver esto.
Yo nada hablé, porque á vista
de mi dama, y de mis celos,
remití toda la voz
á la lengua del acero.
Saqué la espada, y cerrando
los dos, á morir resueltos,
quiso, no sé bien si diga
piadoso, ó cruel, el cielo,
que de una herida cayese
en la tierra, para hacernos
iguales la suerte; pues
nos vimos á un punto mesmo,
muerto de la herida él,
y yo del agravio muerto.
Bien pensareis, que esta es sola
mi desdicha, y que el suceso
pára en que yo delincuente
me vengo á Valencia huyendo
del rigor de la justicia;

:

pues no, D. Juan, pues no es eso,
que ahora empieza el mas estraño,
el mas notable, el mas nuevo
lance de amor, que jamás
dió la cadena á su templo.
Al ruido de las espadas,
de la dama los estremos,
dieron las criadas gritos,
despertó su padre á ellos:
consideradme á mí agora
sobre declarados celos,
conjurando contra mí
su familia á un noble viejo,
desmayada aqui mi dama,
y allí mi enemigo muerto.
En este trance me hallaba,
cuando ella ¡ay de mí! volviendo
del desmayo, me pidió
su vida amparase. ¡Ah cielos,
qué bien hace la muger,
que habiendo de hacer un yerro,
lo fia de buena sangre!
Dígalo yo, pues en medio
de su traicion, y mi agravio,
dispuse acudir primero
al reparo de su vida,
que no al de mi sentimiento.
Sígueme presto, la dije;
y haciendo muro mi pecho,
salí con ella á la calle,
donde las alas del miedo
nos ampararon de suerte
veloces, que en un momento
en cas de un embajador
tomamos seguro puerto.
Envié á llamar un criado,
que informado de secreto
de todo, volvió á decirme,

que el hombre era un caballero
forastero, que en la corte
estaba á seguir un pleito,
cuyo nombre, aunque le oí,
por agora no me acuerdo.
Que la herida en la cabeza
le privó el sentido; pero
aunque con poca esperanza
de vida, no estaba muerto,
sino en otra casa, adonde
le llevó un alcalde preso:
que habiendo sabido que era
yo el agresor del suceso,
mi hacienda estaba embargando:
y añadió despues á esto,
que el padre, como hombre al fin,
prudente, advertido y cuerdo,
ni querella, ni otra alguna
diligencia habia hecho;
porque su venganza solo
librada tenia en su esfuerzo.
Yo, viéndome, pues, cercado
de penas, y en un empeño
tan grande, como amparar
la causa dellas, resuelvo
salir de Madrid, adonde
pueda vivir por lo menos
sin temor de la justicia,
ni de su padre, y sus deudos.
Y asi, lleno de pesares,
y de obligaciones lleno,
acordándome de vos,
de vos á valerme vengo.
Yo, D. Juan, traigo conmigo
aquesta dama, á quien tengo
de salvar la vida, á costa
de todos mis sentimientos.
En dejándola segura,

pues esta es en todo riesgo
mi primera obligacion,
podrán mis desdichas luego
acudir á la segunda;
pues la segunda que tengo,
es, huir desta enemiga,
que como noble defiendo,
que como quejoso obligo,
como enamorado quiero,
y como ofendido huyo;
y en dos contrarios estremos,
acudiendo á las dos partes,
de amante y de caballero,
enamorado la adoro,
y celoso la aborrezco:
cuyas dos obligaciones
tan cabal la accion han hecho,
que desde Madrid aqui,
sino es hoy, juraros puedo
que no la hablé dos palabras,
porque no quise que en tiempo
alguno, de mí dijese
la fama, que pudo menos
mi valor, que mi apetito;
que es hombre bajo, que es necio,
es vil, es ruin, es infame,
el que solamente atento
á lo irracional del gusto,
y á lo bruto del deseo,
viendo perdido lo mas,
se contenta con lo menos.
Mirad vos, cómo en Valencia,
con otro nombre supuesto,
podrá vivir esta dama,
en qué casa, en qué convento,
en qué retiro, en qué aldea,
donde vereis que la dejo
lo poco que traer conmigo

pude, para su sustento;
que á mí me basta esta espada,
pues al instante, al momento
que ella asegurada quede,
yo tengo de ir della huyendo.
A Italia, á servir al rey,
me pasaré, donde al cielo
le pido, que la primera
bala acierte con mi pecho;
porque con mi vida acaben
de una vez tantos recelos,
tantas penas, tantas ansias,
agravios, y sentimientos,
que como noble las huyo,
y como amante las siento.

JORNADA TERCERA.

Salen D. Cárlos y D. Juan.

D. *Cárl.* ¿Volvió del desmayo? = D. *Juan.* Sí,
pero volvió de manera,
que pienso que mejor fuera
no haber vuelto. = D. *Cárl.* ¿Cómo asi?
D. *Juan.* Como al instante que alli
restauró el perdido aliento,
fue tan grande el sentimiento
que de tenerle ha tenido,
que á un tiempo cobró el sentido
y perdió el entendimiento,
segun los estremos son
que hace confusa y turbada.
D. Cárl. ¿Qué dice? = D. *Juan.* Que es desdichada,
sin oirla su razon.
D. *Cárl.* ¡O mal haya mi pasion!
D. *Juan.* ¿Vos qué habeis determinado?
D. *Cárl.* Dos cosas he imaginado,
y solo, D. Juan, quisiera,

que nadie me las oyera
sin estar enamorado.
¿Quereis que os diga, D. Juan,
sobre tantas confusiones,
fantasías, é ilusiones,
como á mí vienen y van,
cuáles son las que me dan
mas gusto cuando las toco,
cuáles las que me provoco
mas á ejecutarlas? = D. *Juan*. Sí.

D. *Cárl*. No os habeis de reir de mí,
pues confieso que estoy loco.
Si en este estado pudiera
yo conseguir que á Leonor
todo su perdido honor
D. Diego satisfaciera,
que honrada, y en paz volviera
con su padre á su lugar,
fuera la mas singular
venganza, y á esta muger
la sabré hacer un placer,
cuando ella espera un pesar.
Leonor está enamorada,
D. Diego lo está tambien;
dígalo el lance; pues bien,
¿qué pierdo yo? todo, y nada;
y asi, en pena tan airada,
como tengo y he tenido,
solo este me ha parecido
que despicarme sabrá;
ganemos á Leonor, ya
que á Leonor hemos perdido.

D. *Juan*. Es vuestra resolucion
tan honrada como vuestra:
y bien en su efecto muestra
ser hija de una pasion
tan noble. = D. *Cárl*. Pues á su accion
¿qué medio, D. Juan, pondremos?

D. *Juan.* No sé: porque si queremos
á D. Diego hablar yo, y vos,
por lo mismo que los dos
el casamiento tratemos,
él no lo hará, que no fuera
justo que un hombre otorgára,
por mas que él lo deseára,
lo que el galan le pidiera
de su dama: de manera,
que otra persona ha de haber.

D. *Cárl.* Pues lo que se puede hacer
es, que á su padre digais
como á Leonor ocultais;
y él lo podrá disponer.

D. *Juan.* Tiene eso un inconveniente.

D. *Cárl.* ¿Qué? = D. *Juan.* El empeño de los dos:
fuera de que entonces vos
no haceis la accion. = D. *Cárl.* Cuerdamente
decís. ¿Quién habrá que intente
esta plática mover?

D. *Juan.* Ya sé yo quién ha de ser;
vereis que todo lo allana. = D. *Cárl.* ¿Quién?

D. *Juan.* Doña Beatriz, mi hermana,
que es en efecto muger,
con quien, lo uno, no habrá
duelo en la proposicion:
y lo otro, es debida accion
suya el honrar á quien ya
dentro de su casa está
declarada por quien es.

D. *Cárl.* Bien pensais.

La fábula está perfectamente conducida, y por mas estraordinarias que parezcan las situaciones, todas estan justificadas, admitida la hipótesis tan natural y tan sencilla de que al mismo D. Diego Centellas, que galanteó á Leonor en Madrid, sea el amante correspondido de Doña Beatriz en Valencia. De aqui el encuen-

tro verdaderamente dramático de Diego y Leonor en casa de Beatriz, que proporciona á D. Diego una disculpa, y que irrita los celos de D. Cárlos: de aqui la situacion, no menos dramática, de Doña Beatriz, que se ve obligada á proponer casamiento con otra muger á su amante: de aqui las quejas y lamentos de Leonor y los furores de Cárlos, entre los cuales deja siempre ver el amor mas exaltado. Sería necesario leer toda la comedia para conocer y sentir todas sus bellezas. La accion camina con rapidez, y cada vez se estrecha mas el nudo: el desenlace es tan natural como imprevisto y agradable. No hay incidentes inútiles y que no nazcan de las situaciones. El amor de Beatriz y D. Diego no puede llamarse episódico, pues forma el nudo de la comedia. No se observa ya aquella incertidumbre de Lope acerca de los medios, ni la llegada imprevista de un suceso ó personage inesperado, que llega precisamente para el desenredo de algun lance ó de la fábula entera. Todo está justificado y motivado; todo interesa, porque todo, todo, aunque estraordinario, es natural.

Citemos para conocer la especie de sal cómica de Calderon, la escena del segundo acto, en que D. Diego quiere que vuelva á casa de Beatriz su criado Ginés, que al caer del balcon se lastimó una pierna.

D. *Diego.* Tú has de ir. = *Ginés.* Yo no he de ir.
D. *Diego.* ¿Por qué? = *Ginés.* Porque la mas singular
razon que hay para no andar,
es, tener quebrado un pie.
D. *Diego.* ¡Válgate Dios! ¡qué notable
estás! = *Ginés.* Para entre los dos,
me acuerda el válgate Dios,
cierto cuento razonable.
En un pozo un portugués
cayó: al verlo, dijo un hombre:
válgate Dios; y el de abajo
le respondió: ya non pode.
Fácil es la aplicacion,

y á propósito ha venido,
si es lo mismo haber caido
de un pozo que de un balcon.

D. *Diego*. ¿Yo tambien no salté, y no
me hice daño? = *Ginés*. ¿Pues qué quieres,
si tú quebradizo no eres,
y soy quebradizo yo?

D. *Diego*. Tu poca maña condeno.

Ginés. Estreno, señor, de pies,
malo para uno es,
lo que para otro es bueno.
Con hambre y cansancio un dia
á una posada llegó
cierto fraile y preguntó
á la huéspeda, ¿qué habia
que comer? Si una gallina
no mato, le dijo ella,
nada hay. ¿Quién podrá comella,
respondió con gran mohina,
acabada de matar?
Tierna estará, replicó
la huéspeda; porque yo
sé un secreto singular
con que se ablande; y cogiendo
la polla, que viva estaba,
vió que los pies la quemaba,
con que á nuestro reverendo
muy blanda le pareció,
y aunque el hambre pudo hacello,
atribuyéndolo á aquello,
en la cama se acostó.
Estaba la cama dura,
tanto que le tenia inquieto,
y él, cayendo en el secreto,
pegarla á los pies procura
la luz; dijo al ver la llama
la huéspeda: ¿Padre, qué es
eso? y él dijo: nuestra ama,

porque se ablande la cama
quemo á la cama los pies.
Asi no te dé mohina,
que en los dos no haga el secreto
su efecto, porque en efecto
tú eres paja y yo gallina.

D. *Diego.* Por mas que tu voz me diga,
no has de escaparte, Ginés,
de ir á ver á Inés.=*Ginés.* ¿Inés?
¿no es una fiera enemiga,
que anoche con mil rigores,
tras tenernos á un rincon,
nos vació por un balcon,
al fin, como servidores,
yo suyo, y tú de su ama?
Pues vive Dios, de no vella
en mi vida.=D. *Diego.* Antes por ella
se aseguró vida y fama
de Beatriz, y agradecido
debo á la fineza ser.

Ginés. Yo no, que aun agradecer
no puede un hombre caido.

D. *Diego.* Ya es notable tu estrañeza.

Ginés. ¿Pues no quieres que me enoje,
señor, si á los dos nos coge
tu amor de pies á cabeza?

D. *Diego.* Por mí has de ir allá.=*Ginés.* Yo iré.
Pero por partido tomo
traerte mal despacho.=D. *Diego.* ¿Cómo?

Ginés. Como voy con muy mal pie.

En algunos de estos versos se habrá notado el defecto de poca limpieza en que tal vez incurre Calderon.

Veamos otra comedia en que no tiene tanto lugar el sentimiento de compasion que escita el infortunio de Leonor en la que acabamos de analizar; pero que no deja de ser muy interesante por la fábula perfectamente espuesta, desenvuelta y terminada. Esta co-

media es la de *Dar tiempo al tiempo*. El enlace consiste en haber mudado de casa Doña Leonor, amante de Don Juan de Toledo, durante la ausencia de este, sin que él pudiese saberlo por estar ya en camino para Madrid cuando su dama le escribió la novedad. De este sencillo hecho se deducen todos los incidentes del drama hasta su conclusion.

La comedia empieza en el momento en que Don Juan, acabado de llegar á Madrid, sale con su criado Chacon de noche para ir á ver á su dama. Al llegar á la casa antigua donde vivia, ve llegar un hombre á la reja, hacer una seña, salir una criada, abrirle la puerta é introducirle. D. Juan, ardiendo en celos, da golpes á la ventana, grita que salga el caballero que ha entrado, y á este tiempo llega otro de quien tiene que defenderse. Al ruido de las cuchilladas sacan luz de la casa, acude gente, y D. Juan huye.

Habíase mudado á la casa que antes ocupaba Leonor, Doña Beatriz su amiga, cuyo amante D. Pedro Enriquez era el caballero introducido; y su hermano D. Diego, el que viendo su casa ofendida por los golpes de D. Juan, riñó con él. D. Diego entra en su casa, riñe con su hermana por el escándalo, é irritado con sus respuestas quiere matarla. D. Pedro, que estaba dentro oculto, lo impide matando la luz y oponiendo su espada á la de D. Diego, que le busca con la suya, dando lugar á que Beatriz salga á la calle. Cuando la juzga ya en salvo se retira para buscarla.

Beatriz da con D. Juan, que no se habia alejado mucho, y que creyendo siempre que era Leonor, trata de llevarla donde sus otros amantes no sepan nunca de ella. Da con una ronda que quiere reconocerla, pelea con toda ella, y da lugar á Beatriz de escaparse; la cual busca asilo en casa de su amiga Leonor, cuyo padre D. Luis la acoge con benignidad y promete reconciliarla con su hermano. Chacon, que vió donde habia entrado, lo avisa á su amo, que habia logrado escaparse de la ronda, y que entrando en la misma

casa, halla á Leonor, y la acusa sus creidas infidelidades. Fácil fue satisfacerle probándole que aquella era su casa, y contándole el suceso de Beatriz, en el cual él mismo habia tenido tanta parte; pero bajo la obligacion de tenerlo encubierto. Tal es el estado en que queda la fábula al fin del primer acto.

En la segunda jornada se presenta D. Luis en casa de D. Diego, le anuncia que Beatriz está en la suya, y que no saldrá de ella sino casada. Al mismo tiempo intercede con D. Diego, y este por recobrar su honor viene en admitir por cuñado al amante de su hermana, si es caballero; porque en cuanto á lo ilustre de la sangre, declara que no dispensará nada.

Solo queda ya un escrúpulo para terminar la accion, y es que D. Pedro Enriquez está celoso del que llamó á la ventana. Beatriz le escribe un papel para satisfacer sus sospechas, y Leonor lo da á una criada para que le lleve al tiempo que llega D. Juan, el cual receloso pide que se le muestre. Despues de leido, y enterado de lo que era, trata de desenojar á Leonor. Sorpréndelos D. Luis, que conocia á D. Juan, aunque ignoraba que fuese el amante de su hija, y quiere averiguar el motivo de la disputa. Leonor por disculparse finge que es el amante de Beatriz que viene á verla, y para confirmar el engaño, le presenta el papel. D. Luis, alegre de ver destruido el único escrúpulo de D. Diego por ser tan gran caballero D. Juan, va á dar al hermano tan fausta noticia.

Al principio de la tercera jornada se le da efectivamente, y D. Diego á D. Pedro, que era su amigo, aunque ignoraba sus conexiones con su hermana. D. Pedro celoso busca á D. Juan en su casa para matarle; pero al empezar á reñir se presenta Leonor, que habia venido á ver á su amante, mientras Beatriz buscaba el suyo para deshacer las equivocaciones de la reja y del papel, y darle satisfaccion. Leonor desengaña completamente á D. Pedro; Beatriz, perseguida de su hermano, que la vió á la puerta de la casa de Don

Juan, viene á buscar asilo en D. Luis, que habia entrado en ella para tratar con D. Juan del casamiento que le habian fingido, y estrecha á este para que case con Leonor, que estaba cubierta con el manto, y que él cree ser Beatriz. D. Juan le da la mano y la descubre; al mismo tiempo D. Pedro, satisfecho ya de sus celos, da la suya á Beatriz.

La fábula está perfectamente conducida; porque el incidente del papel, que parece formar un segundo, no es mas que un medio dramático pára preparar el desenlace. En efecto, sin el engaño de Leonor, que convirtió á su amante en amante de Beatriz, D. Pedro, que nada sabia del paradero de esta, y temia si la ocultaba su hermano para matarla ó el supuesto amante, que llamó á la reja, no hubiera acudido á casa de D. Juan, donde Leonor le satisfizo.

Este drama está perfectamente versificado. Leeremos de él dos escenas. La primera del primer acto contiene una multitud de incidentes, que pintan bastante bien el estado de Madrid por las noches en aquella época.

ESCENA PRIMERA.

Chacon. Vive Dios, que tienes cosas
notables. = D. *Juan.* Sígueme, y calla.
Chacon. Seguirte sí haré, callar
es mucho pedir, y basta,
puesto que tú la mitad
de las raciones no pagas,
hacer la mitad tambien
yo de lo que tú me mandas.
¿Es posible, que despues
de una jornada tan larga,
como de Sevilla aqui,
aun un hora no descansas?
pues luego es buena la noche,
tu bolsa no es mas cerrada,
ni mas negra mi ventura:

¿dónde vas? = D. *Juan*. ¿De qué te espantas?
si ya sabes que partí,
Chacon, sin vida, y sin alma,
que con esta prisa vuelva
donde la dejé á buscarla.

Chacon. Una bobería (perdona,
que no hallo nombre que darla
mas decoroso) pensé
que harias, saliendo hoy de casa
á estas horas; ya son dos.

D. *Juan*. La otra di. = *Chacon*. Que te persuadas
á que una dama en la corte,
discreta, hermosa y bizarra,
esté tan fina en ausencia
que de tí se acuerde. = D. *Juan*. Calla,
villano, que vive el cielo
que te mate, si me hablas
en que se pudo mudar
muger que lágrimas tantas
vi llorar en mi partida.

Chacon. Yo tambien, pero repara,
que lágrimas de muger
no son penas, sino alhajas,
que para servirse dellas,
las tiene como en el arca,
abre, y llora, cierra, y rie.

D. *Juan*. Presto verás que te engañas,
y que Leonor no es muger,
sino deidad soberana.

Chacon. Sí será; pero tras eso,
no has visto en tres meses carta.

D. *Juan*. ¿Qué mucho, si desde el dia
que la sentencia ganada
del pleito á que fuí, no he estado
nunca en un lugar á causa
de tomar las posesiones
del mayorazgo, que se hayan
perdido? ven, y verás

con qué fineza me aguarda.

Chacon. Ya son tres las boberías,
y no es la menor, que vayas
confiado en que á estas horas
no esté Leonor acostada,
y su padre recogido.

D. *Juan.* Con llegar á su ventana,
y hacer en esta la seña,
cumplido habré con mis ansias.

Chacon. Ya son cuatro.=D. *Juan.*Necio estás,
no me obligues á que haga
un disparate contigo.

Chacon. Por mayor no doy dos blancas:
¡Jesus mil veces!=D. *Ju.* ¿Qué es eso?

Chacon. Caer, si el uso no me engaña,
en garapiña de lodo,
porque está frio que mata,
y entre líquido, y cuajado,
ni es bebida, ni es vianda.

D. *Juan.* A la luz de aquella tienda,
es de una fuente la zanja.

Chacon. Pues harto es, purgando tanto
la tal fuente, estar tan mala
la calle.=D. *Juan.* Entra á sacudirte
en el portal de esa casa.

Chacon. Por Dios, aunque me sacuda
mas que moza mal mandada,
no me sacudiré el polvo.

Una. Agua vá.=*Chacon.* Mientes, picaña,
que esto no es agua.=D. *Juan.* ¿Qué ha sido?

Chacon. ¿Qué ha de ser? pese á mi alma,
cosas de Madrid precisas,
que antes fueron necesarias:
vive Cristo...=D. *Juan.* No des voces.

Chacon. ¿Cómo no? puerca, verganta,
si eres hombre, sal aqui.

D. *Juan.* No el barrio alborotes, calla.

Chacon. Calle un limpio.=D. *Juan.* ¡Qué cansado!

vuelve volando á casa.

Chacon. ¿Asi, y solo, y á éstas horas?

D. *Juan.* Sí, que no quiero que vayas
conmigo asi. = *Chacon.* Lo que haré,
será, ya que aquí me halla
este fracaso, llamar
donde me den una capa
que á guardar dejé, con otras
alhajillas de importancia.

D. *Juan.* ¿Mas qué es en casa de aquella
señora, cuya criada,
si bien me acuerdo, querias
antes ir? = *Chacon.* No sino el Alba.

D. *Juan.* Pues bueno es tener de una
pícara tú confianza,
y querer que no la tenga
yo de una principal dama.

Chacon. Déjame llegar, verás
que mi Juanilla me aguarda
mas fina, que á tí Leonor,
haciendo que á un silbo salga.

Criada. ¿Eres tú? = *Chacon.* Mira qué presto:
yo soy. = *Criada.* Albricias, que nada
nuestra ama entendió, porque
ha andado muy muger Juana:
toma, y gózale mil años,
y hazle cristiano mañana,
que ha sido el parto terrible.

Ch. Oye. = *Cr.* A Dios, á Dios. = *Ch.* Aguarda.

D. *Ju.* ¿Qué te ha dado? = *Chac.* Una criatura;
que en vez de darme otra capa,
viendo que esta tiene ya
perdido el miedo á las manchas,
la aplicó para mantillas;
y es lo peor que al entregarla,
me pide albricias, y dice
que ha andado muy muger Juana.

D. *Juan.* Y cómo que ha andado, bien

la esperiencia lo declara.
Chacon. ¿Qué tanto, señor, habrá,
que ya de la corte faltas?
D. *Juan.* Trece meses. = *Chacon.* ¿Trece meses?
pues vóile á echar en la zanja
que caí, no quiero hijo
trecemesino en mi casa.
D. *Juan.* Tente, que no es cristiandad
echar á perder un alma.
Chacon. ¿Y echar á perder un cuerpo
una pícara bellaca,
es cristiandad? = D. *Juan.* Yo no tengo
de consentirte que hagas
tan grande inhumanidad.
Chacon. ¿No es peor hacer una ingrata,
una humanidad, que yo
una inhumanidad? = D. *Juan.* Basta,
que no lo he de permitir.
Chacon. Pues ya que de esto te cansas,
espera, que aqui en la esquina
ha de vivir una santa
comadre mia, y de todos,
que siempre sabe de amas
que acomodar, y ella puede
cuidar della hasta mañana,
y aun hasta el dia del juicio.
D. *Juan.* Pues vé volando á buscarla,
y mira que voy tras tí,
para ver á quién la encargas.
Chacon. Venid el trecemesino,
venid, que yo os doy palabra
de que mi venganza sea
mas campanuda venganza,
que la de aquel veinticuatro
de Córdoba, ú de Granada.
D. *Juan.* Estrañas cosas suceden
en Madrid, y por estrañas,
no molestan tanto, como

por lo que aqui me dilatan
llegar á adorar, Leonor,
los umbrales de tu casa.
¡O si fuera tan dichoso,
que por la reja escuchára
tu voz siquiera! = *Chacon*. Ya queda
mi trecemesino en guarda
por esta noche. = D. *Juan*. Pues vamos
antes que otro estorbo haya,
al centro donde ya fueron
delante mis esperanzas.

Sold. 1.° Hidalgos, cuatro soldados
muy hombres de bien... = *Chac*. Ya escampa.

Sold. 2.° Ya ven el frio que hace,
han menester una capa.

D. *Juan*. Yo tambien la he menester.

Chacon. Yo daré la mia barata,
solo con que vuesarcedes
hallen por donde tomarla.

Sold. 3.° No alborotemos la calle,
ni fien de su arrogancia,
que no les estará bien.

Chacon. ¿Vuesarcedes, camaradas,
aconsejan, ó capean?

Sold. 4.° Cuerpo de tal lo que garlan.

D. *Juan*. Ahora lo verán mejor.

Chacon. ¿Qué va que me descalabran,
segun ando de dichoso?

D. *Ped*. Alli son las cuchilladas.

D. *Diego*. Lleguemos, por si podemos
estorbar una desgracia.

Gin. Paz. = *Tod*. Ténganse. = *Sold*. 1.° Aqui no hay,
sino apelar á las plantas.

D. *Ped*. Teneos, pues van huyendo.

D. *Juan*. Sí haré, que á mi honor le basta,
quien por la capa viene,
vuelva huyendo sin la capa;
el socorro os agradezco,

quedad con Dios.=*Chac.*Si se tardan
en huir, por vida del
trecemesino, y de Juana,
segun estoy de furioso,
que huyera yo.

La segunda es el diálogo entre D. Diego y D. Luis, cuando este intercede por Beatriz en la segunda jornada. En ella se muestra el lenguaje y las ideas caballerosas de aquella época. Para entenderlo es menester saber que D. Diego amaba á Leonor, aunque no era correspondido, y que la noche antes rondando su calle, le habia visto con sospecha D. Luis, bien que no le conoció. D. Diego á él sí, y temia que le hubiese conocido.

D. *Luis.* Tendreis á gran novedad,
señor D. Diego, que venga
yo á visitaros.=D. *Diego.* Las dichas,
y mas tan grandes como esta,
siempre á quien no las aguarda,
la hacen. Unas sillas llega,
Ginés, aqui: perdonadme
que os reciba en esta pieza,
que por ser este su cuarto,
y estar mi hermana indispuesta,
no os suplico entreis adentro.
D. *Luis.* Bien prudente es la advertencia,
huélgome de haberla oido.
D. *Diego.* Salte, Ginés, allá fuera.
D. *Luis.* Anoche os busqué.=D. *Diego.* No pude
prevenir dicha como esta;
y asi no me estuve en casa.
D. *Luis.* Pues recado os dejé en ella.
D. *Diego.* A saberlo yo, os buscára:
¿quién vió confusion tan nueva?
D. *Luis.* Materias, señor D. Diego,

del honor, en quien profesa
sustentarlas como noble,
son tan sagradas materias,
que no se tratan, sin que
hayan de costar por fuerza,
ó vergüenza en quien las oye,
ó en quien las dice vergüenza:
pero cuando este respeto,
que se les pierde al moverlas,
es por hombre de mis canas,
de mi sangre, y de mis prendas,
parece que encomendada
llevan no sé qué licencia,
que hace tratable el horror,
si no apacible la ofensa:
esto viene á parar todo...

D. *Diego*. Pluguiera á Dios no supiera
yo en lo que viene á parar.

D. *Luis*. En facilitar mi lengua
términos con que deciros
que permitais que no os crea
decirme, que mi señora
Doña Beatriz adolezca,
cuando vengo de su parte,
dejándola yo muy buena
en mi casa con Leonor.

D. *Diego*. Ya esto es de otra materia.
¿En vuestra casa, Beatriz?

D. *Luis*. En mi casa, porque ella
es tan cuerda, tan prudente,
tan advertida, y atenta,
que hizo eleccion de la mia,
asi como faltó desta.
No digo yo que disculpo
haber con causa, ó sin ella,
vuestra cólera irritado,
ni que vos con la ira ciega
os destempláseis tampoco;

pero al fin, cosas como estas,
que de una parte, y de otra
no fáciles se sujetan,
ni en ella al uso del juicio,
ni en vos al de la prudencia;
ya sucedidas, no hay cosa
como acudir con presteza
al reparo que las calla,
y no al golpe que las cuenta.
El que no llega á saber,
que el honor de un aire enferma,
es mas dichoso que honrado;
pero el que sin culpa llega
á saber que hay accidentes
en su honor, y los remedia,
mas honrado es, que dichoso:
y en estas dos diferencias,
ninguno lo es mas, porque
igualmente airosos quedan,
el uno, porque lo ignora,
y el otro, porque lo enmienda.
En fin, lleguemos al caso:
Doña Beatriz es tan cuerda,
(ya lo dije) que ya que hubo
de dejar tímida, y ciega
su casa, se fué á la mia;
porque yo á deciros venga,
que sin que nada suplais
en estimacion, porque esta,
ni es plática que ella usára,
ni medio que yo eligiera,
perdoneis no sé qué yerro
de amor, tan dorado en ella,
que restaura en calidad,
lo que pierde en conveniencias:
(este es el caso, entre ahora
el juicio de quien le media.)
Si hoy en términos, D. Diego,

vuestra eleccion estuviera,
lo mejor fuera mejor;
pero cuando no hay defensas,
para que lo que ya está
sucedido, no suceda,
no hay cosa como engañarse
uno á sí mismo, y que sea
la que obre la voluntad,
porque no lo haga la fuerza:
del mal el menos; y mas
cuando prosigue ella mesma,
que si de vuestro rencor
su rendimiento no llega
á dispensar en lo fácil,
postrada, humilde, y sujeta,
por mí, á vuestros pies os pide,
que solo la deis licencia,
para elegir de un convento
por sepultura una celda.

D. *Diego*. Señor D. Luis, yo os he oido,
con deseo de que sean
hermanas de un mismo parto
la pregunta, y la respuesta:
pero habiendo de ser mia
la una, y siendo la otra vuestra,
claro está, que al conformarlas,
han de disonar por fuerza;
porque no pueden unirse,
en metáfora de cuerdas,
la que templa la cordura,
con la quel dolor destempla:
pero ya que mitigado,
y no en poca parte, deja
arbitrios para que elija
lo mejor, muy mal hiciera
en no hacerlo, pues no hallára
disculpa, si en tanta pena
se desbocára el enojo,

teniéndole vos la rienda.
A mi hermana, lo primero
es justo que la agradezca,
ya que su casa dejó,
que la dejó por la vuestra.
Y asi, en albricias, D. Luis,
de una eleccion tan discreta,
quiero pagarla con otra;
mas digo mal, que es la mesma:
pues si ella de vos se vale,
yo tambien, y en competencia
suya, á vuestras plantas pongo
honor, fama, vida, hacienda:
todo es vuestro, nada mio;
id, y de cualquier manera
que vos, señor, dispongais
la plática, vengo en ella,
como antes que la voz corra,
Beatriz á su casa vuelva;
trátese con el decoro
igual, y digno á sus prendas,
el estado que ella elija,
que á precio que no se entienda
que falta Beatriz de casa,
ni que á mi disgusto intenta
tomar estado, yo quiero
anticipar la licencia:
Mas debajo del pretesto,
que en calidad, en nobleza,
en punto, en estimacion,
un átomo, una apariencia
he de dispensar, porque
en tocando esta materia,
importará mucho menos
que lo perdido se pierda,
que lo por perder, que un daño
ó se olvida, ó se consuela,
ó se acaba con la vida;

mas no cuando el daño queda
vinculado en una casa,
á ser de su sangre herencia.

D. *Luis.* Una y mil veces los brazos
me dad, que de otra manera
estilo no hallo con que
tal valor os agradezca:
quedad con Dios, que no veo
la hora de llegar con nueva
de tanto gusto. = D. *Diego.* Esperad,
que por la quietud siquiera
del pensamiento de un triste,
será justa piedad sepa,
ya que la fineza hace,
por quién hace la fineza.

D. *Luis.* Teneis razon, mas no puedo
decirlo yo, que discreta
Beatriz lo calla, por no
empeñaros en la ofensa,
hasta la resolucion;
y supuesto que es tan cuerda,
yo sabré quién es, y al punto
volveré con la respuesta.

D. *Diego.* ¿No será mejor que vaya
yo con vos, para saberla?

D. *Luis.* No, que hasta estar informado
yo de todo, no quisiera,
que quien á Beatriz parece
digno, á vos no os lo parezca,
y estando en mi casa.... = D. *Diego.* Oid,
no prosigais, fuera de ella
me quedaré. = D. *Luis.* En eso haced
vuestro gusto. = D. *Diego.* ¿Quién creyera,
que el que juzgué que venia
cargado de honrosas quejas,
á darme por su honor muerte,
á dar vida á mi honor venga?

Leonor. Mucho, Beatriz, me pesa,
que ya que á mi amistad tanto interesa
hoy en tu compañía,
la triste, la mortal melancolía,
que padeces, sea parte
á deslucirme el bien de consolarte.
Trata, pues, en vano
esperar siempre lo peor; tu hermano,
de mi padre advertido,
no dudo que prudente
darte el estado intente
que á todos está bien, con que habrá sido
el pasado disgusto
tercero felicísimo del gusto.
No siempre viene el dia
de parte del pesar.=*Beatriz.* ¡Ay Leonor mia!
que aunque á despecho de mis dichas, crea
que puede ser que sea,
como dices, tercero
el disgusto del gusto, no lo espero,
si doy crédito á una
presuncion, hija al fin de la fortuna.

Leonor. ¿Pues qué temes ahora? (ignora

Beatriz. Que el dueño que ha de serlo, (¡ay de mí!)
donde estoy, y quedando persuadido
á que un aleve, un falso, un atrevido,
que á mi reja llamó, sin culpa mia,
ser mi amante podia,
¡Oh! el cielo le destruya
con el poder de toda la ira suya,
dándole mas fatigas,
que padezco por él.=*Leonor.* No me lo digas.

Beat. ¿Qué te va á tí en que alivie mis pasiones?

Leon. Hácenme estremecer las maldiciones.

Beat. Estará sospechoso
de presumir, en vano,
que pude, por el miedo de mi hermano,
irme á valer de quien está celoso;

y como á este dudoso
concepto (¡ay Dios!) la presuncion entregue,
cuando la nueva llegue
de que viene D. Diego
en nuestro casamiento, podrá ciego
hacer reparo, en cuyo trance advierte
cuál es, Leonor, mi desdichada suerte;
pues aun de lo mejor que me suceda,
apelacion á mis desdichas queda.
Leon. No queda, pues el daño
resulta en uno, y otro desengaño.
Beat. Si tú, Leonor, quisieras,
finezas á finezas añadiendo,
hacer una por mí, fácil pudieras
vencer el mal de que me ves muriendo.
Leon. Servirte solo es lo que yo pretendo.
Beat. Pues dame...=*Leon.* ¿Qué?=*Beat.* Licencia
de que un papel le escriba,
porque dudando donde estoy no viva.
Leon. Sí; ¿mas quién ha de hacer la diligencia,
si ves que una criada,
que es la que ir puede fuera solamente,
hoy vino á casa, y es inconveniente
tan presto hacerla sabidora?=*Beat.* En nada
repara quien desea:
yo la hablé ya, y como ella gusto vea
en tí, dice que irá donde la diga.
Leon. Tu pena, mas que tu amistad, me obliga;
haz lo que tú quisieres.
Beat. No, amiga, esclava soy, mi dueño eres.
Leon. Ven, daréte, Beatriz, mi escribanía.
Be. ¿Juana?=*Jua.* ¿Señora mia?=*Be.* Ya licencia tengo.
Juana. Dame el papel, verás qué presto vengo,
que ya que me ha traido
Ginés aqui por su amo, justo ha sido
que tambien á su ama
sirva, supuesto que ella tambien ama;
y una, y otra porfia

afectas son á la prebenda mia.
D. *Juan.* Entra primero tú, delante pasa,
hasta saber si está Don Luis en casa.
Chac. Allí está sola una criada. = D. *Juan.* Della
puedes saberlo. = *Chacon.* ¿Oye usted, doncella?
¡pero qué es lo que veo!
mentí como un sacrílego. = *Juana.* El deseo,
ó sombras finge, ó mi ventura ha sido;
seas, Chacon, mil veces bien venido,
donde un alma te espera enamorada.
Chac. Tú, Juana, seas mil veces mal hallada.
Juana. Mal merecen estilo tan grosero
el amor, y la fé con que te espero:
¿tú me hablas desa suerte?
¿há mi bien, mi señor? = *Chac.* Mi mal, mi muerte.
Juana. ¿Qué es esto? = *Chac.* ¿Qué preguntas,
si eres un Cocodrilo, una Sirena,
que para mayor pena,
trecemesinamente á un tiempo juntas
traicion y halago? mas pues no barruntas
lo que es esto, y fingiendo que lo ignoras,
exequias cantas, parabienes lloras,
yo lo diré: puedes negarme, ingrata,
falsa, aleve, cruel, fiera, mulata,
perdona el consonante,
carguéme de razon, paso adelante,
lo que en tu misma casa á mí me pasa?
Juana. ¿En qué casa, Chacon, si esta es mi casa?
Chac. ¿Esta es tu casa? = *Juana.* Desde que te fuiste,
por vivir en tu ausencia sola, y triste,
quitada de ocasiones,
de malas lenguas, y murmuraciones,
dejé la que tenia;
criada soy de Leonor. = *Chac.* Ay Juana mia,
perdona, que los celos
duelo no tienen, aunque tienen duelos:
llega, señor, oirás el mas estraño,
el mejor, el mas dulce desengaño.

Juana. ¿De eso tratas ahora?
Chac. ¿He de tratar del reto de Zamora?
Seas, ó Juana, el susto despedido,
bien hallada.=*Juana.* Tú seas mal venido.
Chac. ¿Tal pronuncia tu labio?
¿á mi Juana? ¿á mi bien?
Juana. Mi mal, mi agravio.
Ch. ¿Qué es esto?=*Ju.* Ser quien soy, verme ofendida.
Leon. Toma, Juana, el papel, vé por tu vida,
que porque no saliese ella acá fuera,
yo te le traigo.=D. *Juan.* Espera,
que antes que Juana con él
vaya donde tú la envias,
han de ver las ansias mias
lo que contiene el papel.
Leon. ¿Siempre conmigo cruel,
D. Juan, siempre sospechoso,
recatado, y temeroso,
cuando juzgo que previenes
mas fino obligarme, vienes
á ofenderme mas celoso?
D. *Juan.* Leonor, aunque mi albedrío
tenga de tí confianza,
ha de temer tu mudanza
el poco mérito mio.
Yo de tí no desconfio,
de quien desconfio es de mi;
y supuesto, siendo asi,
que á mí me temo,
y tengo de ver el papel...
Leon. ¿Le has de ver? pues oye.=D. *Juan.* Di.
Leon. Aqueste papel no es mio,
ni yo lo escribo, ni sé
lo que en sí contiene, aunque
ves que soy la que le envío:
yo de tu mano le fio;
mas con esta condicion,
que si lèes solo un renglon,

de nuevo me he de ofender;
y si le vuelves sin leer,
creeré la satisfaccion
que tienes de mí; de suerte,
que estar de nuevo ofendida,
ú de nuevo agradecida,
en tu mano pongo...=D. *Juan.* Advierte,
que es un exámen muy fuerte,
una esperiencia muy nueva,
y muy rigurosa prueba
poner al que está mortal
en los labios el cristal,
y decirle que no beba.
Darme, Leonor, el papel,
á que en mi mano le vea,
y mandar que no le lea,
es precepto tan cruel,
como fuera darle á aquel
que ya en la prision desmaya,
pisando la última raya
de la vida su afliccion,
la llave de la prision,
y decir que no se vaya.
Ver que á una criada le das,
y no ver á quién le envias;
ver que á mi mano le fias,
para volverle no mas,
lo mismo es, si atenta estás
á condicion tan severa,
que si desde la ribera,
al que ahogarse miráras,
una tabla le arrojáras,
con ley de que no la asiera.
Lo mismo es decirme aqui
que no es tuyo, y pretender
que lo que yo puedo ver,
sin ver, lo crea de tí,
que si al que ardiendo (¡ay de mí!)

en un incendio tirano,
le persuadieras en vano
á que el fuego no apagára,
esperando que llegára
á socorrerle otra mano.
Y asi, aunque lidien, Leonor,
en tan estraño precepto
de una parte tu respeto,
de otra parte mi temor:
perdona, que fuera error,
que yo morir me dejára,
sin que del cristal probára,
sin que la prision rompiera,
sin que á la tabla me asiera,
y sin que el fuego apagára:

Lee. Porque no presumais de mí, que no deseo hacer siempre lo mejor, sabed, que donde vine á favorecerme anoche, fué en casa de Leonor; en ella...

No hay que leer mas; y si yo
que no te ofendia creyera,
todo esto dicho le hubiera
á quien Beatriz lo escribió.
Leonor. En fin, no te engañé.=D. *Juan.* No.
Leonor. ¿Luego ingrato eres?=D. *Juan.* Soy fiel;
toma el papel.=*Leonor.* ¿Yo el papel?
ni verlo quiero.=D. *Luis.* Yo sí.
Leonor. ¡Ay infelice de mí!
D. *Juan.* ¿Quién vió lance mas cruel?
D. *Luis.* ¿Qué es esto, señor D. Juan?
¿vos en mi casa? ¿qué es esto?
¿Leonor, enojada tú?
¿porfiando uno, otro sintiendo?
pero no, no lo digais,
que pues he llegado á tiempo
que este papel me lo diga,
del lo sabré.=D. *Juan.* ¡Yo estoy muerto!

Leonor. ¡Yo confusa!=*Juana.* ¡Yo turbada!
Chacon. Yo, si la verdad confieso,
estoy ahora como cuando
tengo muchísimo miedo.
Leonor. ¿Para qué quieres, señor,
de aquese papel saberlo,
si mejor de mí podrás
saber la verdad? ¡ea, cielos,
favor aqui!=D. *Juan.* ¿Qué pretende
decir Leonor?=*Chacon.* Algun cuento.
Leonor. Beatriz le escribió á su amante,
que será ese caballero,
que yo no he visto en mi vida,
ni sé quién es; él, sabiendo
por él, que está aqui Beatriz,
traido de sus efectos,
dice, que ha de entrar á hablarla;
y porque se lo defiendo,
diciéndole que es engaño,
(por lo que yo á mí me debo),
para convencerme él
me daba el papel, á efecto
de que le leyera yo;
y asi me estaba diciendo:
toma el papel; á que entonces
yo, el papel, ni verle quiero,
respondí, dándole al aire.
D. *Luis.* Lo que dices tú, es lo mesmo
que dicen papel, y accion.
Leonor. Ahi verás que yo no miento.
Chacon. Y cómo, asi las verdades
son de todas las del pueblo.
D. *Luis.* Por cierto, señor D. Juan,
vos no habeis andado cuerdo,
ni en atreveros á entrar
en mi casa, ni en poneros
en demandas con Leonor.
D. *Juan.* Señor, mi amor, mi desvelo,

en amar á Beatriz, es
justo, y...=*D. Luis.* Disculpas no quiero,
ni á todo lo que pudiera
estender mis sentimientos;
porque en efecto no es
ya de mi edad todo el duelo;
y mas, cuando de enmendar
trato los disgustos vuestros;
para el fin de vuestras bodas,
de hablar á D. Diego vengo;
él responde tan prudente,
tan advertido y atento,
que olvidado del disgusto,
solo trata del remedio
en su honor; y aunque dudaba
en solo saber si el dueño
que eligió Beatriz, tenia
en sangre merecimientos
que igualasen á la suya;
ya (siendo vos el sugeto,
en quien tan calificados
quedan todos sus recelos,
como en quien goza la altiva
sangre ilustre de Toledo)
no hay que reparar; y asi,
á decirlo á Beatriz entro,
por ganar yo las albricias,
y porque sepa que dejo
toda su pena acabada:
vos esperad, que al momento
á D. Diego llamaré
para que alegre, y contento,
hermano, y amigo os hable.

Leonor. ¿Tan presto quieres todo esto
atropellar?=*D. Luis.* Estas cosas
son mejor cuanto mas presto:
no veo la hora de echar
de mi casa tan opuestos

lances á mi condicion;
muy bueno, en verdad, es esto,
Leonor, para tu recato;
váyanse allá con sus celos,
y su amor. = D. *Juan.* ¿Ay Leonor mia,
qué has hecho?=*Leon.* Qué he de haber hecho,
valerme de una disculpa,
y la disculpa me ha muerto.

D. *Juan.* Aun el empeño que falta
es peor, porque en saliendo
Beatriz á verme, es forzoso
decir, que no soy el dueño
de su amor; y cuando quiera
hoy por tí fingir el serlo,
es empeñarme á tratar
con D. Luis el casamiento:
y en materia tan pesada,
no he de mentir. = *Leon.* Todo esto
puede enmendarse, D. Juan.

D. *Juan.* ¿Con qué?=*Leon.* Con dar tiempo al tiempo.
Vete tú antes que ellos salgan,
y déjame á mí. = D. *Juan.* Mal puedo
yo en tanto riesgo dejarte.

Leonor. En yéndote tú, no hay riesgo.

D. *Juan.* ¿Cómo, si D. Luis á mí
nombra, y Beatriz á Don Pedro,
puede dejar de quedar
todo el lance descubierto,
y resultar contra tí
la presuncion del empeño?

Leonor. No viéndote á tí, es cuestion
de nombre esa; y en efecto,
dar tiempo al tiempo te importa.

D. *Juan.* A mi pesar te obedezco.

Chacon. Salgamos, señor de aqui,
una por una.=*Leon.* Y sea presto,
que vuelve mi padre ya.

D. *Juan.* A Dios, mas hay otro encuentro

para no poder salir,
que está á la puerta D. Diego,
en la calle; y es indicio
verme salir de acá dentro.
Leonor. Pues retírate á esta cuadra.
Chacon. Dios te depare embeleco
curioso, y aprovechado.
Leonor. ¿Juana?=*Juana.* ¿Señora?=*Leon.* Silencio,
que aunque hoy es primer dia
que me sirves...=*Chacon.* ¿Cómo es eso
de primer dia?=D. *Juan.* ¿Qué haces?
Leonor. Fio, que guardes secreto,
y digas que el papel diste
á quien iba.=D. *Juan.* Yo lo ofrezco.
Leonor. Pues retírate de aqui,
que quedando solo esto,
se hará mejor la desecha
á la disculpa que pienso
dar de haberse D. Juan ido.
Juana. ¡Brava trama se va urdiendo!
alli está en gran puridad
con Beatriz volando el viejo;
D. Juan escondido aqui,
á nuestra puerta D. Diego;
Leonor en obligacion
de decir segundo enredo;
Chacon celoso, culpada
yo; ¿ven ucedes to esto?
pues en qué pára verán
solo con dar tiempo al tiempo.

Elijamos otra comedia de este género, en que se halla mas perfectamente descrito que en otra alguna el carácter caballeroso de la época; y es el *Postrer duelo de España.*

D. Pedro Torrellas, caballero de Zaragoza, amaba correspondido á Doña Violante de Urrea, huérfana de una familia que habia hecho grandes servicios

al Estado. Observaban grande secreto en su amor, esperando que saliendo D. Pedro con un pleito, y ella con la pretension de que se le premiasen los méritos de su padre, pudiesen casarse con medios para sostener el esplendor de ambas casas. Llegó en este tiempo á España el emperador Cárlos V de vuelta de su coronacion en Alemania, y D. Pedro fué uno de los diputados para cumplimentarle apenas puso el pie en el reino en nombre de la nobleza de Aragon. Bien admitido y agasajado en la corte, la siguió en el viaje que hizo Cárlos por varias provincias de España, hasta que llegó á Zaragoza.

La comedia empieza entre los regocijos públicos que hizo esta ciudad al recibimiento del rey emperador, dando D. Pedro los brazos á D. Gerónimo de Ansa, su amigo y pariente: habiéndole D. Pedro contado los pormenores de su viaje, le hizo D. Gerónimo confianza de su amor á una dama que no habia visto hasta pocos dias antes: díjole que era desdeñado, y que la causa de estos desdenes era, segun habia sabido de una criada sobornada, tener la dama otro amor. Mientras está en la conversacion, la interrumpe un criado de D. Gerónimo, diciéndole que ya es hora de ir á la audiencia del emperador. D. Gerónimo dice á D. Pedro, que va acompañando á la dama que adora, la cual habia de presentar aquel dia un memorial. D. Pedro concurre tambien, y ve que la dama es su Violante. Este es el nudo de la accion.

D. Gerónimo, despues de la audiencia, habla con D. Pedro, y le dice que para descubrir quién es el galan oculto, que le impide ser amado, piensa hacer público su galanteo, alborotando la calle de Violante con músicas, lo que obligará al desconocido á descubrirse:

que si es noble caballero
el que con favores calla,
ruin el que calla con celos.

Dice esto á D. Pedro, y se despide, dejándole incierto de lo que debia hacer, luchando entre la obligacion de vengar sus celos, y la de guardar el secreto prometido á su dama. Aquella noche va á verla: es recibido con sumo cariño; pero suena la música en la calle, y los versos que se cantaban no podian dirigirse á otra que á Violante. Retírase indignado, y en su opinion desobligado al silencio. Con esto se termina la primera jornada.

En la segunda D. Pedro se declara con D. Gerónimo de la manera mas suave que le es posible. La escena es de las mejor escritas de Calderon; y en ellas se nota hasta qué punto puede un caballero mitigar los derechos de tal sin desdorarse. Pero nada basta: su rival, indignado de que D. Pedro no hubiese correspondido á su confianza, no quiere ceder, y el desafio es inevitable.

Verificóse al otro lado del Ebro. D. Pedro, yendo á caballo con suma priesa, cayó y se lastimó algo del brazo de la espada: mas no por eso dejó de sacarla y pelear. El brazo, entumecido de la caida, no sostuvo el valor del ánimo, y dejó caer la espada. D. Gerónimo, en vez de valerse de su ventaja, le da lugar noblemente para que cobre la espada, y vuelva á la lid. D. Pedro, agradecido á la generosidad de su enemigo, la arroja á sus plantas, y pide que le dé la muerte, preferible al deshonor. D. Gerónimo, para asegurarle, le ofrece mano y palabra de caballero de que jamás descubriría á nadie lo que habia pasado; y se despide de él sin exigirle nada, pero diciendo que él amaba á Violante, y que no podia olvidarla.

Fué testigo oculto de toda esta escena Benito, criado de una vecina casa de campo, donde vivia Serafina, prima y amante de D. Pedro, aunque no correspondida, y que llevaba muy á mal que este caballero no admitiese las proposiciones que le hacia la parentela de casar con ella. Benito contó á su ama todo lo que habia visto; y Serafina, que tenia amistad con

Violante, sabiendo el secreto de su amor, irritada de los celos y del desprecio, tratar de vengar uno y otro. Para esto hace un viaje á la ciudad, visita á Violante, la pide que mande llamar á D. Pedro, con quien tiene que tratar un asunto de importancia. Preséntase D. Pedro, y Serafina en un discurso, lleno de malignidad y de hiel, le ruega que prosiga en no dar oidos á las proposiciones de los parientes para el casamiento de ambos: porque ella, concluye, no ha de dar su mano á un hombre á quien se le cayó la espada en un desafío. Dicho esto, se retira, dejando helada á Violante, y enfurecido á D. Pedro contra su rival, que en su opinion habia faltado al secreto prometido.

En el tercer acto, mientras busca D. Pedro los medios de venganza, oye cantar á dos villanos que entraban en la ciudad esta cancion:

«Salieron á reñir dos caballeros;
cayóscle la espada al uno de ellos.»

Su furor llega á ser delirio: encuentra á D. Gerónimo, y le acomete: D. Gerónimo se defiende: impiden el lance los señores de la corte amigos de ambos. El rey, que no estaba lejos, se presenta, y D. Pedro le informa del duelo y de la causa de él, concluyendo con pedirle campo, segun el fuero de Aragon, para pelear con su enemigo. El rey le remite al Condestable, que le señala campo en Valladolid, adonde en aquel momento partia Cárlos V. Violante camina á la misma ciudad con el pretesto de sacar el despacho de su pretension, pero en realidad siguiendo á su amante. Serafina, sabido el triste efecto de su despecho, sigue su ejemplo por ver si llega á tiempo de instruir á D. Pedro de la fidelidad con que D. Gerónimo guardó el secreto, é impedir los desastres del duelo.

Antes que ella pueda presentarse, se verifica el duelo, presidido por el mismo Cárlos V en persona, y ejecutado con todas las ceremonias de jurar los

combatientes, trocar las armas, partir el sol y presentarse á la pelea, descritas fielmente. Esta escena, bien ejecutada, es un espectáculo que debe agradar sobremanera. Despues que hubieron peleado con las hachetas de desarmar y las espadas, vienen á los brazos. El César arroja en el campo la vara de oro, en señal de que cese el duelo; y viendo que no se separaban, dice enojado:

¿Qué es esto? Pues ¿cómo, cuando
yo depongo la vengala
de oro en el campo, en señal de que tomo
sobre mí de ambos la causa,
dándoos á los dos por buenos
caballeros, la ira es tanta,
que no os deteneis? prendedlos.
Padrino. Señor...=*Otro*. Señor...=*Cár*. Basta, basta;
y á tales padrinos pueden
agradecer que no haga
mas demostracion: á entrambos
desenlazad las coladas,
y daos las manos de amigos:
porque habiendo visto cuánta
es vuestra bizarría, quiero
no me haga á otras lides falta
mas generosas.

Serafina, que avisó aunque tarde al padrino de D. Gerónimo, se presenta en el palenque, y declara que lo que habia sabido era por boca de Benito, y no de aquel caballero. D. Gerónimo, agradeciendo el cuidado de dejar bien puesto su honor, la da la mano, al mismo tiempo que D. Pedro á Violante. La comedia concluye, mandando el César que se escriba al papa para que prohiba con los anatemas de la Iglesia la costumbre del duelo: lo que justifica el título de *El postrer duelo de España* que tiene el drama.

LECCIONES

DE LITERATURA ESPAÑOLA.

19.ª Leccion.—Tercera de Calderon.

Ademas de las comedias urbanas ó de capa y espada de Calderon, de las cuales enumeramos las mejores en la leccion anterior, hay otras que perteneciendo al mismo género, atendidos los personages que entran en la fábula, no tienen solo por objeto describir el carácter de los caballeros y damas españolas en una intriga bien enlazada, seguida y desenvuelta, sino describir un carácter vicioso ó ridículo. A este género de comedias hemos llamado *terencianas* ó de costumbres. Pero Calderon no divertia á su auditorio como Lope, presentándole rufianes, mugeres prostituidas y militares corrompidos. Ya estaba la sociedad demasiado culta para entretenerla con inmundicias morales. Puede decirse que Calderon trabajó en la verdadera comedia clásica, que consiste no en describir los vicios repugnantes de la gente grosera y ruin, sino los que suelen notarse en la clase culta, y cuya pintura y castigo puede corregir á los hombres de esta clase.

Calderon, en las comedias de este género es, como en todas, escelente dramático: la accion marcha con rapidez y verosimilitud, y generalmente sin salir fuera de los límites de las tres unidades. Es ademas ingenioso, lleno de gracias de diccion, y siempre buen versificador y poeta. Pero es preciso confesar una falta que es esencial en este género, la falta de fuerza cómica. En esta parte es muy inferior á Tirso, y aun al mismo Lope de Vega. Sin embargo, su talento dramático y las gracias de su elocucion hacen que se le perdone este defecto, que nosotros atribuimos á su juventud, porque hemos creido notar en la mayor parte de

las comedias de este género, que el estilo de Calderon no está en ellas tan formado como en otras, y mas que su estilo propio, brilla en ellas la intencion de imitar el de Lope: proyecto que solo podria ser natural en sus años juveniles. Despues desplegó el arte de una versificacion mas complicada, de períodos mas estensos, de números mas llenos y cortados. En una palabra, fué Calderon, y no el imitador de su maestro.

Las comedias de Calderon en el género terenciano son las siguientes:

1.ª *No hay cosa como callar*, en la cual se describe un caballero, cuyo amor era mera lubricidad, y una dama amiga, como dice Hurtado de Mendoza, *de ganar voluntades y de guardallas.*

2.ª *¿Cuál es mayor perfeccion, hermosura ó discrecion?* Píntanse en ella las impertinencias de una muger tan necia como hermosa.

3.ª *No hay burlas con el amor.* Los caractéres principales es un caballero, inclinado al bello sexo, pero enemigo del amor; y una dama que tiene la manía de hablar en culto, medio en latin, medio en castellano.

3.ª *Mañanas de abril y mayo.* Hay contraste entre dos amantes verdaderos y otros dos que se engañan mútuamente.

4.ª *Hombre pobre todo es trazas.* El principal personage es lo que llamamos un caballero de industria.

5.ª *El Astrólogo fingido.* En ella se hace burla de la credulidad vulgar. Esta comedia y la anterior fueron imitadas por Tomás Corneille.

6.ª *Guárdate del agua mansa.* Es de figuron montañés, el primero que se ha conocido en nuestro teatro, y que despues ha sido imitado muchas veces por Cañizares y otros. Hay en ella dos damas, una esparcida y que admite los galanteos, pero sin querer á nadie, y otra hipócrita, que con el velo de recogimiento y de virtud, es mas atrevida que su hermana.

Empezaremos nuestros analísis por la de *Hombre*

pobre todo es trazas, la mas regular y de mas mérito en la descripcion del carácter principal.

D. Diego de Osorio, caballero pobre de Granada, fugitivo de su patria por una pendencia en que hirió á otro, pasa á la corte, donde hallándose con pocos medios, se vale de trazas no solo para subsistir, sino tambien para enamorar á dos damas, de las cuales estaba prendado, de Doña Clara por su dote, y de Doña Beatriz por su hermosura. Para con la primera era Don Diego de Osorio; porque habia traido cartas de recomendacion para el padre de esta dama, antiguo amigo del suyo: para con Doña Beatriz habia tomado el nombre de D. Dionís Vela, fingiendo llegar de Flandes, donde habia militado.

Cada una de estas dos señoras tenia, antes de conocerle, un amante: Doña Clara á Leonelo, despreciado siempre de ella, y Doña Beatriz á D. Felix, no mal admitido antes, pero mirado con esquivez desde que se presentó en la escena el fingido D. Dionís.

Las principales escenas á que da lugar la combinacion dramática de esta comedia son en el primer acto, el regalo que hizo el hombre pobre á Doña Beatriz de una cadena que ella creyó ser de oro y era de alquimia: jugábase en casa de Beatriz: presentóse en ella Rodrigo, criado de D. Diego, disfrazado de caballero con su cadena al cuello: ganósela D. Diego, y se la regaló á su dama como barato.

En el segundo acto visita Beatriz á Clara, y ve en su casa á D. Diego, que Doña Clara habia dicho ser su amante. D. Diego, que ve reunidas á sus dos damas, no se turba. Hace el papel de D. Diego con Clara, y finge no conocer á Beatriz. En las escenas siguientes, presentándose á ella en la calle como D. Dionís, por medio de un amigo suyo trata de persuadirla que el amante de Doña Clara era muy semejante á él; pero Beatriz se obstina en no creerlo, sino ve á los dos juntos.

En efecto, los ve en el tercer acto. Escribió á Clara

que la enviase una joya para mandar hacer otra por ella, por mano de su amante D. Diego, y que este viniese á su casa á las tres de la tarde en punto, porque ni antes ni despues estaria en su casa; y al mismo tiempo envió á decir á D. Dionís que viniese á su casa á la misma hora. Hé aqui el medio de que se valió el caballero de las trazas para salir del apuro de tener que hacer de un hombre dos.

Hizo que Rodrigo, poco antes de las tres, pasase por la calle de Beatriz disfrazado como el caballero de la cadena. Saludó á Beatriz que estaba en el balcon, esperando con impaciencia á los dos parecidos, y la dama se le quejó de la falsedad de la cadena que ya era conocido. Llega entonces D. Dionís, le acusa por el mismo motivo y riñe con él. Rodrigo se retira torciendo una esquina, y grita *muerto soy*. Llega un alguacil, que estaba apalabrado, y se lleva preso al fingido vencedor, el cual vuelve á aparecer, diez minutos despues, con otro vestido á hacer el papel de Don Diego con la joya de Clara, en casa de Beatriz.

La accion está siempre bien dirigida, y se reconoce el genio dramático de Calderon en sacar de los incidentes todo el partido posible para disponer otros. Pero el desenlace está mal fraguado, y no se parece á los que ya hemos admirado y todavía admiraremos en otras comedias suyas. D. Felix y Leonelo, celoso cada uno por su dama, se desafian detras de San Gerónimo. El acepta, porque es valiente; pero á fin de determinar con cuál de los dos ha de reñir, les esplica de qué manera siendo una sola persona ha hecho el papel de dos. Beatriz y Clara, que habian salido juntas á pasearse, viéndolos ir al campo sospecharon lo que podia ser, y ocultas detras de las tapias del convento, oyeron la esplicacion de D. Diego. Presentáronse entonces en el campo, impidieron el desafio, y se volvieron llevándose cada una á su antiguo galan, y dejando á D. Diego para mal caballero. El amigo con quien habia salido al desafio, avergonzado de haberlo

sido, y hasta su criado Rodrigo le abandonan para que diga solo la última sentencia ó moralidad del drama. Esta conclusion no tiene el artificio ni la verosimilitud que brilla en otros dramas de Calderon.

Para conocer su estilo en este género, leeremos dos escenas que á él pertenecen: en ellas se verá mas urbanidad que fuerza cómica, y un estilo mas templado que satírico.

La 1.ª es la del segundo acto en que D. Diego encuentra juntas á sus dos damas. En un momento que Beatriz quedó sola con él, le dijo:

Beatriz. Y es verdad, pues que me ha dado
ocasion, ingrato, en que
pueda hablar, pueda quejarme,
porque el silencio cruel,
hecho ponzoña en el alma,
mil veces quiso romper
la cárcel, y reprimido,
hizo con mayor poder
un cuchillo al corazon,
y á la garganta un cordel.

D. *Diego.* ¿Vos con tanto sentimiento
conmigo? ¿cómo ó por qué?
¿quién dió causa á tanta pena?
¿á tanta desdicha quién?

Beatriz. ¿Esta es, ingrato amante,
vil caballero, esta es
la prometida firmeza
de lealtad, amor y fé?
Si sois de Granada, ¿cómo
sois de Flandes? y si os veis
ausente por una dama,
¿cómo decís que teneis
pretensiones? si os llamais
D. Diego, ¿cómo os haceis
D. Dionís? ¿es gran victoria
engañar á una muger?

D. *Diego*. Viven los cielos, señora,
que no os entiendo, ni sé
qué decís, pues jurar puedo
no haberos visto otra vez.

Beatriz. ¿Vos lo que oyen los oidos,
vos lo que los ojos ven
quereis negar? ¿vos no sois
quien liberal y cortés
me dió anoche esta cadena?

D. *Diego*. No señora.=*Beat*. ¿No?=D. *Dieg*. ¿Por qué
lo negára, si el serviros
fuera mayor interés?
Bueno fuera negar yo
dádivas, cuando uso es,
no solo negar aquello
que se da, pero tambien
con vanidad y arrogancia
decirlo sin que se dé:
advertid que en una estampa
suele duplicar y hacer
dos formas naturaleza
con repetido pincel.

Beatriz. ¿Luego intentais todavía
desconoceros?= D. *Diego*. No sé
qué responderos.=*Beatriz*. ¿No sois
D. Dionís Vela? =D. *Diego*. ¿Por qué
negára mi nombre?=*Beatriz*. ¿Cuándo
venísteis?=D. *Diego*. Aun no habrá un mes.

Beatriz. ¿Dónde vivís?=D. *Diego*. En la calle
del Príncipe.=*Beatriz*. ¿En qué entendeis?

D. *Diego*. En ver la corte.=*Beatriz*. ¿Y el nombre?

D. *Diego*. ¿Ya no os han dicho que es
D. Diego Osorio?=*Beatriz*. ¿Qué amigos
hoy en la corte teneis?=D. *Diego*. Muchos.

Beatriz. ¿Y D. Juan de Torres,
no lo es vuestro?=D. *Diego*. No escuché
aquese nombre en mi vida.

Beatriz. ¿Visitais una muger

junto á las Descalzas?=D. *Diego*. No.
Beatriz. Mentís, mentís, que sí haceis.
D. *Diego*. Por mas preguntas que ha hecho
no me ha podido coger.

La 2.ª es mas cómica: D. Juan de Torres su amigo, á quien habia dicho que tenia que cobrar una letra de Granada, le pide dinero.

D. *Juan*. Don Dionís, buscándoos vengo.
D. *Diego*. Pues, D. Juan, ¿qué me mandais?
D. *Juan*. Sabed que un hombre, á quien debo
ochocientos reales, hoy
me aprieta mucho por ellos:
seis dias me da de plazo,
y aunque es verdad que yo tengo
los cuatrocientos aqui
en plata, pediros quiero,
que, para cumplir con él,
me deis otros cuatrocientos,
pues que teneis una letra
de cuatro mil. = D. *Diego*. ¿Para eso
era menester hacerme
prevenciones, siendo vuestro
todo cuanto fuere mio?
que os los dé, tened por cierto;
mas no podré hasta de hoy
en cuatro dias, al tiempo
que la letra cumple: aqui
está Rodrigo, que en esto
no me dejará mentir.
Rodrigo. Si dejaré yo por cierto.
D. *Diego*. Yo estaba diciendo ahora
que estoy tambien sin dineros:
lo que podemos hacer,
porque nos acomodemos
entrambos, es, que me deis
ahora esos cuatrocientos

que traeis, que á los seis dias,
y antes mucho, yo me ofrezco,
D. Juan, á que á vuestra casa
se os lleven los ochocientos.
D. *Juan*. Decís bien; véislos aqui
atados en este lienzo.
Rodrigo. Dióle con la Camarguina.
D. *Diego*. Toma, Rodrigo, y con estos
paga al huésped, ve gastando,
y no te aflijas tan presto,
que no desampara Dios
á nadie. = *Rodrigo*. Por fé lo tengo;
pero si en esta materia
desampara á alguno, creo
que es D. Juan. = D. *Diego*. De aqui á seis dias
hay un sin fin......

La hermosa versificacion de Calderon se reconoce en el siguiente apólogo que D. Felix dice á Beatriz quejándose de su mudanza. No debe estrañarse ver en boca de un caballero espresiones que solo pertenecen á un poeta, porque entonces no habia ninguno que no se ejercitase mas ó menos en hacer versos, y procurase hablar en este estilo con mas ó menos hinchazon.

D. *Felix*. Estaba un almendro ufano
de ver que su pompa era
alba de la Primavera,
y mañana del Verano;
y viendo su sombra vana
que el viento en penachos mueve
hojas de púrpura y nieve,
aves de carmin y grana,
tanto se desvaneció,
que Narciso de las flores,
empezó á decirse amores
cuando un lirio humilde vió,
á quien vano dijo asi:

¿Flor que magestad no quieres,
no te desmayas, y mueres
de envidia de verme á mí?
Sopló en esto el Austro fiero,
y desvaneció cruel
toda la pompa que á él
le desvaneció primero:
vió que caduco, y helado,
diluvios de hojas derrama,
seco tronco, inútil rama,
yerto cadáver del prado:
volvió al lirio, que guardaba
aquel verdor que tenia,
y contra la tiranía
del tiempo se conservaba,
y díjole: Venturoso
tú, que en un estado estás
permaneciente, jamás
envidiado, ni envidioso:
tu vivir solo es vivir;
no llegues á florecer,
porque tener que perder,
solo es tener que sentir.

Estos dos últimos versos encierran la moral de la fábula: en una coleccion de apólogos ó de fábulas no desdecirian nada estos conceptos, singularmente los cuatro primeros versos, y sobre todos el de... «*yerto cadáver del prado*:» pues llamar á un árbol que está despojado de hojas y verdor yerto cadáver, es una de las espresiones mas poéticas que se pueden imaginar.

Y en la siguiente comparacion que hace Clara, manifestando á Beatriz su amor á D. Diego.

¿No has visto hermosa fuente, que risueña,
por propiedades del sol, ó por rigores,
instrumento de plata, se despeña,

con quien cantan las aves sus amores,
sepultarse en la falda de una peña,
donde estaban sedientas cuantas flores
llamadas de su música venian,
y por ser sus aljófares bebian?
¿Y esta fuente, que allí dejó burlada
la beldad de las flores peregrina,
por venas de la tierra dilatada,
siendo de plata ya líquida mina,
nacer segunda vez tan desdichada,
que entre rústicos céspedes camina,
sin que á su inútil nacimiento deba
que noble flor de sus cristales beba?

El objeto comparado es la misma Clara, que desdeñó el amor sincero de Leonelo por el de un hombre, de quien desconfiaba por haber dejado otro amor en Granada.

A la misma época, esto es, á la juventud de Calderon, y por los mismos argumentos, creemos que debe referirse la comedia del *Astrólogo fingido*. D. Juan y D. Diego aman á Doña María de Ayala; el primero, aunque pobre, correspondido y admitido á hablar con ella en su jardin todas las noches; y el segundo despreciado. Sufríalo D. Diego con la perseverancia que distinguia á los amantes de otros tiempos, hasta que su criado Moron supo de Beatriz, criada de Doña María, y tercera de sus amores, la correspondencia de esta señora y D. Juan.

D. Diego en la primera ocasion que habló á Doña María, irritado de los desprecios de esta, le manifestó que sabia muy bien sus amores con D. Juan. María se irrita contra Beatriz, y Moron para disculparla, dice que D. Diego lo sabia, no porque nadie se le hubiese revelado, sino porque siendo un grande astrólogo, habia levantado figura y habia visto á D. Juan hablando con ella en el jardin. Tal es el enlace de la comedia, que tiene el defecto de verificarse en la se-

gunda jornada: cosa que dificilmente se notará en otro drama de Calderon.

Leonardo, padre de María, la encuentra en la calle hablando con D. Diego, y ella se disculpa diciéndole que poseía la ciencia astrológica, y que le consultaba acerca de la suerte que tendria si se casaba. Leonardo, que gustaba tambien de aquella ciencia, se le ofreció con todas veras.

El autor comete otro nuevo yerro haciendo que los amigos de D. Diego sean los que divulguen su nueva habilidad, desconocida hasta entonces; porque el medio no tiene proporcion con el fin, ley necesaria y fundamental en la poesía dramática. D. Diego, para salvar á Beatriz del enojo de su ama, pudo haber condescendido momentáneamente con el engaño de Moron: pero ¿qué interés podia tener un caballero rico y estimado en la corte, en divulgar una mentira contraria á su pundonor? Para hacerlo astrólogo á pesar suyo, debiera haberse valido Calderon de Leonardo, viejo alegre y charlatan con sus ribetes de necio, y por consiguiente muy á propósito para esparcir una noticia de esta clase en una sociedad crédula.

Pero hecho D. Diego astrólogo, sea como fuese, es admirable la sagacidad de Calderon en disponer los lances de manera que pueda satisfacer á todas las preguntas y peticiones que vienen á hacerla. El obliga á D. Juan á que vaya á visitar á Violante, antigua dama suya, que le creía ausente en Zaragoza, y que cuando le vió, pensó ver una sombra formada por el diablo: despues, cuando ella supo que D. Juan, aunque habia fingido una ausencia, se habia quedado oculto en Madrid, la hace creer que por mas despego que le manifieste su amado, no por eso deja de quererla, y que solo lo hace por probar su constancia: hace creer tambien á D. Cárlos, amante de Violante, que los obligará con su ciencia á corresponderle; le adivina á Leonardo que una joya de diamantes que su hija fingió haber perdido, se hallaba en poder de D. Juan: en fin,

persuade á Olañez, escudero de Leonardo, que va haciendo por la region del aire un viaje á Asturias, su patria. Todos estos lances, bien enlazados unos con otros, perfectamente desenvueltos y de un efecto muy cómico, hacen mas sensible que el enlace no estuviese formado con mas tino y verosimilitud. El desenlace es debido á los celos de Violante, que cuando supo el amor de D. Juan y Doña María, lo declara á Leonardo, que toma por buen acuerdo casarlos. Al mismo tiempo se descubren los medios por donde el astrólogo ha obrado sus mentidos portentos; y á las acusaciones de todos responde:

¿Alguno obligarme puede
á mas que no adivinar?
pues yo juro eternamente
de dejar mi astrología.

Al fin de la primer jornada hay una escena en que describe con gracia y exactitud de qué manera se trasmite un secreto, cuando no le guarda quien debe, y se exagera y aumenta al pasar de boca en boca. Despues que Beatriz contó á Moron el secreto de su ama y D. Juan, vuelve adonde su ama, y D. Diego llega á hablar con Moron.

D. *Diego*. A que se fuese esperaba,
á tus acciones atento,
por solo hacer á los ojos
adivinos del suceso:
¿qué tienes? ¿qué ha sucedido?
¿qué te dijo? ¿qué hay de nuevo?
Moron. Beatriz, ya pruebo á callar,
mas vive Dios, que no puedo.
Señor, gran mal hay.=D. *Diego*. ¿Pues cómo?
¿qué ha sucedido? ¿qué esto?
Moron. No te lo puedo decir,
y por decirlo reviento,
que aunque el secreto sea tanto,

yo no aguardo á tan secreto.
Aqui para entre los dos,
aquel pobre caballero,
D. Juan de Medrano, aquel
que apenas te daba celos,
aquel que dijo que á Flandes
iba, y se quedó encubierto
en la corte, y en la casa
de D. Cárlos de Toledo,
es llamado, y escogido:
no puedo decir, que un lienzo
puesto en la reja de noche,
es señal, que está diciendo
que entre en el portal, adonde
le espera Beatriz; y luego,
por una pequeña puerta
de un patio, que sale á un huerto,
entra hasta una reja baja,
que alli cae, del aposento
de Doña María de Ayala,
que parlan hasta el Lucero,
debe de haber mas de un año.

D. *Diego.* No digas mas, calla. Cielos,
alguno creerá que son
tales las penas que siento,
que la menor viene á ser
en mi desdicha los celos.
No siento que á D. Juan quiera,
y le admita, solo siento
que hiciese soberbiamente
de mí tan loco desprecio.
Si cuerdamente culpára
mi atrevido pensamiento,
y con cortés bizarría
castigára mis deseos,
yo callára, yo sufriera;
pero con tantos estremos
de honrosas estimaciones,

de arrogantes devaneos,
de soberbias altiveces,
ni sufrir, ni callar puedo.

Moron. D. Antonio es este.=D. *Diego.* Mira
si sale á misa, que quiero
irla siguiendo á la iglesia.

Moron. ¿Pues qué piensas hacer?=D. *Diego.* Pienso,
sin darme por entendido,
volver á mi amor primero,
y llegar á hablarla ahora
con mayor atrevimiento;
que á muger de quien se sabe
alguna flaqueza, es cierto
que llega á hablarla el galan
sin aquel cortés respeto
que antes tuvo, porque piensa,
teniendo su honor en menos,
que el favor que al otro hizo,
se le debe de derecho.

Moron. Aqui volveré á buscarte.

D. *Ant.* Bésoos las manos, D. Diego.

D. *Diego.* Yo las vuestras.=D. *Ant.* ¿Qué teneis,
que estais tan triste, y suspenso?

D. *Diego.* No sé qué tengo.=D. *Ant.* Mal hice
en preguntároslo, viendo
esta calle, y estas rejas:
¿hay algo, amigo, de nuevo?

D. *Diego.* Muchas cosas.=D. *Ant.* ¿Pues qué son?

D. *Diego.* Dejadme, porque no puedo
decirlas.=D. *Ant.* ¿Pues á mí?=D. *Diego.* A vos
las dijera, si el secreto
no viniera encomendado.

D. *Ant.* Muy seguro está en mi pecho,
y el no decírmelo ya
será ofensa, y vive el cielo
de no hablaros en mi vida.

D. *Diego.* Pues D. Antonio, es aquesto,
aqui para entre los dos.

D. *Ant.* Decid, que yo lo prometo.
D. *Diego.* Que aquel D. Juan de Medrano
no fué á Flandes, como dieron
muestras, plumas y colores,
pues se ha quedado encubierto
en casa de vuestro amigo
D. Cárlos; la causa desto
ha sido, porque há dos años
que con muy grande silencio
entra embozado en la casa
de Doña María: no puedo
pasar de aqui.=D. *Ant.* Yo sabré
si aqueso es verdad, muy presto,
que D. Cárlos viene alli,
y él me lo dirá.=D. *Diego.* Yo espero
á esta parte retirado.
D. *Ant.* D. Cárlos, buscándoos vengo
para un negocio importante.
D. *Cárl.* ¿Qué mandais?=D. *Ant.* Sabeis si es cierto,
y esto para entre los dos,
porque me importa el saberlo,
si está D. Juan de Medrano
en vuestra casa encubierto,
y que habrá mas de tres años
que con muy grande secreto
entra á hablar todas las noches
en el nocturno silencio
á Doña María de Ayala?
D. *Cárl.* Miren por adónde llego
á saber quién estorbó
su partida. Aunque no tengo
licencia para decirlo,
con vos no se entiende eso,
y aqui para entre los dos,
cuanto habeis pensado es cierto:
que no se fué, que quedó
en mi casa, y que encubierto
entra en su casa, esto habrá

mas de tres años y medio.

D. *Ant.* Idos con Dios.=D. *Cárl.* Él os guarde.

Se ve aqui cómo crece la ponderacion: el primero dice *un año*, el segundo *dos años,* el tercero *tres años,* y el último añade ya *medio mas.*

En la escena del tercer acto en que Leonardo pide á D. Juan la joya de diamantes que perdió su hija, es en parte imitacion de la *Aulularia de Plauto,* en que el avaro Euclion reclama de Liconides el tesoro que cree haberle robado, y Liconides piensa que se trata del honor de la hija del avaro, y contesta en este sentido. Algunos rasgos de la escena de Calderon, se hallan en la del Avaro de Moliere.

Leon. Él es: tiemblo de hablalle:
¡que un mozo desta cara y deste talle
hiciese tal! á no tener María
su gusto aqui, por vida suya, y mia,
que no se la pidiera, y he tenido
vergüenza de miralle;
pero no me daré por entendido
de que él la hurtó: yo vengo,
D. Juan buscándoos.=D. *Ju.* Desde aqui me tengo
por dichoso, si ha sido
para mandarme, porque agradecido
al favor, he deseado
serviros.=*Leon.* ¡Qué cortés! ¡Qué bien hablado!
¡gran lástima es, por cierto,
que veneno tan vil esté encubierto
en tan hermoso vaso!
Yo he venido, D. Juan, vamos al caso,
buscándoos (¡ciego estoy!) porque he sabido
que una joya teneis, que hoy se ha perdido
en mi casa. ¡Turbado
qué presto su delito ha confesado!
D. *Juan.* ¡Cielos, qué es lo que he oido!
Leon. No digo yo que vos habeis tenido

culpa, sino es aquella
mano de quien la hubísteis.=D. *Ju*. ¡Triste estrella
es la mia!=*Leon*. Ni dudo,
D. Juan, que quien la dió, darla no pudo;
vos estais disculpado,
pues al fin la tomásteis engañado:
asi un error tan grave
le pretendo dorar.=D. *Juan*. Todo lo sabe,
celoso viene, mas por Dios, María,
que aqui toda la culpa ha de ser mia.
Señor...=*Leon*. Yo no pretendo,
D. Juan, satisfaccion.=D. *Juan*. Dártela entiendo,
para que de tu engaño
llegues con mi verdad al desengaño:
la joya yo la tengo,
que esta disculpa que ahora te prevengo,
no es para mí; yo he sido
solamente, señor, quien ha tenido
culpa, que te ha engañado
quien te dijo que nadie me la ha dado.
Leon. Tanto su error le ciega,
que se le encubro yo, y él no le niega.
D. *Juan*. Yo solo...=*Leon*. Don Juan, mira
que yo lo sé muy bien.=D. *Ju*. ¡A quién no admira
que él venga á disculparme!
luego el mejor camino es declararme.
Señor, pues has sabido
quién la joya me dió, mas advertido
sabrás, que há muchos dias
que con piedad oyó las quejas mias:
yo, como habrás oido,
aunque pobre, señor, soy bien nacido.
Leon. Disculpas son forzosas;
mozo fuí, no me espanto de esas cosas.
D. Juan. Pues que mi bien dispones,
por quitarnos de tales ocasiones,
honra la humildad mia
con tu hija, señor, Doña María,

y cesará con esto
la ocasion que en tal lance nos ha puesto;
tú mismo... = *Leon.* Poco á poco,
D. Juan; este hombre es loco;
porque él ladron no sea,
quiere que yo le case (¿hay quien tal crea?)
con mi hija: ¡y qué presto
dijo, que la ocasion cesa con esto!
Vete cuando quisieres,
que el casarte con mi hija no lo esperes,
D. Juan, yo te prometo.
D. *Juan.* ¿A tu hija, señor? = *Leon.* Basta el secreto.

El estilo de esta comedia, sin dejar de ser urbano y caballeroso, no tiene tanta poesía como desplegó mas tarde este autor. Apenas hemos encontrado versos líricos en toda ella, á no ser que lo sean los siguientes:

Beatriz. Sal presto, que ya amanece,
y no hay nadie que te vea.
D. *Juan.* ¡Que tan veloz, Beatriz, sea
el tiempo! no me parece
que há un hora que anocheció;
y presumo que envidioso
de mi gloria el sol hermoso,
mas temprano descubrió
entre nubes de oro y grana
los reflejos á quien dora
sus lágrimas el aurora.
Beatriz. ¿Requiebros á la mañana?

Las comedias de *No hay burlas con el amor* y *Mañanas de amor y mayo*, pertenecientes al mismo género, se representan todavía en nuestro teatro, y son bastante conocidas. Haremos, pues, la analísis de *¿Cuál es mayor perfeccion, hermosura ó discrecion?* obra de la época en que Calderon habia ya perfeccio-

nado su estilo, y en la cual parece que se propuso purgar, por decirlo asi, los afectos del amor y del honor de la exageracion que entonces tenian, y someterlos al uso de la razon.

Angela, hija de D. Alonso de Toledo, era la hermosura de Madrid, pero necia y vana hasta el esceso. Su prima Beatriz, que vivia con ella, aunque poco habla, estaba dotada de las prendas morales que entonces se estimaban mas, la discrecion en el trato, la prudencia en la conducta, y un temple de alma fuerte, capaz de resistir al infortunio y á las sugestiones de la pasion.

La hermosura de Angela hizo en D. Felix, caballero de la corte, una impresion amorosa sumamente profunda, pero mezclada con el disgusto de ver la necedad incorregible de aquella bellísima estátua: necedad tanto mas notable, cuanto contrastaba singularmente con el carácter de su prima Beatriz, que amaba en secreto á D. Felix, á quien salvó con su industria de un grave compromiso en que le puso el amor de su boba, y salvó el honor, recogiendo en su casa á Leonor, hermana de Felix, fugitiva de la suya por un lance amoroso, y haciendo que casase con D. Luis de Mendoza, su amante.

La situacion de D. Felix es severa y enteramente ideal: ama á Angela, pero estima á Beatriz. Enamórale en la primera la hermosura: cautívale el entendimiento despejado, el trato amable y la firmeza de carácter de Beatriz: hasta al fin, conociendo todo el mérito de su alma, agradecido á sus beneficios y finezas, premia su amor dándola la mano. El carácter de Felix es una de las grandes creaciones de Calderon, asi como el de Beatriz, luchando al mismo tiempo contra el infortunio y contra una pasion largo tiempo desgraciada.

Ademas del mérito de estos dos caractéres principales muy bien desenvueltos, hay otros dos perfectamente descritos, el de la boba hermosa, y el de

D. Antonio de Ayala, amigo de D. Felix, escelente amigo, pero que rie de los amantes y de sus delirios, y que para castigar la vanidad de Angela, casa con ella al fin de la comedia.

Citaremos algunos trozos de escelente versificacion dramática: tal es en el primer acto la descripcion que hace Leonor, hermana de Felix, de los caractéres de Beatriz y Angela.

Leonor. Esas señoras un dia,
que sin conocernos fuimos
donde acaso concurrimos
de una amiga suya y mia,
en la visita me hicieron
tantos agasajos, que
en obligacion quedé
de servirlas; con que fueron
creciendo en la voluntad
correspondencias, que son
sobre alguna inclinacion
buen principio de amistad.
Siempre que á casa de aquella
amiga nuestra volvian,
me avisaban, y pedian
que nos viésemos en ella;
porque esto del visitar
á quien no me visitó,
es cierto duelo, que no
le quiere nadie empezar.
Y aunque me tocaba á mí,
por ser ellas dos, y ser
yo una sola, el no tener
salud, me hizo que hasta aqui
lo dilatase, con que
salvando su vanidad
el duelo en la enfermedad,
hoy vienen á verme, en fé
del mal; y si verdad digo,

lo estimo, porque en mi vida
vi muger mas entendida
que lo es la Beatriz, testigo
sea, con aplauso justo,
en las burlas, el buen gusto;
en las veras, la cordura;
en lo que cuenta, el donaire;
en lo que dice, el cariño;
en lo que viste, el aliño;
y en todo, en fin, el buen aire;
tanto, para que concluya
los méritos de Beatriz,
que me tengo por feliz
solo en ser amiga suya.

D. *Felix.* Aunque el afecto los cielos
remitieron á una estrella,
de parte de Angela bella
estoy por pedirte celos.
¿Es posible que no sea
Angela quien te debió
mayor inclinacion? = *Leon.* No,
porque aunque hermosa la vea,
la hermosura para mí
no es alhaja, mayormente
hermosura solamente
tan á solas, que no vi
sentidos que mas en calma
digan, hermosa me soy,
y no mas; mil veces voy
á ver dónde tiene el alma,
creyendo que es escultura,
y solamente la encuentro
una fantasma que dentro
anda de aquella hermosura.
Si habla, es todo con enfado;
si responde, con frialdad;
si mira, con vanidad;
si escucha, con desagrado;

con todas presuntuosa ;
tanto , que estraños sus modos,
parece que tienen todos
la culpa de que sea hermosa.

Está perfectamente descrito el carácter de una muger muy hermosa , pero muy vana y muy necia.

El razonamiento de D. Antonio pinta su carácter despreocupado , pues describiéndole un amante de Angela su pasion de una manera altisonante , dice :

D. *Ant.* De esos hipérboles, llenos
de crepúsculos y albores ,
el mundo cansado está ;
¿ no los dejaremos ya ,
siquiera por hoy ? Señores ,
¿ que nunca me pase á mí
esto de una muger ver ,
que sea mas que una muger ?
En cierta ocasion me vi
en casa de una señora ,
de quien decian que era
el alba su pordiosera ,
y su mendiga la aurora.
A oscuras quedé algun rato ,
y su luz no me alumbró ,
hasta que en la cuadra entró
un candil de garabato.
Mirad qué sol tan civil ,
el que arrastrando despojos ,
no puede hacer que sus ojos
alumbren lo que un candil.

El diálogo entre Angela y su criada , que la estaba peinando , es tambien característico.

Angela. ¿Es posible que no acabes
de hacer esa trenza?=*Juana.* Si andas ,

por mirarte á todas luces,
tan inquieta, ¿qué te espantas?

Angela. ¡Noramala para tí,
qué torpe, y desaliñada!
si pudiera deslucirme
algo á mí, fuera tu maña:
tres tocados son con este
los que hoy has errado.=*Juana.* Aguarda,
verás si tengo disculpa.

Angela. ¿Qué disculpa, mentecata?

Juana. Estarte viendo, señora,
dentro de tu espejo, y tanta
es la suspension de ver
tu hermosura, que admirada
no es posible que te acierte
á servir.=*Angela.* Si esa es la causa,
yerra otros tres por mi cuenta,
y tres mil, si tres no bastan.

La tonta jurando por sus ojos, dice que los han de comer *mariposicas*, porque los gusanos no se atreverán á hacerlo.

En otra ocasion dice que sino está celosa, es porque no se lo ha advertido su criada.

Hay en fin una porcion de rasgos de esta especie que pintan muy bien la clase de necedad de esta muger.

La escena del segundo acto en que D. Antonio impide que riñan Felix y Luis, por el amor de la boba, está superiormente dialogada.

D. *Felix.* Huélgome haberos hallado
tan presto.=D. *Luis.* A mí no me pesa.

D. *Ant.* A mí sí, que de las burlas
me sé pasar á las veras;
ninguno empuñe la espada,
sin mirar la diferencia
que hay para sacarla cuando
suceden las contingencias

entre amigos, ó no amigos;
ó el que la sacare, entienda
que me halle al lado del otro.

D. *Luis.* Yo no la sacaré en esta
ocasion, que habiendo oido
que hay campañas, mal hiciera
en sacarla, y mas adonde
hay quien impedirlo intenta.

D. *Felix.* Si lo dije, ¿á qué mas puede
obligarme, que á ir á ella?

D. *Luis.* Pues guiad donde no haya
testigo que lo defienda.

D. *Ant.* Ni guieis vos, ni vos sigais,
sin que primero se advierta,
que antes que hallá hable el acero
puede aqui reñir la lengua.
¿Qué se ha de contar mañana,
de que de dos hombres, que eran
amigos ayer, hoy riñen,
y mas por cosa tan ciega,
como el amor de dos dias?
Pues para que reñir deban
dos amigos, ha de ser
tan reservada materia,
que á mas no poder, se esté
honestada por sí mesma:
¿visteis una dama vos?

D. *Felix.* Y rendido á su belleza,
confieso que la dí el alma.

D. *Ant.* ¿Pues adónde está la queja
de que á otro lo que á vos
os aconteció acontezca?
¿teneis vos algun favor?

D. *Luis.* Ni amago de que le tenga.

D. *Ant.* ¿Pues dónde está la esperanza,
que mas que un amigo pesa?
volved, necios, en vosotros,
y ya que la accion suspensa,

si no capitula paces,
por lo menos firma treguas;
decidme, ¿vos sois amigo
de D. Felix?=D. *Luis*. De manera,
que diera por él mil vidas.

D. *Ant*. ¿Vos de D. Luis?=D. *Felix*. Nada precia,
mas que su amistad, el alma.

D. *Ant*. Pues puesto que el reñir fuera
ya para enemigos tarde,
y para amigos apriesa,
hayámonos á razones.

D. *Luis*. Yo confieso, que si hubiera
sabido antes de D. Felix
la pasion (esto me mueva
estarlo oyendo Leonor),
de la mia desistiera,
porque en mí no ha sido mas,
que haya de ser eso fuerza;
mas páguelo el gusto, y no
la obligacion de sus prendas,
que el capricho de saber
hasta dónde la soberbia
llegaba de una hermosura
tan vana.=D. *Felix*. Yo no pudiera
nunca desistir la mia,
aunque supiese la vuestra;
con que arguya la ventaja
que hay, si bien se considera,
de amor á capricho.=D. *Luis*. ¡Ay!
que no es la ventaja esa.

D. *Ant*. Luego si no enamorado
estais, y él lo está, compuesta
está la cuestion.=D. *Luis*. No está,
que hay segundo duelo en ella
que satisfacer.=D. *Ant*. ¿Qué duelo?

D. *Luis*. Que siendo la vez primera
que su amor supe, en su casa
de Angela, buscarme en ella

tan desatento, y decir,
que los estrados no eran
campañas, me obliga á que
nadie que lo oiga, crea
que doy la satisfaccion,
que solo doy por quererla
dar al temor, no...=D. *Ant.* Oid,
que nunca D. Luis dió muestras
de que sabia reñir,
riña siempre que se ofrezca;
mas quien sentó su opinion
tanto como vos la vuestra,
deje de reñir, que mas
airoso, que el otro, queda
quien saben todos que sabe
reñir, y de reñir deja,
porque quiere acompañar
el valor de la prudencia:
¿queréislo mejor? D. Felix,
¿pensais vos que pudiera
nunca dejar de reñir
D. Luis por miedo, ó flaqueza?

D. *Felix.* Y si otro lo pensára,
le matára en su defensa.

D. *Ant.* ¿Creyérades vos, D. Luis,
que si una cosa sintiera
D. Felix, dijera otra?

D. *Luis.* No, de ninguna manera.

D. *Ant.* Pues si uno no lo pensára,
y si otro no lo creyera,
vive Dios que será un ruin
quien mal deste duelo sienta.

El monólogo de Beatriz, cuando sabe la ofensa de Felix en su honor, aunque corto, está lleno de pasion y vehemencia.

Beatriz.................. ¡Cielos!

¿Felix restado, y su honor,
y yo sabidora de ello,
y no tratar de enmendarlo?
Eso no, que por mi mesmo
pundonor debo acudirle:
tan vana soy en aquesto,
que el tiempo de desairado
presumo que le aborrezco.
Y asi, Felix, donde quiera
que estás tu dolor sintiendo,
alienta, vive y respira,
adivinando, ó sabiendo
que está seguro tu honor,
pues yo en mi poder le tengo.

Harto detenido exámen hemos hecho de las comedias de capa y espada de Calderon, ya de carácter, ya de intriga. Tiempo es ya de pasar á las heróicas, género en que no sobresalió menos que en las urbanas. En la leccion siguiente comenzaremos el analísis de ellas.

LECCIONES

DE LITERATURA ESPAÑOLA.

20.ª Leccion. = Cuarta de Calderon.

En las comedias históricas de Calderon, aunque el amor y el honor forman siempre el núcleo, por decirlo asi, de la fábula, se mezclan sin embargo otros afectos, como son la ambicion y todos los que tienen su cuna en la esfera del poder. El estilo es mas elevado, la versificacion mas llena y robusta: y tal vez el lenguaje se resiente de los vicios del gongorismo y del conceptismo, tan estendido ya en aquellos tiempos.

Ya hemos insinuado como uno de los defectos de Calderon el poco ó ningun respeto que conservó á la historia y á la geografía en sus comedias heróicas. Por lo tanto no deberá juzgársele bajo este aspecto. Supongamos que nada sabemos de la una ni de la otra, y entreguémonos de buena fé en manos de nuestro autor, á ver si cumple, á pesar de esta culpa, la principal obligacion de un autor dramático, que es *interesar* dentro del mundo ideal que se ha forjado.

Las principales comedias de Calderon en este género, son:

Auristela y Lisidante.
Hado y divisa de Leonido y de Marfisa.
Afectos de odio y amor.

La accion de estas tres comedias se reduce en el fondo á una misma. Un héroe ama á una princesa, que le aborrece por haber dado muerte á su hermano ó padre en el trance de una batalla. El héroe, disfrazado con otro nombre, se hace amar de la misma

que le aborrecia; y le presta tantos y tan señalados servicios, que la obliga á que le dé su mano. *La de Hado y divisa de Leonido y de Marfisa* es de teatro, y la última que escribió Calderon á la edad de 81 años: pero ni en la fábula ni en el estilo, se nota que la vejez hubiese producido su efecto en aquel genio estraordinario.

El segundo Escipion. Es la historia de la hermosa dama española, que Publio Escipion restituyó á su esposo, habiendo sido hecha prisionera por los romanos.

Darlo todo y no dar nada. Alejandro el Grande cede al pintor Apeles la hermosa Campaspe, de la cual estaba enamorado.

Los hijos de la Fortuna. Comprende toda la novela de Teagenes y Cariclea, escrita en griego por Heliodoro, desde que estos dos amantes se conocieron en Tesalia hasta que se casaron en Etiopia. Hay que admirar en ella el enlace de los sucesos, hecho de tal manera, que á pesar del contínuo rompimiento de las unidades de tiempo y de lugar, se conserva siempre el interés novelesco.

La hija del aire, 1.ª y 2.ª *parte.* La primera es la historia de Semíramis, hasta que casa con Nino, rey de Asiria. En la segunda está ya viuda, quita el trono á su hijo Ninias, y perece en una batalla. El autor ha evitado los dos escollos del parricidio y del incesto, supriméndolos.

Muger, llora y vencerás. Una princesa, amada de dos hermanos, prefiere al uno de ellos para esposo. El desairado toma las armas, vence al feliz; y las lágrimas de la esposa le obligan á renunciar á su pasion, y dejar á su hermano en la libre posesion de su cetro y de su muger.

La gran Cenobia. La accion se compone de las victorias y prision de esta heroina, y termina en la muerte del emperador Aureliano, su vencedor. Aunque tiene escelentes escenas, es una de las mas desordenadas de Calderon.

Las Armas de la hermosura. Coriolano hace la guerra á Roma, su patria, con un ejército de sabinos: la pone en sumo estrecho; niega su libertad á su padre, á la nobleza, al pueblo de Roma; y solo la concede á las lágrimas de Veturia, su amante.

Duelos de amor y lealtad. Esta comedia, que es la última del catálogo que hemos formado de las heróicas, es en nuestro entender la mejor de su clase.

Los fenicios, arrojados de su patria primera por pestes, terremotos y otros azotes del cielo, abordaron á las playas de la que despues se llamó Fenicia. Irifile, reina de Ceilan, les salió al encuentro para impedir que desembarcasen y fué vencida. Los fenicios, dueños de la playa, empezaron á edificar la ciudad de Tiro, empleando en el trabajo de los muros á los cautivos que hicieron en la batalla.

Irifile pidió socorro á Ciro, rey de Persia: el cual le envió un cuerpo considerable de tropas, y por general de ellos á Toante, amante correspondido de Irifile. Con estas fuerzas marcharon contra los fenicios; y el primer acto empieza en la nueva victoria que consiguieron los fenicios, quedando Irifile prisionera de Deidamia, reina de Tiro, y Toante caido del caballo sin sentido en el campo de batalla, que por muerto le hubieran arrojado al mar, á no haber llegado Leonido, general de las tropas fenicias de tierra, que advertido de que aun vivia, le llevó á su casa, mandó curarle, y despues de restablecido, le trató mas como á amigo que como á esclavo. Toante ocultó su nacimiento y dignidad tomando el nombre de Estraton.

En el segundo acto, Cosdroas, uno de los cautivos persas, habiéndoles reunido con el pretesto de hacer un sacrificio á Diana, los escita á libertarse, dando cada uno muerte á su dueño valido de sus armas y del sueño. Toante, que se halló en la reunion, convino en el hecho: fuése á su casa, meditando los medios de salvar á Leonido, cuando sabe no solo que este general amaba á Irifile, sino que tambien la habia robado.

Aqui empieza la lid entre la lealtad debida á su salvador y amigo, y los celos que destrozaban su alma. Triunfó el sentimiento mas noble, y halló trazas para persuadir á los cautivos que realizaron con buen éxito su conspiracion, que habia dado la muerte á Leonido, para tenerle oculto en un cuarto de su casa, sirviéndole él mismo con tanta lealtad y cuidado como antes, y en fin, para separar á su amada Irifile, de Leonido.

En el tercer acto, Alejandro Magno, que emprendia entonces la conquista de Persia, tuerce el camino para Tiro con el objeto de castigar la rebelion de los esclavos. Llega delante de la ciudad: Deidamia, agradecida á Irifile que habia protegido su vida contra los cautivos rebelados, sale al encuentro al héroe de Macedonia,-y le pide que perdone á Tiro. Alejandro accede á su súplica, y manda publicar un perdon general para todos los esclavos con tal que le entreguen á Toante, contra el cual estaba mas irritado por haber dado muerte, segun dijo la fama, á su amigo y bienhechor. Los esclavos que no podian defenderse, aprovecharon el indulto, y entregaron á su general: el cual, interrogado por Alejandro, no declaró que Leonido vivia por no faltar al juramento que se habia hecho de no descubrirle en ningun caso. Ya iba á ser conducido al suplicio, cuando Irifile, que habia sido testigo de todo lo que hizo Toante en la noche del tumulto, llevó á Alejandro á la casa de Toante, dispuso que se derribasen las puertas que encubrian la mansion de Leonido, y presentó á este al rey de Macedonia y á los demas que le acompañaban. Alejandro premió la lealtad y la firmeza de Toante, dándole la corona de Tiro.

Tal es la accion de este drama, uno de los mas interesantes y mejor conducidos de Calderon. Tambien es uno de los mejor versificados, como se verá en los siguientes pasages, que no son los únicos dignos de elogio que hay en la comedia.

El razonamiento de Cosdroas en el acto segundo para persuadir los esclavos á la rebelion, es admirable,

á pesar de algunos lunares fáciles por otra parte de corregir.

Cosdroas...................Para deciros,
mirándoos unos en otros
tan pobres, tan abatidos,
y tan míseros, que dónde
estan los persianos brios
que en Asia y Africa os dieron
tantos blasones antiguos.
Y si no es bastante espejo
veros en vosotros mismos,
volved á ese muro, á ese
campo los ojos, y tinto
uno en sangre, y otro en llanto,
vereis que os dicen á gritos:
Aqui los que fallecieron
peleando, se han construido
en cada flor una pira,
en cada hoja un obelisco;
y alli los que se toleran
infamemente cautivos,
en cada piedra un padron,
y en cada hazada un delito.
Que al trance de una batalla
se muestren menos benignos
los hados, y que llevando
adelante sus motivos,
tenaces, si dan en ser,
ya opuestos, ó ya propicios,
sea una victoria de otra
batallado silogismo;
ya lo vimos muchas veces,
pero pocas veces vimos,
que el laurel del vencedor
sea argolla del vencido,
con tan grande infamia, como
ver que unos advenedizos,

arrojados de su patria,
de esos mares peregrinos,
y huéspedes destos montes,
hollando espumas y riscos,
á avasallarnos en ella,
á la nuestra hayan venido,
tan afortunados, que
no nos dejen albedrío
á que en nuestro desempeño
osemos abrir caminos
que ilustren con intentarlos,
cuando no con conseguirlos.
Si os mantiene la esperanza
de que sereis socorridos
de Ciro, ya esa espiró,
que hoy un mercader que vino
á traer con pasaportes
no sé qué canges, me dijo,
que Alejandro, á quien la fama
da el Magno por apellido,
¿pero qué mucho, si es
del Grande Filipo hijo,
que hijo de Felipo el Grande,
el mundo avasalle invicto?
que el Magno Alejandro, pues,
(segunda vez lo repito)
entra por Persia, con que
puesto en su opósito Ciro,
acudir al proprio daño,
mas que al ageno, es preciso.
Ya ni aun aquella lejana
esperanza de su auxilio
os queda, con que obligados
os hallais á reduciros
á duradera prision
en tan penoso ejercicio,
como el gusano de seda,
que labrando de sí mismo

la cárcel, muere encerrado
en el hilado capillo
que fabricó su tarea
de su sustancia hilo á hilo.
Pues siendo asi que á un gusano
somos hoy tan parecidos,
que con nuestro propio afan
en esos muros de Tiro
nuestras cárceles labramos,
seámoslo en romper altivos
de tan violenta prision
las cadenas y los grillos.
¿El no renace con alas
de sí proprio tan distinto,
que al que se encerró gusano,
salir mariposa vimos?
¿Pues por qué, por qué nosotros,
con mas razon, mas instinto,
no habremos de cobrar alas?
muramos, ya que morimos,
de ardiente encendida fiebre,
no de yerto pasmo frio.
Diréisme, que con qué medios,
por mas alas, por mas brios
que criemos, nos podemos
alentar á competirlos.
Ellos de las armas son
los dueños, sin permitirnos,
ni aun para el uso comun
de la vianda, un cuchillo.
Todos acerados arcos
y flechas, todos bruñidos
arneses y escudos tienen,
cuando desnudos vivimos
nosotros, sin mas defensa
al invierno, ni al estío,
que estos serviles ropages,
que sin decoro ni aliño,

toscos nos urdió el telar,
sin primor del artificio.
Esto direis, y respondo,
que para eso se previno,
que á quien le falta la fuerza,
se guarnezca del arbitrio.
A su política atentos
los estrangeros fenicios,
¿mas que en la campaña muertos,
no nos conservaron vivos
en la esclavitud, á causa
de que el tenernos rendidos
miraba á dos conveniencias,
dejándoles á dos visos,
ó ya el cange, ó ya el sudor
fortificados, ó ricos?
Esta ansia de prisioneros
y sed de esclavos, ¿no hizo
que nuestro número crezca
mas que el suyo, pues es visto,
que ninguno hay sin esclavo,
y muchos á cuatro y cinco?
¿Pues quién nos quita, ya que
de dia al trabajo acudimos,
y de noche cautelados,
cada uno al domicilio
se va de su dueño, que
cada uno pueda, valido
del silencio de la noche,
del prestado parasismo
del sueño, y sus mismas armas,
gloriosamente atrevido,
matarle en su mismo lecho?
con que, casero enemigo,
vendrá á tener mas ventaja
que él tuvo, pues mas distrito
que hay del desnudo al armado,
hay del despierto al dormido.

Mueran, pues, en indefenso
callado motin; sin ruido,
reservando solamente
las mugeres y los niños
que no pasen de diez años,
para que en nuestro servicio
ellas vivan, y ellos crezcan:
con que poniendo advertidos
á Irifile en libertad,
y á Deidamia en su servicio,
con las preciosas riquezas,
que de Fenicia han traido,
quedaremos, no tan solo
libres, vengados y ricos,
pero absolutos señores,
eligiendo á nuestro arbitrio
rey que nos gobierne, pues
siendo de nosotros mismos,
es fuerza en paz y justicia
mantenernos, advertido,
que podremos deponerlo,
pues pudimos elegirlo.
Con que dueños de nosotros,
sin reconocer dominio
á nadie, daremos nombre
al nuevo reino de Tiro,
en cuyo muro, y en cuyas
láminas de piedra escrito,
leerá la fama la historia
de los venideros siglos:
esta es la venganza que
osados, fuertes y altivos
en su esclavitud, tomaron
los persas de los fenicios.

No lo es menos el diálogo inmediato de Toante con Cosdroas, queriéndole persuadir á que consienta en que viva Leonido.

Toan. ¿Cosdroas?=*Cos.* ¿Qué quieres?=*Toan.* Que pues
ya todos van divididos
á sus casas, industriados
de lo que han de hacer, conmigo
te vengas hácia la mia,
porque tengo en el camino
que hablarte á solas.=*Cosdr.* ¿Qué esperas?
Toante. ¿Acuérdaste que Leonido
me dió la vida?=*Cosdr.* Yo fuí
el instrumental testigo.
Toante. ¿Sabes que en mi esclavitud,
mas que mi dueño, mi amigo,
sobre aliviar mis fatigas
fuera de su casa, hizo
en ella tal confianza
de mí, que siendo preciso
venir tarde algunas noches
del jardin, adonde asisto,
á causa de que Deidamia
bajaba á su ameno sitio,
mandó que me diesen llave
no solo de aquel postigo
que cae á mi albergue, pero
maestra de su cuarto mismo,
á fin de lo que gustaba
tal vez conferir conmigo?
Cosdr. Sí lo sé.=*Toante.* ¿Sabes tambien
que soy quien soy?=*Cosdr.* Yo el que finjo
que no lo eres soy.=*Toante.* ¿Pues cómo,
sabiendo que por él vivo,
sabiendo su tratamiento,
su confianza y cariño,
y finalmente, que soy
quien soy, has de mí creido
que vida, trato y fé puedo
pagar con un homicidio?
Cosdr. Tú fuiste quien mi consejo
aprobaste.=*Toante.* Muy distinto

es cumplir yo con la patria,
que haber de cumplir conmigo.
Leonido no ha de morir
á mis manos; dame arbitrio
cómo podré tus intentos
carear con sus beneficios.

Cosdr. No dándole tú la muerte,
pero no quedando él vivo,
que general de sus armas,
es mucho para enemigo,
si vivo queda.=*Toante.* ¿Cómo eso
puede ser?=*Cosdr.* Ya lo imagino:
yo juntaré de los nuestros
algunos, que irán conmigo,
diciendo que alli el esfuerzo,
por ser principal caudillo,
donde hay guardia, y hay familia
conviene, y asi, eximido
tú de la nota de ingrato,
con que el tumulto lo hizo,
pones en salvo tu honor.

Toante. No pongo, si lo permito,
que en lo mal hecho; aun es menos
hacerlo, que consentirlo,
que uno dice, bien vengado,
y otro publica, mal quisto.

Cosdr. Eso es reventar de honrado.

Toante. Esto es ser agradecido.

Cosdr. Es ser no fiel á la patria,
por ser con un hombre fino.

Toante. Es ser fiel, y fino á un tiempo,
pues ya voté los designios
de la patria en su favor,
y ahora consulto los mios,
de ingrato no ha de acusarme.

Cosdr. ¿Qué muerto al matador vino
á residenciar de ingrato?

Toante. El que quedó en mi fé vivo.

Cosdr. Bastante disculpa es
decir que el motin lo hizo.
Toante. Si eso, sin saberlo yo,
me lo hallára sucedido,
decias bien. = *Cosdr.* ¿Quién, sino tú,
lo sabrá? = *Toante.* ¿Qué mas testigo?
para ser yo ruin, ¿no basta
saberlo yo de mí mismo?
Cosdr. Pues prevente á embarazarlo.
Toante. Pues prevente tú á cumplirlo.
Cosdr. Sí haré, que menos importa
que un comun, un individuo;
y quizá habrá, como salve
tu honor y mi patria... = *Toante.* Dilo.
Cosdr. ¿Para qué, si es tu disculpa
no saberlo? y no hay camino
mejor de que no lo sepas... = *Toante.* ¿Qué?
Cosdr. Que irme yo sin decirlo.

Toante va á su casa: encuentra á Irifile robada, y un soldado por guarda suya: le quita el acero y le da muerte: quiere llevarse consigo á Irifile, á tiempo que Leonido entra en casa, y le ve con la espada ensangrentada, y queriendo sacar de casa á Irifile. Toante se disculpa en los siguientes versos, que pueden ser modelo de una narracion rápida y verosímil como requeria el lance.

Toante. Volver por tu honor, el mio,
y el suyo; en mi albergue estaba,
cuando oigo un triste gemido
de muger, pidiendo al cielo
favor, tomo luz, movido
de la novedad, y entro
adonde un soldado miro
con Irifile, no sé
cómo me atreva á decirlo,
por no decir que luchando;

y porque llegué á impedirlo,
me atropelló de manera,
que me obligó á que á los filos
muera de su acero: mira,
él en tu casa atrevido,
ella ofendida en tu casa,
yo en tu casa agradecido,
si hice bien ó no en salvar
su honor, el tuyo, y el mio;
con que viéndola confusa,
sin saber cómo aqui vino,
le dije, como tú oiste:
vente, Irifile, conmigo,
para volverla á Deidamia.

El soldado, muerto á los pies del lecho de Leonido, le sirvió para engañar á Cosdras, y persuadir á los demas esclavos que habia dado muerte á su amo.

La accion es seguida, aunque mas estendida que los límites que permite la unidad de tiempo: la de lugar solo se rompe una vez; porque la primer escena del tercer acto no es en Tiro, sino en el campamento de Alejandro en las fronteras de Persia, adonde fué Cenon, almirante fenicio, que escapó la noche del tumulto á pedirle socorro contra los esclavos. Es muy notable el principio de su razonamiento, porque en él estan espresados en muy buenos versos los falsos argumentos en que fundaba la antigüedad el derecho de esclavitud.

Habiendo por derecho de armas sido
del vencedor la vida del vencido,
la natural piedad hizo costumbre
que esten en cautiverio, ó servidumbre;
con que apresando algunos persas vivos,
los conservamos solo de cautivos
en el nombre supuesto,
que en lo demas les era manifiesto

que al que cangearse trate,
no le impidiese el dueño su rescate;
y el que no le tenia,
devengase la costa que le hacia
en la pública fábrica del muro;
con que no maltratado, y bien seguro,
de nadie queja alguna
le quedaba, si no es de su fortuna.
En este, pues, recíproco contrato,
de que me sirva, pues que no le mato,
conjurados, hicieron tan notable
traicion, motin tan fiero y execrable,
tan bárbaro despeño,
como dar cada cual muerte á su dueño.

En la comedia de *Darlo todo y no dar nada*, hay tres caractéres superiormente descritos, el de Alejandro Magno, ambicioso, vehemente en sus pasiones, irascible, pero lleno de dignidad y capaz de oir y obedecer la voz de la razon: el de Diógenes, filósofo austero por conviccion, atrevido para el orgullo de su entendimiento, pero mas estóico que cínico: y Campaspe, dama hermosísima, pero montaraz y valerosa, que da muerte á un capitan macedonio en defensa de su honor, inspira amor al Grande Alejandro, le salva la vida en una montería cuando el caballo iba á despeñarle, pero sin corresponder á su pasion: porque ella ama á Apeles, y se irrita generosamente de que este insigne pintor, amándola y siendo correspondido de ella, haga su retrato para el Grande Alejandro.

El carácter de Diógenes se desplega al principio del primer acto, oyendo los aplausos con que se celebra la llegada á Grecia de Alejandro.

Dióg. ¿Qué contrarias armonias
en no contrarios acentos,
aqui de estruendos marciales,
aqui de dulces estruendos;

la esfera del aire ocupan,
hasta penetrar el centro
deste pobre albergue, donde
yo reino, y rey de mí mismo,
habito solo conmigo,
conmigo solo contento?
¿Mas quién me mete en dudarlo?
sea lo que fuere, puesto
que no me puede añadir
ni gusto ni sentimiento
el saber con qué razon
la media razon del eco
suena en su cóncavo espacio,
una y otra vez diciendo...

El y tod. Que á su imperio le viene el mundo estrecho·
pues todo el mundo es línea de su imperio.

Chich. Por esta parte me dicen
que una fuente hay; y aunque tengo
trabada lid con el agua,
por haber mi casa hecho
alianza con el vino,
la he de buscar con todo eso;
que el cansancio con que entramos
en Grecia marchando, muertos
de sed y calor, bien pueden
honestar la tregua, siendo
en Grecia agua mi socorro,
mientras no hallo vino Greco:
¿por dónde irá la bellaca?
Pero qui hay gente: buen viejo,
decidme hácia dónde corre
una fuente, que deseo,
por mas que corra, alcanzarla:
bien, que dudando y temiendo,
cuando la busco rabiando,
el que la he de hallar riendo.

Dióg. Venid conmigo, que yo
hallá voy, á cuyo efecto

me hallais, ya lo veis, cargado
deste rústico instrumento.

Chich. Moza de cántaro, ya
dijo no sé qué proverbio:
viejo de cántaro, no
lo dijo hasta hoy; ¿pues qué es esto?
¿no hay quien venga en vuestra casa
por agua, sino vos? = *Dióg.* Necio
debeis de ser. = *Chich.* ¿Y de qué
lo inferís? = *Dióg.* ¿De qué? si puedo
servirme yo á mí, culpeis
que otro no me sirva, puesto
que solo está bien servido
el que se sirve á sí mesmo.

Chich. ¿Mal fardado y sentencioso?
¿pobreton y circunspecto?
¿sois filósofo? = *Dióg.* No sé;
mas sé que quisiera serlo.

Chich. Pues en tanto que llegamos,
decidme, asi os guarde el cielo,
¿cómo, cuando estas campañas
estan con tantos diversos
aplausos de paz y guerra
cubiertas, vos acudiendo
á tan civil ejercicio,
vais penetrando lo espeso
destos montes, apartado
de tanto heróico comercio,
sin que la curiosidad
os lleve siquiera á verlo?

Dióg. ¿Pues qué hay que ver?

Chich. ¿Qué hay que ver?
cuando no fuera el inmenso
aparato con que vuelve
coronado de trofeos
un ejército, triunfante
de toda Persia, trayendo
prisioneras á las hijas

de Darío, su supremo
rey, que puesto en fuga, él solo
escapó la vida huyendo;
cuando no fuera el aplauso
con que le recibe el pueblo
en estas montañas, donde
ha de alojar este invierno,
¿el ver no mas á Alejandro
no bastaba? á cuyo esfuerzo,
como esas canciones dicen,
viene todo el mundo estrecho.

El y Mus. Pues todo el mundo es línea de su imperio.

Dióg. Necio te llamé una vez,
y ahora á llamártelo vuelvo:
¿Alejandro es mas que un hombre
tan vanamente soberbio,
que llora que hay solo un mundo
para verle á sus pies puesto?
¿pues por qué me he de mover
á verle? cuando mi afecto
mas fuera, si fuera un hombre
tan sabio, prudente y cuerdo
que llorára que no habia
otros muchos mundos nuevos
solo para despreciarlos,
mas que para poseerlos;
pero esta filosofia
no es para tí, á lo que infiero
de tu trage y tus razones.

Chich. ¿Por qué? = *Dióg.* Porque al culto atento
de ese humano dios, aplaudes
su ambicion, no conociendo
que con cuanto puede, no
puede enmendar un defecto
con que, para desengaño
de lo poco que es su imperio,
le dió la naturaleza
en los ojos. = *Chich.* Yo confieso

que atravesados, es grande
la fealdad que tiene en ellos;
mayormente encarnizado
y lagrimoso el izquierdo,
sobre cuyo hombro derriba
la cabeza quizá el peso
del laurel; ¿pero qué importa
ser horroroso su aspecto,
sino le pasan al alma
imperfecciones del cuerpo?

Dióg. Sí, mas debiera sin ellas
pasar al conocimiento
de que es todo su poder
caduco y perecedero,
pues con cuanto puede, no
puede enmendarse á sí mesmo:
y dejando para otra
ocasion el argumento,
que no acaso este principio
quizá á mejor fin asiento,
aquesta es la fuente; toma,
este vaso es cuanto puedo
ofrecerte.=*Chich.* ¿Para qué?

Dióg. Para que bebas, cogiendo
el agua con mas descanso.

Chich. Mano con que beber tengo:
mi señora Doña Clara,
cuyo corriente despejo
entre esotras flores viene
buscando la flor del berro,
en forma de besamanos,
como suelen desde lejos
los que afectan cortesía,
á usted saludo, y protesto
la nulidad de la fuerza
que la sed me hace; advirtiendo,
que no sirva de ejemplar
para otra vez.=*Dióg.* ¿Qué es aquello?

con la mano al labio sirve
el cristal; al fin, es cierto
que no hay loco de quien algo
no pueda aprender el cuerdo;
pues si la naturaleza
me dió mas noble instrumento
que el de este barro, de quien
servirme pueda, no quiero
ofenderla mas, pues basta
el agravio que la he hecho
en no saberlo hasta ahora.

Chich. Yo he bebido; ¿mas qué es eso?

Diόg. Romper ese inútil barro.

Chich. ¿Pues por qué?=*Dióg.* Porque no tengo
de tener nada que sea
para la vida superfluo:
si puedo vivir sin él,
ya que de tu sed lo aprendo,
¿para qué le quiero yo?

Chich. ¿De suerte, que de provecho
no es lo que no es tan forzoso,
que no se viva sin ello?

Dióg. Claro está; pues para sola
una vida que tenemos,
cuanto en ella está de mas,
está en el juicio de menos;
y ya que de tí enseñado
hoy en una parte quedo,
vélo tú en otra de mí,
considerando, advirtiendo
qué caso hará de Alejandro,
ni de todos sus anhelos,
sus aplausos, sus victorias,
sus conquistas y trofeos,
quien se embaraza con solo
un tosco vaso grosero,
el dia que llega á ver
que no tenerle es lo mesmo

que tenerle; y porque mas
se esmere el conocimiento
desta verdad, di á Alejandro
que Diógenes, un viejo
mísero y pobre que en estas
soledades vive atento
mas á saber, que á adquirir,
no solo va á verle, pero
por no verle, al tiempo que
con tanto heróico festejo,
segun esas voces dicen,
viene atravesando al templo
de Júpiter, donde yace
el hadado nudo ciego
de Gordio, huyendo su vista,
va penetrando lo espeso
destas rústicas montañas:
y añade, que si él es dueño
del mundo, yo lo soy mas,
pues en contrarios estremos,
él lo es porque le estima,
y yo porque le desprecio;
por mas que esas voces digan
una y otra vez al viento...

El y tod. Que á su imperio le viene el mundo estrecho,
pues todo el mundo es línea de su imperio.

Chich. Estrañas borracherías
son las de todos aquestos
filósofos; pues por solo
haber dicho muy severo
cuanto la vida de mas
está, en el juicio de menos,
se andará toda la vida
por aquesos vericuetos
con su filosofía acuestas,
padre conscripto del yermo.

Veamos cómo describe Calderon la célebre visita

de Alejandro á Diógenes, tan celebrada de los historiadores. Hállase al principio del segundo acto.

Chich. ....Llega,
señor, que en casa está el viejo.
Alej. ¿Dijístele que á sus puertas
estaba Alejandro? =*Chich.* Si.
Alej. ¿Pues cómo no sale á ellas,
habiendo mi nombre oido,
á recibirme siquiera?
Chich. Como dice que es temprano,
porque el sol aun no calienta,
que en saliendo el sol, saldrá.
Alej. ¿Y qué hacia?=*Chich.* En una media
tinaja, llena de lana,
metido hasta la cabeza
estaba, que parecia
degollado de comedia;
sin que haya en todo el espacio
mas cama, silla, ni mesa,
que un candil, y cuatro libros.
Alej. Hombre que en tanta miseria
vive, ¿de saber que yo
vengo á verle ni se altera
ni se sobresalta mas?
Chich. Y porque mejor lo veas,
oye, que vuelvo á llamarle:
señor Diógenes, advierta
que viene á verle Alejandro.
Diog. ¿Héle dicho yo que venga?
pues si yo no se lo he dicho,
que se espere, ó que se vuelva.
Alej. No hay mas que decir.=*Efest.* O mucha
constancia, ó locura es esta.
Alej. Sea lo que fuere, ya
hice capricho de verla;
si es constancia, por aprecio,
y si es locura, por fiesta:

bien podeis salir, que ya
el sol sus rayos despliega.

Dióg. Pues al ver el sol saldré,
que al fin es el que me alienta,
me anima, y me vivifica.

Alej. ¿De suerte, que si no fuera
por el sol, lo que es por mí
no saliérais?=*Dióg.* Lo que hiciera
no sé; mas sé, que él me trae
en la regular tarea
de las noches y los dias
esta luz hermosa y bella,
y que vos no me traeis nada.

Alej. Sí traigo.=*Dióg.* ¿Qué?=*Alej.* La respuesta
de un recado que me dió
vuestro ese soldado.=*Dióg.* ¿Qué era?
que como cosa de poca
sustancia, no se me acuerda.

Alej. ¿De poca sustancia es
decir, que en mi competencia
seis vos mas dueño del mundo,
que yo?=*Dióg.* Ah, sí, ya se me acuerda;
es verdad, yo se lo dije:
y si de escucharlo os pesa,
perdonad, lo dicho dicho.

Alej. Antes me huelgo, y por esa
razon vengo á visitaros,
pues es justo que á ver venga
Alejandro á un igual suyo.

Dióg. Pues como entre iguales sea
la visita; ahí hay un tronco,
sentaos, que yo en esta peña
procuraré acomodarme.

Alej. Agradezco la licencia.
¿Qué es eso?=*Chich.* Deste monarca
la caballería ligera,
que en desmandadas patrullas
va saliendo á pecorea

con el dia.=*Dióg.* Quita, necio.
Chich. Ya quito.=*Alej.* Locuras deja:
y pasando, como amigos,
del cumplimiento á la queja,
dícenme que por no verme
echásteis por otra senda.
Dióg. Tambien me dicen que vos,
por verme, echásteis por esta.
Alej. ¿Y es la misma razon huir
vos, que yo buscar?=*Dióg.* La mesma:
pues ni otro huyera de vos,
sino yo, ni otro viniera,
sino vos, á verme á mí;
y asi, es clara consecuencia,
que haciéndolo por hacer
los dos lo que otro no hiciera,
ni en vos hay queja, ni en mí
culpa.=*Alej.* ¿Y eso, en qué se prueba?
Dióg. En que esto de los caprichos
mas quiere maña que fuerza.
Alej. No decís mal; pero vamos
á saber de qué manera
sois vos mas dueño del mundo,
que yo.=*Dióg.* ¿Pues no es evidencia,
que es mas rico el que le sobra,
que el que le falta la hacienda?
Alej. Claro está.=*Dióg.* Luego si á vos
sola una parte pequeña
que os falta, os trae desvelado,
y no veis la hora de verla
debajo de vuestro imperio;
y á mí nada me desvela,
porque no se me da nada
que sea mia ó no lo sea,
mas rico soy yo que vos,
pues á vos os falta esa
parte que deseais, y á mí
me sobran todas aquellas

que no deseo ; y si no,
pasemos á la esperiencia
á cuál está mas contento ,
¿vos con toda esa grandeza ,
magestad y pompa, ó yo
con toda aquesta miseria,
hambre y desnudez?=*Alej.* No quiero
aventurar el apuesta ;
pero la posteridad
de una heróica fama eterna,
¿será vuestra, ó será mia?

Diόg. Será mia, y será vuestra.

Alej. ¿Cómo? =*Diόg.* Como quien dijere
que vino Alejandro á Grecia,
dirá como visitó
á Diógenes en ella ;
con que en la historia vendremos
á correr los dos parejas,
vos por hacer la visita ,
y yo por no agradecerla :
fuera de que, ¿qué me importa
que fama ó no fama tenga ,
si un aliento de la vida
hoy calladamente suena,
mas que despues todo el ruido
de sus trompas y sus lenguas?

Alej. Pues siendo asi, que la vida
es lo que se goza della ,
vos no la gozais, yo sí ;
y para que lo veais, sea
este tambien mi argumento,
para que á escuchar no vuelva
que no vengo á traeros nada :
¿qué quereis que mi grandeza
os dé? =*Diόg.* Con que no me quite ,
mi vanidad se contenta.

Alej. ¿Con que no os quite? =*Diόg.* Sí.=*Alej.* Pues
decidme, porque lo sepa,

¿qué es lo que yo os quito? = *Dióg.* El sol,
que va tomando la vuelta;
y asi, pasaos aqui, no
me quiteis por vida vuestra
lo que no me podeis dar.

Dlej. Yo os estimo la advertencia;
y pues que ya os doy el sol,
daros lo demas quisiera;
¿qué quereis que por vos haga?

Dióg. A tan general promesa,
liberal y generosa,
darme por vencido es fuerza:
ahora bien, haced por mí...

Alej. Decid, nada os enmudezca:
¿qué quereis que haga por vos?

Dióg. Sola otra flor como esta.

Alej. Eso fuera ser Criador;
no cabe en la humana esfera
tan soberano atributo.

Dióg. ¿Pues qué hay que os desvanezca?
Si vuestro poder no basta
á hacer una inútil yerba,
que da el prado tan de balde,
que la pace cualquier fiera,
que cualquier ave la pica,
y la aja cualquier huella,
id con Dios, y á los que estudian
las desengañadas ciencias
que en ese azul libro, y ese
verde libro nos enseñan,
ya caractéres de flores,
y ya imágenes de estrellas,
porque aprendamos á un tiempo
divinas y humanas letras,
investigando ingeniosos
aquella causa primera
de todas las otras causas,
no vengais á hacerles pruebas

de qué quieren, ó qué estiman,
que no hay que estimen ni quieran
sino solos desengaños;
y porque mejor se vea
cuál es mas rico tesoro,
la magestad ó la ciencia,
ya que la primera huísteis,
vaya la segunda apuesta
á cuál necesita antes,
ó yo de vuestras riquezas,
ó vos de mis ciencias.

Son admirables los versos en que Campaspe al verse pintada echa en cara á Apeles la ruindad de pintarla para otro.

Camp. ¡Qué es lo que miro! ¿es por dicha
lienzo ó cristal trasparente
el que me pones delante?
que mi semblante me ofrece
tan vivo, que aun en estar
mudo tambien me parece:
pues al mirarle, la voz
en el labio se suspende
tanto, que aun el corazon
no sabe cómo la aliente:
¿soy yo aquella, ó soy yo yo?
torpe la lengua enmudece,
quizá porque el alma en medio
de las dos, dudando teme
dónde vive, ú dónde anima,
no sabiendo á un tiempo entre
una y otra imágen mia,
de cuál de las dos es huésped.
¿Esta habilidad tenias?
¿segundo ser darle puedes
á un cuerpo? ¿Pues cómo, cómo,
si tan divino arte ejerces,

tan bajamente le empleas,
que para otro dueño enjendres
la copia de lo que dices
que amas? Vete de aqui, vete,
que en una parte me admiras,
y en otra parte me ofendes.

Apeles, agitado del amor y de los celos, obligado por la lealtad á callar su pasion, pierde en esta lucha de afectos el juicio, cayendo en una melancolía mezclada de arrebatos furiosos. Alejandro, que le amaba, encarga á Diógenes que averigüe la causa de su mal, y él la descubre y la dice á Alejandro. La escena que resulta de esta declaracion, y que forma el desenlace del drama, basta ella sola para probar la superioridad de Calderon como escritor dramático.

Dióg. .... Las plantas
me da, señor, en albricias
de que ya mi ciencia alcanza
el accidente de Apeles.
Alej. Si en otra ocasion llegáras,
fueras mas bien recibido;
mas ya que llegaste, habla,
di, ¿qué accidente es? = *Dióg.* Amor.
Alej. Si no dices mas, no basta
para que te crea, pues esa
fué la primera palabra
que dijiste, y no por eso
fué cierto, y como no añadas
mas, lo mismo será ahora.
Dióg. ¿Bastará decir la dama
y el competidor? = *Alej.* Sí. = *Dióg.* Pues
si eso es todo lo que falta
al crédito de mis ciencias,
y á sus conjeturas sábias,
aunque yo no lo conozco,
perdone esta vez su fama,

la dama es Campaspe, y tú
el que de celos le mata;
de suerte, que amor y celos
son de sus penas la causa.

Alej. ¿Qué dices? ¡ay infelice!

Camp. Cielos, la suerte está echada.

Dióg. ¿Que es Campaspe á quien adora?

Alej. No prosigas, calla, calla,
que en tí, porque me lo dices,
mas que en él, porque me agravia,
pues ya es cómplice al dolor
quien el dolor adelanta,
tengo de vengar mis celos.

Efestion. Advierte, señor... = *Dióg.* Bien pagas
su fineza y mi fineza.

Alej. ¿Qué fineza? si tirana
tu voz, su intencion traidora,
me han dado la muerte ambas.

Camp. Ay de quien sobre sí, cielos,
todo este escándalo aguarda.

Dióg. La suya, pues, es tan grande,
tan noble, tan leal, tan rara,
que á despecho del favor
que quizá en Campaspe halla,
se deja morir, por no
ofender la confianza,
respeto y decoro que
tan á su costa te guarda.
La mia, pues, que te pongo
en ocasion de que hagas
una accion tan generosa,
como agradecer las ansias
del que en abono de todos
los que encarecen que aman;
diciendo, que amantes pierden
por su dama el juicio, anda
tan fiel contigo, y con ella,
que en las desdichas que pasa,

pierde por la dama el juicio,
y por tí el juicio y la dama.
Alej. No con razones me arguyas
sofísticamente falsas,
que no hay en celos razon
mayor, que el que no la haya;
y asi, en tí ahora, y despues
en él, si es que ella le ama,
que yo lo sabré, mis celos
vengaré.=*Camp.* ¡Qué oigo!
Efestion. Repara...=*Dióg.* Buena ocasion se ofrecia
de volver á la pasada
cuestion, de cuál de los dos
es mas invicto monarca.
Alej. ¿Cómo?=*Dióg.* Como si antes de ahora
no creía á quien contaba
que esclavo de tus pasiones,
la destemplanza te agrava,
la lascivia te posee,
y la ira te arrabata,
ahora lo creo, al mirar
lo que una aficion te arrastra;
y siendo asi, que esa ira,
ambicion y destemplanza,
lascivia y envidia, yo
esclavas traigo á mis plantas,
¿cuál será mas poderoso,
yo, que mando á quien te manda,
ó tú, que sirves á quien
me sirve á mí? Con tan clara
consecuencia, logra ahora
mi muerte; pero á lograrla,
mira quién eres, pues eres
esclávo de mis esclavas.
Efest. A tanta osadía, no tengo
de impedirte ya...=*Camp.* Él le mata.
Alej. ¿Mira quién eres, pues eres
esclavo de mis esclavas?

¿tanto una ciega pasion
desluce el decoro, ultraja
el respeto, que ocasiona
á que pueda cara á cara
atrevérsele la voz
de un mísero, en confianza
de que diciendo verdad,
la muerte no le acobarda?
Pues no ha de ser, no ha de ser,
que no ha de decir la fama
que dijeron á Alejandro
de Diógenes las canas,
mira quién eres, pues eres
esclavo de mis esclavas,
sin que tratase enmendar
de sus defectos la causa.

Cap. ¿Cómo tan afable le habla?

Alej. Y dime otra vez, ¿por mí
Apeles muere con tanta
fineza, que leal y noble,
aunque Campaspe le ama,
á Campaspe olvida?=*Camp.* Él
mi amor averiguar trata.

Dent. Guarda el loco, guarda el loco.

Dióg. Esas voces lo declaran
mejor que yo.=*Alej.* Dejad que entre.

Apeles. Par diez, aunque lo estorbára
todo el mundo, entrára yo,
sin que tú me lo mandáras,
porque al que pide justicia,
no ha de haber puerta cerrada.

Cich. Y mas cuando una locura
le sabe falsear las guardas.

Alej. ¿Pues de quién justicia pides?

Apeles. De esos que infieles te cantan,
que en repúblicas de amor
la política es tan mala,
que el traidor es el leal,

porque yo sé que te engañan,
y que hay lealtad en amor
tan grande... pero esto basta,
que no quiero que la sepas,
porque parece que falta
á la fineza el que hace
la fineza con jactancia.

Alej. Repórtate, y pues está
tu queja tan bien fundada,
yo te guardaré justicia:
ea, valor; la mas alta
victoria es vencerse á sí,
no diga de tí mañana
la historia, que toda es plumas,
el tiempo, que todo es alas,
que tuvo en su amor Apeles
mas generosa constancia
que yo: si él por mí se deja
morir con lealtad tan rara,
¿por qué, pudiendo él hacerla,
no he de poder yo pagarla?
¿Campaspe?=*Camp.* Sin duda en él
y en mí se venga: ¿qué mandas?

Alej. Que seas heróico asunto
que en láminas de oro y plata
de mis liberalidades
corone las esperanzas:
alábense otros que dieron,
ya á las letras, ya á las armas,
coronas, reinos, provincias,
ciudades, templos, y estátuas,
que no ha de alabarse alguno
que sacrificó á las aras
de la lealtad mayor triunfo,
ni dió mas, pues dió su dama,
el dia que en su poder,
ó gustosa, ó no, la halla.
Dale, pues, la mano á Apeles,

porque esposa suya, vayas
donde no te vean mis ojos:
tú, Diógenes, repara
en la dádiva mayor,
si soy esclavo de esclavas,
ó si soy dueño de mí;
y tú mira la distancia
que hay de tu amor á mi amor,
pues tú me la das pintada,
y yo te la vuelvo viva,
para que diga la fama
que lo dí de una vez todo,
pues dí la midad del alma.

La comedia de las *Armas de la hermosura,* que es la que se representaba con mas frecuencia cuando Calderon era el dios de la escena, está llena de interés para los que no sepan la verdadera historia de Coriolano, pues en sabiéndola es imposible dejar de culpar que se sustituyesen para salvar á Roma las lágrimas de una amante á las de una madre, y que se diese por motivo á la defeccion de aquel héroe el proyecto de anular los decretos del Senado contra las galas y adornos de las mugeres. El *Coriolano* de Shakespeare es mas conforme con la historia, aunque mas feroz y grosero, que el de Calderon. El de este es mas bien un Ricohombre de Castilla del tiempo de Enrique IV, que un patricio romano.

Mas no por eso deja de tener versos escelentes, situaciones dramáticas y escenas bellísimas.

En el primer acto, Astrea, reina de Sabinia, que viene con su esposo á hacer guerra á Roma, al dar la vista á esta ciudad, describe su orígen en los siguientes versos.

Astrea.............. Ya desde aqui diviso,
aunque no bien, aquella,
que ayer vil choza, y hoy fábrica bella,

tan elevada sube,
que empieza en muro, y se remata en nube.
¡Ó tú de la fortuna
transmutado teatro, cuya escena,
no sé si diga de piedades llena,
ó llena de crueldades,
que tal vez son crueles las piedades,
en yerto albergue dió primera cuna
á aquellos que arrojados
de ignoradas entrañas,
hambrienta loba halló, que en sus montañas
recien nacidos, ya que no abortados,
eran espurios hijos de los hados!
¡Ó tú, que en lo voráz de su fiereza,
mudando especie la naturaleza
viste en vez de ser ellos de su hambriento
furor destrozo, en cándido alimento
trocar la saña, haciendo que ellos fuesen
los que de ellas al reves se mantuviesen!
Si á sus pechos criados,
si á su calor dormidos,
si de roncos anhelitos gorjeados
crecieron, arrullados á gemidos,
¿qué mucho, que vandidos,
sañudamente fieros,
se juntáran con otros vandoleros,
para vivir sin Dios, sin fé, sin culto,
del homicidio, el robo, y el insulto?
De esta, pues, compañía,
Rómulo capitan, temiendo el dia
de tu mudanza, á fin de resguardarse,
trató fortificarse,
para cuyo seguro,
el surco de un arado lineó muro,
con ley tan inviolable, que su estremo
asaltarle costó la vida á Remo.
Este fué (ó tú, otra vez, varia fortuna,
condicional imágen de la luna)

el orígen, que altiva te cónserva
crecida, á imitacion de mala yerba.

Coriolano vuelve victorioso de los sabinos, y Veturia se queja ante él y sus compañeros de gloria, de los decretos del Senado.

No blasoneis, pues, soldados,
en la rota del Sabino,
de que venís con honor;
que si valientes y altivos
allá le dejais ganado,
acá le hallareis perdido.
Inútil os fué el valor,
poco provechoso el brio,
la resolucion sin logro,
y sin efecto el peligro,
pues no habiendo de lograrle,
ya de nosotras mal vistos,
que si en fé de apetecidas
vuestro agasajo nos hizo
que descansase la queja
á la sombra del cariño,
¿qué mucho, que despreciadas,
al contrario, el albedrío,
que fué dócil al halago,
sea rebelde al desvío?
Como esposas nos tratásteis,
nobles, corteses, y finos;
¿pues cómo ya como esclavas
nos tratais, con tal dominio,
que en mugeriles adornos
aun no nos dejais arbitrio?
No lo sentimos por ellos,
que por lo que lo sentimos,
es la desestimacion,
el desden, el descariño,
el ultraje, el ajamiento,

que si el mundo en su principio
nos privó (quizá de miedo)
del uso de armas y libros,
no del uso nos privó
de aquel aplicado aliño
con que la naturaleza
se vale del artificio.
¿Pues cómo, siendo heredados,
contra el natural estilo,
cancelais de las mugeres
los privilegios antiguos?
¿Qué bruta nacion, adonde
nunca llegar han podido
ni la política en leyes,
ni la república en juicios;
qué adusto bárbaro, á quien
tostó ardiente, erizó esquivo
el sol la tez en ardores
y el aire la greña en rizos,
les negó la adoracion
del humano sacrificio
de ser ellas las rogadas,
y ser ellos los rendidos?
Cuanto mas la urbanidad
de los comercios, que dignos,
sin deslizarse á indecentes,
se mantienen en festivos.
¿Las mugeres, á quien deben
primer albergue nativo
los hombres, y á quien los hombres
en dos maneras han sido
tan costosos al nacer,
y al criarse tan prolijos,
han de vivir abatidas
á vista de quien las quiso,
ó lo dijo por lo menos,
pues basta ver que lo dijo,
para ver cuán desairados

estar todos es preciso,
vosotros con vuestras damas,
y Coriolano conmigo?
Por noble, pues, Coriolano,
por galan, por entendido,
por cortesano en la paz,
en la guerra por invicto,
ó por hombre solamente,
que harto con esto te obligo,
si como dama te ruego,
y como esclava te pido,
que aquesta infamia derogues,
haciendo que su designio
se borre de la memoria,
y se escriba en el olvido;
y si acaso á esta fineza,
de cobarde, ú de remiso,
no te dispone lo amante,
no te resuelve lo fino,
yo de mi parte á tí solo,
y á todos os lo repito
de parte de las demas:
protesto, juro y afirmo
por esa antorcha del dia,
que con afan repetido
se apaga al morir en hondas,
se enciende al nacer en visos,
que ha de ser siempre en nosotras,
si no haceis lo que pedimos,
el agasajo forzado,
poco seguro el cariño,
el favor poco constante,
el desabrimiento fijo,
triste y escabroso el lecho,
el gusto forzado y tibio,
con melindres la fineza,
el halago con retiros,
siempre el enojo rebelde,

nunca seguro el alivio;
y cuando aquesto no baste,
monstruos somos vengativos;
temed, pues, temed que el odio
quizá se pase á peligro,
que en manos de las mugeres,
tambien con violentos brios,
saben herir los puñales,
saben cortar los cuchillos.

La descripcion que hace Veturia al principio del segundo acto del tumulto que movió Coriolano en Roma, es uno de los trozos mejor escritos de Calderon.

Resuelto, pues, Coriolano,
en volver por nuesta fama,
toda la milicia suya
tomó la voz, empeñada
en que igual ley el Senado
habia de revocarla:
él empeñado tambien
en que una vez promulgada,
habia de mantener
inviolable su observancia,
dando nombre de traidor
motin á la repugnancia,
echó bando de que, pena
de serlo, ninguno osára
á seguir á Coriolano,
dejando desamparada
de favor á la justicia;
con que la nota de infamia,
arrastrando tras sí al pueblo,
puso á toda Roma en arma.
En vano será decirte
que no hubo calle, ni plaza,
que no fuese lastimoso
teatro de mortales ansias;

entre todas, la mayor
(que hay desgracia de desgracias)
fué, que en el ciego, el confuso
tumulto, una desmandada
punta (aspid debió de ser,
quizá aborto de mi rabia)
el pecho de Flavio hirió
con tan venenosa saña,
que no hubo tiempo entre herirle
el cuerpo, y faltarle el alma.
Muerto el senador, el pueblo
con el pavor, y á la instancia
de su hijo en vengar su muerte,
tanto el número adelanta,
que embestido Coriolano
de tan superior ventaja,
fuera fuerza que matando
muriera, si no llegára,
intrépidamente osado,
sobre el furor de las armas,
su padre á arrojarse en medio,
repitiendo en voces altas:
Muera, que no es hijo mio
quien es traidor á su patria;
pero muera (prosiguió)
de suerte, que satisfaga
su muerte al cielo, y al mundo,
siendo ejemplo, y no venganza:
esta causa es del Senado,
á mí me toca esta causa,
como á primer senador,
que el ser padre, no embaraza
al ser juez, porque aunque son
dos acciones tan contrarias,
mi sangre y mi obligacion
sabrán cumplir con entrambas,
dijo; y llegando á su hijo,
que al verle, se echó á sus plantas,

le arrancó el laurel con una
mano, y con otra la espada.

Coriolano, sentenciado á destierro, hace causa comun con los sabinos, guia sus armas, viene sobre Roma, y la estrecha hasta tal punto, que los romanos piden capitulacion.

Su padre Aurelio, gefe del Senado, y que habia sido el primer voto para condenar á su hijo, viene á ofrecer condiciones de paz al rey de Sabinia.

Aurel. Invicto rey: ¡mas qué miro!
Coriol. Disimule lo que admiro.
Aurel. Yo... cuándo... sí...=*Coriol.* ¿Qué te espantas
y turbas? Romano, di,
¿á qué has venido?=*Aurel.* No sé,
porque todo lo olvidé
en el punto que te vi.
Coriol. ¿Pues qué es lo que has visto en mí?
Aurel. He visto en real teatro una
farsa alegre é importuna,
adonde el discurso advierte
que hizo los versos la suerte,
y la traza la fortuna.
Coriol. Pues á admirarte te obligue,
pero á enmudecerte no.
Aurel. Por eso me admiro yo.
Coriol. ¿A qué has venido? prosigue.
Aurel. No mi intento se castigue
en tí, que al rey vengo á hablar.
Coriol. Pues yo estoy en su lugar,
y con su poder estoy,
que general suyo soy.
Aurel. Pues escucha á mi pesar.
Roma, que su heróica frente
corona la azul esfera,
en su juventud primera
imágen es de una fuente,

cuya apacible corriente
junto al mar empezó á ver
la luz, sin llegar á ser
espejo de su zafir,
pues acabó de vivir
adonde empezó á nacer.
Salud, Sabino, te envía,
y dice, que pues mayor
aplauso en un vencedor
es usar de bizarría,
que de tus piedades fia
la libertad suya, cuando
vencedor te está aclamando;
pues en el marcial estruendo,
mas que un ejército hiriendo,
vence un héroe perdonando.
Y ya que la deidad varia
de la gran fortuna está
tan de tu parte, será
desde hoy tu tributaria:
su república contraria,
unida desde hoy contigo,
dos glorias te da, dos digo,
pues dos serán soberanas,
si á un tiempo un amigo ganas,
y pierdes un enemigo.

Coriol. Romano, aunque siempre ha sido
perdonar accion gloriosa,
tambien accion generosa
es vengarse el ofendido:
di á Roma, que yo he venido
á destruirla, y que asi,
no espere piedad en mí,
porque no la he de tener
hasta verla perecer.

Aurel. ¿Eso me respondes?=*Coriol.* Sí.

Aurel. Bárbaro, que ya ha faltado
á mi paciencia valor:

¿dónde está tu antiguo honor
de estas canas heredado?

Coriol. ¿Qué sé yo? De él despojado
Roma, madrastra cruel,
me envió: si Patricio fiel,
quieres saber dónde está
mi honor, ella lo dirá,
pues que se quedó con él.

Aurel. Quedóse con la querella,
que tendrá de tí mi honor,
con la nota de traidor,
tomando armas contra ella.

Coriol. Fácil es satisfacella.

Aurel. ¿Y habrá razon que convenga
á quien sin honor se venga?

Coriol. Sí, pues me la facilita.

Aurel. ¿Qué? = *Coriol.* Que si ella me le quita,
¿cómo quiere que le tenga?
fuera de que el que he ganado,
me basta á mí para honor.

Aurel. ¿Quién te dió tanto rigor?

Coriol. El padre que me ha engendrado:
padre, y juez en un estrado,
tal vez fué juez, padre no.
¿Qué mucho, pues, si él faltó
á ser padre por ser juez,
siendo juez, y hijo esta vez,
que falte á ser hijo yo?

Aurel. El procedió cuerdo y sabio,
pues ejerció la justicia,
castigando una malicia.

Coriol. Yo castigando un agravio.

Aurel. El con la pluma y el labio
que lavó una afrenta piensa.

Coriol. Yo lavo una infamia inmensa.

Aurel. El con el estremo que hizo
una culpa satisfizo. = *Co.* Yo satisfago una ofensa.

Aurel. ¿Quién te ha dicho que es valor

el ser uno vengativo?

Coriol. Yo, que hasta cobrarle, vivo
sin aquel perdido honor.

Aurel. Si te arrojó por traidor
Roma, y vengarte apeteces,
doblada infamia padeces;
de que el mismo honor es juez,
pues por lograrle una vez,
le habrás perdido dos veces.

Coriol. Del real manto despojado,
el estoque desceñido,
seco el laurel adquirido,
y roto el baston ganado:
todo, Romano, lo he hallado
en quien sobre Roma está:
luego la infamia será
en quien honra solicita
por dársela á quien la quita,
quitársela á quien la da.
Por la luz, campaña pura
que á cargo mi causa toma,
que hoy ha de ser la gran Roma
de sus hijos sepultura:
no ha de haber piedra segura
en sus altos muros, no;
y en viendo que ya acabó
su fábrica peregrina,
por no quedarme otra ruina,
lloraré su ruina yo.

Aurel. Duélete de sus noblezas.

Coriol. Nada mi agravio les debe.

Aurel. Pues duélete de la plebe.

Coriol. No se movió á mis tristezas.

Aurel. Duélete de sus bellezas.

Coriol. A ellas mayor parte alcanza
de que logre mi alabanza;
y en fin, pues que todos fueron
los que mi desdicha vieron,

lloren todos mi venganza.
Aurel. ¿Qué no hay piedad?=*Coriol.* No la esperes.
Aurel. Mira que es Roma tu madre,
mira que yo soy tu padre.
Coriol. Tú has dicho que no lo eres;
si te creo, ¿qué me quieres?
Aurel. ¿No hay remedio?=*Coriol.* No se aguarde.
Aurel. Aunque te aconsejes tarde,
mira, ó jóven imprudente,
que ser con ira valiente,
no es dejar de ser cobarde.

Coriolano manifiesta la misma inflexibilidad á los demas que vienen á rogarle por Roma, y aun á la misma Veturia, hasta que le enternecieron sus lágrimas.

En la leccion siguiente hablaremos de los dramas de Calderon en el género trágico, en el cual sobresalió entre nuestros poetas dramáticos quizá mas que en otros.

LECCIONES

DE LITERATURA ESPAÑOLA.

21.ª Leccion. = Quinta de Calderon.

Casi la mitad de los asuntos trágicos que trató Calderon contienen la venganza de un marido ultrajado, y esto debia ser asi; porque siendo el honor el alma de su teatro, claro es que no podia olvidar el autor, que le erigió un templo en sus composiciones, el mayor y el mas cruel de sus compromisos. Nada menos que cuatro comedias consagró á este asunto, que son: *El médico de su honra; A secreto agravio, secreta venganza; El pintor de su deshonra*, y *El mayor monstruo los celos.* Entre ellas las dos primeras son las que podemos oponer con orgullo al *Otelo* de Shakespeare. En ella se ve de qué manera el esposo, enamorado de su muger y feliz con su posesion, halla motivos justos de sospechas, encierra su indignacion dentro del pecho, indaga, examina, vela hasta que al fin le es revelada la triste verdad. La adúltera es condenada á perecer; pero es necesario que en su tumba se sepulte tambien el deshonor de su familia, y asi busca el ofendido los medios de lograr la venganza, sin que se sepa que lo es. Esto da lugar á escenas trágicas y terribles del mayor interés.

En *El Médico de su honra*, Gutierre Alfonso de Solís, ofendido de su esposa Mencía y del infante Don Enrique, hermano de Pedro el cruel, rey de Castilla, se hallaba impedido por la lealtad para vengar su ofensa en el adúltero, y limitó la venganza á su muger. Despedidos los criados de su casa, buscó por la noche un cirujano, le introdujo vendados los ojos en el cuarto donde estaba encerrada su muger, le mandó que la sangrase, y le condujo hasta la calle con intencion

de darle la muerte para ocultar hasta el menor vestigio del suceso. Cuando iba á cometer esta nueva atrocidad, pasaba el rey D. Pedro, que segun todas las tradiciones se complacia en rondar de noche las calles de Sevilla, y hubo de retirarse á su casa. El rey encuentra con el cirujano vendados los ojos, y este le cuenta el suceso, añadiendo que al salir de las puertas de la casa dejó estampada en ellas su mano ensangrentada.

D. Pedro espera á que sea de dia, reconoce la puerta, y ve á D. Gutierre haciendo estremos por la muerte de su esposa, á quien supuso que se le desató durmiendo la venda de la sangria. D. Pedro dice:

Rey. ¡Notable suceso! aqui
la prudencia es de importancia;
mucho en reportarme haré;
tomó notable venganza:
cubrir ese horror que asombra,
ese prodigio que espanta,
espectáculo que admira,
símbolo de la desgracia.
Gutierre, menester es
consuelo, y porque le haya
en pérdida que es tan grande
con otra tanta ganancia,
dadle la mano á Leonor,
que es tiempo que satisfaga
vuestro valor lo que debe,
y yo cumpla la palabra
de volver en la ocasion
por su valor y su fama.

D. *Gut.* Señor, si de tanto fuego
aun las cenizas se hallan
calientes, dadme lugar
para que llore mis ansias:
¿no quereis que escarmentado
quede?=*Rey.* Esto ha de ser, y basta.

D. *Gut.* Señor, ¿quereis que otra vez,
no libre de la borrasca,
vuelva al mar? ¿con qué disculpa?
Rey. Con que vuestro rey lo manda.
D. *Gut.* Señor, escuchad aparte
disculpas.=*Rey.* Son escusadas;
¿cuáles son?=D. *Gut.* ¿Si vuelvo á verme
en desdichas tan estrañas,
que de noche halle embozado
á vuestro hermano en mi casa?
Rey. No dar crédito á sospechas.
D. *Gut.* ¿Y si detras de mi cama
hallase tal vez, señor,
de D. Enrique la daga?
Rey. Presumir que hay en el mundo
mil sobornadas criadas,
y apelar á la cordura.
D. *Gut.* A veces, señor, no basta:
si veo rondar despues
de noche y de dia mi casa.
Rey. Quejárseme á mí.=D. *Gut.* ¿Y si cuando
llego á quejarme, me aguarda
mayor desdicha escuchando?
Rey. ¿Qué importa, si él desengaña,
que fué siempre su hermosura
una constante muralla
de los vientos defendida?
D. *Gut.* ¿Y si volviendo á mi casa
hallo algun papel que pide
que el infante no se vaya?
Rey. Para todo habrá remedio.
D. *Gut.* ¿Posible es que á esto le haya?
Rey. Sí, Gutierre.=D. *Gut.* ¿Cual, señor?
Rey. Uno vuestro.=D. *Gut.* ¿Qué es?
Rey. Sangrarla.=D. *Gut.* ¿Qué decís?
Rey. Que hagais borrar
las puertas de vuestra casa,
que hay mano sangrienta en ellas.

D. *Gut.* Los que de un oficio tratan,
ponen, señor, á las puertas
un escudo de sus armas;
trato en honor, y asi, pongo
mi mano en sangre bañada
á la puerta, que el honor
con sangre, señor, se lava.
Rey. Dádsela, pues, á Leonor,
que yo sé que su alabanza
la merece.=D. *Gut.* Sí la doy,
mas mira que va bañada
en sangre, Leonor.=*Leon.* No importa,
que no me admira ni espanta.
D. *Gut.* Mira que médico he sido
de mi honra; no está olvidada
la ciencia.=*Leon.* Cura con ella
mi vida, en estando mala.

En la comedia de *A secreto agravio, secreta venganza*, D. Lope de Almeyda, caballero portugués, ofendido de su muger Doña Leonor y de D. Luis de Benavides, caballero castellano, logra su venganza dando muerte á Benavides, al atravesar los dos el Tajo en una barca, y despues prende fuego á su casa de campo donde estaba su esposa, por el aposento en que ella dormia. Asi confió, dice, la venganza de su honor y el secreto de ella á los cuatro elementos.

La accion del *Pintor de su deshonra* es diferente. D. Juan de Roca, caballero barcelonés, y que tenia la habilidad de pintar, vivia contento y enamorado de su esposa Serafina. En un dia de máscaras fue robada por su amante D. Alvaro, á quien habia querido antes de casarse. D. Juan abandonó su patria, pasa á Italia y busca en Nápoles, patria de su esposa, á ella y á su robador. Habiéndosele concluido los medios, se valió del arte de la pintura que posecía para subsistir y estar mas oculto. El príncipe de Ursino, en cuya casa pintaba, habia visto á Serafina en el jardin de

una casa de campo, donde D. Alvaro la tenia, y enamorado de ella, encargó á D. Juan que hiciese su retrato, oculto, en un aposento del huerto valiéndose para ello del jardinero. Al ver á su esposa que se paseaba en el jardin, queda yerto: pero viene D. Alvaro á hablar con ella; el furor del ofendido esposo llega á lo sumo, y disparando sus pistolas, da muerte á los dos adúlteros.

El mayor monstruo los celos es el ideal, digámoslo asi, de esta pasion. Herodes, Tetrarca de Jerusalen, partidario de Marco Antonio en la guerra civil con Octaviano (asi llama al que todos los escritores antiguos y modernos llamaron Octavio), es llamado por este á Egipto, despues de la muerte de su rival y de Cleopatra, á ser residenciado por su conducta. El Tetrarca obedece, y ve un retrato de su esposa Mariene en manos de Octaviano, y otro colgado en la sala donde le dió audiencia. Acusado y convencido de su parcialidad con Antonio y devorado por los celos, al pasar el emperador á otra sala volviéndole la espalda, trata de atravesársela con su puñal; pero solo atraviesa el retrato que estaba en la antepuerta, y que mal asegurado cayó en este momento.

Octaviano jura su muerte, y se prepara para ir á Jerusalen. Herodes no puede consentir que despues de muerto él, sea Mariene

> empleo de otro amor y de otra esperanza,

y asi encarga á Filipo su confidente que vuelva á Jerusalen, y apenas sepa que él ha perecido, dé muerte á su esposa.

Pero Octaviano pensaba ejecutar en la misma Jerusalen el suplicio del Tetrarca rebelde para escarmiento de aquellos pueblos; y asi le llevó consigo. Mariene se le presenta llorosa y enlutada, y le pide la vida de su esposo. Nada podia negar Octaviano á la

que adoraba creyéndola muerta: porque Ariostóbulo, hermano de Mariene, de cuyas manos hubo el primer retrato, le dijo que era de una muger que ya habia fallecido por ahogar en su nacimiento la pasion que notaba en él.

Mariene, pues, triunfante, se retira con su esposo á su palacio; pero le declara (porque sabia de Filipo la manda que la dejaba en su muerte) que viviria retirada en los cuartos mas interiores de la casa sin verle ni tratarle. Sin embargo, el amante y el marido se introducen de noche en su cuarto, riñen, y el Tetrarca atraviesa á Mariene con su puñal, creyendo herir á Augusto por estar el aposento á oscuras. Despues se arroja por una torre al mar, á cuyas orillas supone fundada á Jerusalen la geografía de este drama.

En él cometió Calderon un gravísimo yerro; porque complicó con los furores de la prision celosa cierto fatalismo ligado al puñal del Tetrarca, á cuyos filos habia de perecer Mariene segun el pronóstico del adivino: asi es que Mariene no murió á manos de un marido celoso, sino porque se cumpliese el hado.

Pero todo se perdona por el admirable carácter del Tetrarca. Sus celos no son de honor, como los de los otros maridos, sino de amor. Adora á su muger, es adorado de ella, y está convencido de su correspondencia; porque en el momento que le faltase esta conviccion, moriria. Si aspiró á engrandecerse con el favor de Antonio, no fué por ambicion, sino por tener mas estados y dominios que poner á los pies de su amada esposa: cuando condenado á muerte supo que el emperador marchaba á Judea, no puede tolerar el pensamiento de que otro sea

> heredero de mis dichas,
> dueño de mis esperanzas,

segun el mismo, y decreta la muerte de su esposa, y añade:

Pero no sepa que yo
soy el que morir la manda:
no me aborrezca al instante
y pida al cielo venganza.

Su corazon no puede tolerar la idea de que le abor-rezca su esposa, aun despues de muerto.

Y en fin, cuando Mariene le condena á vivir separado de ella, mas fuertes los celos aun que el amor mismo, se consuela con que de nadie será su amada, aunque él la pierda. Óigasele manifestar los sentimientos que ocupan su alma.

Ni sé qué hacer ni decir,
que entre uno y otro pesar,
ya ni me puedo quejar,
ni dejarlo de sentir:
desenojarla, es mentir,
porque es mi amor de manera,
mi pasion tan dura y fiera,
que si en tanta confusion
hoy volviera á la prision,
hoy al delito volviera;
porque ella al fin no ha de ser,
ni vivo ni muerto yo,
de otro nuevo dueño, no,
que mi amor se ha de ofender,
aunque no lo llegue á ver:
en parte gusto me ha dado
el que se haya declarado,
pues si en esta ocasion ya,
sin escándalo, estará
siempre este cuarto cerrado.

Cuando sobornando una esclava consigue entrar otra vez en el aposento de su esposa, donde ya habia entrado Octaviano, dice:

Tetrar.................¿Quién ladron
del mismo tesoro suyo,
dentro de su misma casa
buscó sus bienes por hurto?
Hasta ahora la esclava no
abrió: ¿qué triste discurro
el cuarto á la media luz
de escaso esplendor nocturno,
que allí horrores late? y mas
si á sus reflejos descubro
de mugeriles adornos,
ajadamente difusos,
sembrado el suelo, ¿qué es esto?
no me propongas, discurso,
que bajel que echa la ropa
al mar, padece infortunios;
que casa que se despoja
de las alhajas que tuvo,
estragos de fuego corre,
pues ni la tormenta dudo,
ni el incendio ignoro, cuando
entre dos aguas fluctúo,
entre dos fuegos me hielo,
viendo que me embisten juntos,
para zozobrar, suspiros,
para hacerme llorar, humos.
¿Estas arrojadas señas,
no son de ilustres, de augustos
faustos despojos? ¿aqueste
no es el fiero puñal duro
que, registro de los astros,
es aguja de sus rumbos?
¿No es este el que yo á Octaviano
dejé? sí. ¿Pues quién le trujo
aqui entre arrastradas pompas?
¿Pero para qué lo apuro,
si es de los desconfiados
la imaginacion verdugo?

Tarde hemos llegado, celos,
tarde, tarde, pues no dudo
que quien arrastra despojos,
habrá celebrado triunfos.

El Tetrarca, este carácter individual é incomprehensible si el autor no le hubiese desplegado con tanta maestría, es una de las creaciones mas sublimes de Calderon, y comparable á la del Otelo inglés, aunque muy diversa en los sentimientos fundamentales; porque Otelo al fin cree ser ofendido: el Tetrarca no, y sin embargo sus celos son tan funestos como los del moro de Venecia.

Las mejores composiciones trágicas de Calderon, ademas de las ya referidas, son: *El Alcalde de Zalamea*, *La niña de Gomez Arias*, *Amar despues de la muerte*, y *Las tres justicias en una*. Esta última, en que se pinta tambien un carácter individual, es en nuestro entender la mejor tragedia de Calderon.

D. Lope de Urrea, caballero aragonés, casó con una señora igual á él en sangre y en bienes; pero no pudo en muchos años satisfacer el deseo que tenia de tener un hijo. Tenia su esposa una hermana que vivia en su misma casa, la cual, enamorada de D. Mendo Torrellas, otro caballero de Zaragoza, le dió entrada en su casa, le hizo dueño de su honor, y quedó embarazada. Violante se descubrió con su hermana Blanca, la cual, queriendo sacar algun partido de aquella desgracia, usó del artificio mugeril de que al mismo tiempo que Violante ocultaba su preñez, manifestase Blanca la suya. Cuando llegó el término, el niño que parió Violante se lo atribuyó Blanca, y el secreto quedó entre Blanca y D. Mendo, porque Violante poco despues falleció. D. Lope crió á este niño, que tuvo su mismo nombre, como hijo suyo, pero jamás manifestó tenerle cariño, ni él á su presunto padre. Una muerte que hizo por motivo de unos amoríos le obligó á salir de Zaragoza, huyendo de la justicia, y á refugiar-

se en las montañas, donde se reunió, segun la costumbre de aquellos tiempos, con otros caballeros foragidos, dedicándose al robo, al insulto y aun al asesinato. La escena empieza en las montañas por donde D. Mendo Torrellas, volviendo (de una comision que el rey D. Pedro el cuarto le habia dado) á Zaragoza, donde habia sido nombrado justicia mayor, pasaba en compañía de su hija Doña Violante, habida en otro matrimonio, y donde se encontró con los bandoleros. D. Lope el jóven, aficionado á la hermosura de Violante y al respeto que le inspiraba D. Mendo, manda cesar la lucha que tiene con los demas vandidos este caballero por defender á su hija, y los despide dándoles salvaguardia para el camino: los viajeros pasan á Zaragoza. D. Mendo, aficionado al jóven como el jóven se habia aficionado á él, y no dudando que aquel fuese su hijo, de lo cual se informa mas completamente apenas llega á Zaragoza, solicita su perdon. Vuelve D. Lope el jóven á su casa, vuelve su padre á darle sermones y consejos, y él á despreciarlos: llega el caso de que en una reyerta con un caballero se le interpone al jóven su padre, y él enfadado le da un bofeton y sigue riñendo con su contrario. Al momento se levanta contra él toda la ciudad. D. Lope, como justicia mayor, le prende y le tiene asegurado en su casa. El rey D. Pedro, admirado de ver por qué el viejo se le fué á quejar del insulto que le habia hecho su hijo; el rey, admirado de que un hijo ultrajase á su padre, y un padre que pidiera justicia contra el hijo, se introduce de noche en casa de don Lope, y dice á Blanca que monstruo semejante no puede ser hijo del hombre á quien ofende. Blanca se ve obligada á descubrirlo todo á D. Pedro, y el rey manda dar garrote al delincuente, con lo que concluye la tragedia. Todas las escenas son magníficas: la descripcion que hace D. Lope de su juventud cuando encuentra á D. Mendo, y le cuenta quién es, es admirable.

Él con poca inclinacion
al estado recibido,
y con poco gusto ella,
imaginad discursivo
ahora vos, ¿de qué humores
compuesto naceria hijo
que nacia para ser
concepto de amor tan tibio?
Bien pensaron que yo fuera,
como otros hijos han sido,
la nueva paz de los dos,
mas tan al revés lo vimos,
que de los dos nueva guerra
fuí por afectos distintos,
de amor que engendré en mi madre,
y de odio en el padre mio:
contra la naturaleza,
ni un instante bien me quiso,
aborreciéndome aun cuando
son los enfados hechizos.
Crióme sin algun maestro,
cuyo desorden me hizo
mas libre de lo que fuera,
á tener mis desatinos
quien los corrigiera, puesto
que al mas cruel, mas esquivo
bruto, tratable le hacen
ó el halago ó el castigo.
Apenas, pues, el discurso
me dió primeros avisos
de las luces racionales,
cuando viéndome tan mio,
dí en acompañarme mal,
sin que supiesen reñirlo
ni de mi madre el amor,
ni de mi padre el olvido.
Con estas licencias, pues,
desbocado mi albedrío,

corrió sin rienda, ni freno,
la campaña de los vicios.
Mugeres y juegos fueron
los mejores ejercicios
de mi vida, sobre quien
creciendo iba el edificio
de mis años: mirad vos
fábricas que en su principio
titubean, cuánto estan
fáciles al precipicio.
Al cabo de muchos dias
que ya estaba yo perdido,
porque ya en mí habian ganado
las libertades dominio,
cayó en mi mala enseñanza,
y sin ley, ni tiempo, quiso
tarde enderezar el tronco
que habia dejado él mismo
sobre vicio en las raices
nacer y crecer torcido.
Bien confieso que quisiera
yo agradarle, mas si os digo
la verdad, nunca acerté
á hacer cosa que él me dijo.
Tolerándonos, en fin,
el uno al otro, vivimos
siempre opuestos, siendo siempre
los dos eterno martirio
de mi madre, que hasta hoy
vive el corazon partido
en dos mitades, teniendo
con ella una, otra conmigo;
tanto, que si alguna noche
disfrazado á verla he ido
(porque no tienen sus penas
ni mis penas otro alivio),
ha sido dándome llave
para entrar, tan escondido,

que mi padre no me sienta:
¿quién en el mundo habrá visto
que el digno amor de una madre,
y de un hijo el amor digno,
hayan puesto á la virtud
la máscara del delito?
Y en fin, para que lleguemos
de una vez al mas esquivo
suceso de las fortunas,
que á este estado me han traido,
dejando juegos, amores,
pendencias y desafios,
que á los dos nos tienen hoy,
á él pobre, y á mí mal quisto,
sabreis que junto á mi casa
vivió una dama, mal digo,
que no era sino un milagro
de la hermosura, un prodigio
de la discrecion, en quien
generosamente unidos
los estremos, compusieron
aquellos bandos antiguos
que la perfeccion partió
en lo discreto y lo lindo.
Servíla, siendo los medios
de mi amor en los principios
mudas señas, que despues,
convertidas en suspiros,
pasaron á ser conceptos
bien pensados y mal dichos.
Signifiquéla mis penas
en mil papeles escritos,
que introduciéndose leves
en sus piadosos oidos,
ganaron para la voz
algun aplauso de finos;
tal vez, que siendo la noche
de mis finezas testigo,

me oyó quejar á sus rejas,
dándose ellas á partido
con su pecho, pues sus hierros,
limados del dolor mio,
consecuencia á sus rigores
hicieron enternecidos.
Oyóme, pues, con que entiendo
que de una vez os he dicho,
que agradecida á mis males
se mostró, porque es preciso
que se conceda á estimarlos
la que no se niega á oirlos.
De aqüeste favor primero
ufano y desvanecido,
alimenté la esperanza
algun tiempo, hasta que quiso
amor, que á su mayor dicha
volasen mis atrevidos
pensamientos. ¡Ó qué mal
dicha la llamo, si miro
que en el imperio de amor
es tan tirano el dominio,
que hasta el cuerpo de la dicha
es la sombra del peligro!
Entré en su casa, en efecto,
habiendo antes precedido
mil juramentos, mil votos,
que sería su marido.
¡Ó qué fácil es hacerlos!
¡Ó qué dificil cumplirlos!
pues apenas mi amor hubo
su hermosura conseguido,
cuando se quitó la venda,
y vió en cristal menos limpio,
que aunque era hermosa, era fácil:
¡ó honor, fiero basilisco,
que si á tí mismo te miras,
te das la muerte á tí mismo!

Toda la accion de esta comedia se funda en aquella verdad, ó preocupacion antigua, de que la sangre habla, y así se ve que D. Lope el jóven no tiene ningun respeto al que cree ser su padre, y tiene mucho al que efectivamente lo es aunque lo ignora. Aun en el amor que tiene á su hermana, y el que su hermana le tiene, se reconoce mas bien una pura amistad que no una pasion amorosa. En ninguna escena está esto mejor descrito que en aquella en que prenden á D. Lope, despues de haber ultrajado á su padre.

D. *Lope*. Villanos, que es imposible
quedar con vida conozco;
mas para el precio en que tengo
de venderla, aun sois muy pocos.
Mend. No le mateis, que llevarle
vivo me importa: ¡ó si logro
prenderle aqui, porque pueda
mi discurso buscar modo
de salvar despues su vida!
¿D. Lope?=D. *Lope*. Tu voz conozco,
primero que tu semblante,
porque confuso y dudoso,
me tienen tres veces ciego
la ira, la sangre, y el polvo.
Y no sé si voz ha sido
para mí, ó trueno ruidoso,
que en su acento me dejó
helado, inmóvil y absorto.
¿Qué me quieres? ¿qué me quieres?
que tú solo, que tú solo,
D. Mendo, has podido darme
mas temores, mas asombros,
con una voz que me has dado,
que con sus armas estotros.
Mend. Lo que quiero es, que la espada
rindas, y menos brioso
te dés á prision.=D. *Lop*. ¿Yo?=*Mend*. Sí.

D. *Lope.* Eso es muy dificultoso.
Mend. Yo te ofrezco...=D. *Lop.* Yo lo creo,
señor, pero no lo otorgo,
que no he de darme á partido
al temor.=*Mend.* Bárbaro loco,
¿qué intentas?=D. *Lop.* Morir matando.
Pero en vano lo propongo,
que contra tí no es posible
que yo me muestre animoso;
porque tiemblo si te miro,
me estremezco si te oigo,
en mis lágrimas me anego,
en mis suspiros me ahogo;
el cielo y la tierra, cuando
contra tí la espada tomo,
se me oscurecen y faltan.
Mend. Aquese es efecto propio
de la justicia, en quien Dios
puso el temor y el asombro
del delincuente.=D. *Lop.* No es eso,
pues aunque me reconozco
delincuente, bien pudiera,
como herido can rabioso,
á cuantos vienen contigo
despedazar; mas tú solo
me pones miedo y respeto;
y asi, á tus plantas me postro.
Esta espada, rayo ardiente,
que desde la punta al pomo
sangrienta se vió en mi mano,
rendida á tus pies arrojo,
al mismo tiempo (¡ay de mí!)
que en ellos la boca pongo.

Aquí se ve un poder sobrenatural que obra sobre el corazon de un hombre tan valiente y esforzado.

Mendo. Levanta, Lope, que el cielo

sabe bien que en tan penoso
trance, delincuente tú,
y yo juez, tuviera á logro
trocar la suerte contigo;
pues me viera mas dichoso,
tu peligro padeciendo,
que padeciendo mi asombro;
pero no temas porque
me muestre aquí riguroso
contigo, que importa hacerme
de parte de los enojos
del rey.=D. *Lop.* ¿Pues el rey qué sabe
de mí ya?=*Mend.* Tu padre propio
de tí le pidió justicia.
D. *Lope.* A buscar mi espada torno.
Mendo. No la hallarás, que ya está
en mi mano.=D. *Lop.* ¡O rigurosos
cielos! que al mirarla en ella,
tiemblo y me estremezco todo,
como cuando vi un cuchillo;
¿qué miedo es el que te cobro?
¿qué temor el que te tengo?
¿cuando á mi padre no ignoro,
si otra vez me desmintiera,
que hiciera otra vez lo propio?

Hé aquí las reflexiones que hace el rey á D. Mendo, para manifestarle que hay en el suceso que va á ser objeto de sus pesquisas mas de lo que él mismo cree.

Rey. Pues á mis ojos volveis,
no dudo que habreis prendido
á D. Lope.=*Mend.* Sí señor,
preso ya en mi casa queda,
porque nadie hablarle pueda.
Rey. Nunca me hicísteis mayor
servicio, que solicito

conservar de justiciero
el nombre adquirido, y quiero
afianzarle en un delito
tan estraño, que otra vez
no sé si tuvo ejemplar.

Mendo. No ha de dejarse llevar
el que es soberano juez
tanto de la informacion
primera, que á lo que sé,
tan grave el cargo no fué,
como fué la relacion.

Rey. ¿No hay un hijo, Mendo, en ella,
que á su padre le maltrata?
¿y no hay un padre que trata
de dar de su hijo querella?
¿qué mas grave puede ser?

Mendo. Yo confieso que lo ha sido,
pero hasta ahora no has oido
descargo que puede haber
de su parte.—*Rey.* Yo me holgára
que tantos, don Mendo, hubiera,
que en mi reino no se diera
culpa tan nueva, tan rara,
tan fea y tan singular
cometida.—*Mend.* Has de saber,
que aunque lo es al parecer,
no llegada á averiguar.
D. Lope con D. Guillen
de Azagra, señor, reñia;
no sé la causa que habia,
mas preso queda tambien.
Su padre á tiempo llegó,
que advirtió que entre el reñir
le iba á Azagra á desmentir;
y cuando ciego le vió,
ya á la razon empeñado,
porque él no la dijera,
la pronunció, de manera,

que el acento equivocado,
sin saber cuyo habia sido,
tiró á su competidor
el golpe, á tiempo, señor,
que su padre, introducido
en medio, le recibió;
siendo asi, que él no tiraba
á su padre, claro estaba.
D. Lope, cuando se vió
maltratado de su hijo,
con la cólera primera
llegó á tus pies de manera,
que estará, segun colijo,
arrepentido de haber
tomado tan mal consejo.
Él es en estremo viejo,
y bien su accion da á entender
que es delirio de la edad
en querellarse ante tí
de su hijo; siendo asi,
que desde la antigüedad
hay ley de que no se ha oido,
por decretos naturales,
en las causas criminales,
ni padre de hijo ofendido,
ni hijo de padre, asi yo
esto lo dejára aquí.

Rey. ¿Paréceos justo eso?=*Mendo.* Sí.

Rey. Pues á mí, D. Mendo, no,
porque el delito estrañando,
la queja desconociendo,
está en el uno admitiendo,
la culpa en otro apurando,
he de ver, haya ó no agravio,
si es posible haber habido,
ni un hijo tan atrevido,
ni un padre tan poco sabio:
y asi, mientras esto pasa,

al padre prended, porque
me importa á mí que no esté
aquesta noche en su casa.

La escena que de esta manera ha pintado D. Mendo al rey, y en la que los espectadores ven el interés que tiene aquel caballero en disminuir el delito de D. Lope á los ojos del rey, fué asi:

Lope. Tente, Lope, D. Guillen.
Uno. Ya que á este tiempo llegamos,
ved que de por medio estamos.
Guill. Falso amigo.=D. *Lope.* El falso es quien...
Lope. ¿Cómo, habiendo yo llegado,
bárbaro, no te detienes?
D. *Lop.* Por ver que á quitarme vienes
el honor que no me has dado.
Lope. Lo menos, pluguiera á Dios,
tuvieras del que te di;
y pues mis canas aquí
mi hijo no respeta, vos
lo haced, señor D. Guillen,
porque hallar en vos colijo
mas respeto que en mi hijo.
Guill. Y habeis colegido bien,
que esas canas respetando
á un tiempo, con los aceros
de aquestos dos caballeros,
me reportaré dejando
la causa que me ha movido,
á mas secreto lugar.
D. *Lop.* Eso es querer disfrazar
el temor que me has tenido.
Guill. ¿Yo temor?=*Lop.* Bárbaro, loco,
cómo viendo, al llegar yo,
cuánto él me respetó,
tú me respetas tan poco?
Vive Dios de hacerte aquí

que de mi valor te espantes.

D. *Lop.* Tente, y mira no levantes
el báculo para mí,
que vive Dios de poner
las manos en tu castigo.

Lope. ¿No te enseña tu enemigo,
ingrato, lo que has de hacer?

D. *Lop.* No, que si él te ha respetado
de cobarde, yo no puedo
hacer virtud lo que es miedo.

Guill. Quien dijere, ó ha pensado
que yo te he temido...=*Lop.* Habrá
mentido, yo lo diré,
no lo digais vos.=D. *Lop.* Si fué
de tí pronunciado ya
en nombre suyo, ya aquí
verme importa satisfecho:
toma, caduco.=*Vic.* ¿Qué has hecho?

Lop. Caiga el cielo sobre tí:
á él hago testigo yo,
que es su causa la primera.

Tod. Todos te ayudamos; muera
el que á su padre ofendió.

Queda solo el viejo con su criado Vicente.

Vicent. Yo solo confuso aquí,
ni ofensa, ú defensa trato:
señor, levanta.=*Lop.* Hijo ingrato,
caiga el cielo sobre tí.
Esas espadas, que van
vengando la ofensa mia,
rayos sean este dia
contra tu vida; y si harán,
que para ejemplo en los dos,
tú muriendo, y yo llorando,
rayo es el acero, cuando
venga la causa de Dios.

La mano que me pusiste
sobre aquesta blanca nieve,
¿cómo á sustentar se atreve
agravios que al cielo hiciste?
Y él, viendo mis desconsuelos
en tragedia tan estraña,
¿cómo sus luces no empaña?
¿cómo no rasga sus velos,
y con iras no deslumbra
el airé que te alimenta,
la tierra que te sustenta
y el resplandor que te alumbra?

Vicent. Señor, la capa y sombrero
toma, yo te la pondré,
y el báculo. = *Lop.* ¿Para qué,
si es de palo, y no de acero?
Mas yo le tomaré, sí,
que ofensas de un bofeton,
palos quien las venga son:
y si él con un padre aquí
piadoso en el duelo está,
mejor yo, segun colijo,
puedo estarlo con un hijo
tirano: el palo me da,
para vengarme con él:
mas ¡ay de mí! que es en vano,
pues al tomarle en la mano,
el pié me falta. ¡Ó cruel
fortuna! ¡ó desdicha fuerte!
¿cómo me podré vengar,
si aquel que me ha de ayudar
á sustentarme, me advierte
que armado en la tierra dura,
solo ha de irme aprovechando
de aldaba, con que ir llamando
á mi misma sepultura?

Vicent. Repórtate; echa de ver
que en tí reparando va

toda la gente.=*Lop.* ¿Pues ya
qué tengo yo que perder?
En mí adviertan todos, sí,
sepan que hombre infame soy,
pues á quien el ser le doy,
me quita el honor á mí.
Hombres, miradme, yo he sido
aquel mísero infelice
que me ha deshecho quien hice,
y de mi sangre ofendido,
vengarme en mi sangre trato:
no solo al cielo, que fué
juez supremo, pediré
justicia de un hijo ingrato,
pero á vosotros tambien,
y al rey pedírsela intento,
dando suspiros al viento.

Vicent. Considera que no es bien
por las puertas de palacio
entrar de aquesa manera.

Lop. A las del cielo quisiera
vencer el inmenso espacio:
rey D. Pedro de Aragon,
cristiano monarca, á quien
llama el sabio justiciero
y el ignorante cruel...

Rey. ¿Quién me llama?=*Lop.* Un desdichado,
que arrojado á vuestros piés,
justicia, señor, os pide.

Rey. Ya os conozco, Lope, pues
usando de mi piedad,
á vuestro hijo perdoné,
estando ya condenado:
¿qué quereis?=*Lop.* Que no lo esté;
para que veais, señor,
cuánto soy vasallo fiel,
que voz que os pidió piedad,
justicia os pide tambien.

Mi hijo, si es que es mi hijo,
(perdone Blanca esta véz,
Blanca, con cuya virtud
aun no es puro el rosicler
del sol, que al verla, ha dejado
de lucir y parecer)
hoy contra Dios, vos, y yo,
de Dios, de padre, y de rey,
porque le reñí, faltando
al cuarto precepto, que
tras los del culto de Dios,
es el primero despues,
puso en mi rostro la mano,
é imposible de tener
venganza, criminalmente
me querello ante vos dél;
pues cuando yo os la pedí,
la piedad en vos hallé,
ahora que os pido justicia,
señor, no me la negueis;
porque apelaré á los cielos
de vos á que me la den:
vea el cielo, y sepa el mundo,
y escuchen los hombres, que
hijo que cruel procede,
hace á su padre cruel.

La historia de *La Niña de Gomez Arias* es bastante conocida, porque esta comedia ha quedado en el repertorio del teatro. Gomez Arias, soldado de fortuna, pobre, pero valiente y galan, enamora á una doncella de Guadix, la saca de su casa, y despues de haberla robado el honor, la vende á un mozo, que la lleva á Benamegí. La venganza de la injuriada doncella la cumplieron los reyes católicos en la toma de Granada, que sucedió por aquellos dias. Gomez Arias, preso por otras causas, fué puesto en un suplicio, y la *Niña* en un convento: á esto se reduce toda la histo-

ria, y por consiguiente el mérito principal está en las escenas, de las cuales no hablaremos. La comedia del *Alcalde de Zalamea* es de un carácter individual. Pedro Crespo, labrador rico de un pueblo, tiene un hijo y una hija: entra en el pueblo un batallon de soldados, y al tiempo de retirarse, se le lleva el capitan de una compañía robada á la hija, la fuerza en un monte, y despues la abandona. Pero habiéndole encontrado el hermano de la agraviada, riñó con él y le dió una herida, por lo cual es conducido el capitan al pueblo para curarle. Pedro Crespo dice al capitan que tome todos sus bienes, que le venda á él y á su hijo por esclavos, con tal que repare su afrenta, casándose con su hija. No quiso consentir en esto el capitan; Pedro Crespo le puso preso inmediamente, como alcalde que habia sido nombrado á la sazon, sentenció la causa y condenó al culpable á muerte de garrote, precisamente cuando D. Lope de Figueroa, gefe de aquel tercio, viniendo con todas sus tropas, quiere poner fuego al lugar, si no le entregan al capitan. En aquel momento llega Felipe II, y enterado del hecho pregunta á Pedro Crespo, para que diga lo que hay; él dice que está probado por testigos que el capitan hizo violencia á su hija, que no quiso satisfacer el honor del padre; que le ha condenado y dado la muerte. Replica Felipe II, que cómo perteneciendo aquella causa á la jurisdiccion militar, la ha llevado por la ordinaria y civil, á lo que Pedro Crespo responde que la justicia no es mas que una, aunque tenga varios brazos, y que cuando se cumple, no importa que sea por uno ú por otro. Felipe II gusta de la respuesta, y le deja por alcalde perpetuo del lugar. Esta pieza tiene escenas llenas de fuerza y energía. El carácter de D. Lope de Figueroa, y el de Pedro Crespo, son admirables. Parece por la historia que este D. Lope padecia fuertes ataques de gota, dolencia que engendraba en él una disposicion irritable: alojado en casa de Pedro Crespo, despues de haber reñido á unos soldados que

habian dado motivo de pendencia, tiene con el mismo Pedro Crespo este diálogo:

D. *Lop.* Yo vengo cansado, y esta
pierna, que el diablo me dió,
há menester descansar.
Cresp. ¿Pues quién os dice que no?
ahí me dió el diablo una cama,
y servirá para vos.
D. *Lop.* ¿Y dióla hecha el diablo?=*Cresp.* Sí.
D. *Lop.* Pues á deshacerla voy,
que estoy, voto á Dios, cansado.
Cresp. Pues descansad, voto á Dios.
D. *Lop.* Testarudo es el villano:
tambien jura como yo.

En la leccion siguiente hablaremos de los dramas del género ideal, que apenas dejó medio formado Lope de Vega, pero que Calderon llevó al mas alto grado de interés.

LECCIONES

DE LITERATURA ESPAÑOLA.

22.ª Leccion. = Sexta de Calderon.

Hemos dado el nombre de *ideales* á aquellas comedias de nuestro antiguo teatro, en que la intencion primaria del poeta es desenvolver una idea moral, concretada á una fábula, generalmente fantástica. En esta clase de dramas, el mérito consiste en la presencia constante de la máxima que se desea inculcar; y los caractéres, los incidentes, y aun el interés mismo de la accion, deben estar subordinados á aquella intencion, que debe dominar en todo el drama.

Lope de Vega escribió algunas comedias en este género, si bien con el defecto, ordinario en él, de perder de vista el objeto principal, introduciendo nuevos incidentes que involucraban la accion ó bellezas episódicas que en nada contribuian á desenvolverla. Calderon, mas atento á conservar la unidad de interés, mas ceñido al pensamiento primordial del drama, mas hábil en deducir de un solo hecho todos los incidentes del drama, perfeccionó tambien este género. Nos ha dejado en él seis comedias, que son:

1.ª *La vida es sueño*, el mas admirable de todos, y que puede mirarse como clásico en su línea.

2.ª *Gustos y disgustos son, no mas que imaginacion.*

3.ª *En esta vida todo es verdad y todo es mentira.*

4.ª *Saber del mal y del bien.*

5.ª *Amado y aborrecido.*

6.ª *Nadie fie su secreto.*

Empezaremos nuestros estudios en este género por la comedia de *Saber del mal y del bien*, que tiene

mucha semejanza con la del *Rico y pobre trocados* de Lope de Vega, que ya analizamos.

El objeto moral de esta pieza es mostrar cuán necesario es en la próspera fortuna estar preparado para la adversa, y no desconfiar, aun en el seno de la desgracia, de la mudanza de la suerte. D. Alvaro de Viseo, caballero ilustre de Portugal, huyendo de la ira de su rey, que se habia declarado contra toda su familia, pasó á Castilla, donde vivió tan pobre, que un dia se vió precisado á pedir un pan á los monteros del rey Alonso VII, y negado, á arrebatarlo á uno de los perros de caza. Los monteros quisieron quitárselo, él sacó la espada, se defendió gallardamente de ellos; pero perseguido, cayó del monte donde estaban al llano, y casi á los piés del rey, que con su valido D. Pedro, conde de Lara, habia sido testigo del combate y del valor del estrangero. Sabida la causa de todo, encargó el rey al de Lara que tomase bajo su proteccion á D. Alvaro; el cual con sus escelentes prendas y la compasion que inspiraba su triste suerte, supo granjearse el afecto de D. Pedro, y llegó á ser el amigo del privado.

En el segundo acto, los envidiosos del conde hicieron llegar á manos del rey una carta fingida, en que se suponia la inteligencia del valido con los malcontentos que deseaban quitar al rey la corona, y restituirla á su madre Urraca. El rey no llegó á dar crédito entero á la supuesta traicion del conde; pero irritado por dos espresiones de la carta, *el rey me teme* y *el pueblo me ama*, quiso mostrar que á nadie temia, y le quitó su amistad y sus estados, reduciéndolo á la misma miseria que D. Alvaro se hallaba antes, y nombrando por su privado y ministro al mismo D. Alvaro.

En el tercer acto se ven los esfuerzos de D. Alvaro para templar el enojo del rey contra el conde; pero en vano. El rey le manda que renuncie á la amistad del hombre que le habia desagradado á él; pero habiéndose escondido para lograr una intriga amorosa,

es testigo de las quejas del conde contra D. Alvaro, creyéndole falso amigo, y de las protestaciones de su inocencia. Esto le obliga á averiguar el hecho; saca en claro la maldad de Iñigo y Ordoño, cortesanos que habian urdido la traicion contra el conde, le vuelve á recibir en su gracia, y le reconcilia con D. Alvaro, manifestándole cuánto habia hecho á favor suyo.

La accion está bien sostenida, y siempre aparece la idea moral de la versatilidad de la fortuna; pero la versificacion no es tan sostenida y robusta como en otras comedias del mismo autor, lo que en mi entender prueba que compuso este drama en su juventud. Citaremos para muestra algunos pasages.

Véase cómo espone D. Alvaro el motivo de la riña con los monteros.

Un pobre soy, que ahora huyendo
en mi patria los rigores
de la fortuna, que tienen
fortuna tambien los pobres:
desesperado de hallar
piedad alguna en los hombres,
huyendo de los poblados,
me salgo al campo á dar voces,
por ver si entre fieras hallo
tan rigurosos favores;
y no fué en vano, pues tuve
en desiertos horizontes
el cristal de esos arroyos,
y la yerba de esos montes;
y no esta piedad divina
en las humanas acciones
de vuestra gente, pues hoy
viéndoos, señor, nuevo Adonis,
seguir las fieras, herir
las aves, medir el bosque,
procurando algun sustento,
llegué á vuestros cazadores,

que estaban dando á los canes
el tosco manjar que comen.
Envidioso de los brutos,
dije humilde: Dad á un pobre
algun sustento; mas ellos
soberbiamente responden,
no tienen cosa que darme;
yo desesperado entonces:
¿cómo lo que dais á un perro,
se sabe negar á un hombre?

La respuesta del conde, cuando el rey le presenta la fingida carta, está llena de la elocuencia del sentimiento.

Rey. ¿Conoceis aquesta firma?
Cond. Mia parece, el alma lo confirma.
Rey. Pues leedla, si es vuestra.
Cond. Horror su rostro y su semblante muestra.
Lee. Por reinar, no hay traicion, señor, no es mia.
Rey. Leed mas: vive Dios que se ha turbado.
Cond. ¡Quién vió veneno en vaso tan penado!
Lee. Por reinar no hay traicion, ni privanza
como reinar: la reina padece, el rey me
teme, el pueblo me ama, yo estoy de la
pasada ocasion arrepentido.
Rey. Conde, aunque yo no crea
que esta traicion de vuestro pecho sea,
y que la envidia derribaros quiso,
ya que verdad no sea, es un aviso
que me despierta y llama,
viendo que el rey os teme, el pueblo os ama:
yo soy rey, y yo puedo
vivir sin vos, atropellando el miedo
que ese brazo me daba,
cuando infante en Galicia me criaba:
sabed, conde, ó culpado, ó perseguido,
que soy rey, que hasta aquí no lo habia sido.

Conde. ¿Cómo, señor, pueden ser
obras de un pecho tan limpio
las que oís vos enojado,
las que yo turbado admiro?
Yo que en vuestra infancia, cuando
el clavel recien nacido
desplegado no se habia
de su rosado capillo,
despreciando inconvenientes,
atropellando peligros,
de vuestra primera cuna
os saqué en los brazos mios,
y en las mantillas, que así
lo repite el pueblo á gritos,
dije: ¿Cómo, castellanos,
confusos, y divertidos
os mostrais, teniendo rey,
que aunque ahora es tierno niño,
gigante será, que dé
miedo á los futuros siglos?
Este es vuestro rey, hidalgos,
de Alfonso y de Urraca hijo,
legítimamente dueño
de las barras y castillos.
Esto dije, y en la iglesia
mayor os obedecimos,
yo el primero: mas no es mucho
no os acordeis de servicios
que en aquella edad os hice;
pero que advirtais os digo,
que antes que vos fuérais rey,
era yo leal, testigos
son los cielos. En ausencia
vuestra, á ser mas atrevido,
quisieron hacerme rey;
y quizá, señor, los mismos
que hoy quieren hacerme nada;
¿pues cómo se ha convenido

obedeceros infante,
y jóven no? Quien no quiso
sin peligro coronarse,
¿cómo querrá con peligros
tan grandes, como perdiendo
la gracia vuestra? Rey mio,
mi señor, mirad que anda
en palacio un basilisco,
que con la vista da muerte,
monstruo de sus laberintos.

Está lleno de filosofía el monólogo de D. Alvaro en el tercer acto, viéndose obligado á aparentar que renuncia á la amistad del conde.

Alvaro. ¡Ó inconstancia desigual
de nuestro discurso! ¿Quién
aplausos gozó del bien,
sin las pensiones del mal?
pues mi pecho en pena igual
del bien y el mal ha sabido,
solo una cosa te pido,
fortuna; y es, pues que estoy
contigo en paz, desde hoy
des mi memoria al olvido:
déjame en aqueste estado,
ni envidiado, ni envidioso,
donde ni aflija al dichoso,
ni consuele al desdichado;
y supuesto que ha llegado
á un punto fijo, deten
la rueda, y en tu vaiven
otro mi lugar ocupe,
déjame á mí, que ya supe
de tu mal y de tu bien.

La fábula de la comedia *Gustos y disgustos son, no mas que imaginacion,* es la mas á propósito para

probar esta máxima. D. Pedro II, rey de Aragon, vivia separado de su esposa Doña María de Mompeller, que le disgustaba por estar enamorado de Doña Violante de Cardona, dama de la reina. Llegó una noche á la quinta donde vivia su esposa, vió una dama á la reja, y creyendo por los informes que traía que era Violante, empezó á enamorarla. La reina (porque era ella misma), viendo oportuna la ocasion para atraer á su marido, finge ser Violante, dulcifica los desdenes que esta habia manifestado siempre al rey, y por grados, repitiéndose las visitas por la reja, con su discrecion y la dulzura de su carácter, inspira una vehemente pasion al rey, no tanto á la Violante verdadera, á la cual siempre esquiva habia tratado muy poco, como á la fingida, que le habia hecho el amante mas feliz del mundo, á lo menos en su imaginacion.

La accion, perfectamente conducida, se desenlaza por los celos de D. Vicente de Fox, marido de Violante, que engañado como el rey, pensando que era su muger la que hablaba con él á la reja, se introdujo en la quinta para matarla en el momento que saliese á la cita. D. Pedro, á quien la reina habia permitido aquella noche entrar en la casa, la defiende. Al ruido de las espadas acuden criados y luces: el amante y el marido reconocen su error, y confiesan que solo han sido felices ó infelices por imaginacion.

La escena última es una de las mejores de la comedia, disimulando algunos defectos de estilo, y la pesada repeticion del título de la comedia, repeticion ya de moda en nuestro teatro.

Reina............... ¡Válgame Dios!
hombres, ¿quién sois? ¡ay de mí!
Vicent. Quien te dará muerte hoy.
Rey. Yo quien te dará la vida.
Reina. ¿Cómo estais aqui los dos?
Vicent. Como yo vengo á tomar
de mi honor satisfaccion.

Rey. Y yo vengo á defenderte.
Vicent. No podrás...=*Reina.* ¡Qué confusion!
Vicent. Porque es un rayo mi espada.
Rey. ¿Hásme conocido?=*Vicent.* No.
Rey. Huélgome, porque el respeto
no haga lo que hará el dolor.
Vicent. Mi obligacion es morir,
cumpliendo mi obligacion.
Sed testigos, cielos, que
tiro á Violante, al rey no.
Reina. ¡Muerta estoy! no sé que hacer.
Guill. Ruido en el jardin se oyó.
Elv. Aunque la reina no llame,
sacad luces, que hay traicion.
Rey. ¿Qué miro? ¡válgame el cielo!
¿qué veo? ¡válgame Dios!
Vicent. ¿Vos sois con quien yo reñía?
¿y por quien reñía sois vos?
¡quién muchas vidas tuviera
que dar en satisfaccion
de este ciego atrevimiento!
una tengo, aquesta os doy.
Rey. ¿Cómo? ¿Vuestra alteza es quien
aquí estaba?=*Reina.* Sí, yo soy
la que partiendo su suerte
entre la luna y el sol,
de vos adorada vive
y aborrecida de vos.
Con el nombre de Violante
os hablé por el balcon:
de mi estais enamorado
de noche, si de dia no;
pues una mentira, rey,
tanta pasion os debió,
¿por qué una verdad no puede
deber la misma pasion?
Mirad que será defecto
de una real condicion,

el que pueda la mentira
mas que la verdad con vos.
Violante me imaginásteis;
aunque veis que no lo soy,
amad, señor, por acierto
lo que amásteis por error.
En publicar este engaño
no se embaraza mi voz,
porque tiene por disculpa
el ser nacido de amor.
Si una imaginacion sola
finezas os mereció,
y esa misma á D. Vicente
tantos pesares costó,
haga caso aquesta vez,
con que me hallareis, señor,
olvidada de mi estrella,
asunto digno de vos;
y él en su esposa hallará
desengaño de su honor:
para que conozca el mundo
en la historia de los dos,
que el gusto y disgusto
de esta vida son,
no mas que una leve
imaginacion.

Rey. Aunque pudiera ofenderme
de este padecido error,
con la que hablé se halla ya
en pena de mi pasion;
y ademas de esto, pendiente
de Violante está el honor
de D. Vicente y el conde,
justo es dar satisfaccion;
pues acudamos á todo,
que yo valgo mas que yo.
Alzad, señora, del suelo,
que solo corrido estoy

de que por otra os amé,
mereciéndolo por vos.
Del engaño que me hicísteis,
mi abrazo os dará el perdon;
y á vos tambien, D. Vicente,
del desacierto os le doy:
que si lo que imaginásteis
á este lance os obligó,
y lo que yo imaginé
tambien me empeñó á esta accion,
vuestro gusto y mi disgusto,
puesto que tan unos son,
es bien que se den las manos,
publicando en alta voz
que el gusto y disgusto
de esta vida son,
no mas que una leve
imaginacion.

Vic. Dame mil veces los piés;
y tú, Violante, mi error
perdona.=*Viol.* Gracias al cielo,
que te miro sin temor.

Cond. Dicha fué que me quedára
contigo esta noche yo,
porque no se dilatase
ese gusto á mi aficion.

Rey. En la corte, D. Vicente,
donde con la reina voy,
me contareis la jornada.

Reina. Dichosa mil veces yo.

Choc. Esta es verdadera historia,
de que saque el pio lector,
que se estime lo que es proprio,
que lo ageno no es mejor;
pues como imagine un hombre
que todas mugeres son,
y que no es mejor alguna,
porque cualquiera es peor,

con la suya vivirá
contento, pues lo enseñó
la comedia; imaginad
si os dió gusto, que os dió
gusto, y con esto dirá
agradecido el autor,
que el gusto y disgusto
de esta vida son,
no mas que una leve
imaginacion.

La moralidad que saca el gracioso al fin del drama es propia del cómico profundo de Calderon.

Es admirable tambien la escena en que D. Vicente, que vuelve de la campaña y ya está celoso de su esposa, es recibido por ella con las caricias de una muger inocente y virtuosa. Los caractéres de la muger que ama y del marido que sospecha, estan perfectamente desenvueltos.

Viol. Mi bien, señor, esposo,
seas tan bien venido,
como esperado has sido
de este pecho amoroso,
que con amantes lazos
feliz te espera en sus dichosos brazos.

Vicent. Tú seas, dueño mio,
mil veces bien hallada,
como has sido deseada
de este preso albedrío,
que en alas ha volado
de amor por llegar presto y abrasado.
Apenas acabadas
las treguas de la guerra
pisé la amada tierra,
cuando á largas jornadas,
fino amante y sujeto,
á verte me adelanto de secreto.

:

Viol. Aunque esté á la fineza
con que á verme has venido
mi pecho agradecido,
no sé con qué tibieza
me hablas, me oyes, me miras,
y hácia dentro con temor suspiras,
que das al pensamiento,
cuando mas se aconseja,
causa de que haya queja
del agradecimiento:
¿con qué cuidado vienes?
mi bien, ¿qué traes, di, mi bien, qué tienes?

Vicent. ¿Pudieran ser fingidos
tambien dichos enojos?
nada habeis visto, ojos,
mucho escuchais, oidos;
no pueda en mi confuso devaneo
lo que imagino mas, que lo que veo.
Del camino cansado,
y no bueno he venido:
esta la causa ha sido,
no ha sido desagrado,
señora, el suspenderme.

Viol. Lo peor es que pudiste responderme,
porque cuando trajeras
algunas pesadumbres,
del tiempo á las costumbres
dejára las vencieras:
esto yo te lo fio,
mas la salud no puedo, dueño mio.
Pluguiera á Dios, pluguiera,
que á costa de la mia,
que hasta el alma este dia
en albricias te diera;
y díganlo mis ojos,
que lágrimas te ofrecen por despojos.

Vicent. Ahora es tiempo, ahora,
ilusion mal nacida,

de darte por vencida:
Violante es la que llora;
no dirás mas verdad (¿qué estoy dudando?)
imaginando tú, que ella llorando.
Bella Violante mia,
cuando muerto viniera,
solo el verte me diera
mas vida, mas placer, mas alegría,
que desearme puedes;
todo en solo ese llanto lo concedes.

El rey, desesperado de ver casada á Violante sin poderlo impedir, habla con su valido D. Guillen acerca de su amor, y este le dice:

Guill. ¿Querrás, señor, escuchar
un consejo?=*Rey*. Si querré,
pero no le tomaré.
Guill. Pues no te le quiero dar,
que será segundo error
despreciarle.=*Rey*. Y haces bien;
¿por qué imaginas, Guillen,
que los gentiles á amor
Dios, y no rey, le áclamaron,
siendo asi que los demas
dioses provincias verás
que, como reyes, mandaron?
Guill. Nuevo ha de ser el concepto;
dile.=*Rey*. Pues sabrás que fué,
porque el amor no se ve
á otro parecer sujeto.
Consejos por justa ley
tiene el rey; pero Dios no:
y asi, el amor se llamó
siempre Dios, y nunca rey,
dando á entender en bosquejos
y sombras, que ha de tener
amor, como Dios, poder,
y no, como rey, consejos.

Este pensamiento es muy ingenioso, y propio de la época, en la cual la pasion del amor se sometía al raciocinio; porque era una verdadera ocupacion del alma.

La comedia de *Nadie fie su secreto* tiene en su título mismo la accion. D. César, favorito del duque de Parma, confia su amor á su amigo D. Arias; y este, con la intencion de separar al príncipe, que amaba la misma dama, aunque no correspondido, de una pasion perniciosa á su amigo, le declara el secreto de este. El príncipe, justo y magnánimo, renuncia en efecto á su amor; pero se complace en quitar á César todas las acciones de hablar con su amada, sabiendo por D. Arias, á quien nada ocultaba César, cuáles eran aquellas ocasiones.

La de *Amado y Aborrecido* tiene un objeto mas noble. Dante, amado de Aminta, pero enamorado de Irene, que le aborrece, recibiendo de la primera toda especie de beneficios, y de la segunda solo injurias y desdenes, se halla en el caso de sacrificar la vida de una de las dos para salvar la de la otra, y se decide al fin en favor de la muger que le ama.

La vida es sueño es bastantemente conocida en nuestro teatro, y será objeto de una leccion particular.

La comedia *En esta vida todo es verdad y todo es mentira*, en la que se trata de probar la ilusion de las cosas humanas y la perpetua incertidumbre de nuestros juicios, es y debe ser clásica en nuestra literatura, no solo porque el gran Corneille imitó su asunto y su mejor escena en su tragedia de *Eráclio,* sino tambien porque Voltaire hizo de ella á su modo una traduccion pésima, en la cual hace decir á nuestro autor un gran número de desatinos, le atribuye hasta los yerros de la prensa española, omite versos y espresiones necesarias para la inteligencia del testo, y censura los defectos de nuestro teatro, llamando bárbara á una nacion cuyo idioma conocia tan poco, que

el título de comedia *famosa* que entonces ponian los autores á todas las suyas, escepto á las que llamaban *grandes*, lo cree esclusivo de la que tradujo. A pesar de todas estas preocupaciones, no deja de admirar Voltaire los rasgos del verdadero genio poético en en este drama.

Su accion es la siguiente. Focas venció y mató á Mauricio, emperador de Oriente, en una batalla que le dió en Sicilia. El dia de la accion, Astolfo, confidente de Mauricio, viendo perdida la causa de su señor, se llevó consigo al niño Eráclio, hijo del emperador, y se ocultó en una gruta del Etna. Otro niño, hijo natural de Focas, vino tambien por varios casos á su poder. A ambos dió educacion, y los trató con igual cariño, pero sin permitir ver á nadie, teniéndolos siempre escondidos en la aspereza de las montañas.

Mientras ellos crecian, Focas subyugó todo el imperio, se ciñó la corona de los Césares, y se dedicó á consolidar su usurpacion. Cuando se creyó seguro en el trono, trató de averiguar el paradero de su hijo y del de su enemigo. Conocia á Astolfo; sabia que guardaba á Eráclio; pero de su hijo ignoraba hasta el sexo. El drama empieza en el momento que Focas llega á Sicilia, adonde le recibe Cintia, reina feudataria de la isla; y la esposicion la hace el mismo Focas, manifestando á Cintia el motivo de su llegada. Al empezar su indagacion en las montañas, encuentra á Eráclio, Leonido (que este era el nombre de su hijo), y á Astolfo, á quien conocia; y entonces se verifica una de las mejores escenas trágicas, imitada por el gran Corneille, y de la cual dice Voltaire, que si todo el drama de Calderon fuese como esta escena, sería superior á las mejoras composiciones del teatro francés.

Focas. Yerto cadáver, en quien
á despecho del veloz
tiempo, á pesar de las canas

é injuria de escarcha y sol,
todavía en mi memoria
guarda la imaginacion
aquellas primeras señas
con que te vi embajador,
¿cómo aquí... pero no quiero
que te asuste mi rigor,
cuando debo agradecido
al no esperado favor
del hallarte las albricias.
Alza del suelo, y tu voz
me diga, ¿si es de Mauricio
el hijo que reservó
de mis iras tu lealtad
uno destos?=*Astol.* Sí señor,
el uno de los dos es
hijo de mi emperador,
á quien (porque nunca diera
en manos de tu furor)
crié en estos montes, sin que
sepa quién es, ni quién soy;
porque el tenerle así tuve
á inconveniente menor,
que el mirarle en tu poder,
ni de una gente que dió
obediencias á un traidor.

Focas. Pues mira cuán superior
el hado á la diligencia
manda: ¿cuál es de los dos?

Astol. Que es uno dellos diré,
pero cuál es de ellos, no.

Focas. ¿Qué importa que ya lo calles,
si es inútil pretension
para que no muera, pues
matando á entrambos, estoy
cierto de que muera en uno
el que aborrezco, y que no
turbará nunca el imperio?

Erácl. A menos costa el temor
podrá asegurarse.=*Focas.* ¿Cómo?
Leon. Vengando en mí ese rencor,
que yo, á precio de ser hijo
de un supremo emperador,
daré contento la vida.
Erácl. Si en él dicta la ambicion,
en mí la verdad.=*Focas.* ¿Por qué?
Erácl. Porque yo sé que lo soy.
Focas. ¿Tú lo sabes?=*Erácl.* Sí.=*Astol.* ¿Pues quién
te lo ha dicho?=*Erácl.* Mi valor.
Focas. ¿Entrambos para morir
competís por el blason
de hijos de Mauricio?=*Los dos.* Sí.
Focas. ¿Di tú cuál de los dos?=*Los dos.* Yo.
Astol. Que es uno mi voz ha dicho,
cuál es, no dirá mi amor.
Focas. Eso es querer, por salvar
uno, que perezcan dos;
y pues entrambos conformes
estan en morir, no soy
tirano, pues que la muerte
que ellos me piden les doy.
Soldados, mueran entrambos.
Astol. Tú lo pensarás mejor.
Focas. ¿Por qué?=*Astol.* Porque no querrás,
ya que el uno te ofendió
en vivir, te ofenda el otro
en morir.=*Focas.* ¿Pues por qué no?
Astol. Porque es el otro tu hijo,
de cuya verdad te doy,
para testimonio, esta
lámina, que á mí me dió
con él y con la noticia
de ser tuyo, la afliccion
de aquella villana en quien
fué tan parlero el dolor,
que por no reservar nada,

el hijo aun no reservó.
Ahora, con el resguardo
que el uno en el otro halló,
sabiendo que es tu hijo el uno,
podrás matar á los dos.

Focas. ¡Qué escucho, y qué miro!=*Cint.* ¡Estraño
suceso!=*Focas.* ¡Quién, cielos, vió
que cuando de mi enemigo
y mia buscando voy
la sucesion, que afligia
mi vaga imaginacion,
tan equívocas encuentre
una y otra sucesion,
que impida el golpe del odio
el escudo del amor!
Mas tú dirás uno y otro
quién es.=*Astol.* Eso no haré yo;
tu hijo ha de guardar al hijo
de mi rey y mi señor.

Focas. No te valdrá tu silencio,
que la natural pasion
con esperiencias dirá
cuál es mi hijo, y cuál no,
y entonces podré dar muerte
al que no halle en mi favor.

Astol. No te creas de esperiencias
de hijo á quien otro crió,
que apartadas crianzas tienen
muy sin cariño el calor
de los padres; y quizá,
llevado de algun error,
darás la muerte á tu hijo.

Focas. Con eso en obligacion
de dártela á tí me pones,
si no declaras quién son.

Astol. Así quedará el secreto
en seguridad mayor,
que los secretos un muerto

es quien los guarda mejor.

Focas. Pues no te daré la muerte,
caduco, loco, traidor,
sino guardaré tu vida
en tan mísera prision,
que lo prolijo en morir
te saque del corazon
á pedazos el secreto.

Erácl. No le ultraje tu furor.

Leon. No tu saña le maltrate.

Focas. Pues qué, ¿amparáisle los dos?

Los dos. Si él nuestra vida ha guardado,
¿no es primera obligacion
de todas guardar su vida?

Focas. ¿Luego á ninguno mudó
la vanidad de que pueda
ser hijo mio?=*Erácl.* A mí no,
porque mas quiero, otra vez
digo, morir al horror
de ser legítimo hijo
de un supremo emperador,
que vivir de una villana
hijo natural.=*Leon.* Y yo,
que aunque ser tu hijo tuviera
á soberano blason,
no me ha de esceder á mí
Eráclio en la presuncion
de ser lo mas.=*Focas.* ¿Y éslo mas
Mauricio? = *Los dos.* Sí.

Focas. ¿Y Focas? = *Los dos.* No.

Focas. ¡Á venturoso Mauricio!
¡á infeliz Focas! ¿quién vió
que para reinar no quiera
ser hijo de mi valor
uno, y que quieran del tuyo
serlo, para morir, dos?
Y pues de tanto secreto,
que ya pasa á ser baldon,

solo eres dueño, volviendo
á mi primera intencion,
te harán hablar hambre y sed,
desnudez, pena y dolor.
Llevadle preso.=*Los dos*. Primero
restados en su favor
nos verás.=*Focas*. Eso es querer
que abandonado el amor
con que al uno busqué, en ambos
se vengue mi indignacion.

En el segundo acto consulta Focas al mágico Lisipo, para que por sus artes averigue cuál de los dos es su hijo: pero Cintia, que ama á Eráclio, amenaza al mágico con la muerte si espone con su declaracion la vida del héroe, que visto solo una vez, cautivó su alma. Lisipo cuando se vuelve á ver con Focas, finge que la deidad que le inspira le manda callar; pero que puede hacer una esperiencia en la cual los dos príncipes manifiesten lo que son. Para esto forma un palacio encantado, en el cual solo son personas verdaderas Focas, él y los príncipes. Astolfo, Cintia y demas interlocutores, son espíritus fantásticos revestidos de formas humanas, pero que hacen y dicen lo que harian y dirian los personages verdaderos que representan.

La esperiencia del encanto dura todo el resto del segundo acto y gran parte del tercero. El palacio desaparece sin que Focas encuentre la verdad que deseaba: Eráclio y Leonido, despues de haberse visto príncipes, se admiran de encontrarse en su antiguo estado de selvatiquez. En fin, el usurpador, movido de cierto impulso secreto contra Eráclio, finge que le cree hijo de Mauricio: Astolfo, creyendo descubierta ya la verdad, lo confiesa, y Lisipo, sin temor de haber faltado al precepto de Cintia. Astolfo y Eráclio son entregados en un barquichuelo á las olas. El viento los lleva al puerto donde habia desembarcado Fe-

derico, duque de Calabria, enemigo de Focas, con su ejército. Eráclio, reconocido por este príncipe, que era su primo hermano, pelea con él contra Focas, que pierde en la batalla la vida y el imperio.

La mayor parte de los argumentos de Voltaire contra este drama pueden rebatirse diciendo que Calderon no quiso componer una tragedia francesa, si no una comedia ideal española, en que describiese la incertidumbre de la suerte humana, y la mezcla perpetua de verdad é ilusion que hay en todos los accidentes de la vida. Otros argumentos nacen de la ignorancia de Voltaire en el idioma y literatura castellana: otros, en fin, de las pésimas ediciones españolas que se hacian de nuestras comedias.

Nada diremos del Eráclio de Corneille, tragedia bien conducida segun las reglas; pero la aglomeracion de gran número de incidentes en un solo dia es una inverosimilitud mas chocante que los prestigios de un encantador. Estos tienen en la escena una verosimilitud de convencion, que nunca pueden tener aquellos.

En la leccion siguiente examinaremos las comedias sagradas de Calderon, género que perfeccionó como todos los demas.

LECCIONES

DE LITERATURA ESPAÑOLA.

23.ª Leccion. = Séptima de Calderon.

Acaso el género de composiciones dramáticas en que mas se aventajó Calderon á sus antecesores, y en que menos bien le imitaron sus sucesores, fueron las comedias de asuntos sagrados. Antes y despues de él se consideraban estos dramas únicamente como un arbitrio para escitar ó sostener la devocion del vulgo, presentándole en el teatro lo mismo que veía en los templos, ó cuando menos, para divertirle con milagros, apariciones de ángeles, desapariciones de demonios, éxtasis y arrobamientos de santos, y otros espectáculos de esta especie, que tanto debian agradarle. Calderon fué el primero que elevó esta clase de dramas á un género ideal y verdaderamente religioso, suponiendo en el protagonista un pensamiento esclusivo que le conduce á abrazar la fé cristiana, ó si ya lo es, le obliga á enmendar su vida y sus costumbres.

Sirva de ejemplo la comedia del *Mágico prodigioso*. Cipriano, filósofo pagano de Antioquía, habiendo leido un pasage de Plinio en que dice:

> Dios es una bondad suma,
> una esencia, una sustancia,
> todo vista, todo manos...

en el cual estan bastantemente esplicadas, como las conocieron los gentiles, la unidad, la sencillez, la bondad, la sabiduría y la omnipotencia del Ser Supremo, comienza á dudar de la gran multiplicidad de dioses que admitian los gentiles. El Demonio, temeroso de que se le escapase un hombre tan sabio como Ci-

priano, y se convirtiese al cristianismo, se le presenta en figura de viajero, y disputa con él sobre la materia; pero en vez de persuadirle, tuvo que darse por vencido á los argumentos de Cipriano, tomados solamente de la razon natural. Esta disputa se verifica en la primer escena del drama. El Demonio, no habiendo podido hacer efecto sobre la inteligencia del sabio, muda de batería, y trata de ganar su voluntad por medio de los placeres, inspirándole una pasion ciega á Justina, vírgen cristiana, de singular hermosura, modestia y virtud. Esta segunda batería, contra la cual no halló defensa en el corazon del filósofo gentil, le salió tan bien, que Cipriano, abandonando los estudios y el trage filosófico, se viste de gala y aparece en el segundo acto enamorando á Justina.

Despreciado por ella se sale al campo, donde se le presenta el Demonio bajo la forma de otro hombre, toma el nombre de Lucero, y le dice que es un mágico. En prueba de ello hace varios prodigios á su vista, y se ofrece á enseñarle la magia, con cuyos conjuros podrá obligar á Justina á venir á su poder, si le entrega el alma. Cipriano se obliga á ello con una cédula firmada de su sangre, complaciendo así su loco amor y su ambicion de sabiduría.

En el tercer acto, Cipriano, ya muy instruido en el arte diabólica, comienza sus conjuros. Bien quisiera Lucero que acudiese á sus evocaciones la misma Justina, para lo cual escitó la fantasía de esta muger con toda especie de imágenes amorosas; pero la virtud de la doncella cristiana, favorecida por el auxilio divino, resiste á todas las seducciones. No pudo, pues, acudir á los conjuros de Cipriano mas que una imágen mentida de la verdadera Justina, que se presenta en el monte donde estaban: Cipriano la conoce y la sigue: la imágen huye y se cubre con el velo: Cipriano la alcanza, la coge entre sus brazos, le arranca el velo, y en vez de la muger que amaba, solo encuentra un esqueleto: medio milagroso de que se valió

la Providencia para destruir los artificios de Lucero.

La escena que le sigue entre Cipriano y su maestro de mágica, es admirable. En ella se ve el hombre, desengañado de sus pasiones y auxiliado por la inspiracion divina, luchando contra el genio del mal. Esta lid, que en el drama se presenta esterior, es una fiel imágen de las que el hombre sostiene contra el vicio, que solicita hacerle su esclavo.

Cipr. Apenas sobre la tierra
herida acentos pronuncio,
cuando en la accion, que allá estaba
Justina, divino asunto
de mi amor y mi deseo;
¿pero para qué procuro
contarte lo que ya sabes?
Vino, abracéla, y al punto
que la descubro, (¡ay de mí!)
en su belleza descubro
un esqueleto, una estátua,
una imágen, un trasunto
de la muerte, que en distintas
voces me dijo: (¡ó qué susto!)
así, Cipriano, son
todas las glorias del mundo.
Decir que en la magia tuya,
por mí ejecutada, estuvo
el engaño, no es posible;
porque yo, punto por punto
la obré; y aunque errar pudiese
de sus caractéres mudos
una línea, ni una voz
de sus mortales conjuros:
luego tú me has engañado
cuando yo los ejecuto,
pues solo fantasmas hallo,
adonde hermosuras busco.

Dem. Cipriano, ni hubo en tí

defecto, ni en mí le hubo:
en tí, supuesto que obraste
el encanto con agudo
ingenio: en mí, pues el mio
te enseñó en él cuanto supo.
El asombro que has tocado
mas superior causa tuvo;
mas no importará, que yo,
que tu descanso procuro,
té haré dueño de Justina
por otros medios mas justos.

Cipr. No es ese mi intento ya,
que de tal suerte confuso
este espanto me ha dejado,
que no quiero medios tuyos.
Y así, pues que no has cumplido
las condiciones que puso
mi amor, solo de tí quiero,
ya que de tu vista huyo,
que mi cédula me vuelvas,
pues es el contrato nulo.

Dem. Yo te dije, que te habia
de enseñar en este estudio
ciencias que atraer pudiesen
de tus voces al impulso
á Justina; y pues el viento
aquí á Justina te trujo,
válido ha sido el contrato,
y yo mi palabra cumplo.

Cipr. Tú me ofreciste que habia
de coger mi amor el fruto
que sembraba mi esperanza
por estos montes incultos.

Dem. Yo me obligué, Cipriano,
solo á traerla. = *Cipr.* Eso dudo,
que á dármela te obligaste.

Dem. Ya la vi en los brazos tuyos.

Cipr. Fué una sombra. = *Dem.* Fué un prodigio.

Cipr. ¿De quién? = *Dem.* De quien se dispuso
á ampararla. = *Cipr.* ¿Y cuyo fué?
Dem. No quiero decirte cuyo.
Cipr. Valdréme yo de mis ciencias
contra tí: yo te conjuro,
que quién ha sido me digas.
Dem. Un Dios, que á su cargo tuvo
á Justina. = *Cipr.* ¿Pues qué importa
solo un Dios, puesto que hay muchos?
Dem. Tiene este el poder de todos.
Cipr. Luego solamente es uno,
pues con una voluntad
obra mas que todos juntos.
Dem. No sé nada, no sé nada.
Cipr. Ya todo el pacto renuncio
que hice contigo; y en nombre
de aquese Dios, te pregunto,
¿qué le ha obligado á ampararla?
Dem. Guardar su honor limpio y puro.
Cipr. Luego ese es suma bondad,
pues que no permite insulto.
¿Mas qué perdiera Justina,
si aquí se quedaba oculto?
Dem. Su honor, si lo adivinára
por sus malicias el vulgo.
Cipr. Luego ese Dios todo es vista,
pues vió los daños futuros.
¿Pero no pudiera ser,
ser el encanto tan sumo,
que no pudiera vencerle?
Dem. No, que su poder es mucho.
Cipr. Luego ese Dios todo es manos,
pues que quiso cuanto pudo.
Dime, ¿quién es ese Dios,
en quien hoy he hallado juntos
ser una suma bondad,
ser un poder absoluto,
todo vista, y todo manos,

que há tantos años que busco?

Dem. No lo sé. = *Cipr.* Dime, ¿quién es?

Dem. ¡Con cuánto horror lo pronuncio!
Es el Dios de los cristianos.

Cipr. ¿Qué es lo que moverle pudo
contra mí? = *Dem.* Serlo Justina.

Cipr. ¿Pues tanto ampara á los suyos?

Dem. Sí; mas ya es tarde, ya es tarde
para hallarle tú, si juzgo
que siendo tú esclavo mio,
no has de ser vasallo suyo.

Cipr. ¿Yo tu esclavo? = *Dem.* En mi poder
tu firma está. = *Cipr.* Ya presumo
cobrarla de tí, pues fué
condicional, y no dudo
quitártela. = *Dem.* ¿De qué suerte?

Cipr. De esta suerte. = *Dem.* Aunque desnudo
el acero contra mí
esgrimas, fiero y sañudo,
no me herirás; y porque
desesperen tus discursos,
quiero que sepas que ha sido
el Demonio el dueño tuyo.

Cipr. ¿Qué dices? = *Dem.* Que yo lo soy.

Cipr. ¡Con cuánto asombro te escucho!

Dem. Para que veas, no solo
que esclavo eres, pero cuyo.

Cipr. ¿Esclavo yo del Demonio?
¿yo de un dueño tan injusto?

Dem. Sí, que el alma me ofreciste,
y es mia desde aquel punto.

Cipr. Luego no tengo esperanza,
favor, amparo, ó recurso,
que tanto delito pueda
borrar. = *Dem.* No. = *Cipr.* ¿Pues ya qué dudo?
No ociosamente en mi mano
esté aqueste acero agudo;
pasándome el pecho, sea

mi voluntario verdugo.
¿Mas qué digo? quien de tí
librar á Justina pudo,
¿á mí no podrá librarme?

Dem. No, que es contra tí tu insulto;
él no ampara los delitos,
las virtudes sí.=*Cipr.* Si es sumo
su poder, el perdonar
y el premiar será en él uno.

Dem. Tambien lo será el premiar
y el castigar, pues es justo.

Cipr. Nadie castiga al rendido;
yo lo estoy, pues lo procuro.

Dem. Eres mi esclavo, y no puedes
ser de otro dueño.=*Cipr.* Eso dudo.

Dem. ¿Cómo, estando en mi poder
la firma que con dibujos
de tu sangre escrita tengo?

Cipr. El que es poder absoluto,
y no depende de otro,
vencerá mis infortunios.

Dem. ¿De qué suerte?=*Cipr.* Todo es vista,
y verá el medio oportuno.

Dem. Yo la tengo.=*Cipr.* Todo es manos,
él sabrá romper los nudos.

Dem. Dejaréte yo primero
entre mis brazos difunto.

Cipr. Grande Dios de los cristianos,
á tí en mis penas acudo.

Dem. Ese te ha dado la vida.

Cipr. Mas me ha de dar, pues le busco.

Cipriano, convertido al cristianismo, recibe el martirio en Antioquía, al mismo tiempo que Justina.

El mismo principio de la unidad de Dios, reconocido por la razon natural, forma la parte ideal del drama intitulado *El José de las mugeres;* pero hay otras situaciones en él, que merecen particular atencion.

Eugenia, hija de Filipo, gobernador de Alejandría, aficionada esclusivamente al estudio de la filosofía, por el cual desechaba la pasion de dos amantes que aspiraban á su mano, leyendo acaso la épistola de San Pablo á los de Corinto, encontró en ella el dogma de la unidad de Dios. Favorecida por inspiraciones celestiales, acometida por las asechanzas del Demonio, triunfó en su corazon el deseo de servir á Dios en la verdadera religion, y huyó á la Tebaida, donde estaban refugiados los cristianos, afligidos por la persecucion del emperador Galieno.

El Demonio procuró sacar utilidad de la desaparicion de Eugenia, persuadiendo á los egipcios que los dioses, enamorados de su discrecion y beldad, la habian elevado á su alta clase y dádola un lugar en el Olimpo; con cuyo motivo los de Alejandría le consagraron altares y sacrificios; al mismo tiempo que Eugenia, cautivada en trage varonil y condenada á la esclavitud, que esta era la pena impuesta á los cristianos por un edicto, fué entregada como esclavo á Melancia, dama de Alejandría, por el Demonio mismo que habia animado el cadáver de Aurelio, amante de Eugenia y muerto en un desafio. Ni su humillacion presente, ni las aclamaciones con que la celebraba como diosa el engañado vulgo de Alejandría, pudieron nada sobre su ánimo, que solo lamentaba ser causa, aunque inocente, de una idolatría nueva; y todos los artificios del Demonio para derrocar su virtud fueron sin efecto. Asi concluye el segundo acto.

En el tercero, Melancia, cuyo carácter liviano está ya descrito desde los actos anteriores, enamorada del fingido esclavo, le solicita de amores, y desechada, la acusa ante el tribunal del Pretor del mismo delito que ella deseaba cometer. Eugenia declara quién es, se burla de la idolatría del pueblo que condenaba á muerte la misma que adoraba por deidad, convierte á su padre, á su hermano, y gran parte del pueblo de Alejandría, y recibe el martirio con su familia y otros

muchos. Melancia es herida del rayo en castigo de su maldad.

Son admirables la escena en que Eugenia rechaza las solicitudes de Melancia, y el razonamiento con que desvanece la calumnia de esta en el tribunal del Pretor, que estaba en el mismo templo erigido á la deidad de Eugenia.

Eug. El que te hayas reportado
por mí, señora, te estimo.
Mel. Aun mas me debes, pues siendo
mi enojo por tí y contigo,
ha podido tu piedad
mas que mi enojo ha podido. (1)
Eug. ¿Por mí tú enojo?=*Mel.* Sí, pues
tú la causa dél has sido.
Eug. ¿Y conmigo?=*Mel.* Sí, pues tú
tienes la culpa, enemigo,
traidor, esclavo: ¡mas ay
de mí! mal digo, mal digo,
que no es causa de la pena
quien es de la pena alivio.
Y pues ya no hay que perder,
estando todo perdido,
llegando otros á saberlo,
¿qué reparo yo en decirlo?
Desde el dia, hermoso esclavo,
que te vi, de mis sentidos
fuiste dueño, y...=*Eug.* No prosigas,
ó harás que para no oirlo,
como el áspid al encanto,
me cierre entrambos oidos.
Mel. Advierte, antes que te arrojes
á responder con desvío,

---

(1) Melancia estaba enfadada con un criado, y Eugenia se interesó en que le volviese á su gracia y le perdonase su osadía.

que desde el amor al odio,
que al rencor desde el cariño,
aunque es ir de estremo á estremo,
es muy andado camino;
y mas de muger que...=*Eug.* No
prosigas otra vez digo,
que aunque convertir presumas
los halagos en martirios,
toda la naturaleza
opuesta está á tus designios.

Mel. ¿No eres mi esclavo?=*Eug.* Sí soy,
mas no lo es...=*Me.* Quién?=*Eu.* Mi albedrío,
que él no pudo ser esclavo.

Mel. De amor sí pudo.=*Eug.* Es delirio.

Mel. Es rendimiento.=*Eug.* Es engaño.

Mel. Es favor.=*Eug.* Es desatino.=*Mel.* Oye.

Eug. Suelta.=*Mel.* Escucha.=*Eug.* Aparta;
que es tu mano rayo vivo,
cuyo contacto, porque
no me inficione el vestido,
habré de dejarle en ellas.
Errado engañado pueblo,
escucha, no porque intente
mi muerte escusar, sino
hacer mas fácil mi muerte:
¿cómo puede ser justicia,
ni cómo verdad ser puede
ley que perdona al culpado
y castiga al inocente?
Siendo así que del delito
que me acusan y convencen,
no es posible que yo sea
el agresor.=*Tod.* ¿De qué suerte?

Eug. Siendo, como soy muger,
á quien el trage desmiente
de varon: no el escucharme
os suspenda y os altere,
que aun mas adelante pasan

mis fortunas, pues que quieren
los cielos que los prodigios
de mi vida os avergüencen,
y en vuestro idólatra error
os convenzan: aun no es este
el mayor asombro, pues
soy el original de ese
retrato á quien adorais:
Eugenia soy, ¿qué os suspende?
¿qué os asombra? ¿qué os espanta?
¿qué os turba? ¿qué os enmudece?
si ya no es que sea mirar
vuestra ceguedad al verme,
que de un trono, que es altar
y tribunal juntamente,
pueda ser á un tiempo mismo
la deidad y el delincuente:
acusada y venerada,
abatida y eminente
me mirais en un instante;
¿pues cómo se compadece
el estar allí adorada,
y aquí condenada á muerte?
Mira tú á quien idolatras
y sentencias; tú á quien quieres
y fiscalizas; tú á quien
delatas y favoreces;
tú á quien persigues y adoras;
tú á quien estimas y ofendes;
y todos, todos mirad
á quien dais himnos alegres,
y del sacrificio el fuego
ignorais á qué se enciende,
allí para que me ahume,
y aquí para que me queme.
Mirad, mirad á qué dioses
adorais, pues todos pueden,
teniéndolos por divinos,

ser acusados de infieles.
Y si á tanto desengaño
no abrís los ojos, no quede
piedra sobre piedra en todo
ese edificio eminente;
fuego del cielo le abrase;
y pues disponen las leyes
que el que acusa de un delito,
padezca el daño que quiere
que padezca á quien acusa,
á Melancia un rayo ardiente
abrase viva, porque
de su acusacion aleve,
de su falso testimonio,
su prision y cárcel quede
triunfante en Egipto quien,
á pesar de tantas fuertes
persecuciones, ha sido
el José de las mugeres.

La Exaltacion de la Cruz tiene por enlace tambien un pensamiento religioso. Anastasio, filósofo persa, se retiró de la corte para entregarse á los estudios filosóficos de su tiempo, y señaladamente al de la magia, tan comun en su patria. Cosdroas, rey de Persia, enemigo de los cristianos, despues de haberse apoderado de Egipto y de Siria, puso sitio á Jerusalen. Sus hijos Siroes y Menardes, que habian quedado en la corte, deseando saber el éxito de la espedicion, fueron á la montaña, donde Anastasio vivia retirado, á pedirle que les mostrase por sus encantos la situacion en que se hallaba su padre. Anastasio por complacerlos hace el siguiente conjuro:

Anast. Pues espíritus impuros,
que sois los dañados genios
que á mis voces obedientes
y á mis conjuros atentos

asistís, en virtud mia
esos dos jóvenes bellos,
elevados sobre el aire,
vean en su vago asiento,
á pesar de las distancias
que se les ponen en medio,
del ejército las tropas,
y de la ciudad el cerco.

En efecto, los príncipes se elevan sobre dos peñascos, y descubren á su padre en el momento que entra por asalto en Jerusalen, y acomete al templo de la Cruz, diciendo:

Cosd. Ea, valientes soldados,
hoy el dia ha de ser nuestro,
y en fé de vuestro valor,
mi nombre vivirá eterno.
Ya la gran Jerusalen,
que pudo llamarse un tiempo
emperatriz de las gentes,
esclava está en cautiverio.
Ya postrada, ya rendida,
á voces clama, pidiendo
misericordia, ninguno
se enternezca á sus lamentos;
que yo el primero de todos,
por dar á todos ejemplo,
para mi despojo elijo
este edificio opulento,
de quien piedra sobre piedra
no me ha de quedar.=*Zacar.* Soberbio
idólatra, no profanes
los umbrales de este templo.

Cosd. ¿Quién eres, ó venerable
anciano, que al verte, has hecho
que se suspendan mis iras?

Zacar. Soy, si de quien soy me acuerdo,

el infeliz patriarca
de Jerusalen.=*Cosd.* ¿Qué afecto
te trae buscando la muerte,
de que andan todos huyendo?
Zacar. El de morir á tus manos
antes de ver el desprecio
del templo á quien amenazas.
Cosd. ¿Pues qué templo, di, qué templo
es este?=*Zacar.* El que fabricaron
la fé, religion y celo
de Elena y de Constantino
al soberano Madero,
en que fué crucificado
nuestro Dios.=*Cosd.* Al oirlo tiemblo.
Pues esa Cruz, que su imágen
será mi mayor trofeo,
á Babilonia cautiva
la he de llevar, donde tengo
de ofrecérsela á mis dioses.
Zacar. Piadosos cielos, ¡qué veo!
Dent. La Cruz de Cristo es aquella;
vamos de su vista huyendo.

Ahuyentados los espíritus infernales á la vista de la Cruz, desaparece el espectáculo, y los príncipes descienden.

Anastasio, viendo fallida su ciencia en el momento que su vanidad se interesaba mas en ostentarla, cree que hay otra ciencia superior á cuanto sabia, y trata de adquirirla abandonando su retiro y volviendo á la corte. Obsérvese el arte maravilloso del autor. En el mismo momento en que la Cruz de Cristo queda cautiva de los infieles, y es trofeo de un tirano conquistador, en ese mismo momento triunfa de las potestades infernales. Este contraste lo indica y siente muy bien Anastasio en los siguientes versos.

Anast. ¿Qué es esto, dioses, qué es esto?

Cuando Cosdroas, rey de Persia,
iba á ultrajar el Madero
que del Dios de los cristianos
fué patíbulo sangriento,
¿el pacto negais, á vista
suya? Aquí hay mayor misterio,
que yo en mis ciencias no alcanzo,
que yo en mis artes no entiendo.

En toda la comedia reina el mismo contraste entre la fuerza material del hombre y la misteriosa y divina de la religion.

Esta primer escena es en las montañas de Asiria. La segunda del primer acto es en Constantinopla, cuyo emperador Eráclio, mientras los persas le quitaban reinos y provincias, estaba preparando fiestas y regocijos para la llegada de Eudoxia, con quien pensaba casarse, engañando con un retrato de ella las horas de la tardanza. Pero en lugar de Eudoxia llega Clodomira, reina de Gaza, fugitiva de su patria y de Jerusalen; la cual le da noticia de las victorias de Cosdroas en las siguientes octavas, que tienen versos hermosísimos á pesar de algunos defectos, no siendo el menor de ellos la escesiva simetría que en algunos se nota.

Clod. Yo, cuya voz en lágrimas se baña;
yo, cuyo llanto en voz se retira,
de los hados hurtándome á la saña,
de los astros huyéndome á la ira,
soy... mas no digo bien, mi error te engaña,
fuí, mejor dije ahora, Clodomira,
reina de Gaza un tiempo, y ya importuna
fábula, gran señor, de la fortuna. (1)

---

(1) Este último pensamiento es admirable, pues hay el contraste de que he tratado antes.

Mi patria, entonces reino, ahora ruina,
es del Asia menor mayor colonia,
natural confin de Persia y Palestina,
tributaria al Soldan de Babilonia:
Cosdroas, que ambos imperios predomina,
llegó á ella, y con la antigua ceremonia
de que usan los reyes con los reyes,
me propuso sus dioses y sus leyes.

Yo, que heredera fuí de la cristiana
religion, desde aquel tremendo dia
que estremecida vió toda la humana
naturaleza su alta monarquía,
reconociendo en lid tan soberana
que ella espiraba, ó su Hacedor moría,
al ver en desiguales horizontes
chocar las piedras y temblar los montes:

De crueles decretos intimada,
de ciegas amenazas persuadida,
le respondí, que solo de fé armada,
en su defensa perdería la vida:
él, sangrientos los filos de su espada,
tirano rey y bárbaro homicida,
con furia horrible, con crueldad estraña
asoló la ciudad y la campaña.

Buscando puestos mi temor seguros
para la vida que me habia quedado,
vi de Jerusalen los altos muros,
buscando en su sagrado mi sagrado:
apenas, pues, de idólatras perjuros
me hubo el dolor apenas retirado,
cuando me hubo retirado apenas,
á Cosdroas viendo desde sus almenas.

Tan numeroso ejército traía,
segun la multitud que le acompaña,
que daba que dudar á quien le via,
cuál era la ciudad, cuál la campaña:
con tan loca, tan bárbara osadía
su soberbia, su cólera, su saña

á los muros llegó, que desde luego
les publicó la guerra á sangre y fuego.
Jerusalen de idólatras sitiada,
Jerusalen de fieles no asistida,
de los unos tres veces asaltada,
de los otros ninguna socorrida:
la frente de ceniza coronada,
y la cerviz de púrpura teñida,
toda horror, toda asombro, toda espanto,
apeló solo á tribunal de llanto.
No bastó, no bastó á la rigurosa
furia la retirada de la queja;
cuál allí por su padre morir osa,
cuál por el hijo allí de sí se aleja,
cuál aquí muere en brazos de su esposa,
y en poder de los bárbaros la deja;
sintiendo mas, celosamente sabio,
que su honor muerto, póstumo su agravio. (1)
¡Ó nunca hubiera en confusion tan fuerte,
ó nunca hubiera en pena tan crecida,
sin vida yo escapado de la muerte!
¡sin muerte yo escapado de la vida!
nunca me hubiera mi infelice suerte
de un portillo enseñado la salida,
por donde pude, sin que estorbos tope,
llegar á Japha y embarcarme en Jope. (2)
De su puerto, traida de los hados,
vengo, donde te cuenten mi gemidos
que dejo sus alcázares postrados
y sus antiguos muros demolidos,
sus sagrados lugares profanados,
sus altares y templos destruidos;
y que por fin de suerte tan esquiva,
la Cruz de Cristo á Persia va cautiva.

---

(1) *Póstumo su agravio*: Porque no le podia vengar.
(2) Este trozo es admirable.

No puedo aqui...=*Eráclio.* Ni yo puedo,
cuando sus voces escucho,
dejar que prosigas; cesa,
que helado, absorto y confuso,
no sé, (¡ay infeliz!) no sé
si vivo estoy, ó difunto.
El Madero soberano,
íris de paz, que se puso
entre las iras del cielo
y los delitos del mundo.
El sagrado Leño, que
siendo arca de este diluvio,
fué despues Dios humanado,
el carro, el plaustro y el triunfo,
ultrajado (¡tal repito!)
de bárbaros (¡tal pronuncio!)
¿en Persia cautivo yace,
sin estimacion y culto?
Ó mal hayan, ó mal hayan:
¿pero á quién culpo, á quién culpo,
si mis omisiones solas
dieron materia á este insulto?
Pero aunque conozco tarde
el yerro en que amor me puso,
presto he de enmendarle: salga
del lugar donde le tuvo
mal entretenido el ocio,
mal aconsejado el gusto.
Salga Eudoxia de mi pecho,
y este hermoso objeto suyo,
desperdiciado del aire,
vuele en átomos menudos.
Los aplausos de mis bodas
que el alborozo dispuso,
trueque el dolor en exequias,
sea el tálamo sepulcro.
No haya en mi valor, no haya
en mi amor afecto alguno

desde hoy, que en orden no sea
á rescatar este sumo
tesoro: sepa cobrarle,
quien solo perderle supo.
Deudos, vasallos y amigos,
Eráclio, César Augusto
de Constantinopla, os pide
perdon del ocio en que os tuvo.
En todo mi imperio á un tiempo
se escuchen ecos confusos
de trompas y cajas; pero
bien pronunciado ninguno.
Destemplado el parche gima,
bastardo el metal robusto,
y en vez de los estandartes
que fueron en sus dibujos
primavera de los vientos,
el aire tremole oscuros
tafetanes, negras sean
en sentimiento tan justo
banderas, plumas y bandas;
que á tan sacrílego hurto
es bien que la cristiandad
se vista de negros lutos.
Y yo he de ser el primero
que embrazado el fuerte escudo,
que el templado arnés trenzado
y el limpio acero desnudo,
en la campaña resista
los destemplados influjos
de las escarchas de Enero
y de los soles de Julio,
hasta que, ó pierda la vida,
ó vea si restituyo
la Cruz de Cristo al lugar
adonde Elena la puso.

Estos versos de Eráclio son magníficos, como los sentimientos cristianos que espresa.

La tercera escena del mismo acto es en Babilonia: Cosdroas llevando la Cruz cautiva, la consagra á sus dioses. Anastasio se le presenta ya en trage de soldado, y Cosdroas le da por esclavo al patriarca Zacarías, para que como tan sabio, le convenza á abjurar el cristianismo; creyendo que arruinando la fé en el pastor, los demas cristianos se convertirian facilmente al paganismo. Al fin del acto comienza la lucha entre la ciencia del mágico y la doctrina del prelado.

En los dos actos siguientes se observa mejor la unidad de lugar, pues no sale la escena de los campos en que se hacen la guerra Eráclio y Cosdroas. En la primera del segundo acto hay una discusion entre Zacarías y Anastasio. Ensalzando el primero el infinito saber de Dios, dice que estan en él toda las ciencias, y las enumera concluyendo con que Dios

es la ciencia de las ciencias.

Anastasio le replica así:

Anast. Antes que te arguya contra
esa máxima, quisiera
saber cómo harás resúmen
de tantas distintas ciencias,
y de las mas principales,
Zacarías, no te acuerdas:
¿dónde la mágica está,
y las que producen de ella,
hasta la nigromancia,
que ni las nombras, ni mientas,
ni dices que estan en Dios?
Zacar. Como no estan en Dios esas,
ni esas son ciencias. = *Anast.* ¿Pues qué
serán, si el serlo me niegas?
Zacar. Unos diabólicos artes,

dignos que él los aborrezca.
Anast. ¿Cómo diabólicos? ¿Pues
los espíritus (¡ qué pena !)
que los obran, no son genios
de los dioses, á quien fuerzan
caractéres y conjuros,
para hacer por su obediencia
cosas sobrenaturales?
Zacar. Genios son; mas considera
que son los dañados genios,
que opuestos á Dios, intentan
competir con sus milagros,
valiéndose de apariencias
fantásticas que lo ausente
ó futuro representan
por conjeturas, formando
en agua, fuego, aire y tierra
vagos fantasmas; y en esto
hable mejor la esperiencia.
¿Cuántas veces solo al nombre
de Dios, falta la asistencia
de esos espíritus? ¿Cuántas
solo á la divina seña
de la Cruz de Cristo huyen
de su vista y...=*Anast.* Oye, espera,
que aunque piensas lo que dices,
dices mas de lo que piensas. (1)
¿La señal (¡qué es lo que escucho!)
de la Cruz (¡el alma tiembla!)
por sí (¡el pecho se estremece!)
los espíritus ahuyenta

---

(1) Este pensamiento es muy á propósito, porque Zacarías confirma con su dicho lo visto antes. En efecto, para Anastasio dice Zacarías mas de lo que piensa, puesto que ignora la esperiencia que habia hecho Anastasio del poder de la Cruz de Cristo. Aqui la espresion es la mala, no el pensamiento.

que forman esas fantasmas,
y (¡la voz falta á mi lengua!)
pierden á la vista suya
estudio, poder y fuerzas?
Zacar. Sí.=*Anast.* Pues si tú lo probáras,
con saber yo que no fuera
de probar dificultoso,
yo...

Cosdroas llega é interrumpe la conversacion; pero ya se nota la habilidad del poeta en haber propuesto por Zacarías á Anastasio el mismo caso de que él habia sido testigo, y su vanidad víctima.

Eráclio pelea y es vencido: encerrado entre unos riscos por el ejército de Cosdroas, propone este á los cristianos que abjuren su fé. Niégase la propuesta, y los persas acometen. El cielo auxilia á los suyos con prodigios. Sobrevienen una tempestad y un terremoto, que sin hacer daño á los cristianos, lanzan sobre los persas, rayos y peñascos. Cosdroas implora las artes mágicas de Anastasio contra los hechizos de los cristianos; pero sus genios, subyugados por un poder superior, no le obedecen. Vencidos los persas, se refugian á sus fortificaciones, y Anastasio, reconociendo la vanidad de sus ciencias, se convierte al cristianismo.

En el tercer acto, Cosdroas, enfurecido por la confesion que hace Anastasio de su fé, manda encerrar en una cueva á él y á Zacarías, y que se preparen á la muerte. Entre tanto Eráclio, favorecido por Siroes, hijo de Cosdroas, y que estaba descontento de su padre, penetra de noche en el campamento, hace prisioneros á Cosdroas y á Menardes, su segundo hijo, y reconoce á Siroes por rey de Persia, con tal que restituya al Imperio las provincias conquistadas, los cautivos cristianos y la Cruz de Cristo. Siroes cumple las condiciones y liberta á Zacarías, pero deja á Anastasio en la prision, de donde le dice que no saldrá

sino es á sacrificar
á los dioses, ó á morir.

Porque no se atrevia á aumentar el odio de los persas, si veían que favorecia á un apóstata del paganismo.

Anastasio espera con ansia la corona del martirio; pero manifiesta deseo de ver el triunfo con que ha de ser restituida la Cruz á la Iglesia de Jerusalen. Dos ángeles, para satisfacer este deseo, lo elevan en el aire, desde el cual ve la magnífica entrada de Eráclio en la ciudad santa y la colocacion de la Cruz en su templo.

Parece que la idea primordial de Calderon en todas sus comedias sagradas era esta, que *la inteligencia, el estudio hecho de buena fé y la renunciacion á los placeres de la vida para adquirir conocimientos, conducen el hombre al cristianismo;* que es tambien el pensamiento de Pascal. La misma máxima forma la composicion de los *Dos amantes del Cielo*, en que Crisanto empieza estudiando el principio del evangelio de San Juan; de *El Gran príncipe de Fez,* en que es la lectura de un libro cristiano la que convence al moro: de la *Aurora en Copacavana*, en que el indio Yupanguí Inca, lleva á mal que el Dios de los peruanos quiera

«el que otros mueran por él,
no habiendo él por otros muerto.»

El Purgatorio de San Patricio solo es notable por la creacion de un carácter original. Ludovico Enio, aunque cristiano, es un monstruo de valor, de osadía y de maldad. Pero las oraciones de San Patricio alcanzan piedad para él, y se convierte viendo una noche en que iba á cometer un gran delito, el esqueleto de sí mismo que le clama:

«Yo soy Ludovico Enio.»

En las comedias sagradas nosotros censuraremos siempre las apariciones y tramoyas teatrales de que no estan exentas ni aun las de Calderon; que serian perfectas, si el autor, renunciando á estos espectáculos, se hubiera contentado con desonvolver una máxima religiosa y describir su influencia en el corazon humano. Dramas de esta especie tendrian siempre grande mérito.

Antes de concluir esta esplicacion, diré que en mi entender ni el *Polieucte* ni la *Teodora* de Corneille, son dramas religiosos; porque en ellos el interés versa sobre otros objetos, y la religion no es mas que un agente subordinado y accidental.

En la leccion que viene hablaremos de las comedias mitológicas y pastoriles de Calderon, última clase que nos queda que examinar.

LECCIONES

DE LITERATURA ESPAÑOLA.

24.ª Leccion. = Octava de Calderon.

Uno de los géneros mas abundantes en el teatro es el de las fábulas mitológicas, en las cuales satisfizo el gusto de la corte y del pueblo á las decoraciones y transformaciones escénicas, sin renunciar por eso al tipo ideal que él se habia formado del amor y del honor. Presentó en la escena á Apolo arrojado del cielo por Júpiter, y enamorado de Climene *(Apolo y Climene)*: á Faeton, rigiendo el carro del sol con bastante felicidad, hasta que vió á su rival Epafo en los brazos de Tétis su amada: el furor de los celos le hizo abrasar el mundo y perecer *(El hijo del Sol Faeton)*: á Céfalo, dando muerte á su esposa Prócris, creyendo que mataba una fiera *(Celos aun del aire matan)*: á Perseo, dando la muerte al monstruo marino por salvar á Andromeda *(Fortunas de Andromeda y Perseo*, muy superior á la de Lope que ya hemos analizado y á la *Andromeda de Corneille)*: á Prometeo, robando un rayo del sol y animando con él á Pandora *(La Estátua de Prometeo)*: á Hércules, domado por el amor, y afeminado á los piés de Hiole *(Fieras afemina amor)*: á Cupido, enamorado de Psiquis *(Ni amor se libra de amor)*: á Anajarte, convertida en piedra en castigo de su esquivez *(La Fiera, el Rayo y la Piedra)*: á Ulises, detenido por el amor en el palacio de Circe *(El mayor encanto amor)*: á Narciso, enamorado de sí mismo y desdeñando á Eco *(Eco y Narciso)*: á Ulises, arrancando á Aquiles de los brazos de Deidamia *(El Monstruo de los jardines)*: y en fin, las fábulas del vellocino de oro, del Minotauro y de Hércules abrasado en el Oeta, en una sola come-

dia, dividida en tres jornadas. En cada una se representa una de aquellas tres acciones ; y en la última se reunen los tres héroes Jason, Teseo y Hércules, que se habian separado en la loa, que sirve tambien de prólogo y de esposicion *(Los tres mayores prodigios)*.

Escribió tambien tres piezas en un acto, mezcladas de música y representacion ; especie de óperas, que despues tomó el nombre de *Zarzuela*, porque las primeras se representaron en la casa de campo de este nombre, que era uno de los sitios reales. Estas piezas son *la Púrpura de la Rosa*, cuya accion es la muerte de Adonis, *El Laurel de Apolo* ó la transformacion de Dafne, y *El Golfo de las Sirenas*, por el cual pasó Ulises atado al mástil de su navío, y así se libertó de la voz y de la hermosura de aquellos monstruos. A esta composicion le dió el nombre de *Egloga piscatoria*, que recuerda la infancia del teatro en tiempo de Juan de la Encina.

Pero Calderon, muy distante ya de aquella época, cultivó muy poco el género bucólico, y eso solamente en algunas comedias mitológicas, como *Eco y Narciso* y *El laurel de Apolo*, ó en algunos autos sacramentales, cuyos asuntos eran tomados del antiguo testamento. En vano se buscará en sus pastoras la sencillez, la frescura de colorido, la naturalidad encantadora de los que introduce Lope de Vega en sus dramas. Los del Poeta de Felipe IV no son mas que cortesanos mal disfrazados.

De los dramas mitológicos de Calderon, analizaremos el de *Fieras afemina amor*, el de *El Monstruo de los jardines*, y el de *Eco y Narciso*, este último porque es á un mismo tiempo del género mitológico y del pastoril, y los dos primeros por la escelencia de los caractéres de Hércules y de Aquiles.

En efecto, el carácter de Hércules está perfectamente descrito, y es una de las mejores creaciones de Calderon. La escena es en Libia, y la comedia empieza luchando Hércules con un leon y dándole la muer-

te. Despues de esta hazaña, esperando á Euristeo, rey de Libia, que le habia enviado á llamar, quiso descansar en el palacio de las Hespérides. Sabiendo que estaba dentro el dragon que defendia las manzanas de oro, se incitó á entrar para vencerlo; mas sabiendo que aquellas manzanas tenian la propiedad de hacer amable á su dama al hombre que poseyese una de ellas, renunció á la empresa: tan enemigo es del amor, que deja de emprender hazaña tan grande como triunfar de aquel monstruo, por no dar armas favorables á aquella pasion. Véanse las razones en que se funda.

Hérc. ....¿Qué me ofende
oir que haya hombre que pretenda
que le merezca un hechizo
lo que él por sí no merezca?
¿Qué bajo espíritu debe
de tener quien se contenta
con que lo que es voluntad
lo haya de adquirir por fuerza?
¿Una muger violentada
es mas, si se considera,
que una estátua algo mas viva,
con alma algo menos muerta?
Y esto á una parte, no menos
me ofende que haya quien quiera
ni ser amado, ni amar.
¿Es amor mas que una ciega
tiranía, á quien yo doy
las armas con que me venza?
¿Yo he de introducir en mí
otro yo, que con su fuerza
mande en mí mas que yo mismo?
¿Yo una doméstica guerra
que haga al corazon campaña
de sentidos y potencias?
¿y luego para qué triunfos?
¿para qué glorias? ¿qué empresas?

¿qué laureles? ¿qué blasones,
mas que conquistar la tierna,
la mal defendida plaza
de una flaca muger? Si ellas,
por natural vasallage,
estan al hombre sujetas,
¿para qué he de darlas yo
la vanidad de que sean,
cuando no amadas, humildes,
y cuando amadas, soberbias?
Tan equívoca victoria
es la suya, que hay quien mueva
cuestion, cuál me quiere mas,
la dama que me desdeña,
ó la que me favorece;
pues conformemente opuestas,
si aquesta mira á mi agrado,
esotra á mi conveniencia.
Y cuando no hubiera tantos
ejemplares como cuentan
del tiempo el buril en bronces,
de la fama el bronce en lenguas,
de altos héroes que afearon
las hazañas de suprema
opinion, con el lunar
de que el amor los divierta,
el de Aquiles me bastára
no mas, para que aborrezca
amor y muger, cuando oigo
cuán vil por Deidamia bella
vistió femeniles ropas,
peinando el cabello á trenzas;
en cuya oposicion, yo,
en vez de holandas y sedas,
desde hoy vestiré la piel
de ese leon; porque vea
el mundo, que si hubo héroe,
que en dama el amor convierta,

hubo héroe, que contra amor
el odio convirtió en fiera;
y así, bien puedes, piadosa
Espéride, sin que temas
que yo pise tus umbrales,
hacer que te abran sus puertas,
que aunque me arrastra el oir
que hay nuevo monstruo que ofrezca
una hoja mas á mi sacro
laurel, no he de hacerlo, en muestra
de que no quiero dejar
sin guarda tronco que pueda
ser medio de amar á nadie:
despedace, rompa y hiera
de ese vestiglo la saña,
de ese terror la soberbia,
á cuantos necios amantes
probar sus frutos pretendan,
que no se lo he de impedir
yo, solo con que tú creas
que hago en no vencerle mas,
que lo que en vencerle hiciera,
pues venciera allá su furia,
y aquí venzo la mia mesma. (1)

Queda solo, duérmese sobre la yerba, y Venus y Cupido aparecen en el aire, y para vengar la injuria que el héroe hace á ambas deidades, le presentan en el sueño una beldad. Cupido le dispara á Hércules la flecha de oro, y guarda para aquella hermosura la de plomo que inspira aborrecimiento. Hércules despierta: llega Euristeo, que le queria para darle el mando de sus tropas contra un rey con quien tenia guerra, ofre-

(1) En esta relacion está bastante caracterizada la condicion de Hércules, que solo respira la guerra, los combates, las armas, y aborrece el amor.

ciéndole en premio anticipado de su victoria la mano de su hija Hiole. Hércules acepta el mando; pero rehusa casarse, alegando que no era justo recibir el laurel antes del triunfo. Hiole llega entonces, y Hércules se siente admirado y conmovido de ver en ella la misma beldad que se le habia presentado en sueños. La ama, pero espera vencerse á sí mismo. Así concluye el primer acto.

En el segundo vuelve Hércules victorioso de la guerra; pero antes de entrar en la corte, sabe que aquel mismo dia se celebraban las bodas de Hiole con Anteo, hijo de la diosa Cibele. Euristeo, resentido de la frialdad con que Hércules recibió su proposicion, y la aversion de Hiole al hijo de Alcmena, vino en su casamiento. La impresion que hizo esta noticia en el ánimo del héroe, está muy bien descrita en los versos siguientes.

Hérc. Maldígate el cielo, amen. (1)
Licas. Tente, que si esto no basta,
habré de decir que ha sido
engañarte, por si dabas
algo adelantado. = *Hérc.* Mientes,
que ahora es cuando me engañas;
pues aunque tú te desdigas,
no se desdice la saña
que ha introducido en mi pecho
pensar que Euristio me agravia
en la estimacion, ya que
no en el gusto; pues es clara
cosa, que en la estimacion
ofende, el que á la fé falta

---

(1) Parecia que Hércules debia haber agradecido que le escusasen hacer un desaire que ofendiese á Hiole; pero al contrario, al criado que le da la noticia de lo que pasaba en la corte, le dice *Maldigate el cielo, amen.*

de la palabra que dió.
Y aunque nunca la palabra
yo le habia de pedir,
son dos cosas muy contrarias,
ver él que yo no la pida,
ó ver yo que él la quebranta.
Mas ay, que no es esto solo
lo que me hiela y me abrasa
tan á un tiempo, que no sé
qué fiera en el pecho inflama
tal ira, que escede á todas,
con haber lidiado á tantas.
Beldad que vi en vaga sombra,
sombra que vi en forma humana,
¿á qué efecto en brazos de otro
á mis ojos te retratas
menos aparente, y mas
viva que nunca? ¿no estaba
ya apagado aquel primer
afecto que al verte causas?
¿Pues cómo ahora, aun en menos
visible forma que en ambas,
(pues allí toda eras vista
y aquí eres imaginada)
con mayor fuerza me vences,
con mayor poder me arrastras?
¿Qué fuera (¡ay de mí!) qué fueran
celos, si hay celo, la brasa
que envuelta en cenizas no
se sabe que oculta arda,
hasta qne desvanecidas
del soplo que las levanta,
lo que era ceniza es polvo,
y lo que era polvo es ascua?
¿Pero qué digo? ¿yo amor?
¿yo celos? no es sino rabia
de la desestimacion;
y así, he de intentar vengarla:

¿Aristeo? — *Arist.* ¿Qué me quieres?

Hérc. A los dos Euristio agravia
en el empleo de Hiole
con Anteo, á tí en negarla,
y á mí en ofrecerla; y mas
viendo que es para entregarla
á un desvanecido jóven
de quien ni padre ni patria
se sabe, pues solo ser
de la tierra hijo, le ensalza,
segun los tesoros que ella,
rasgándose las entrañas,
en despedazados montes
para su fausto desangra,
ya de sus venas en oro,
ya de sus minas en plata.
Pues siendo así que en los dos
ofende á un rey de Tesalia
y á un Hércules, á quien dió
en premio de sus hazañas
la alcaidía del Parnaso
Apolo, de quien es guarda,
¿cómo los dos no tomamos
de un agravio dos venganzas?

En efecto, se vengó. Hace armas contra Euristeo, y le quita el reino y la vida. Anteo huye: Hiole se refugia en el jardin de las Espérides. Hércules va á asaltarlo; pero Cibele conmueve la tierra, y hace salir de ella un denso vapor que le impide ver el palacio. Para vencer este encanto, va al monte Parnaso, cuya custodia le habia encargado Apolo, y toma el caballo Pegaso, para entrar por el aire donde no podia por la tierra.

El tercer acto comienza en el jardin de las Espérides por la lid entre Hércules en el caballo alado y el Dragon, alado tambien, que se levanta contra él. Durante la batalla, dice Hércules los versos siguientes:

Hérc. Avenenado Hipogrifo,
que áspid del jardin mas bello
no solo el tesoro guardas
de amables hechizos, pero
de aborrecidas beldades.
No á robar tus pomas vengo
por ser dichoso en amores,
sino en aborrecimientos.
Embiste otra vez, que no
me has de poner en recelo,
por mas que, escamada nube,
traigas abortando incendios,
el relámpago en los ojos,
en los bramidos el trueno,
y el rayo en la exhalacion
del tósigo de tu aliento.
La clava de Hércules es
la que te hiere; y supuesto
que oir de Hércules el nombre
mas que la clava, le ha muerto,
á tierra, Pegaso, y vea,
que á pesar de sus violentos
Vesubios, Volcanes, y Ethnas,
introducido en el centro
de sus vedados jardines,
á ella y á sus monstruos venzo.
Y tú, tronco del amor,
de tus dorados renuevos
este me da por testigo
del triunfo, no porque quiero
ni ser amado, ni amar,
sino vencer mis desprecios.

Muerto el monstruo de aquel jardin, Hércules hace prisionera á Hiole, y quiere llevarla por esclava suya: opónesele Anteo, que le desafia á singular combate. La escena del desafio, en que perece Anteo, está muy bien descrita.

Es conocida la fábula de que Anteo, hijo de la tierra, siempre que caia en ella cobraba nuevas fuerzas: hé aquí cómo describe Calderon este combate.

Anteo. Al sitio que apenas bruta
planta pisó, guiando vengo
tus pasos porque ninguno
nos siga, y se ponga en medio.
Hérc. Di que á fin de dilatar
tu muerte, que es lo mas cierto;
pues ya que solos estamos,
y ocultos, saca el acero.
Anteo. Son muy desiguales armas
espada y clava; y en duelo
aplazado, el igualarlas
es ley; y así, pues yo dejo
la espada, deja la clava,
y ven á los brazos. = *Hérc.* Eso
ya es lo contrario, pues es
gana de morir mas presto.
Anteo. Tú lo verás, cuando veas
que cobro, en dando en el suelo,
dobladas fuerzas. = *Hérc.* ¿Qué aguardas?
llega, pues, y del primer
ímpetu verás si doy
contigo en tierra. = *Ant.* ¿Qué has hecho
en eso, si con mayor
valor á la lucha vuelvo?
Hérc. Mas resistencia hallo en tí
de la que antes hallé; pero
no importa, para que deje
de ser superior mi esfuerzo.
Anteo. Tambien superior el mio,
volverá á embestir de nuevo.
Hérc. ¿Qué es esto, cielos, pues cuando
mas le rindo, mas le encuentro
fortalecido? = *Ant.* Pues va
siempre mi fuerza en aumento,

en escediendo á la suya,
que le he de vencer, es cierto.

Hérc. Como es su madre la tierra,
sin duda ella le da alientos,
cuando á ella cae; y así
no ha de volver á ella.=*Ant.* Cielos,
como ahora no me arroja,
desalentado fallezco;
haga maña lo que antes
era fuerza.=*Hérc.* Ahora veo,
pues que te dejas caer
tú, cuando yo no te dejo,
que es señal de que la tierra
te fortalece en cayendo.

Anteo. Sea lo que fuere, vuelve
á la lid.=*Hérc.* Sí haré, ya vuelvo;
pero advertido de que
si allá vencí sus portentos,
porque me valí del aire,
he de hacer aquí lo mesmo:
no ha de caer en la tierra,
por si en el aire le venzo,
haciéndole que en mis brazos
reviente.=*Ant.* Valedme, cielos,
que oprimido, sin tocar
en la tierra, desfallezco.
¿Quién creerá, cuando en los brazos
de Hércules espira Anteo,
que dando el aliento al aire,
le niegue el aire el aliento?

Hérc. Quien viere que yo te arrojo
hecho pedazos al viento;
y tú, enemiga Cibele,
en tu horrible oscuro centro,
á quien meciste en la cuna
construye su monumento.

Entre tanto las tres Espérides se preparan á tem-

plar el enojo de Hércules, y Venus y Cupido persuaden á Hiole que finja amar á Hércules, y finja en su presencia que llora.

Pues llore aunque finja,

dice Cupido; y él y su madre repiten:

Pues llore, supuesto
que no es la primera que llora fingiendo.

Hércules vuelve al jardin, sin entender si lo que sentia hácia Hiole era rencor ó amor. Al entrar en el jardin, encuentra á Verusa, la mas bella de las Hespérides, y la dice:

Hérc. .... ¿Dónde, di,
Hiole está? ¿pues cómo así
la espalda me vuelves? ¿no
merezco respuesta yo?
Verusa. El semblante de tu ira
tanto de ti me retira,
que su temor me obligó
á intentar irme sin verte.
Hérc. ¿Tanto asombro? ¿tanto espanto?
Verusa. Fácil fuera decir cuánto.
Hérc. ¿De qué suerte?=*Verusa.* Desta suerte.
Tú mismo en tí mismo advierte,
si espanto y asombro das.
Hérc. ¡Yo soy este! ya con mas
causa á mi descuido riño,
pues no me debió el aliño
verme á una fuente jamás.
¡Qué vária naturaleza
es en su desigualdad!
¡qué mal dice una fealdad
en brazos de una belleza!
Si es tan grande mi fiereza,

¿qué mucho que la luz pura
huya de la sombra oscura,
y que le haga novedad
ver á la monstruosidad
en brazos de la hermosura?
Disculpada Hiole bella
en cierta parte se halla;
¿qué digo? que el disculpalla
ya camina hácia querella:
¿pero si por otro ella
me dejó? ¿pero si yo
maté á por quien me dejó?
¿y si en su memoria queda?
¿y si hay como yo pueda
borrarle della? ¿quién vió
tan rara contrariedad?
Quítame esa luna impura,
no vea yo que es tu hermosura
espejo de mi fealdad.
Ya sin verme, á mi crueldad
vuelvo....

Eglé canta las glorias del amor y le detiene, como tambien Esperia, citando los héroes que han sido cautivos de esta pasion; pero ninguna consigue triunfar de la ferocidad de su ánimo, sino Hiole, puesta á sus piés, fingiendo y llorando.

Hércules la lleva á la corte, la corona reina de Libia, y se adormece á su lado en el seno de los placeres. Hiole se venga, robándole su clava mientras está dormido, poniéndole una rueca en su lugar, llenándole de cintas el cabello, y haciéndole que le vieran en esta situacion los grandes de la corte. La última escena es el triunfo de Venus y Cupido, llevando atado al carro de su triunfo al domador de fieras.

Esta es una comedia de teatro, y llena de grandes y variados espectáculos; pero el interés no decae nunca, y la vista está sometida al ingenio, lo que no po-

dremos decir en otras pertenecientes á este género. La versificacion en este drama, como en los demas mitológicos de Calderon, es mas variada y sostenida què en las otras comedias del mismo autor.

El Monstruo de los Jardines no es comedia de espectáculo. Pero en ella la impetuosidad y nobleza de orígen divino del carácter de Aquiles, estan muy bien descritas.

Tétis guardaba á su hijo Aquiles en las entrañas de un risco cercano á Egnido, para evitar los peligros con que el hado le amenazaba saliendo al mundo antes de cumplir los tres lustros de edad. Esta época se acercaba, cuando Ulises llegó á la corte de Egnido buscando á Aquiles, sin el cual, segun otros oráculos, no podrian los griegos triunfar de la soberbia Troya. Antes de que se cumpliese el término fatal que esperaba Tétis, vino Deidamia, princesa de Egnido, á solazarse con sus damas á un valle cercano á la cueva donde se criaba Aquiles. Este habia siempre obedecido á su madre, y conservádose siempre en su prision; pero atraido del canto y de los instrumentos de las damas, rompió el precepto, salió de la cueva y halló á Deidamia dormida entre las flores. El aspecto selvático de Aquiles, su vestido de pieles, asustan á las damas. Acuden los guardias, el rey, Ulises, y Lidoro, príncipe de Epiro, esposo prometido de Deidamia. Todos quieren detenerle, sabiendo que es Aquiles, y él pelea contra todos con valor sobrehumano, temiendo el enojo de Tétis; pero esta deidad sale de un peñasco, le libra de la pelea y le oculta á la vista de todos. Así concluye el primer acto.

La primer escena del segundo acto es la siguiente, en que se muestra el furor de Aquiles separado de Deidamia, que le habia cautivado el corazon. Obsérvese que este segundo acto es continuacion del primero; lo que observó Calderon en muchos de sus dramas, para probar que no le era imposible observar las unidades de tiempo y de lugar.

Aquil. ¿Esta es piedad?=*Tétis.* Sí.=*Aquil.* Pues no
quiero admitirla.=*Tétis.* ¿ Qué intentas?
Aquil. Arrojarme despechado
desde esa mas alta peña
al mar, adonde mi vida,
desesperada y resuelta,
de un sepulcro á otro sepulcro
pase de una vez, y tengan
fin tantas ansias.=*Tétis.* Advierte...
Aquil. Es en vano.=*Tétis.* Considera...
Aquil. No es posible.=*Tétis.* Mira...=*Aquil.* ¿ Qué
hay que mire, qué hay que advierta,
qué hay que considere, cuando
sujeto á tirana fuerza,
segunda vez solicitas
reducirme á mas estrecha
prision que la que echó á mal
los años de mi edad tierna?
¿Cuando juzgué que el abrirse
en duras bocas la tierra,
amparándome de tantos
como me sitiaron, fuera
para mi seguridad,
vuelve á ser para mí afrenta?
Pues no, no ha de ser, que ya
es tarde para obediencias.
Antes que viera del sol
las luces, antes que viera
de los cielos la armonía,
de los montes la soberbia,
de las flores la hermosura,
de las aves la belleza,
y la inquietud de los mares,
ya toleraba mi estrella
en la fé de la ignorancia
el voto de la paciencia.
Pero despues que los vi,
y vi que juraba reina

de la hermosura á Deidamia
toda la naturaleza,
¿cómo quieres que otra vez
sin ellos viva, y sin ella,
y me consuele de hallarla
tan solo para perderla?
Y así, piadosa cruel,
que me amparas y me fuerzas,
que me crias y me afliges,
me halagas y me atormentas,
perdóneme tu respeto,
que aunque obedecerte quiera
mi voluntad, mi pasion
no quiere que te obedezca.
Yo he de seguir de Deidamia
la luz, aunque lo defiendan
los hados, ó has de quitarme
la vida, porque no tenga,
á pesar de mi valor,
aqueste triunfo su ausencia.

Tétis. Ay, Aquiles, si supieses
cuán piadosamente atenta
esta, que llamas crueldad,
tu vida ampara y reserva
de opuesto influjo...=*Aquil.* ¿Qué influjo
habrá tan cruel que pueda
mas que quitarme la vida?
pues si tú me quitas esta,
¿qué me das? y así, perdona,
digo otra vez; y pues fiera
constelacion una vida
destina á dos muertes, deja
que la pierda á gusto mio,
si es preciso que la pierda.
Vuelve, pues, bella Deidamia,
y cuantos te siguen vuelvan
á lograr en mí las iras
con que mi muerte desean:

Aquiles os llama, Aquiles.
Tétis. Suspende la voz, y piensa...
Aquil. Ya te digo que es en vano,
si ya no es que me convenza
superior razon; y así,
mientras la causa no sepa
que te obliga á que me ocultes
quién eres y soy, y mientras
no volviere á ver el cielo
de aquella deidad, aquella
sin quien ya será imposible
que alivio mis ansias tengan,
no ha de volver á domarme
el yugo de tu obediencia.

Tétis, viendo la resolucion de su hijo, le da cuenta del hado que le amenaza, y le propone que viva disfrazado de muger al lado de Deidamia, fingiendo ser su prima Astrea, que no era conocida en Egnido por haberse criado en una provincia lejana, donde mandaba su padre. Aquiles acepta; porque, dice,

si á vivir voy con Deidamia,
si á adorar voy su belleza,
nombre, ser, honor y fama,
¿qué se pierde en que se pierda?

Las ninfas de Tétis llevan á Aquiles al mar y le embarcan en un navío, donde debian vestirle de muger. Ulises, que se habia quedado en el monte, no dejó de notar el embarque del monstruo; y oyó el canto de las ninfas, cuyo estribillo es:

Veamos si sus hados
vence cuando sea
monstruo en los jardines,
quien lo fué en las selvas.

Es admirable el monólogo de Ulises, en que descríbese la invencion de la trompa y la caja, con el objeto de descubrir con él á Aquiles.

Ulises. Cielos, si á vuestras estrellas
persuadíteiss á que influyan
en mi favor los afectos
que caudillo me intitulan
de toda Grecia, ¿por qué
despues que el nombre me ilustra,
me andais regateando el medio
y escaseando la ventura?
Sin Aquiles, esta guerra
no tendrá, segun pronuncia
el oráculo de Marte,
favorable la fortuna.
¿Pues cómo á dar la noticia
basta su deidad augusta,
y á descubrirle no basta?
Mas ¡ay de mí! que sin duda
opuesto poder le ampara;
bien lo muestra y asegura
hacer cuando deja verse
que por los vientos nos huya.
Pues yo no me he de rendir
á dificultad alguna;
que si hay un Dios que le guarda,
otros hay que le descubran.
Y si por humanos medios
esto puede ser, mi industria
dará trazas con que á efecto
llegue, y esta ha de ser una.
Muchos dias há que noto
que en la milicia no suplá
la humana voz otra voz
superior á todas, cuya
orden gobierne las tropas,
ya divididas, ya juntas,

un horroroso sonido
que ánimo y valor infunda
en los pechos de los hombres,
de suerte que su confusa
armonía, con variarla
de las cláusulas algunas,
todo un ejército entero,
si una vez el son escucha,
entienda lo que le manda,
porque lo ejecute y cumpla.
Con esta imaginacion,
han trazado mis astucias
dos instrumentos: el uno,
de curadas pieles rudas;
y el otro, de retorcidos
metales; ambos retumban
de suerte, que armoniosos
en una y otra voz juntan
los apartados estremos
del horror y la dulzura.
De estos instrumentos dos,
que erizan y que espeluznan
al que los oye, he de usar
hoy de Aquiles en la busca;
y siendo así que de Monstruo
de las montañas, le muda
á Monstruo de los Jardines
quien nos le guarda, quién duda,
pues la voz sola entrar puede
en la estancia mas oculta,
que como este horror su oido
hiera, la prision no sufra,
porque jóven á quien Marte,
para sus triunfos anuncia,
gran corazon le guarnece,
gran espíritu le ilustra;
y no es posible que quien
ya en los vaticinios triunfa,

y en los oráculos vence,
oyendo este idioma, cumpla
con su mismo natural,
si arrebatado no busca
la horrible voz de la guerra,
que sus aplausos pronuncia.
Y cuando no se consiga
por tal medio tal ventura,
otros habrá sin que dé
por vencidas mis industrias.

Astrea llega al puerto de Egnido: es recibida con muchas caricias por su engañada prima Deidamia; y á fines del segundo acto se prevé ya que Aquiles, hembra para todos, se declarará muy pronto con ella.

En efecto, á principios del tercero se hablan ya como amantes en el jardin, favorecidos por el silencio protector de la noche. Pero el rey quiere que su hija case con Lidoro; ámplia materia de discusion entre Aquiles y Deidamia. Lidoro entra en el jardin, y riñe con Aquiles. Deidamia se retira. El esposo prometido pregunta al amante ¿quién es? y él le responde, sin dejar de reñir,

El Monstruo de estos Jardines.

Lidoro repite admirado esta espresion; y Ulises, que llega entonces, oyéndola de su boca, cree que es Lidoro el héroe que busca: se pone al lado de su rival, el cual por no ser conocido se ausenta. Lidoro desengaña á Ulises y le cuenta el suceso. Ulises, convencido de que Aquiles se oculta en el palacio, pone en práctica todas sus artes. A la mañana siguiente penetra en el cuarto de Deidamia con un criado disfrazado de mercader estrangero, que entre muchas joyas riquísimas traía, como por casualidad, unas armas.

Deidamia feria á sus criadas las alhajas que mas les gustan, y Astrea se ciñe la espada, se pone el yelmo y embraza el escudo: terrible indicio para el astuto rey de Itaca del carácter belicoso de aquella, que hasta entonces tenia por muger.

El rey entra despues con Lidoro y toda su corte en el cuarto de Deidamia, y dice á esta como habia recibido noticias de que el bagel en que la verdadera Astrea venia á Egnido, habia perecido en el mar. Aquiles se turba: Deidamia disimula mejor y habla vagamente de la falsedad de las voces relativas á la pérdida de los navíos. Nuevo motivo de sospechas para Ulises. Durante un sarao que se da en palacio, Ulises hace tocar sus instrumentos bélicos, que como no conocidos hasta entonces, aterran aun á los mismos militares; pero Aquiles entusiasmado dice:

Aq. Vuestro discurso yerra,
que aqueste es el idioma de la guerra,
que á grandes cosas llama;
pues su concepto grave,
mezclando lo horroroso y lo suave,
el pecho anima, el corazon inflama
y la muerte apellida,
en glorioso desprecio de la vida:
¿quién sus templadas cláusulas escucha,
y á la campaña por salir no lucha?
Viva el Imperio griego,
y Troya se destruya á sangre y fuego:
no quede á vida bárbaro enemigo.
Mas loca estoy, no sé lo que me digo:
perdona, gran señor, que este portento
mi atencion se ha llevado tras mi acento.

Poco despues encontrando Ulises á Astrea sola, clama á sus espaldas:

Ulises. Guárdate, Aquiles, que te dan la muerte.

Aquil. ¿Quién me da la muerte? ¿quién
tan piadoso es? Pero ay cielos,
¿qué digo? = *Ulises.* No disimules,
que ya es en vano, supuesto
que no has podido vencer
aquel descuidado afecto
natural que tras el nombre
lleva el primer movimiento.

Aquil. ¿Qué es lo que decís? ¿con quién
hablais? que yo no os entiendo.

Ulises. Perdonadme, hermosa Astrea,
que desalumbrado y ciego
llegué á hablar con vos, juzgando
que hablaba (¡qué devaneo!)
con Aquiles, tal en busca
suya traigo el pensamiento:
loco estuve; perdonadme
digo otra vez, que ya veo,
señora, que no sois vos
Aquiles ni podeis serlo,
porque jóven á quien Marte,
dios de las lides sangriento,
destina para caudillo
de sus mayores trofeos,
jóven á quien apellidan
para héroe suyo los cielos,
para honor suyo los dioses,
los astros para instrumento
de sus influjos, los hados
para honor de sus decretos,
la fama para su asunto,
la historia para su ejemplo,
la patria para su amparo
y para su aplauso el tiempo,
claro es que no habia de estar
en viles ropas envuelto,
cuidando de los afeites,
perfumes, galas y aseos,

que son fealdades del alma,
y no hermosura del cuerpo;
y así, pues yo me engañé,
quedad con Dios, advirtiendo,
si no le descubro ahora,
que yo le descubra presto.

Aquil. Aguarda, Ulises, espera.

Ulises. ¿Qué me quieres?=*Aquil.* Los sucesos
que improvisamente asaltan
el muro del pensamiento,
la mayor ruina que dejan,
despues de saquearle al pecho,
es no dejarle palabras.

Ulises. ¿Pues qué quieres?=*Aquil.* Solo quiero
lugar para responder.

Ulises. ¿Qué tanto plazo?=*Aquil.* Un momento.

Ulises. Pues yo vendré.=*Aquil.* No te vayas.

Ulises. ¿Tan presto ha de ser?=*Aquil.* Tan presto.

Aquiles, despues de luchar en su ánimo el honor con el amor, resuelve, como él dice,

poner en salvo su honor;

y concierta con Ulises salir por la puerta de los jardines aquella noche para reunirse con el ejército griego. Despójase de las ropas mugeriles. Deidamia llega al dar la señal convenida con Ulises para su fuga la caja y la trompa, y le detiene con sus caricias y lágrimas en el jardin. Lidoro llega y riñe con él. Llegan el rey y Ulises. Aquiles se declara. El rey, viendo el ultraje de su casa, quiere matarle: Ulises le defiende, y Tétis se aparece, le declara por hijo suyo, y el rey accede al casamiento de Aquiles y Deidamia; y el héroe se prepara á partir al sitio de Troya.

Concluyamos nuestros estudios del teatro de Calderon con la analísis de la comedia de *Eco y Narciso*, mitológica á un tiempo y pastoril.

Eco, pastora rica de Arcadia, dotada de los dones de la hermosura y del canto, es objeto de la adoracion de todos los pastores; mas ella no los paga sino con un cortés agradecimiento. Habia en las cercanías de aquellos campos un monstruo en figura humana, que aterraba toda la comarca. Anteo, pastor y cazador, le persigue, le aprisiona y le lleva á Eco. Pero el monstruo era Liriope, hija de Sileno, anciano pastor que aun vivia, y que robada en su juventud por Céfiro, concibió de él á Narciso. Abandonada de su versátil amante, fué protegida por el sabio adivino Tiresias, en cuya cueva dió á luz y crió á su hijo, y aprendió el arte mágica. Tiresias al morir le hizo el horóscopo de su hijo, diciéndole que su ruina serian *una voz* y *una hermosura*. Esta relacion que hizo Liriope á los pastores de la Arcadia, la confirmó el anciano Sileno su padre, que estaba presente; y todos se preparan á buscar á Narciso, que habia quedado solo en la cueva.

En el segundo acto se encuentra á Narciso en lo intrincado de la montaña, que tambien buscaba á su madre. Eco es la primera que le encontró, y cuya voz le atrajo cantando. Es conducido al valle el nuevo pastor, objeto ya del amor de Eco. El tambien la ama; pero avisado por su madre de los peligros que le esperan de una voz y de una hermosura, se niega á aceptar su mano y sus riquezas, que Eco misma le ofrece. Febo y Silvio, pastores amantes de Eco, sabedores de la pasion de la ninfa y del desprecio de Narciso, quieren ya matarle, ya defenderle alternativamente, y con estas escenas de amor y de celos termina el segundo acto.

En el tercer acto Liriope, conociendo el peligro á que espone á su hijo el amor de Eco, le obliga á que se retire del llano y vaya á las selvas á entretenerse en la caza con Bato su criado, y el mismo pone en los sitios donde Eco apacienta su ganado una yerba venenosa que tiene la virtud de impedir el habla y dejarla reducida á las últimas sílabas de lo que dicen otros.

Narciso, cansado de la caza, llega á una fuente, donde ve su imágen, y cree que es la diosa de aquel manantial. El autor ha justificado esta ignorancia haciendo notar ya desde el principio del segundo acto que no habia salido nunca de la cueva en que su madre le tenia, ni llegado á beber aun agua viva. Narciso, enamorado de sí mismo, creyendo que lo estaba de una deidad, desprecia á Eco, que llega á hablarle, ya atormentada del veneno, y que se retira á las montañas, donde perece de amor, y dònde su espíritu responde á las voces de los que pasan. Narciso, desengañado por su madre, muere consumido junto á la fuente, y su cadáver se convierte en la flor de su nombre. Es menester leer toda la comedia, para ver con cuánta habilidad ha sabido el autor hacer, digámoslo así, verosímil y práctico un asunto tan ideal.

Los versos mas notables de este drama son los que dice Eco cuando ofrece su mano y su amor á Narciso.

Eco. Bellísimo Narciso,
que á estos amenos valles
del monte en que naciste
las asperezas traes.
Mis pesares escucha,
pues deben obligarte,
cuando no por ser mios,
solo por ser pesares.
Amor sabe con cuánta
vergüenza llego á hablarte,
y no dudo ni temo
que tú tambien lo sabes,
si atiendes los colores
que en el rostro me salen,
la púrpura y la nieve
variada por instantes.
Porque en cada suspiro,
que en efecto son aire,

camaleon de amor
se muda mi semblante.
Desde el primero dia
que al monte fuí á buscarte,
y te hallé en la primera
entre sus soledades,
mi vida á tu hermosura
rindió sus libertades,
haciendo tu estrañeza
de mi altivez donaire.
Que aunque estaba tan bruto
entonces el diamante
de tu pecho, ya daba
muestra de sus quilates.
Eco soy, la mas rica
pastora de estos valles,
bella decir pudieran
mis infelicidades;
que de amor en el templo,
por culto á sus altares,
de felices bellezas
pocas lámparas arden. (1)
Todo aquese occeano
de vellones que hace,
con las ondas de lana,
crecientes y menguantes,
desde aquella alta roca
hasta este verde márgen,
esmeraldas paciendo
y bebiendo cristales,
todo es mio, no hay
pastores que lo guarden

---

(1) Es un pensamiento hermoso y estremadamente poético: no tiene mas que está puesto en una pastoril; pero ya hemos dicho que no era el género bucólico en lo que brillaba Calderon.

que á mi sueldo no vivan
atentos y leales.
Todo á tus piés lo ofrezco,
y no porque á rogarte
lleguen hoy mis ternezas,
imágenes que nacen,
en la constancia mia,
de usadas liviandades.
Supuesto, bello jóven,
que no puede obligarme
sino es de ser tu esposa
á que mi amor declare,
porque tengas en mí
siempre firme y constante
una alma que te adore,
un pecho que te ame,
una fé que te estime,
un nudo que te enlace;
atencion que te sirva,
amor que te regale,
deseo que te obligue,
cuidado que te agrade.
Y si estos rendimientos
no pueden obligarte,
triste, confusa, ciega,
muda, absorta, cobarde,
infelice, afligida
me verás entregarme
tanto á mis sentimientos,
que en voces lamentables
el aire confundido
de mis voces, se alabe
de que Eco enamorada
se ha convertido en aire.

Tambien son hermosos los versos en que Eco, herida del tósigo, resuelve esconderse entre los montes.

Bato. En mi vida me verán
humanas gentes la cara;
huyendo de los poblados
á las ásperas montañas
iré, y escondida en ellas,
las mas cóncavas estancias
viviré, triste y confusa,
repitiendo á cuantos pasan
últimos acentos solo.
Asperos montes de Arcadia,
de Arcadia apacibles selvas,
nobles pastores, zagalas
hermosas, blancos rebaños,
verdes troncos, fuentes claras,
Eco, vuestra compañera,
ya de entre vosotros falta;
no la busqueis, porque oculta
en las ásperas entrañas
de los montes, va á vivir
de Narciso enamorada.
Mas si quereis saber de ella,
desde los valles habladla,
que de responder á todos
desde aquí doy la palabra,
llorando con los que lloran,
cantando con los que cantan.

Acaso el deseo de dar á conocer las bellezas de Calderon me haya obligado á estenderme mas de lo que debiera en el estudio y exámen de sus composiciones. Sin embargo, nada he dicho de los cuentos, chistes y sales que pone en boca de los graciosos, que son muchos, variados y profundos, nada de sus adornos y episodios líricos. Nada tampoco diré de sus autos sacramentales, para los cuales reservó el mérito de la elocucion mas elevada y culta. Como en ellos no sobresalen las bellezas de la composicion dramática, aunque en nada de cuanto escribió este ilustre poeta

falta el interés, no me han parecido objeto digno de un exámen particular. Sin embargo, no dejaré de decir que el doctor Bowring, sabio humanista inglés, apreciaba en gran manera las traducciones que se encuentran en dichos autos de muchos pasages de la Biblia.

Aquí termina, pues, nuestro exámen del teatro de Calderon. Ningun poeta dramático anterior ó posterior le igualó en la composicion, es decir, en el arte de deducir verosímilmente unos incidentes de otros, en el interés de la accion, siempre variada, siempre sostenida; ni en la descripcion del amor y el honor, como entonces se sentian en la sociedad española. La parte ideal de estos dos afectos nadie la pintó como él. Su versificacion es constantemente noble, gallarda, artificiosa, cortada, si bien tal vez se le puede acusar del gongorismo, culteranismo y simetría, que eran de gusto en su tiempo. Sus caractéres se parecen; todos tienen un tipo, que es el caballero y la dama castellana del siglo XVII; así como en Alfieri no encontramos mas que tiranos y conspiradores. Alfieri fué un gran hombre; pero aténgome á Calderon. Sus figuras son y serán siempre mas agradables, y sobre todo, mas morales. Ya hemos advertido, en prueba de nuestra imparcialidad, que desfiguró, mas de lo que es permitido al poeta dramático, la historia y la geografía.

Calderon debe estudiarse no solo como el mejor autor de nuestro antiguo teatro, sino tambien como un repertorio de riquezas dramáticas y de versificacion, y como un modelo de lenguaje noble y caballeroso. Abunda en frases formadas por él mismo y no usadas antes, y nada es mas poético que la reunion de voces que parecian no poder hallarse juntas.

En la leccion venidera emprenderemos el exámen de Ruiz de Alarcon.

LECCIONES

DE LITERATURA ESPAÑOLA.

25.ª Leccion. = Comedias de D. Juan de Alarcon.

D. Juan Ruiz de Alarcon, coetáneo, y émulo ó discípulo de Calderon, riquísimo como este y como Lope de Vega en la invencion de la fábula y de las situaciones, no añadió nada al poeta de Felipe IV en cuanto á la construccion dramática, es decir, en cuanto al arte de la esposicion, del enlace de los incidentes y la deduccion de la catástrofe; pero le es muy superior en la creacion y desenvolvimiento de los caractéres morales, que en Calderon tienen todos un tipo general, como ya hemos notado al examinar su teatro. Alarcon presenta índoles ó condiciones particulares, ya de vicios, ya de virtudes, y los contrastes que le son consiguientes. Así, es de todos nuestros poetas el que mas se acerca al género terenciano. Calderon conservaba su superioridad ordinaria cuando describia un carácter individual, como el de Segismundo en *La Vida es Sueño*, el de Cipriano en *El Mágico Prodigioso:* pero su *Hombre pobre,* que todo es trazas, y su *Astrólogo fingido,* tienen que ceder al *Embustero* y al *Maldiciente de Alarcon.*

En cuanto á las dotes de la elocucion, es Alarcon el mas puro, el mas correcto, el único digno de ser tenido por padre de la lengua entre nuestros autores cómicos, iguales á Calderon en la urbanidad y en las gracias; pero le es inferior, muy inferior, en la poesía y en el estilo.

Dos, pues, son las prendas que sobresalen en este poeta, y por las cuales es digno de un estudio particular: la pureza, propiedad y correccion del lenguaje, y su superioridad en la descripcion de los ca-

ractéres. Pero Alarcon tiene otro mérito mas, y es el de haber dado en su comedia de *La Verdad sospechosa* el tipo del *Mentiroso* del gran Corneille, en parte traducido y en parte imitado; y es menester no olvidar que el drama de Corneille es la primer comedia buena que tuvo el teatro francés. Parece que estaba en el destino de aquel grande hombre, creador de la tragedia y de la comedia francesa, que no se pusiese en actividad la centella eléctrica de su genio, sino con la lectura de dramas españoles. Uno de ellos le inspiró *El Cid*, y otro *El Mentiroso.*

Es natural, pues, que comencemos nuestros estudios del teatro de Alarcon por su comedia de *La Verdad sospechosa,* clásica ya en la historia de la literatura dramática.

D. García, hijo de D. Beltran, noble madrileño, vuelve á la corte de sus estudios de Salamanca. Es jóven, galan, valeroso; pero tiene el defecto de mentir, aun cuando no le importe, y mentirá mucho mejor, cuando alguna pasion é interés le obligue á ello. El enlace consiste en una dama, llamada Jacinta, que vivia en compañía de una amiga suya llamada Lucrecia; García se prenda de Jacinta; pero por el informe que tomó Tristan, criado de D. García, del cochero de aquellas señoras, informe mal interpretado por su amo, se persuade este á que el nombre de la que adora es Lucrecia. Toda la comedia gira sobre esta primera equivocacion.

El embustero miente á Jacinta fingiendo que es indiano, y que hace un año que la ronda; miente á su antiguo amigo D. Juan, fingiendo que ha dado una magnífica cena y baile á una dama en el soto de Manzanares; miente á su padre, que le propone el casamiento con la misma Jacinta que él ama, pero que no sabe que es ella, por la equivocacion del nombre, fingiendo que estaba casado en Salamanca, y que su muger estaba en cinta; miente á su mismo criado Tristan, fingiendo que habia dado muerte en un desafio

á su amigo D. Juan; pero en el momento que Tristan lamenta la desgracia del pobre caballero, le ve pasar por la calle, y dice á su amo:

Trist. ¿Tambien á mí me la pegas?
¿Al secretario del alma? (1)
Por Dios que se lo creí,
con conocelle las mañas.
¿Mas á quién no engañarán
mentiras tan bien trovadas?
D. *Gar.* Sin duda que le han curado
por ensalmo.=*Trist.* Cuchillada
que rompió los mismos sesos,
¿en tan breve tiempo sana?
D. *Gar.* ¿Es mucho? Ensalmo sé yo
con que un hombre en Salamanca,
á quien cortaron á cercen
un brazo con media espada,
volviéndosele á pegar,
en menos de una semana
quedó tan sano y tan bueno
como primero.=*Trist.* ¡Ya escampa!
D. *Gar.* Esto no me lo contaron;
yo lo vi mismo.=*Trist.* Eso basta.
D. *Gar.* De la verdad, por la vida,
no quitaré una palabra.
Trist. ¡Que ninguno se conozca!
Señor, mis servicios paga
con enseñarme ese ensalmo.
D. *Gar.* Está en dicciones hebráicas,
y sino sabes la lengua
no has de saber pronunciarlas.
Trist. ¿Y tú sábesla?=D. *Gar.* ¡Qué bueno!
mejor que la castellana:

---

(1) El amo le habia dicho que era el secretario de su alma, el archivo de su confianza.

hablo diez lenguas.=*Trist.* Y todas
para mentir no te bastan. (1)

En esta escena añade Corneille un rasgo muy gracioso, porque el criado apenas ve venir á D. Juan, tan bueno y tan galan, dice á su amo:

Les gents que vous tuez
se portent assez bien.

Las gentes que usted mata, estan buenas y sanas.

Síguese á esta la escena en que su padre D. Beltran reprende al hijo el fingimiento del matrimonio de Salamanca, y no quiere interesarse con el padre de Lucrecia, á quien el embustero dice que ama, porque no le cree. García le dice:

D. *Gar.* No señor, lo que á las obras
se remite, es verdad clara;
y Tristan, de quien te fias,
es testigo de mis ansias:
dílo, Tristan.=*Trist.* Sí señor,
lo que dice es lo que pasa.
D. *Bel.* ¿No te corres de esto? di:
¿no te avergüenza que hayas
menester que tu criado
acredite lo que hablas?
Ahora bien, yo quiero hablar
á D. Juan; y el cielo haga
que te dé á Lucrecia, que eres
tal que ella es la engañada.
Mas primero he de informarme
en esto de Salamanca;
que ya temo, que en decirme

---

(1) Porque lo que acaba de pasar, le dice que le miente tamien en aquello.

que me engañaste, me engañas.
Que aunque la verdad sabia
antes que á hablarte llegára,
la has hecho ya sospechosa
tú con solo confesarla.

Al fin, García sabe que Lucrecia es diferente de la que él ama, pero tiene que casarse con ella, porque ya D. Beltran y el padre de Lucrecia estan convenidos en ello. Dos castigos prepara el autor al carácter del embustero: uno, casarse por consecuencia de sus mismos enredos, con la muger que no amaba; y otro, hacer en su boca dificil de creer y sospechosa la misma verdad. Por sus mentiras pierde la mano y el corazon de Jacinta que habia empezado á amarle, pierde la amistad de D. Juan, el aprecio de los que le conocen y el amor de su padre. Si hay una comedia verdaderamente moral, es esta.

El carácter del mentiroso está muy bien dibujado. Borda con tanto ingenio y prontitud sus mentiras, que casi obliga á creerlas. Véase la descripcion que hizo á su criado del supuesto desafio con D. Juan.

D. *Gar*. Yo te lo quiero contar;
que pues sé por esperiencia
tu secreto y tu prudencia,
bien te lo puedo fiar.
A las siete de la tarde
me escribió que me aguardaba
en San Blas D. Juan de Sosa
para un caso de importancia.
Callé, por ser desafio;
que quiere el que no lo calla
que le estorben ó le ayuden:
cobardes acciones ambas.
Llegué al aplazado sitio
donde D. Juan me aguardaba
con su espada y con sus celos,

que son armas de ventaja.
Su sentimiento propuso,
satisfice á su demanda;
y por quedar bien, al fin
desnudamos las espadas.
Elegí mi medio al punto,
y haciéndole una ganancia
por los grados del perfil
le dí una fuerte estocada.
Sagrado fué de su vida
un *Agnus Dei* que llevaba,
que topando en él la punta
hizo dos partes mi espada.
Él sacó piés de gran golpe;
pero con ardiente rabia
vino, tirando una punta;
mas yo por la parte flaca
cogí su espada, formando
un atajo, él presto saca
(como la respiracion
tan corta línea le tapa,
por faltarle los dos tercios
á mi poco fiel espada)
la suya, corriendo filos;
y como cerca me halla,
porque yo busqué el estrecho,
por la falta de mis armas
á la cabeza furioso
me tiró una cuchillada:
recibíla en el principio
de su formacion y baja,
matándole el movimiento
sobre la suya mi espada.
Aquí fué Troya; saqué
un revés con tal pujanza,
que la falta de mi acero
hizo allí muy poca falta;
que abriéndole en la cabeza

un palmo de cuchillada,
vino sin sentido al suelo,
y aun sospecho que sin alma.
Dejéle así, y con secreto
me vine; esto es lo que pasa,
y de no verle estos dias,
Tristan, es esta la causa.

La comedia bien conducida hasta el fin, aunque oscura en algunas escenas (porque Alarcon no poseía el arte de enlazar los incidentes como Calderon), está llena de escelentes rasgos satíricos y de carácter. Para muestra de ello y del escelente lenguaje de nuestro poeta, véase la primera escena, en que el ayo de D. García en Salamanca da cuenta á D. Beltran del defecto de su hijo, antes de irse á un corregimiento que le habia alcanzado D. Beltran.

Letr. Mas una falta no mas
es la que le he conocido,
que por mas que le he reñido,
no se ha enmendado jamás.
D. *Bel.* ¿Cosa que á su calidad
será dañosa en Madrid?
Letr. Puede ser.=D. *Bel.* ¿Cuál es? decid.
Letr. No decir siempre verdad.
D. *Bel.* ¡Jesus, qué cosa tan fea
en hombre de obligacion!
Letr. Yo pienso que ó condicion
ó mala costumbre sea;
con la mucha autoridad
que con él teneis, señor,
junto con que ya es mayor
su cordura con la edad,
ese vicio perderá.
D. *Bel.* Si la vara no ha podido,
en tiempo que tierna ha sido,

enderezarse, ¿qué hará
siendo ya tronco robusto?

Letr. En Salamanca, señor,
son mozos, gastan humor,
sigue cada cual su gusto;
hacen donaire del vicio,
gala de la travesura,
grandeza de la locura,
hace al fin la edad su oficio.
Mas en la corte mejor
su enmienda esperar podemos,
donde tan validas vemos
las escuelas del honor.

D. *Bel.* Casi me mueve á reir
ver cuán ignorante está
de la corte: ¿luego acá
no hay quien le enseñe á mentir?
En la corte, aunque haya sido
un estremo, D. García,
hay quien le dé cada dia
mil mentiras de partido.
Y si aquí miente el que está
en un puesto levantado
en cosa en que al engañado
la hacienda ú honor le va,
¿no es mayor inconveniente
quien por espejo está puesto
al reino? Dejemos esto,
que me voy á maldiciente.
Como el toro á quien tiró
la vara una diestra mano,
arremete al mas cercano,
sin mirar á quién hirió;
así yo con el dolor
que esta nueva me ha causado,
en quien primero he encontrado
ejecuté mi furor.
Créame, que si García

mi hacienda de amores ciego
disipára, ó en el juego
consumiera noche y dia;
si fuera de ánimo inquieto
y á pendencias inclinado;
si mal se hubiera casado;
si se muriera en efecto,
no lo llevára tan mal,
como que su falta sea
mentir. ¡Qué cosa tan fea!
¡qué opuesta á mi natural!
Ahora bien, lo que he de hacer
es casarle brevemente,
antes que este inconveniente
conocido venga á ser.
Yo quedo muy satisfecho
de su buen celo y cuidado,
y me confieso obligado
del bien que en esto me ha hecho.
¿Cuándo ha de partir?=*Letr.* Querria
luego.=D. *Bel.* ¿No descansará
algun tiempo, y gozará
de la corte?=*Letr.* Dicha mia
fuera quedarme con vos;
pero mi oficio me espera.

D. *Bel.* Ya entiendo; volar quisiera,
porque va á mandar. A Dios.

Letr. Guarde os Dios. Dolor estraño
le dió al buen viejo la nueva;
al fin el mas sabio lleva
agriamente un desengaño.

Aquel *volar quisiera, porque va á mandar*, ¡cuán bien pinta el resentimiento del viejo contra quien le ha mostrado la falta de su hijo! resentimiento injusto, el mismo D. Beltran lo conoce y lo ha dicho ya antes; pero muy propio de la debilidad humana. Tambien es un escelente rasgo de carácter el artificio con

que el licenciado atenúa y disculpa el defecto de su alumno.

Despues de censurar en *La Verdad sospechosa* uno de los defectos mas graves que puede tener un caballero, reprende aun con mas severidad y con igual inteligencia otro que no es menos infame, cual es el de ser maldiciente. Este es el objeto moral de la comedia *Las Paredes oyen.*

D. Mendo de Guzman, caballero noble, poderoso, rico, valiente y galan, tiene una lengua de víbora: no perdona ni á sus damas, ni á sus amigos ni á rivales. De Teodora, una dama que tuvo, dice:

> ....Queria
> que yo fuese su marido,
> como si hubieran nacido
> mis abuelos en Turquía.

De Lucrecia, á quien todavía trata, aunque ama para casarse con ella á Doña Ana de Contreras, viuda jóven y rica, que ignorando su defecto le corresponde, dice que es una cansada, una necia, á quien engaña, solo porque la quiso algun dia; y esto lo dice á un amante encubierto de la misma Lucrecia, que no deja de contárselo á ella: pero al mismo tiempo D. Mendo le envía una carta en que celebra su hermosura como superior á la de Doña Ana, así como escribe despues á Doña Ana una carta en ofensa de Lucrecia.

De la misma Doña Ana, objeto entonces de su pasion, habla muy mal á su amigo el duque de Urbino, á quien la habia celebrado D. Juan de Mendoza, amante desdeñado de la viuda.

> Ella tiene el cerca feo,
> si el lejos os ha agradado,
> que yo estoy desengañado
> porque en su casa la veo.
>
> *Duque.* ¿Visitáisla?=*Mendo.* Por pariente

alguna vez la visito;
que sino fuera delito
segun es de impertinente.
.... Si el labio mueve
su mediano entendimiento,
helado queda su aliento
entre palabras de nieve.
...........................,....
Pues la edad no sufre engaños
aunque la tez resplandece:
....
Mil botes son el Jordan
con que se remoza y lava.

Duque. ¿Pues cómo D. Juan la alaba?
Mendo. Para entre los dos, D. Juan
es un buen hombre, y si digo
que tiene poco de sabio,
puedo sin hacerle agravio.

Y poco despues, dice á D. Juan, hablando del duque:

.... Es mas devoto
de mugeres que de espadas.

En la misma escena, paseándose por Madrid con el duque, D. Juan y Beltran, criado de este, maldice de todo y de todos.

D. *Men.* Esta es la calle Mayor.
D. *Ju.* Las indias de nuestro polo.
D. *Men.* Si hay Indias de empobrecer
yo tambien Indias la nombro.
D. *Ju.* Es gran tercera de gustos.
D. *Men.* Y gran corsária de tontos.
D. *Ju.* Aquí compran las mugeres.
D. *Men.* Y nos venden á nosotros.
Duque. ¿Quién habita en estas casas?

D. *Ju.* D. Lope de Lara, un mozo
muy rico, pero mas noble.
D. *Men.* Y menos noble, que tonto.
Duque. Tened, que bailan allí.
D. *Ju.* San Juan es fiesta de todos.
D. *Men.* Yo aseguro que van estos
mas alegres que devotos.
Duque. ¿Quién vive aquí?=D. *Ju.* Una viuda,
muy honrada y de buen rostro.
D. *Men.* Casta es la que no es rogada;
alegres tiene los ojos.
D. *Bel.* ¡Bien haya tan buena lengua!
¡Vive Cristo que es un Momo!
D. *Ju.* Esta imágen puso aquí
un estrangero devoto.
D. *Men.* Y entre aquestas devociones
no le sabe mal un logro.
D. *Ju.* Un regidor de esta villa
hizo este hospital famoso.
D. *Men.* Y primero hizo los pobres.
D. *Bel.* Por Dios que lo arrasa todo.

Doña Ana, sabedora de las malas ausencias que le hacia, y de su intriga con Lucrecia, le arroja de su vista; y él, indignado, trata de robarla cuando volvia de Alcalá á Madrid: los cocheros de Doña Ana, que eran el duque y D. Juan disfrazados, le hieren y ahuyentan; y hé aquí cómo esplica D. Mendo este suceso:

Que siempre estas viudas mozas,
hipócritas y santeras,
tienen galanes humildes
para que nadie lo entienda.
Tal valor en un cochero
los celos no mas lo engendran.

El maldiciente es castigado con perder la mano de Doña Ana, que casa con D. Juan, la de Lucrecia, que

casa con otro amante, la amistad del duque y de todos los hombres de bien.

El drama tiene grande interés y está muy bien conducido. El espectador se complace al ver los progresos que hace D. Juan en el corazon de Doña Ana, á proporcion que esta va rechazando de su memoria al odioso D. Mendo.

Para muestra del lenguaje de Alarcon y de su habilidad para el diálogo, leeremos la escena del primer acto en que D. Juan declara su amor á Doña Ana, cuando ella amaba todavía á D. Mendo.

D. *Ju.* Que me atreva no te altere,
pues estoy solo contigo,
y un agravio sin testigo
al punto que nace muere.
Desde que la vez primera
vi la luz de tu arrebol,
dos veces la ha dado el sol
á los signos de su esfera;
como al que el rayo tocó
de Júpiter vengativo,
por gran tiempo muerto vivo
en un instante quedó;
como aquel, que la cabeza
de la Górgona miraba,
por un peñasco trocaba
la humana naturaleza;
tal en viéndote me veo,
tan absorto y admirado,
que en admirarte ocupado,
no doy lugar al deseo;
que esos divinos despojos
tanta gloria me mostraron,
que al punto me arrebataron
toda el alma por los ojos.

D.ª *Ana.* Tened, D. Juan: ¿esto pára
todo en que amor me teneis?

D. *Ju.* No, porque ya lo sabeis,
y en vano el tiempo gastára.
D.ª *Ana.* ¿En que os morís?=D. *Ju.* No señora;
pues ni en morir parará,
que en el alma vivirá,
el amor que os tengo agora.
D.ª *Ana.* ¿Pára en pedirme que os quiera?
D. *Ju.* Ni llega, señora ahí,
que no hay méritos en mí
para que á tal me atreviera.
D.ª *Ana.* Pues decid lo que quereis.
D. *Ju.* Quiero... Solo sé que os quiero,
y que remedio no espero,
viendo lo que mereceis.
Como el mísero doliente
que en el lecho fatigado,
á cualquier parte inclinado
los mismos dolores siente;
y por huir del tormento,
que en cada lado es mayor,
busca alivio á su dolor
en el mismo movimiento;
así yo con mi cuidado
vengo á vos, dueño querido,
no de esperanza inducido,
sino de dolor forzado;
por no morir con callallo,
no por sanar con decillo,
que es imposible el sufrillo,
como lo es el remediallo.
Y así no os ha de ofender
que me atreva á declarar,
pues va junto el confesar,
que no os puedo merecer.
D.ª *Ana.* ¿Quereis mas?=D. *Ju.* ¿Qué mas que vos?
Si entender quereis mi estado,
en que os quiero está cifrado.
D.ª *Ana.* Pues señor D. Juan, á Dios.

D. *Ju.* Tened; ¿no me respondeis?
¿de esta suerte me dejais?
D.ª *Ana.* ¿No habeis dicho que me amais?
D. *Ju.* Yo lo he dicho, y vos lo veis.
D.ª *Ana.* ¿No decís que vuestro intento
no es pedirme que yo os quiera,
porque atrevimiento fuera?
D. *Ju.* Así lo he dicho y lo siento.
D.ª *Ana.* ¿No decís que no teneis
esperanzas de ablandarme?
D. *Ju.* Yo lo he dicho.=D.ª *Ana.* ¿Y que igualarme
en méritos no podeis,
vuestra lengua no afirmó?
D. *Ju.* Yo lo he dicho de este modo.
D.ª *Ana.* Pues si vos lo decís todo,
¿qué quereis que os diga yo?

Es dificil encontrar una escena mas fina que ella. Esta Doña Ana al fin quiere á D. Juan, cuando abandona el amor de D. Mendo, y se casa con él; pero en el primer acto en que está dicha escena no conocia á D. Mendo por su mal carácter.

Esta manera de despedir á un amante no correspondido, está llena de ingenio y de delicadeza.

Al fin del segundo acto hay una escena de costumbres populares, imitando los sarcasmos y pullas que se usaban antiguamente entre los que se encontraban en el camino. El lugar de la escena es el campo cercano á la venta de Viveros, y los viajeros volvian de los toros de Alcalá.

Cant. dent. Venta de Viveros,
dichoso sitio,
si el ventero es cristiano,
y es moro el vino.
Sitio dichoso,
si el ventero es cristiano,
y el vino es moro.

Otro. *Con mi albarda y mi burro*
no envidio nada,
que son coches de pobres
burros y albardas.
Una mug. Tan gustosa yo vengo
de ver los toros,
que nunca se me quitan
de entre los ojos.
Tercero. Unos ojos que adoro
llevo á las ancas:
¿quién ha visto los ojos
á las espaldas?
Dent. un arr. ¿Gruñes, ó gritas, ó cantas?
Cuarto. Mis males espanto así.
Arriero. ¿Somos tus males aquí?
porque tambien nos espantas.
Cuarto. Calla y toma mi consejo,
que no es la miel para tí.
Arriero. ¿Fuiste á ver los toros?=*Cuarto.* Sí.
Arriero. ¿Pues no hay en tu casa espejos?
Arr. seg. ¡Ah del coche! ¿dónde bueno?
Del camino se han salido.
Primero. Ó el cochero se ha dormido,
ó han de hacer noche al sereno.
Segundo. ¡Ah faeton de los cocheros,
que te pierdes! Por acá.
Primero. Por esos trigos se va.
Segundo. Y tras él dos caballeros.
Primero. De malas lenguas se quita
quien va al desierto á morar.
Segundo. No van ellos á rezar,
que por allí no hay ermita.

Pasemos ya de los caractéres viciosos y ridículos á los nobles. En esta línea pocos se podrán presentar comparables con el del marqués D. Fadrique, valido del rey D. Pedro, en la comedia de *Ganar amigos*. Es el modelo ideal de la generosidad de sentimientos, de

la grandeza de alma, del deseo de favorecer y servir á sus mismos émulos y enemigos.

La escena es en Sevilla. El marqués, acompañado una noche de sus criados, ve venir á un caballero con la espada en la mano, huyendo de la justicia. Habia dado muerte á otro que habia querido separarle de la reja de una dama. El marqués le ofrece su proteccion: llegan los alguaciles, y por ellos sabe el marqués que la dama era Doña Flor, á quien amaba, y el muerto un hermano suyo, que quiso quitar de la reja aquella sombra. Sin embargo, cumple su palabra; guarda al matador, le saca al campo, sabe que es un caballero de Córdoba llamado D. Fernando de Córdoba, le da una cadena para que se escape si le mata, pelea con él, en venganza de la muerte de su hermano y de sus celos, le desarma y le vence, y le amenaza de darle muerte si no declara la ocasion que le tenia á la reja de Doña Flor. D. Fernando, que habia prometido á esta dama no declarar que era su amante, se obstina en callar. El marqués, en vez de vengarse, admirado de la nobleza con que arriesgaba la vida por un secreto, le levanta y le perdona, y le aconseja que se mantenga oculto por temor de la justicia inflexible del rey.

En el segundo acto D. Diego, hermano de Doña Flor, viene á darle quejas de que por su galanteo padece el honor de su casa. El marqués le da palabra de no volver á verla ni hablarla, y logra con los jueces que seguian la causa de la muerte de su hermano, que no incomoden para nada á Doña Flor ni á su familia. Esta generosidad le granjea el afecto de Don Diego.

El marqués pensaba en casarse con Doña Inés de Aragon, dama de Doña María Padilla, tenida entonces por reina; pero D. Pedro de Luna, que, despues del marqués, era el que tenia mas lugar en la gracia del rey, lo tenia tambien con la dama y entraba á gozarla de noche, delito de muerte segun nuestras leyes. El rey D. Pedro, que lo supo, mandó al mar-

qués que lo castigase, no por via de juicio, sino dando muerte al reo, que era harto poderoso para someterse á la justicia. El marqués, guiado de su innata generosidad, hace que Luna vaya á mandar el ejército de la frontera de Granada, y obliga al rey á aprobar esta resolucion; pero Luna, creyendo que el marqués no le daba aquel cargo sino para apartarle de la corte, se venga diciendo al rey en secreto que el marqués habia mandado dar muerte á su hermano por celos de Doña Flor, y dado escape al asesino. En efecto, esta voz, verdadera en su segunda parte, habia corrido por Sevilla, y hacia verosímil la primera.

Todos los amigos que ha ganado, le fueron necesarios en el trance cruel en que le puso la fortuna. D. Diego, enamorado de Doña Ana, ilustre dama de Sevilla, pero no correspondido, se introduce de noche en su casa, fingiendo ser el marqués; y sobornando los criados, llega á su lecho y la violenta. A principios del tercer acto, Doña Ana se queja al rey; el marqués niega: es preso en la torre del Alcázar: vése su causa ante la justicia, y resultan contra él indicios vehementes; porque el criado que sobornó á los de Doña Ana, fingió ser de la familia del marqués, y se averiguó ser suya una cadena que dicho criado dió á un escudero de aquella señora. En efecto, era la misma que el marqués dió á D. Fernando de Godoy, y este á su criado, que pasó despues á serlo de D. Diego, y á fingir que lo era del marqués. A la causa de fuerza se reunió la de haber dado escape al homicida de su hermano.

En esta situacion de cosas, llegó victorioso de los moros de Granada D. Pedro de Luna. El rey, que babia mudado de intencion con respecto á él, le casa con su dama, y le dice que vea al marqués para que sepa á quién es deudor de la vida. Luna va á la prision, y sabiendo todo el hecho, clama que es falso lo que habia dicho de él; Godoy, agradecido á lo que debia al marqués, se declara por homicida de su her-

mano, y obliga á D. Diego á confesarse por verdadero reo de la violencia hecha á Doña Ana. Reconócese la inocencia del marqués, y el rey los perdona á todos, atendida la nobleza y heroicidad con que arrostran la muerte por defender al que los habia colmado de favores.

Este drama es á un mismo tiempo de carácter y de intriga; pero su mérito principal consiste en la descripcion de los caractéres, porque la fábula está mal distribuida. En el primero y segundo acto hay muchas escenas episódicas, y en el tercero se acumulan y atropellan los sucesos. La unidad de tiempo está quebrantada sin producir bellezas que justifiquen su infraccion.

Concluiremos este exámen de Ruiz de Alarcon repitiendo lo que ya dijimos al principio. En la descripcion de los caractéres morales es el primero del siglo XVII, es absolutamente terenciano; pinta sin exageracion ni recargamiento. Hay de él dos comedias intituladas 1.ª y 2.ª parte de *El Tejedor de Segovia,* en las cuales describió con suma valentía un carácter individual. En cuanto á la elocucion, sobresale en la pureza y propiedad del lenguaje, y es de todos nuestros poetas cómicos el que merece mas ser estudiado como padre de la lengua. Su versificacion es suave, fluida, exenta de los defectos de su siglo; pero inferior sin embargo á la de Lope de Vega y á la de Calderon.

En la leccion venidera hablaremos de Moreto, el primero de nuestros genios en cuanto á la sal cómica.

LECCIONES

DE LITERATURA ESPAÑOLA.

26.ª Leccion. = Comedias de Moreto.

D. Agustin Moreto, de quien quedan muy pocas noticias biográficas, es el primero de nuestros dramáticos en cuanto á la fuerza cómica. Inferior á Calderon y á Alarcon en la elocucion y en la intriga, inferior á estos y á Lope de Vega en la nobleza, en el idealismo de los caractéres, se acercó mas á las pasiones y á los defectos de la vida actual, y los marcó con el sello del ridículo. Si se le compara con Moratin, queda muy superior en la fuerza cómica; si con Moliere, tiene mas accion, mas invencion, mas gracia, menos exageracion, igual fuerza por lo menos, y sobre todo mas respeto á las costumbres. Solo se le encontrará inferior en la filosofía, mas cultivada en Francia que en España; mas no se hallarán jamás en el cómico español los largos razonamientos y conversaciones que nos hacen bostezar en la representacion de *El Misantropo* y de *El Tartufo*, comedias sin accion ni movimiento, notables solo por la belleza de las máximas y por los rasgos cómicos de la elocucion y de la situacion que el genio admirable de Moliere sabia sembrar tan á propósito en sus comedias.

Cancer, contemporáneo, amigo y colaborador de Moreto, dice de él que estaba siempre leyendo y buscando comedias antiguas (ya lo eran en aquel tiempo las de Lope despues que Calderon se apoderó del teatro), para convertirlas en nuevas. En efecto, *No puede ser guardar una muger* de Moreto, tiene la misma accion que *El mayor imposible* de Lope. *El parecido en la Corte,* es tomado de *Los Menecmos* de Timoneda, y de *La Española de Florencia* de Lope, que lo

era de una comedia de Lope de Rueda; y *El desden con el desden*, quizá la mejor comedia urbana de nuestro teatro, se roza con *Los milagros del desprecio* de Lope, *Los desprecios en quien ama* de Montalvan, *Celos con celos se curan* de Tirso de Molina, y *Para vencer á amor, querer vencerle* de Calderon.

Pero si Moreto imitaba la fábula, en cuya invencion no era muy fuerte, dejaba muy atrás á sus modelos en los incidentes cómicos y en la creacion y desenvolvimiento de los caractéres. Para justificar nuestra opinion, basta analizar *El desden con el desden*.

Nadie ignora su fábula. Diana aborrece el amor, y Cárlos obliga á aquella muger desdeñosa á que le ame, fingiendo desdeñarla. Este es con poca diferencia el argumento de la fábula en los dramas antes citados de los autores que habian antecedido á Moreto.

Pero ¡cuánta superioridad despliega este en la composicion y conducta! Diana no es una melindrosa y altiva, como la Doña Juana de Lope de Vega; ni una amante que desea arrojar á un amigo del corazon de su amante, y por eso escita su pasion con celos, como *La Sirena* de Tirso; ni una ambiciosa que lleva á mal deberle al casamiento con su primo el estado que creía pertenecerle, como *La Margarita* de Calderon. Diana es desdeñosa, porque sus lecturas y sus reflexiones la han convencido de los peligros del amor; está dispuesta á obedecer á su padre y á casarse; pero sin ilusion, sin eleccion propia, sin preferencia.

Diana ha tomado todas las precauciones posibles contra el amor; pero su inesperiencia le ha impedido tomarlas contra la vanidad. Esta la obliga á desear triunfar del desden de Cárlos, y á hacer que se enamore de ella. Cuantos medios pone para conseguirlo se vuelven contra ella, é introducen el amor en su pecho; porque es imposible que trate con él á todas horas de asuntos amorosos, sin contraer esta pasion; y esto lo ignoraba tambien Diana por su inesperiencia. Así es que el espectador no deja de interesarse por

ella, aunque conoce lo ridículo de sus conatos, porque los disculpa la ignorancia.

Cárlos interesa tambien, aunque ama y miente. Su disculpa es el conocimiento que á todas tiene de los proyectos de Diana por los avisos que le da su criado y espía Polilla, avisos que le sirven para continuar en su plan de desden fingido; porque su amor es tan vehemente, que sin ellos le hubiera sido imposible conservar la máscara. Todo está perfectamente trabado, todo previsto en el plan y en la conducta de esta inimitable comedia.

Llámola inimitable, y no sin razon. Moliere la tomó por modelo en su *Princesa de Elide*, y se estrelló. Su desdeñosa no tiene los mismos motivos que Diana para serlo, y así, ni su carácter está debidamente fundado, ni interesa. Una muger que se declara contra el amor por melindre ó por altivez, no puede nunca interesar.

Moliere nada añadió á Moreto, antes le quitó mucho. Veamos si tuvo razon para ello. Segun Moreto, en el palacio del conde de Barcelona, cuya hija era Diana, se celebraba por Carnestolendas una fiesta en la cual salian por suerte galanes y damas; y cada uno debia acompañar y cortejar á la que le tocaba durante aquel dia, en el paseo, en el banquete y en el sarao. Diana, resuelta ya á vencer el desden fingido de Cárlos, hace que la suerte los reuna, lo que da lugar á la siguiente escena, una de las mejores de todos los teatros, en la cual se desenvuelven con verdad maravillosa los caractéres de entrambos protagonistas.

Diana. Yo he de rendir á este hombre,
ó he de condenarme á necia.
¡Qué tibio galan haceis!
bien se ve en vuestra tibieza
que es violencia enamorar;
y siendo el fingirlo fuerza,

no saberlo hacer, no es falta
de amor, sino de agudeza.

Conde. Si yo hubiera de fingirlo
no tan remiso estuviera,
que donde no hay sentimiento
está mas pronta la lengua.

Diana. ¿Luego estais enamorado
de mí?=*Cár.* Si no lo estuviera,
no me atára este temor.

Diana. ¿Qué decís, hablais de veras?

Cárlos. ¿Pues si el alma lo publica,
puede fingirlo la lengua?

Diana. ¿Pues no dijísteis que vos
no podeis querer? = *Cár.* Eso era
porque no me habia tocado
el veneno de esta flecha.

Diana. ¿Qué flecha?=*Cár.* La de esta mano,
que el corazon me atraviesa;
y como el pez, que introduce
su venenosa violencia
por el hilo y por la caña,
al pescador pasma y hiela
el brazo con que la tiene,
á mi el alma me penetra
el dulce ardiente veneno
que de vuestra mano bella
se introduce por la mia,
y hasta el corazon me llega.

Diana. Albricias, ingenio mio,
que ya rendí su soberbia:
ahora probará el castigo
del desden de mi belleza.
¿Qué, en fin, vos no imaginábais
querer, y quereis de veras?

Cárlos. Toda el alma se me abrasa,
todo mi pecho es centellas.
Temple en mí vuestra piedad
este ardor que me atormenta.

Diana. Soltad, ¿qué decís? soltad.
¡Yo favor! La pasion ciega
para el castigo os disculpa,
mas no para la advertencia.
¿A mí me pedís favor,
diciendo que amais de veras?

Cárlos. Cielos, yo me despeñé,
pero válgame la enmienda.

Diana. ¿No os acordais de que os dije,
que en queriéndome, era fuerza
que sufriérais mis desprecios,
sin que os valiese la queja?

Cárlos. ¿Luego de veras hablais?

Diana. ¿Pues vos no quereis de veras?

Cárlos. ¡Yo, señora! ¿Pues se pudo
trocar mi naturaleza?
¿Yo querer de veras? ¿yo?
¡Jesus, qué error! ¿Eso piensa
vuestra hermosura? ¿Yo amor?
Pues cuando yo le tuviera,
de vergüenza le callára:
esto es cumplir con la deuda
de la obligacion del dia.

Diana. ¿Qué me decís? Yo estoy muerta.
¿Que no es de veras? ¡Qué escucho!
¿Pues cómo aquí á hablar acierta
mi vanidad de corrida?

Cárlos. ¿Pues vos, siendo tan discreta,
no conoceis que es fingido?

Diana. ¿Pues aquello de la flecha,
del pez, del hilo y la caña,
y el decir que el desden era,
porque no os habia tocado
del veneno la violencia?

Cárlos. Pues eso es fingirlo bien:
¿tan necio quereis que sea
que cuando á fingir me ponga,
lo finja sin apariencia?

Diana. ¡Qué es esto que me sucede!
¿Yo he podido ser tan necia,
que me haya hecho este desaire?
Del incendio de esta afrenta
el alma tengo abrasada;
mucho temo que lo entienda:
yo he de enamorar á este hombre,
si toda el alma me cuesta.

Cárlos. Mirad que esperan, señora.

Diana. ¡Que á mí este error me suceda!
¿Pues cómo vos?=*Cár.* ¿Qué decís?

Diana. ¿Qué iba yo á hacer? ya estoy ciega:
poneos la máscara, y vamos.

Cárlos. No ha sido mala la enmienda:
¿así trata el rendimiento?
¡Ah cruel! ¡ah ingrata! ¡ah fiera!
yo echaré sobre mi fuego
toda la nieve del Etna.

Diana. Cierto que sois muy discreto,
y lo fingís de manera,
que lo tuve por verdad.

Cárlos. Cortesanía fué vuestra
el fingiros engañada,
por favorecer con ella,
que con eso habeis cumplido
con vuestra naturaleza,
y la obligacion del dia;
pues fingiendo la cautela
de engañaros, porque á mí
me dais crédito con ella,
favoreceis el ingenio,
y despreciais la fineza.

Diana. Bien agudo ha sido el modo
de motejarme de necia:
mas así le he de engañar.
Venid, pues, y aunque yo sepa
que es fingido, proseguid,
que eso á estimaros me empeña

con mas veras.=*Cár.* ¿De qué suerte?

Diana. Hace á mi desden mas fuerza
la discrecion que el amor,
y me obligais mas con ella.

Cárlos. ¡Quién no entendiese su intento!
yo le volveré la flecha.

Diana. ¿No proseguis?=*Cár.* No señora.

Diana. ¿Por qué?=*Cár.* Me ha dado tal pena
el decirme que os obligo,
que me ha hecho perder la senda
de fingirme enamorado.

Diana. ¿Pues vos, qué perder pudiérais
en tenerme á mí obligada
con vuestra intencion discreta?

Cárlos. Arriesgarme á ser querido.

Diana. ¿Pues tan mal os estuviera?

Cárlos. Señora, no está en mi mano;
y si yo en eso me viera,
fuera cosa de morirme.

Diana. ¡Que esto escuche mi belleza!
¿Pues vos presumís que yo
puedo quereros?=*Cár.* Vos mesma
decís, que la que agradece
está de querer muy cerca;
pues quien confiesa que estima,
¿qué falta para que quiera?

Diana. Menos falta para injuria
á vuestra loca soberbia;
y eso poco que le falta,
pasando ya de grosera,
quiero escusar con dejaros.
Idos.=*Cár.* ¿Pues cómo á la fiesta
quereis faltar? ¿puede ser
sin dar causa á otra sospecha?

Diana. Ese riesgo á mí me toca:
decid que estoy indispuesta,
que me ha dado un accidente.

Cárlos. Luego con eso licencia

me dais para no asistir.

Diana. ¿Si os mando que os vayais, no es fuerza?

Cárlos. Me habeis hecho un gran favor:
guarde Dios á vuestra alteza.

Diana. ¿Qué es lo que pasa por mí? (1)
Tan corrida estoy, tan ciega,
que si supiera algun medio
de triunfar de su soberbia,
aunque arriesgára el respeto,
por rendirle á mi belleza,
á costa de mi decoro
comprára la diligencia.

De esta escena no se encuentra el menor vestigio en el drama de Moliere, por el malhadado furor de reducir toda la accion á las 24 horas.

En el tercer acto prepara Diana á Cárlos la última y mas temible de sus asechanzas, dándole celos. Cárlos, advertido aparte por Polilla, le vuelve la flecha.

Cárlos. Vos, señora, no sabeis
lo que es querer, y así en esto
será lisonja deciros
que ignorais el argumento.

Diana. No ignoro tal, que el discurso
no ha menester los efectos
para conocer las causas,
pues sin la esperiencia de ellos
las ve la filosofía;
pero yo ahora lo entiendo
con esperiencia tambien.

Cárlos. ¿Pues vos quereis?=*Diana.* Lo deseo.

Polilla. Cuidado que va apuntando
la varita de los celos;

---

(1) Hé aquí la vanidad mugeril, mas peligrosa todavía que el amor.

úntate muy bien las manos
con aceite de desprecios,
no te se pegue la liga.

Diana. Si este tiene entendimiento,
se ha de abrasar, ó no es hombre.

Polilla. Eso fuera á no estar hecho
el defensivo y pegado.

Cárlos. De oiros estoy suspenso.

Diana. Cárlos, yo he reconocido
que la opinion que yo llevo,
es ir contra la razon,
contra el útil de mi reino,
la quietud de mis vasallos,
la duracion de mi imperio.
Viendo estos inconvenientes,
he puesto á mi pensamiento
tan forzosos silogismos,
que le he vencido con ellos.
Determinada á casarme
apenas cedió el ingenio
al poder de la verdad
su sofístico argumento,
cuando vi al abrir los ojos
que la nube de aquel yerro
le habia quitado al alma
la luz del conocimiento.
El príncipe de Bearne,
mirado sin pasion...=*Polilla.* ¿Celos?
Al aceite, que traen liga.

Diana. Es tan galan caballero,
que merece la atencion
mia, que harto lo encarezco:
por su sangre no hay ninguno
de mayor merecimiento;
sus partes no las iguala
el mas galan y discreto.
Lo afable en los agasajos,
lo humilde en los rendimientos,

lo primoroso en finezas,
lo generoso en festejos,
nadie lo tiene como él.
Corrida estoy de que un yerro
me haya tenido tan ciega,
que no viese lo que veo.

Cárlos. Polilla, aunque sea fingido,
vive Dios que estoy muriendo.

Polilla. Aceite, pese á mi alma,
aunque te manches con ello.

Diana. Y así, Cárlos, determino
casarme; mas antes quiero,
por ser tan discreto vos,
consultaros este intento.
¿No os parece el de Bearne
que será el mas digno dueño
que dar puedo á mi corona?
que yo por el mas perfecto
le tengo de todos cuantos
me asisten. ¿Qué sentís de ello?
Parece que os demudais:
¿estrañais mi pensamiento?
Bien he logrado la herida,
que del semblante lo infiero:
todo el color ha perdido;
eso es lo que yo pretendo.

Polilla. ¡Ah señor!=*Cár.* Estoy sin alma.

Polilla. Sacúdete, majadero,
que te se pega la liga.

Diana. ¿No me respondeis? ¿qué es eso?
¿pues de qué os habeis turbado?

Cárlos. Me he admirado por lo menos.

Diana. ¿De qué?=*Cár.* De que yo pensaba
que no pudo hacer el cielo
dos sugetos tan iguales,
que esten á medida y peso
de unas mismas cualidades
sin diferencia compuestos;

y lo estoy viendo en los dos,
pues pienso que estamos hechos
tan debajo de una causa,
que yo soy retrato vuestro.
¿Cuánto há, señora, que vos
teneis ese pensamiento?

Diana. Dias há que está trabada
esta batalla en mi pecho,
y desde ayer me he vencido.

Cárlos. Pues aquese mismo tiempo
há que estoy determinado
á querer, ello por ello:
y tambien mi ceguedad
me quitó el conocimiento
de la hermosura que adoro;
digo, que adorar deseo,
que cierto que lo merece.

Diana. Sin duda logré mi intento:
pues bien podeis declararos,
que yo nada os he encubierto.

Cárlos. Sí señora, y aun bacer
vanidades del acierto:
Cintia es la dama.=*Diana.* ¿Quién, Cintia?

Polilla. ¡Ah buen hijo! como diestro,
herir por los mismos filos,
que esa es doctrina del negro. (1)

Cárlos. ¿No os parece que he tenido
buena eleccion en mi empleo?
porque ni mas hermosura
ni mejor entendimiento
jamás en muger he visto.
¿Aquel garbo, aquel sosiego,
su agrado, no hace dichosa

---

(1) Este negro era un escelente espadachin de aquellos tiempos.

mi pasion? ¿Qué sentís de ello?
Parece que os he enojado.
Diana. Toda me ha cubierto un hielo.
Cárlos. ¿No respondeis?=*Diana.* Me ha dejado
suspensa el veros tan ciego,
porque yo en Cintia no he hallado
ninguno de esos estremos:
ni es agradable, ni hermosa,
ni discreta; y este es yerro
de la pasion.=*Cár.* ¡Hay tal cosa!
hasta ahí nos parecemos.
Diana. ¿Por qué?=*Cár.* Porque á vos de Cintia
se os encubre el rostro bello,
y del de Bearne á mí
lo galan se me ha encubierto:
con que somos tan iguales,
que decimos mal á un tiempo,
yo, de lo que vos quereis,
y vos, de lo que yo quiero.
Diana. Pues si es gusto, cada uno
siga el suyo.=*Cár.* ¡Malo es esto!
Polilla. Encima viene la tuya,
no se te dé nada de eso.
Cárlos. Pues ya con vuestra licencia,
iré, señora, siguiendo
aquel eco enamorado,
que el disfrazaros mi intento
fué temor que ya he perdido,
sabiendo que mi deseo,
en la ocasion y el motivo,
es tan parecido al vuestro.
Diana. ¿Vais á verla?=*Cár.* Sí señora.
Diana. ¡Sin mí estoy! ¿Qué es esto, cielos?
Polilla. Pára largo, que la pierde.
Cárlos. A Dios, señora.=*Diana.* Teneos,
aguardad: ¿por qué ha de ser
tan ciego un hombre discreto,
que ha de oponer un sentido

á todo un entendimiento?
¿Qué tiene Cintia de hermosa?
¿Qué discursos, qué conceptos
os la han fingido discreta?
¿qué garbo tiene, qué aseo?

Polilla. Cinco, seis y encaje; cuenta,
señor, que la va perdiendo
hasta el codo.=*Cár.* ¿Qué decís?

Diana. Que ha sido mal gusto el vuestro.

Cárlos. ¿Malo, señora? Allí va
Cintia, miradla aun de lejos,
y vereis cuántas razones
da su hermosura á mi acierto.
Mirad en lazos prendido
aquel hermoso cabello,
y si es injusto que sea
yo el rendido, y él el preso.
Mirad en su frente hermosa
cómo junta el rostro bello,
bebiendo luz á sus ojos
sol, luna, estrellas y cielo.
Y en sus dos soles mirad
si es digno y dichoso el yerro
que hace esclavos á los mios,
aunque ellos sean los negros.
Mirad el sangriento labio,
que fino coral vertiendo,
parece que se ha teñido
en la herida que me ha hecho.
Aquel cuello de cristal,
que por ser de garza el cuello,
al cielo de su hermosura
osa llegar con el vuelo.
Aquel talle tan delgado,
que yo pintarle no puedo,
porque es él mas delicado
que todos mis pensamientos.
Yo he estado ciego, señora,

pues solo ahora le veo,
y del pesar de mi engaño
me paso á loco, de ciego;
pues no he reparado aquí.
en tan grande desacierto,
cómo alabar su hermosura
delante de vos; mas de esto
perdon os pido, y licencia
de ir á pedírsela luego
por esposa á vuestro padre,
ganando tambien á un tiempo
del príncipe de Bearne
las albricias de ser vuestro.

Moliere dió lugar á esta escena en su drama; pero suprimió los versos dichos por Cárlos con entusiasmo afectado al ver á Cintia. Las mismas hipérboles de que se vale, producen en Diana la conviccion de que Cárlos ama á Cintia; ademas de que aquellas hipérboles eran entonces muy acostumbradas en el discreteo palaciego. No sabemos por qué omitió Moliere un trozo admirable para la intriga y para pintar el carácter que Cárlos afecta.

El desden con el desden es una de las composiciones mas clásicas de nuestra literatura, por la admirable filosofía con que está concebido y ejecutado el plan. Todo es accion en él; y siendo uno de los grandes escollos del arte hacer variar las disposiciones interiores de un personage, lo salvó Moreto con suma destreza y felicidad.

Pasemos ya á *El lindo D. Diego,* carácter en que Moreto no tuvo antecesores, porque los lindos no pudieron existir ni en la corte belicosa y política de Felipe II, ni en la austera y devota de Felipe III. Solo pudieron descollar, por su ridiculez, entre las galanterías del palacio de Felipe IV. La necedad de los Narcisos supone ya una civilizacion refinada, y mucha degradacion en las costumbres.

:

El lindo D. Diego viene á Madrid en compañía de su hermano D. Mendo, hombre juicioso, á casarse uno con Inés, y otro con Leonor, sus primas é hijas de su tio D. Tello. Este trata de corregir al lindo, de quien todos se burlan. D. Juan, amigo de D. Tello, amaba á Inés. Su criado Mosquito, introduciendo con D. Diego, le persuade á que aspire á un matrimonio mas alto, enamorando á una condesa, prima de Don Juan. Esta no se hallaba á la sazon en Madrid; pero Mosquito sustituye en su lugar á Beatriz, criada de Doña Inés, que hace muy bien su papel. D. Diego renuncia por la fingida condesa la mano de su prima, que casa con D. Juan, y descubierto el engaño, queda castigado el lindo.

La esposicion es escelente; la trama bien urdida; el carácter de D. Diego bien desenvuelto. Censurándole su hermano que tarda tanto tiempo en vestirse y engalanarse, se disculpa diciendo:

> ¿Veis este cuidado vos?
> Pues es virtud mas que aseo,
> porque siempre que me veo,
> me admiro y alabo á Dios.
> Al mirarme todo entero
> tan bien labrado y pulido,
> mil veces he presumido
> que era mi padre tornero.

Créese amado de todas las damas:

> Pues al pasar por las rejas,
> donde voy logrando tiros,
> sordo voy de los suspiros
> que me dan por las orejas.

Cuando hace la visita de novia á Doña Inés, dice que la cree muy feliz en merecerlo. Su vanidad, su estupidez, compañera inseparable de la lindeza en los

hombres, y sus modales groseramente orgullosos, indisponen contra él á su suegro futuro.

La escena con la supuesta condesa, que por consejo de Mosquito le habla en el lenguaje culterano, es una de las mejores de la comedia.

D. *Diego*. ¿Mosquito, está aquí?=*Mosq*. ¿No ves
que es la que está en esta pieza?
D. *Diego*. ¿Es esta? Rara belleza
descubre por el envés.
Beatr. ¿Quién anda en los corredores?
Míralo, Isabel.=D. *Diego*. Ya ha hablado:
hasta el tono es delicado;
en fin, manjar de señores.
Criada. ¿Quién es?=D. *Diego*. Respóndele apriesa.
Mosq. Diga usted, como D. Diego,
mi señor, quisiera luego
ver á misa la condesa.
Criada. Ya la teneis avisada;
entre.=D. *Diego*. El norte lo asegura.
Criada. ¡Jesus qué rara figura!
D. *Diego*. Ya ha caido la criada.
Mosquito, ¿ves lo que pasa?
Todo caerá.=*Mosq*. Aqueso es llano:
mas, señor, vete á la mano,
no caiga tambien la casa.
D. *Diego*. El cielo guarde esa aurora.
Beatr. La vuestra sea bien venida.
D. *Diego*. No he visto en toda mi vida
mejor bulto de señora.
Beatr. ¿Qué intento os lleva neutral
á mis coturnos cortés?
D. *Diego*. ¡Jesus, cuál habla! Esto es
estilo de sangre real. (1)

---

(1) Lo que sigue es un rasgo escelente de carácter: quiere imitar el culteranismo de los otros y se pierde.

Señora, bueno he venido.

Mosq. Qué quieres, te preguntó.

D. *Diego.* Estar bueno quiero yo;
luego bien he respondido.

Beatr. De risa me estoy muriendo
y disimular no sé.

D. *Diego.* Tambien me parece que
va la condesa cayendo.

Beatr. ¿En fin, venís rutilante
á mi esplendor fugitivo,
para ver si yo os esquivo
á mi consorcio anhelante?

D. *Diego.* ¿No ves, Mosquito, al hablarme
con qué gracia me enamora?

Mosq. ¿Pues qué es lo que dice ahora?

D. *Diego.* Todo aquesto es alabarme.
Si yo aquí os he parecido
como vos significais,
cierto que no lo arriesgais,
porque soy agradecido.

Beatr. Esplicaos de una vez.

D. *Diego.* Hablaros despacio intento.

Beatr. Pues apropincuad asiento.

D. *Diego.* Mosquito, ya pica el pez.

Mosq. Ya yo le he visto tragar.

D. *Diego.* Yo soy cebo de mugeres.

Mosq. Ahora digo que tú eres
linda caña de pescar.

D. *Diego.* Hablarla importa con frases
de un estilo levantado.

Mosq. Sí, que el estilo acostado
es para cuando te cases.

D. *Diego.* Vuestra fama sonorosa
concurso no es de estudiantes,
sino de tropas volantes...
¡Bravo pedazo de prosa!

Mosq. Bueno va; adelante pasa.

D. *Diego.* Desde Burgos me ha traido

á daros en mí un marido
que sea honor de vuestra casa.

Beatr. Súbito, no meditado,
vuestro pretesto colijo.

Mosq. ¿Qué es lo que ahora te dijo?

D. *Diego.* Que lo acepta de contado.

Beatr. Algo de bobera en vos
presume el cándido pecho.

D. *Diego.* ¡Jesus qué favor me ha hecho!
Buena pascua te dé Dios.

Mosq. De risa el tonto me apura.
Prosigue, que ya está tierna.

D. *Diego.* Ahora me alabó la pierna.
Pues si viérais mi cintura
por de dentro, os admirára
su medida tamañita;
porque á mí el sastre me quita
dos dedos de media vara.

Mosq. En eso no hay que dudar.

D. *Diego.* Y aun me la achica despues.

Mosq. Mas la media vara es
de vara de torear.

D. *Diego.* Eso, en torear, no hay hombre
como yo: con un jaez
en Burgos salí una vez
y tembló el toro mi nombre.
Yo me anduve por allí
en la plaza hecho un Medoro,
y no osó llegar el toro
á treinta pasos de mí.

Mosq. ¡Bravas suertes!=D. *Diego.* Y hasta el fin
ningun rocin me mató.

Mosq. Pues si á tí no te alcanzó,
seguro estaba el rocin.

D. *Diego.* Paréceme que un poquito
vos estais de mi pagada.

Beatr. Adusta sí, no implicada.

D. *Diego.* ¡Toma si escampa, Mosquito!

Mosq. ¡Jesus! A Beatriz aprisa
señas le haré por detrás,
porque si esto dura mas
he de reventar de risa.
Beatr. Remito por lo que espreso
la locucion á otro dia.
D. *Diego.* ¿En efecto, sereis mia?
Beatr. Cogitacion habrá en eso.
D. *Diego.* Eso si al alma regala.
Beatr. Pensáislo con juicio agreste.
D. *Diego.* ¡Mira qué favor aqueste!
¡Ah, bien haya aquesta gala!
Beatr. A Dios.=D. *Diego.* Hasta nuestras bodas.
Criada. ¡Bravo tonto!=*Beatr.* Ya os entiendo.
D. *Diego.* La muger se va cayendo;
pero lo mismo hacen todas.
Mosq. Lográronse mis cuidados.
¿Qué dices de aquesta empresa?
D. *Diego.* Que la muger es condesa
de todos cuatro costados.

D. Juan le encuentra hablando con la condesa, finge enojarse y quiere reñir con él; pero llega D. Tello y todos se reportan. Beatriz, por no ser conocida de su amo, se echa el manto á la cara. D. Diego y Mosquito la siguen. Como el lindo insistiese en no separarse de ella, Mosquito, para que la dejase libre, le dice:

Mosq. Señor, advierte una cosa,
que esta condesa es golosa,
y esto lo hace por entrar
sola en ese confitero
á comprar dulces sin susto.
D. *Diego.* Tiene lindísimo gusto;
á eso entraré yo el primero.
Mosq. ¿Llevas dinero?=D. *Diego.* Ni blanca.
Mosq. ¿Pues á qué has de entrar allá?

D. *Diego.* ¿Pues qué riesgo en eso habrá?
Mosq. ¿Donde está tu mano franca,
has de consentirla que
pague lo que á comprar va?
D. *Diego.* ¿Eso dudas? Claro está
que se lo consentiré.
Mosq. ¡A la condesa!=D. *Diego.* ¿Pues no?
¿Eso quieres que la arguya?
Ni aun á una criada suya
no se lo estorbára yo.
Mosq. ¿Qué dices? Que eso es quedar
en una accion afrentosa.
D. *Diego.* Hermano, si ella es golosa,
¿téngolo yo de pagar?

Este es otro rasgo de carácter. Los lindos no regalan: harto favor hacen á las damas en dejarse querer de ellas.

D. Tello pregunta despues á Mosquito cuál era el motivo de la desavenencia entre D. Juan y D. Diego; lo que da lugar á una de las mas graciosas escenas que pueden presentarse en el teatro. Inés y Beatriz oyen la conversacion escondidas.

D. *Tello.* Tú has de saber de este caso
todo lo que en ello hubiere.
Mosq. Señor, cuanto yo supiere,
lo diré mas que de paso.
D. *Tello.* Pues yo te hallé en el zaguan:
¿quién era aquella muger?
Mosq. La condesa era, á mi ver.
D. *Tello.* ¿Quién?=*Mosq.* La prima de D. Juan.
D. *Tello.* ¿Qué dices?=*Mosq.* Como ahora es dia,
la vi por ella espresa.
D. *Tello.* ¡La condesa!=*Mosq.* La condesa,
condada su señoría.
D. *Tello.* ¡Válgame Dios!=*Mosq.* Y á mí y todo.
D. *Tello.* De gran empeño salí,

estando D. Juan allí.
Mosq. Y yo no andaba en el lodo.
Beatr. Verás lo que se alborota.
D.ª *Inés.* ¿Pues qué semejanza tiene
con los naipes que previene
la condesa?=*Beatr.* Esa es la sota.
D.ª *Inés.* ¡Cielos! yo mi desengaño
agradezco haber sabido.
D. *Tello.* Mosquito, estoy aturdido
de un suceso tan estraño.
¿Pues ella buscóle á él,
ó cómo allí llegó á estar?
Mosq. ¡Cielos! ¿cómo he de escapar
de aqueste viejo cruel
que á dudas me ha de moler,
y se aventura el enredo?
Mas solo librarme puedo
no dejándome entender.
Yo, señor, al conocella,
la vi que al zaguan entró,
y un pobre entonces llegó
que no dió limosna ella.
El pobre pasó adelante,
D. Diego vino tras él,
y repitiendo el papel
vino el pobre vergonzante.
Traía un vestido escaso
de color; y Dios me acuerde,
que no era tal, sino verde.
D. *Tello.* ¿Pues el vestido es del caso?
Mosq. Habiendo el pobre salido,
vino la condesa luego,
y cuando vino D. Diego
vino, porque habia venido.
D. *Tello.* ¿Quién habia venido?=*Mosq.* Él. (1)

---

(1) Este pronombre demostrativo, usado cuando le ha hablado de dos ó tres personas, es admirable.

D. *Tello.* ¿Luego ella le fué á buscar?
Mosq. No señor; porque al entrar
ella entraba con aquel,
y el pobre que entraba cuando
entraba él, no llegó.
D. *Tello.* ¿Pues quién era aquel que entró?
Mosq. Eso es lo que voy contando.
Entró ella, y cuando entraba,
entró el pobre: fué D. Diego,
y como entró con sosiego,
despues de entrado, allí estaba;
y de esto se quedó loco,
porque entraba muy esquivo.
D. *Tello.* No lo entiendo, por Dios vivo.
Mosq. Pues eso, ni yo tampoco.
D.ª *Inés.* Beatriz, ¿qué es lo que está hablando
Mosquito?=*Beatr.* Los naipes son.
D.ª *Inés.* ¿Pues qué es esta confusion?
Beatr. ¿No ves que está barajando?
D. *Tello.* ¿Quién á quién vino á buscar?
Mosq. ¿Luego no lo has entendido?
D. *Tello.* No, ni esplicarte has sabido.
Mosq. Pues vuélvotelo á contar.
Él buscó á quien le buscaba,
porque ella buscando vino,
y buscando de camino,
él buscó lo que allí estaba;
y el pobre que los buscó,
no buscó duelos agenos.
D. *Tello.* Ahora lo entiendo menos.
Mosq. ¿Pues qué culpa tengo yo?
D. *Tello.* Tú has de apurar mis enojos:
¿qué dices?=*Mosq.* ¡Ay tal rigor!
Viven los cielos, señor,
que lo vi con estos ojos.
D. *Tello.* ¿Qué es lo que viste?=*Mosq.* Esta historia.
D. *Tello.* ¿Qué historia? que en tu torpeza
no tiene piés ni cabeza.

Mosq. Pues no será pèpitoria.
D. *Tello.* ¿Sabes tú si de él ella es dueño,
ó tiene empeño?=*Mosq.* ¡Ay tal! como
yo no soy su mayordomo,
qué sé yo si tiene empeño.
D. *Tello.* Anda, vete, mentecato,
que eres un simple.=*Mosq.* Eso quiero.

De este insigne poeta son las comedias de *La Tia y la Sobrina*, llena toda de chistes y sales, de *Trampa adelante*, de *El Licenciado Vidriera*, de *No puede ser guardar una muger*, de *La ocasion hace al ladron*, de *El Parecido en la Corte*, de *Las travesuras de Pantoja*, de *Industrias contra finezas*, de *Yo por vos y vos por otro*, y *El Caballero*, que son las mejores que escribió en el género cómico.

Pero tambien se atrevió á describir caractéres mas nobles. ¿Quién no conoce su *Valiente Justiciero* y *Rico-hombre de Alcalá?* comedia en que describe con suma verdad las costumbres perversas y altiva independencia de un señor feudal, igualmente que el castigo que recibió su osadia del rey D. Pedro, á quien nuestros poetas dramáticos han tratado mejor que los historiadores, no solo porque su vida entera fué un drama terrible, sino tambien por su valor personal, prenda que entre nuestros antepasados hacia perdonar muches defectos.

Hé aquí el diálogo entre D. Pedro y D. Rodrigo, quejándose este de aquel Rico-hombre. D. Tello le habia quitado su muger.

Rey. Que digais la queja es ley.
D. *Rodr.* Ya que la sabeis infiero.
Rey. La oi como pasagero,
y la ignoro como rey.
D. *Rodr.* Pues señor, Tello García,
el Rico-hombre de Alcalá,
aquel á quien nombre da

del poder la tiranía,
á mi esposa me robó
del modo que ya supísteis.

Rey. Si vos se lo consentísteis,
tambien lo consiento yo.

D. *Rodr.* Quitóme la espada, y ciego
me atajó accion tan honrada.

Rey. ¿Y os quitó tambien la espada
que pudísteis tomar luego?

D. *Rodr.* Yo de su poder no puedo,
señor, mi agravio vengar.

Rey. ¿Luego se viene á quejar
no la injuria, sino el miedo?

D. *Rodr.* Esto, señor, no es temer
sino el poder de su nombre.

Rey. ¿Y cuando está solo ese hombre,
riñe con él el poder?

D. *Rodr.* ¿Pues cuando justicia os pido,
que riña con él mandais?

Rey. Yo no quiero que riñais,
sino que hubiérais reñido.

D. *Rodr.* No quise, aunque fuera airosa
la accion, darla esa malicia.

Rey. No va contra la justicia
el que defiende á su esposa;
y habiéndolo ya intentado,
de no haberlo conseguido
quedábais mas ofendido,
mas veníais mas honrado;
que yo atento á la razon,
podré mandarle volver
á ese hombre vuestra muger,
pero no á vos la opinion.

D. *Rodr.* Pues cobraréla mi pecho.

Rey. Ya os costará mi castigo
si lo haceis, que ahora os digo,
que no estuviera mal hecho:
andad, que su sinrazon

castigaré.=D. *Rodr.* ¿Y no podré,
pues sin ella quedaré,
cobrar yo antes mi opinion?

Rey. Sí, y no.=D. *Rodr.* ¿Pues cuál haré yo
entre un sí, y un no, que oí?

Rey. D. Pedro dice, que sí,
y el rey os dice, que no.

D. *Rodr.* Pues ya que en mi honor infiero
tal mancha, lavarla es ley,
que aunque me amenaza rey,
me aconseja caballero.

Este diálogo solo basta para caracterizar el siglo en que se ha escrito.

Es magnífico el razonamiento en que el rey reprende á D. Tello.

Rey. En fin, ¿vos sois en la villa
quien al mismo rey no da
dentro de su casa silla?
¿El Rico-hombre de Alcalá
es mas que el rey en Castilla?
¿Vos sois aquel que imagina
que cualquiera ley es vana,
sola la de Dios es digna?
mas quien no guarda la humana,
no obedece la divina.
¿Vos quien, como llegué á vello,
partís mi cetro entre dos,
pues nunca mi firma ó sello
se obedece, sin que vos
deis licencia para ello?
¿Vos quien vive tan en sí,
que su gusto es ley, y al vellas,
no hay honor seguro aquí
en casadas ni doncellas?
¿esto lo aprendeis de mí?
Pues entended que el valor

sobra en el brazo del rey,
pues sin ira ni rigor
corta, para dar temor,
con la espada de la ley.
Y si vuestra demasía
piensa que hará oposicion
á su impulso, mal sería
que al herir de la razon
no resista la osadía.
Para el rey nadie es valiente,
ni á su espada la malicia
logra defensa que intente,
que el golpe de la justicia
no se ve hasta que se siente.
Esto sabed, ya que no
os lo ha enseñado la ley
que vuestro error despreció;
porque despues de ser rey,
soy el rey D. Pedro yo.
Y si á la alteza pudiera
quitar el violento efecto,
cuyo respeto os altera,
mi persona en vos hiciera
lo mismo que mi respeto.
Pero ya que desnudar
no me puedo el ser de rey,
por llegároslo á mostrar,
y que os he de castigar
con el brazo de la ley;
y os dejaré tan mi amigo,
que no darme cuchilladas
querais; y si lo consigo,
á cuenta de este castigo
tomad estas cabezadas.

D. *Tello*. ¡Cielos, con tal deshonor
á mi ultraje tan infame!
¡que para esto el rey me llame!

Peregil. ¿Dolióte mucho, señor?

Peregil, criado de Tello, no ve en la cabezada mas que el dolor. Este rasgo de carácter es propio del cómico de Moreto.

El rey manda prender á D. Tello, le condena á muerte, entra disfrazado en su prision, le liberta, se hace encontradizo con él en el Parque, pelea y le vence. Despues le perdona á ruego de su hermano D. Enrique.

Esta comedia es imitacion de *El mejor Alcalde el Rey*, de Lope de Vega; pero el carácter de D. Pedro está superiormente dibujado. Aquel hombre estraordinario que pelea cuerpo á cuerpo y solo con D. Tello para probarle que basta por sí solo, sin necesidad de la autoridad regia, para postrarle, tiembla con la memoria de sus delitos, y se ve perseguido por el espectro de un sacerdote á quien habia dado de puñaladas.

Moreto es una prueba de la perfeccion del arte en su época. Inventó poco en cuanto á los argumentos; pero mejoró mucho en cuanto á los fundamentos y conducta de la fábula, y en cuanto á los caractéres, señaladamente los cómicos.

En el género moral é ideal escribió *La fuerza de la ley*, *La fuerza del natural*, *La misma conciencia acusa*, y *Hasta el fin nadie es dichoso*: cuyos títulos anuncian la intencion del autor.

Moreto debe estudiarse como un repertorio de situaciones cómicas y de sales en la elocucion. Tal vez degenera en chocarrero: tal vez sus gracias son no mas que equívocos frios; pero en medio de estos defectos se encuentran escelentes rasgos característicos, y un fondo inagotable de chistes.

En la próxima leccion analizaremos los dramas de Rojas, el primero de nuestros poetas en el género trágico.

LECCIONES
DE LITERATURA ESPAÑOLA.
27.ª Leccion. = Comedias de Rojas.

Así como Moreto es el primero de nuestros poetas cómicos, Rojas lo es de los trágicos. El tipo de sus dramas de este género es siempre el que inventó Lope de Vega y perfeccionó Calderon; y así no hay que esperar de él esa separacion absoluta de las gracias cómicas y de las situaciones trágicas que caracteriza al teatro francés, sino una accion bien sostenida, situaciones terribles, y catástrofes bien graduadas. Su elocucion se acerca mas al gongorismo de su tiempo, aunque él fuese el primero en burlarse de él; y sus chistes y sales en los dramas ó escenas cómicas se fundan muchas veces sobre el equívoco.

Es natural que empecemos nuestros estudios de este poeta por *García del Castañar,* carácter individual, colosal, tipo ideal de la antigua virtud y del antiguo honor de los españoles; carácter que supo apropiarse y representar fielmente nuestro célebre actor Maiquez.

García del Gastañar vivia en sus tierras con su esposa Blanca, tranquilo, feliz, alejado de la escena de la ambicion y del bullicio de las cortes. D. Mendo, un cortesano de Alonso XI, ve á Blanca, se enamora de ella y la solicita. García le encuentra en su misma casa; pero por una equivocacion, justificada en los incidentes anteriores. García cree que D. Mendo es el rey de Castilla. Empieza la lid entre el honor y la lealtad. Resuelve dar muerte á Blanca, aunque inocente; Blanca se refugia en palacio al lado de la reina. Al fin García tiene que presentarse al rey á darle las gracias por el mando de un cuerpo de tropas que le ha concedido. Llega á la corte, entra en palacio y en el cuarto del rey, que estaba con sus cortesanos para recibir al nuevo capitan de frontera. Póstrase á Don Mendo y le pide la mano. D. Mendo dice:

«Aquel es el rey, García.»

En estas palabras, las mas terribles que jamás se han pronunciado en la escena, lee el auditorio la sentencia de muerte del seductor. Póstrase al rey; le dice aparte que está agraviado; el rey le pregunta por el ofensor; y él sale afuera llamando á D. Mendo, y apenas le tiene en la antecámara, le atraviesa á puñaladas.

Hé aquí de qué manera disculpa ante toda la corte el asesinato:

D. *Gar.* Vivia, sin envidiar
entre el arado y el yugo
las cortes, y de tus iras
encubierto me aseguro;
hasta que anoche en mi casa
vi aqueste huésped perjuro,
que en Blanca atrevidamente
los ojos lascivos puso.
Y pensando que eras tú,
por cierto engaño que dudo,
le respeté corrigiendo
con la lealtad lo iracundo.
Hago alarde de mi sangre,
venzo al temor con quien lucho,
pídeme el honor venganza,
el puñal luciente empuño,
su corazon atravieso...
Mírale muerto, que juzgo
me tuvieras por infame
si á quien de este agravio acuso
le señalára á tus ojos
menos, señor, que difunto;
aunque sea hijo del sol,
aunque de tus grandes uno,
aunque el primero en tu gracia,
aunque en tu imperio el segundo;
que esto soy, y este es mi agravio,
este el ofensor injusto,

este el brazo que le ha muerto,
este divida el verdugo.
Pero en tanto que mi cuello
esté en mis hombros robusto,
no he de permitir me agravie,
del rey abajo, ninguno.

Para conocer cuánto debe ser el dolor de García al creer que el rey quiere á su esposa, es necesario haber visto antes cuánta es la felicidad de que gozaba en su casa del Castañar, y esto lo describe admirablemente Rojas en muchas y varias situaciones que no pudieran caber en los estrechos límites de las unidades dramáticas.

Debe advertirse que García era hijo de un proscrito, y Blanca hija de un infante de la Cerda que en la menor edad de Alonso XI le disputó la corona, y murió perseguido tambien. Solo el conde de Orgaz conocia á fondo el secreto de ambas familias; pero García no ignoraba el de la suya.

En el primer acto manifiesta García la felicidad que goza en el monólogo siguiente:

D. *Gar*. Fábrica hermosa mia,
habitacion de un infeliz dichoso
oculto desde el dia
que el castellano pueblo victorioso,
con lealtad oportuna,
al niño Alfonso coronó en la cuna.
En tí vivo contento,
sin desear la corte ó su grandeza,
al ministerio atento
del campo, donde encubro mi nobleza,
en quien fuí peregrino,
y estraño huésped, y quedé vecino.
En tí, de bienes rico,
vivo contento con mi amada esposa,
cubriendo su pellico
nobleza, aunque ignorada, generosa;

:

que aunque su ser ignoro,
sé su virtud, y su belleza adoro.
En la casa vivia
de un labrador de Orgaz prudente y cano:
víla, y dejóme un dia,
como suele quedar en el verano,
del rayo á la violencia,
ceniza el cuerpo, sana la apariencia.
Mi mal consulté al conde,
y asegurando que en mi esposa bella
sangre ilustre se esconde,
caséme amante, y me ilustré con ella;
que acudí, como es justo,
primero á la opinion y luego al gusto.
Vivo en feliz estado,
aunque no sé quién es, y ella lo ignora:
secreto reservado
al conde que la estima, y que la adora;
ni jamás ha sabido
que nació noble el que eligió marido.
Mi Blanca, esposa amada,
que divertida entre sencilla gente,
de su jardin traslada
puros jazmines á su blanca frente:
mas ya todo me avisa
que sale Blanca, pues que brota risa.

El amor virtuoso de estos dos consortes se espresa en los siguientes sonetos que recíprocamente se dicen, y que no desdijeran en una coleccion de poesías castellanas:

D. *Gar.* No quiere el segador el aura fria,
ni por abril el agua mis sembrados,
ni yerba en mi dehesa mis ganados,
ni los pastores la estacion humbría,
ni el enfermo la alegre luz del dia,
la noche los gañanes fatigados,
blandas corrientes los amenos prados,

mas que te quiero, dulce esposa mia;
que si hasta hoy su amor desde el primero
hombre juntáran, cuando así te ofreces
en un sugeto á todos los prefiero:
y aunque sé, Blanca, que mí fé agradeces,
y no puedo querer mas que te quiero,
aun no te quiero como tú mereces.

Blanca. No quieren mas las flores al rocío
que en los fragantes vasos el sol bebe,
las arboledas la desecha nieve,
que es cima de cristal y despues rio,
el índice de piedra al norte frio,
el caminante al iris cuando llueve,
la oscura noche la traicion aleve,
mas que te quiero, dulce esposo mio;
porque es mi amor tan grande, que á tu nombre,
como á cosa divina, construyera
aras donde adorarle; y no te asombre,
porque si el ser de Dios no conociera,
dejára de adorarte como hombre,
y por Dios te adorára y te tuviera.

Llegan á hospedarse en su casa el rey disfrazado, D. Mendo, á quien cree que es el rey por llevar una banda roja, seña que le habia escrito el conde de Orgaz para distinguir al monarca, avisándole al mismo tiempo que no queria Alonso ser conocido, y otros cortesanos.

García en conversacion con los fingidos cazadores, describe así la tranquilidad y los placeres de su vida.

D. *Gar.* Mas precio entre aquellos cerros
salir á la primer luz,
prevenido el arcabuz,
y que levanten mis perros
una vanda de perdices;
y codicioso en la empresa
seguirlas por la dehesa,
con esperanzas felices
de verlas caer al suelo;

y cuando son á los ojos
pardas nubes con piés rojos
batir sus alas al vuelo,
y derribar esparcidas
tres ó cuatro; y anhelando,
mirar mis perros buscando
las que cayeron heridas,
con mi voz, que los provoca;
y traer las que palpitan
á mis manos, que las quitan
sin disgusto de su boca;
levantarlas, ver por dónde
entró entre la pluma el plomo,
volverme á mi casa, como
suele de la guerra el conde
á Toledo, vencedor;
pelarlas dentro en mi casa,
perdigarlas en la brasa,
y puestas al asador,
con seis dedos de un pernil,
que á cuatro vueltas, ó tres
pastilla de lumbre es,
y canela del Brasil;
y entregárselo á Teresa,
que con vinagre, su aceite
y pimienta, sin afeite
las pone en mi limpia mesa,
donde en servicio de Dios
una yo, y otra mi esposa
nos comemos; que no hay cosa
como á dos perdices, dos;
y levantando una presa
dársela á Teresa, mas
porque tenga envidia Bras,
que por dársela á Teresa;
y arrojar á mis sabuesos
el esqueleto roido,
y oir por tono el crujido

de los dientes y los huesos,
y en el cristal transparente
brindar y con mano franca
hacer la razon mi Blanca
con el cristal de una fuente;
levantar la mesa, dando
gracias á quien nos envía
el sustento cada dia,
varias cosas platicando;
que aquesto es el Castañar,
que en mas estimo, señor,
que cuanta hacienda y honor
los reyes me pueden dar.

Idos los huéspedes, convida á su esposa á gozar el fresco del jardin.

D. *Gar.* Y tú, bella como el cielo,
ven al jardin, que convida
con dulce paz á mi vida,
sin consumirla el anhelo
del pretendiente que aguarda
el mal seguro favor,
la sequedad del señor,
ni la provision que tarda,
ni la esperanza que yerra,
ni la ambicion arrogante
del que armado de diamante
busca al contrario en la guerra;
ni por los mares del norte,
que envidia pudiera dar
á cuantos del Castañar
van esta tarde á la corte.

¿Y Blanca, entretenida en proponer enigmas á sus criados mientras su esposo vuelve del campo, dándole dulces quejas cuando llega por haberse detenido, y preparando la ropa limpia, hilada por su misma mano?

Todo este edificio de virtud y de felicidad doméstica viene al suelo cuando quedando solo en un apo-

sento ve entrar por el balcon á un hombre embozado. Este es D. Mendo, que creyendo á García en la caza, ha subido por una escala á asaltar la honestidad de Blanca.

D. *Gar.* ¡Válgame el cielo, qué miro!

D. *Men.* ¡Vive Dios, que es el que veo
García del Castañar!
Valor, corazon, ya es hecho:
quien de un villano confia,
no espere mejor suceso.

D. *Gar.* Hidalgo, si serlo puede
quien de accion tan baja es dueño,
si alguna necesidad
á robarme os ha dispuesto,
decidme lo que quereis,
que por quien soy os prometo
que de mi casa volvais
por mi mano satisfecho.

D. *Men.* Dejadme volver, García.

D. *Gar.* Eso no, porque primero
he de conocer quién sois;
y descubríos muy presto,
ó de este arcabuz la bala
penetrará vuestro pecho.

D. *Men.* Pues advertid no me erreis;
que si con vos igual quedo,
lo que en razon me llevais,
en sangre y valor os llevo.
Yo sé que el conde de Orgaz
lo ha dicho á alguno en secreto,
informándole de mí:
la banda que cruza el pecho,
de quien soy testigo sea.

D. *Gar.* ¡El rey es, válgame el cielo!
y que le conozco sabe:
honor y lealtad, ¿qué haremos?
¿Qué contradiccion implica
la lealtad con el remedio?

D. *Men.* ¡ Qué propia accion de villano !
temor me tiene ó respeto ;
aunque para un hombre humilde
bastaba solo mi esfuerzo.
¡El que encareció el de Orgaz
por valiente ! Al fin es viejo.
En vuestra casa me hallais ;
ni huir, ni negarlo puedo ;
mas en ella entré esta noche...

D. *Gar.* A hurtarme el honor que tengo :
muy bien pagais á mi fé
el hospedaje por cierto
que os hicimos Blanca y yo :
ved qué contrarios efectos
verá entre los dos el mundo,
pues yo ofendido os venero,
y vos de mi fé servido,
me dais agravios por premios.

D. *Mend.* No hay que fiar de un villano
ofendido ; pues que puedo,
me defenderé con este.

D. *Gar.* ¿ Qué haceis ? Dejad en el suelo
el arcabuz, y advertid
que os le estorbo, porque quiero
no atribuyais á ventaja
el fin de aqueste suceso ;
que para mí basta solo
la banda de vuestro cuello,
cinta del sol de Castilla,
á cuya luz estoy ciego.

D. *Men.* ¿ Al fin me habeis conocido ?

D. *Gar.* Miradlo por los efectos.

D. *Men.* Pues quien nace como yo
no satisface, ¿ qué haremos ?

D. *Gar.* Que os vais, y rogad á Dios
que enfrene vuestros deseos ;
y al Castañar no volvais,
que de vuestros desaciertos

no puedo tomar venganza,
sino remitirla al cielo.

D. *Men.* Yo lo pagaré, García.

D. *Gar.* No quiero favores vuestros.

D. *Men.* No sepa el conde de Orgaz
esta accion.=D. *Gar.* Yo os lo prometo.

D. *Men.* Quedad con Dios.=D. *Gar.* Él os guarde,
y á mí de vuestros intentos,
y á Blanca.=D. *Men.* Vuestra muger...

D. *Gar.* No, señor, no hableis en eso,
que vuestra será la culpa;
yo sé la muger que tengo.

D. *Men.* ¡Ay Blanca! sin vida estoy:
¡qué dos contrarios opuestos!
Este me estima ofendido,
tú adorándote me has muerto.

D. *Gar.* ¿Adónde vais?=D. *Men.* A la puerta.

D. *Gar.* ¡Qué ciego venís, qué ciego!
Por aquí habeis de salir.

D. *Men.* ¿Conocéisme?=D. *Gar.* Yo os prometo
que á no conocer quién sois,
que bajáredes mas presto:
mas tomad este arcabuz
ahora; porque os advierto
que hay en el monte ladrones,
y que podrán ofenderos
si, como yo, no os conocen:
bajad aprisa; no quiero
que sepa Blanca este caso.

D. *Men.* Razon es obedeceros.

D. *Gar.* Aprisa, aprisa, señor,
remitid los cumplimientos;
y mirad que al descender
no caigas, porque no quiero
que tropeceis en mi casa,
porque de ella os vais mas presto.

D. *Men.* ¡Muerto voy!=D. *Gar.* Bajad seguro,
pues que yo la escala os tengo.

Solo la lealtad castellana y el respeto debido al rey pudieron impedirle tomar justa satisfaccion de una injuria tan grande, que en el tercer acto poco antes de la catástrofe al mismo D. Mendo, que cree ser respetado solo por ser quien es, le dice al rey, deseoso de dar á García el mando de un cuerpo de tropas:

.... No es bueno
quien por respetos, señor,
no satisface su honor,
para encargarle el ageno.

Despues de muerto Mendo, el rey perdona á García. El conde de Orgaz es nombrado general del ejército contra el rey de Granada, y García esclama enagenado:

Pues toque el parche sonoro,
que rayo soy contra el moro
que fulminó el Castañar.

No está descrito con menos perfeccion el *Cain de Cataluña.* El conde de Barcelona tiene dos hijos, Ramon y Berenguel: el primero, que debia ser sucesor de su corona, de carácter suave, ídolo del pueblo y de su padre: el segundo, envidioso, cruel, antojado. Dice que nada debe á su padre, pues le hizo segundo; maltrata á un barbero porque llegó tarde, é hizo que le afeitase su bufon; á un cochero, porque no se paró; á un picador, porque le mostró las faltas de su caballo, y celebró el overo de su hermano.

Pero su principal dote era la envidia. Trató el conde de casar á Ramon con Leonor de Tolosa, y al punto se enamoró de ella, y fué menester dársela por esposa porque no alborotase á Cataluña. Ya casado con Leonor, y en este punto comienza la comedia, se enamora de Constanza de Nápoles, que habia llegado á Barcelona para casar con D. Ramon; y quiere anular su primer matrimonio, y quitar á su hermano por segunda vez la esposa destinada. El con-

de le riñe, le amenaza, le halaga; todo en vano. Solo sirvió el rigor para obligarle á fingir. Sale á recibir á su hermano, que volvia triunfante de los turcos, y que deseoso de ver á Constanza, su novia, en una casa de campo, desembarcó casi solo en las cercanías, y proporcionó á Berenguel los medios de cometer el fratricidio.

Ramon. Berenguel, amigo, hermano,
¿cómo una sangre que es tuya
derramas?=*Bereng.* Indigno, muere.
Ramon. Dime, ¿qué agravio ó injuria
te he hecho yo, ó por qué me has dado
la muerte?=*Bereng.* ¿Para qué buscas
mas razones á mi ira,
si tú mismo á tí te acusas?
honor y celos te matan.
Ramon. Marqués.=*Bereng.* Es la causa justa.
Ramon. Constanza.=*Bereng.* Aun no sale el sol.
Ramon. Soldados.=*Bereng.* Nadie te escucha.
Ramon. Pues ya, hermano...=*Bereng.* No me llames
hermano.=*Ram.* Que en en mí ejecutas
tu crueldad, solo te ruego...
Bereng. Nada esperes que te cumpla.
Ramon. Que me perdones.=*Bereng.* ¿Así
confesando estás tu culpa?
no te perdono.=*Ram.* Yo sí
te perdono.=*Bereng.* Ya no pulsan
sus tibias venas, y como
es la noche tan oscura,
distinguir es imposible,
por ser poca, ó por ser mucha,
si la sangre que el alma vierte,
ó se enrojece, ó se azula.
Todo el cielo me parece
que me amenaza, trasuda
el corazon, y sus alas
las abate, y no las junta.
Esa montaña parece

que cae sobre mí, esas grutas
á mi error servirle quieren
de silvestre sepultura.
¡Quién de sí mismo pudiera
huirse! Mas de la ruda
arena quiero cubrir
mi delito, y no mi culpa.
Cubrir el cadáver quiero
de arena, y sobre ella algunas
peñas, en tanto que salen
á lisonjearme por duras.
De estos árboles intento
cubrir el cadáver: rudas
ramas de las hojas verdes,
hacedle frondosa urna.
¿Qué me quiere el cielo? ¿el centro,
para qué le dificulta
sendas á mi planta? ¿el aire,
por qué de horrores se enluta?
¡Ó nubes, ahora densas!
¡ó estrellas, tan presto oscuras!
Asústame la tiniebla,
aquella luz me deslumbra,
todo á un tiempo me amenaza,
y todo á un tiempo me turba.
Ahora en esta ocasion,
porque el sol no le descubra,
sobre el cadáver pusiera
todo ese monte por urna.

Este pasage anuncia un gran poeta. En él se encuentra la versificacion cortada, las repeticiones de una misma palabra *cadáver*, el trastorno de la naturaleza entera á los ojos del malvado, el deseo de encubrir su delito, y la turbacion del remordimiento sin el menor vestigio de pesar.

En el tercero, conocido su delito y preso, parece mas bien á un insensato estúpido que siente maquinalmente las consecuencias de su maldad, que á

un hombre arrepentido ó á un facineroso confirmado en la culpa. Berenguel parece incapaz de un solo sentimiento virtuoso; pero su constitucion física no puede tolerar el peso de su crímen. Unas veces desea que el cielo le castigue; otras que su hermano vuelva á vivir para volverle á matar; otras le persigue la sombra del difunto.

El tribunal le condena á muerte; su padre le confirma la sentencia, pero le da medios para huir de la prision. Berenguel no lo agradece; pero huye valido de la ocasion. La sombra de su hermano le persigue entonces con mas ahinco. Turbado, no sabe por dónde ir, salta las tapias del jardin de palacio, y es muerto por los guardas, que no le conocieron.

En esta comedia nada hay digno de atencion sino el carácter de Berenguel. Hay muchas escenas episódicas, y dos bufones que pudieran ir á otra parte á decir sus gracias. Pero el carácter de Berenguel, la maldad producida por el sentimiento de la envidia, y el remordimiento, que no llega á ser arrepentimiento, estan superiormente descritos.

Concluyamos los analísis de Rojas con la comedia de *El mas impropio verdugo*, en la cual se ve justificada la muerte que un padre da á su hijo con sus propias manos. César de Salviati, caballero de Florencia y enemigo de la Médicis, tiene por hijos á Alejandro, cruel y feroz, á Cárlos, suave y benigno, y á Casandra, querida de Federico de Médicis. El padre y los dos hijos le encuentran en su casa en el momento que acababa de triunfar del honor de Casandra, y le dan la muerte. En esta escena concluye el segundo acto, porque los dos primeros se emplean en desenvolver los caractéres de Alejandro y de Cárlos, y en preparar con escenas de amor y celos la muerte de Federico.

En el tercer acto son presos el padre y los dos hijos, y condenados á muerte por el duque de Florencia, que era tambien Médicis, y queria vengar la

muerte de su primo; pero faltaba verdugo para la ejecucion de la sentencia, y siendo ley que se perdonase la vida al reo de muerte que quisiese ser ejecutor de la justicia, el bárbaro Alejandro se ofreció á ser verdugo de su padre y hermano. César, horrorizado de semejante propuesta, despues de muchos esfuerzos inútiles para hacer que Alejandro renunciase á su propósito, se presenta al juez para ser verdugo de sus hijos. El duque prefiere esta oferta á la de Alejandro. César sube al cadalso y da muerte al malvado hijo; pero rehusa ejecutar la sentencia en Cárlos, y pide al duque que busque otro verdugo para el padre y para el hijo que queda. El duque, admirado de tantos horrores y de la fuerza de alma del anciano, perdona á los dos. La situacion, aunque poco noble por ser patibularia, es trágica, por el contraste de los caractéres, y la verdad de descripcion en los sentimientos de César y de sus hijos.

Las composiciones trágicas mas notables de Rojas son: *No hay ser padre siendo rey*, los *Aspides de Cleopatra, Casarse por vengarse*, cuya fábula insertó Lesage en su *Gil Blas de Santillana*, y *Progne* y *Filomena*. La accion del *Cain de Cataluña* ha sido imitada por Schiller, y es la misma que la del *Wenceslao de Rotrou*, única tragedia tolerable del teatro francés antes de *El Cid* de Corneille.

Ejercitóse tambien en el género cómico con bastante felicidad en la elocucion, aunque muy inferior á Moreto en los caractéres y en la intriga. Las mejores comedias en este género son: *Lo que son mugeres, Donde hay agravios no hay celos, Obligados y ofendidos*, y *D. Lucas del Cigarral*. En esta última empieza la invencion de los *figurones* ó caricaturas, en que el ridículo se exagera hasta lo sumo. Tomás Corneille imitó, ó por mejor decir tradujo algunas comedias de Rojas.

En la leccion siguiente continuaremos la historia del teatro español hasta mediados del siglo XVIII.

LECCIONES

DE LITERATURA ESPAÑOLA.

28.ª Leccion. = Comedias de Montalban, Cubillo, Candamo y otros.

Hemos delineado, en cuanto nos ha sido posible, la fisonomía dramática de los grandes Atletas de nuestro teatro. Hemos mostrado las prendas y defectos de nuestros grandes poetas: la invencion y la incorreccion de Lope; la perfeccion de la fábula y la monotonía de los caractéres de Calderon; la fuerza cómica de Tirso y de Moreto; el estro trágico de Rojas, admirable en las situaciones, aunque á veces defectuoso en el estilo; y en fin, el genio de Alarcon, primero de los poetas en la comedia urbana. Hemos tambien manifestado cuáles composiciones de nuestro teatro dieron orígen á la comedia y á la tragedia francesa del siglo XVII, y fueron como la chispa eléctrica que escitó al gran Corneille á encerrar tantas y tan bellas cosas en el estrecho círculo de las tres unidades.

Nos hemos detenido, como era nuestro deber, en analizar bajo todos sus aspectos las comedias de estos autores, señaladamente de Lope y Calderon, creador el primero, y perfeccionador el segundo, del teatro español; porque era necesario presentar á nuestros lectores la marcha de la accion, las bellezas del diálogo, las de la elocucion y versificacion, y eso en todos los géneros cultivados por aquellos grandes poetas.

El trabajo de los analísis se ha concluido, porque aunque aquellos maestros tuvieron muchos discípulos y rivales, el tipo del drama en sus diferentes géneros, de capa y espada, ideal, histórico, pastoril, cómico, trágico y religioso, estaba ya dado, y poco ó nada añadieron de nuevo; ademas, dentro de los mismos géneros fueron inferiores á los que ya hemos estudiado. Mas

como no es justo defraudarlos de la parte de gloria escénica que les corresponda, me parece que es de mi deber dar una noticia sucinta de ellos, é indicar las comedias que creamos mejores de cada uno. Cuando se conoce á Corneille, Racine, Crebillon y Voltaire, podemos leer con gusto, pero sin adelantar en el conocimiento del arte, otras tragedias francesas.

El primero de los poetas cómicos de que vamos á dar cuenta, es el doctor Juan Perez de Montalban, amigo y discípulo de Lope, mas correcto que este en la composicion de sus dramas; pero queriendo imitar la ternura que puso su maestro en sus heroinas, la exageró hasta el furor amoroso, y despojó al amor del atractivo del pudor. Una dama de Montalban, cuyo marido estaba fugitivo por una muerte, se queja al magistrado de que

> ha de faltarme la mitad del alma,
> y ha de sobrarme la mitad del lecho.

Esta antítesis basta para conocer el carácter que da Montalban á sus heroinas. Su elocucion pasa rápidamente por todas las gradaciones. Junto á un rasgo trivial se encuentra otro gongorino. La mejor de sus comedias es *La toquera vizcaina*, de capa y espada.

Imitadores de Moreto en el género cómico y de carácter fueron Avellaneda, autor de *Cuantas veo, tantas quiero;* Belmonte, autor y poeta, á quien se debe la comedia de *El Diablo predicador*, en la cual, ademas de estar perfectamente descrito el carácter groseramente sensual y fanático de un lego, hay las magníficas escenas entre el guardian de San Francisco y Luzbel, obligado á ser fray Obediente Forzado: nada hay mas ideal que el carácter del fingido religioso, que venga su rabia oprimida haciendo sentir al humilde hijo de San Francisco la superioridad que tiene sobre él en ciencia; Córdoba y Figueroa, autor de *Todo es enredo amor*, cuya fábula insertó Lesage como un epi-

sodio en la historia de *Gil Blas*; Cancer y Matos, que compusieron muchas comedias con Moreto, saliendo cada uno á una jornada: de todas las comedias que Matos hizo solo, la mejor en nuestro entender es *El yerro del entendido;* y en fin, Zárate, á quien debemos en el género ideal *Los filósofos de Grecia, Heráclito* y *Demócrito*, y en el cómico de carácter, *La Presumida y la Hermosa.*

Los imitadores de Calderon fueron mas numerosos. Citaremos los mas notables. Cubillo tiene comedias muy buenas de capa y espada, como *El Tramposo con las damas*, y *Las Muñecas de Marcela:* la primera parte de *El Conde de Saldaña* tiene versos y escenas escelentes, y *La perfecta casada* es muy apreciable en el género ideal.

De Coello no conozco mas que *El Robo de las Sabinas.* En el giro de la accion, en los versos y en los caractéres, podria atribuirse á Calderon.

Diamante, que recorrió todos los géneros, exageró á su modelo Calderon, y llevó la versificacion al mas alto punto del gongorismo. ¿Quién no conoce el principio de la relacion de *El Negro mas prodigioso?*

> Mi padre, pues otro ignoro,
> fué el Nilo, undosa muralla
> que siete bombas de nieve
> por siete bocas dispara.
> Reino de siete provincias,
> monstruosa hidra de plata,
> que de un cuerpo cristalino
> produce siete gargantas.

Pero ¡qué disparates tan sonoros! En ellos se puede aprender á versificar.

A Enrique Gomez, autor de *La prudente Abigail* y de otras comedias igualmente débiles, hemos visto atribuida la de *Los Bandos de Rávena*, drama de grande interés. Hay en él un carácter individual, cual

es el de Valerio, faccioso, cruel, lleno de envidia de su hermano Romualdo, y que bajo su nombre engaña y goza á Isabela su amante; pero valiente y atrevido. Podria figurar en una pieza romántica de nuestros dias; pero desgraciadamente al fin de la comedia se lo lleva el demonio en castigo de sus maldades, y no queda el crímen triunfante, cosa que es de obligacion segun los principios de la nueva escuela.

Fernandez de Leon, ademas de muchas comedias históricas y mitológicas en el gusto de Calderon, escribió en el de Moreto *El Sordo* y *El Montañés*, bastante buena.

Lanine Sagredo, autor de comedias históricas; la mejor es *El primer rey de Navarra.*

Monroy tuvo mucha celebridad entre los aficionados á comedias de los lugares pequeños, por la altisonancia de su elocucion, constantemente gongorina.

Salazar, mejor versificador y dramático que los anteriores; suya es la comedia de *El encanto es la hermosura*, que es una de las mejores de carácter que hay en nuestro teatro.

Villegas, autor de *Dios hace justicia á todos*, comedia escelente, cuya accion es la muerte y derrota de Ladislao, rey de Polonia y Ungría, en la batalla de Varna, habiendo emprendido la guerra, infringiendo la paz jurada al sultan Amurates.

Dejamos para el fin á D. Francisco Bances Candamo, y al ilustre autor de la historia de la conquista de Nueva España, porque estos nos parecen los últimos poetas dramáticos del siglo XVII, aunque creemos las comedias de Solís anteriores á las de su coetáneo.

Calderon habia pintado el amor como una religion, unida al valor y al honor en los hombres, y á la altivez en las mugeres. Solís, en *Su amor al uso*, en *Un bobo hace ciento* y otras comedias urbanas, convirtió la pasion en un comercio de galantería y de vanidad, aunque se abstuvo de imitar la malignidad lúbrica de Tirso. Sus comedias fueron muy aplaudidas, qui-

zá porque ya en el reinado de Cárlos II habian descaecido las costumbres urbanas y caballerosas, así como la milicia, la marina, el saber y los demas monumentos de la gloria española; todo estaba entonces débil, enfermizo y endemoniado como aquel infeliz monarca.

El lenguaje de Solís, que en las composiciones serias, como *Euridice y Orfeo*, se acerca mucho al gongorismo, en los pasages jocosos está lleno de chistes y sales, aunque tal vez afectados, pero siempre ingeniosos. Es un modelo que merece estudiarse, pero con cautela. Su comedia de *El doctor Carlino*, es de carácter. El de Carlino está bien dibujado. En cuanto al movimiento de la accion, imitó la multiplicidad de incidentes de Calderon; pero aunque era tan felice como su modelo en el enlace, no poseía el arte de terminar bien la fábula.

Candamo, que segun observa el señor Jovellanos, fué de todos los imitadores de Calderon el que tuvo mas talento, desdeñó el género de la comedia urbana ó de capa y espada. Todas sus comedias son ó históricas, ó ideales, ó religiosas. Entre las ideales merecen ser señaladas como de las mejores de nuestro teatro en esta línea *El esclavo en grillos de oro*, en que se describe la sujecion á que está obligado un monarca, *Cómo se curan los celos*, que es la fábula de Orlando furioso, mezclada con personages alegóricos, y *La piedra filosofal*, en que el autor intenta probar que la imaginacion es la medida de los placeres y de los infortunios.

Candamo se dedicó esclusivamente á los géneros en que podian brillar mas sus conocimientos y noticias políticas, á los cuales era muy inclinado, y los sembró con abundancia en sus comedias históricas, señaladamente en la de *Por su rey y por su dama*, cuya accion es la sorpresa de Amiens por Hernan Tello Portocarrero, en el reinado de Enrique IV, rey de Francia. Pero el gongorismo de su lenguaje y versifi-

cacion, sobre todo en los pasages descriptivos, es insufrible.

Leiba, Enciso y Martinez poseyeron alguna parte del genio trágico de Rojas. *No hay contra un padre razon*, de Leiba, es notable por el escelente carácter de un príncipe heredero á quien persigue su padre con el objeto de asegurar la corona á su hijo menor habido en su segundo matrimonio.

Los Médicis de Florencia de Enciso, y *Los Esforcias de Milan* de Martinez, abundan en rasgos y en situaciones verdaderamente trágicas.

Hemos llegado á fines del siglo XVII, porque Hoz y Mota, á quien debemos dos comedias dignas de mucha atencion, *El Castigo de la miseria* y *El Villano del Danubio*, me parece, atendido el estilo, que floreció á principios del siglo XVIII.

El Castigo de la miseria tiene sobre *El Avaro* de Moliere la ventaja de ser una comedia española y original. Nadie ignora que el cómico francés imitó y perfeccionó á Plauto; pero el español le sacó todo de su propio fondo, y no por eso es peor. Abundan en ella rasgos de avaricia, y es bien conocido el verso:

«Él inventó aguar el agua.»

El castigo del avaro D. Márcos Gil de Almodóvar, consiste en hallarse casado con una muger que él creía que era una indiana riquísima, y halla al fin solo es una señora de industria, pobre como una rata, y con sus puntas y collares de liviana. Entonces, viendo el abismo de infelicidad en que han caido él y su dinero, esclama risiblemente:

¿Pues qué hago que en un pozo
de cabeza no me echo,
ya que por no comprar soga
de una viga no me cuelgo?

Obsérvese que la accion de esta comedia termina con el segundo acto. El tercero, en que le roban su dinero y se lo vuelven, no es mas que una prolongacion de su infelicidad.

El Villano del Danubio del mismo autor es una comedia histórica, perfectamente seguida y muy interesante. Descríbese en ella la maldad de los romanos, pueblo civilizado, en los paises sometidos, y las virtudes rústicas, pero efectivas, de los pueblos en el primer período de civilizacion.

«La romana cuertesía,»

como dice el gracioso, que solo consistia en robar los bienes y las mugeres, fué un rasgo muy repetido y celebrado en nuestra nacion, señaladamente en la guerra de la independencia, en que los franceses oprimieron con el pretesto de civilizar.

Llegamos, en fin, al primer tercio del siglo XVIII, en que nuestro teatro, que en el XVII habia sido caudaloso como el Rhin, terminó como él en dos pobres arroyuelos; D. Antonio de Zamora y D. José de Cañizares.

Zamora es muy endeble, y solo se aprecia de él su farsa de figuron de *El Hechizado por fuerza*. No puede ni debe decirse otro tanto de Cañizares, poeta de mas fuerza cómica en sus caricaturas, y que sabe con una elocucion fácil y graciosa escitar una risa inestinguible. ¿Quién no conoce su *Dómine Lucas;* su Cosme de Anzures en *Yo me entiendo y Dios me entiende;* su D. Lorenzo de Maqueda en *El honor da entendimiento;* y en fin, su *D. Policarpo* en *La mas ilustre fregona*, tomada de una novela de Cervantes?

Cultivó tambien el género histórico en *D. Juan de Espina en Milan*, imitacion de *La prueba de las promesas* de Alarcon, y en *Tambien por la voz hay dicha*, que es la fábula de Arion, y que se acerca mucho al mérito de Calderon en la conducta y los ver-

sos, como tambien *El sacrificio de Efigenia,* en cinco actos,

segun el francés estilo,

pero con sus graciosos y sus lances de amor y de celos, y sus tramoyas teatrales, aunque muy bien versificada.

Esta comedia me hace recordar que en el catálogo de las de Calderon, hecho por Villaroel, hay una del mismo título. Ni yo ni ninguno de mis amigos hemos podido haberla á las manos, y es muy de desear que se encuentre para compararla con la Ifigenia de Racine, y ver en lo que convienen y en lo que se separan estos dos ilustres poetas tratando el mismo asunto.

Aquí concluye la historia del teatro español. Algunos autores de fines del siglo XVIII, como Ramirez de Arellano y D. Ramon de la Cruz Cano, el que introdujo los manolos en la escena, escribieron algunas piezas en el género de Calderon, pero sin gusto ni genio, y de ellas solo ha quedado en el teatro *El Pintor fingido* del primero. Luzan habia escrito su arte poética, y establecido en nuestra literatura las reglas clásicas del teatro francés. Y como por otra parte ya no existia el español, tomó direcciones muy diferentes el gusto de los autores y el del auditorio. En la obra de Luzan empieza una nueva era escénica.

La anterior, comenzando desde Lope de Vega, duró cerca de dos siglos; en el primero fué nuestro teatro el mas culto, el mas aplaudido, el mas imitado de Europa. Desde fines del siglo XVII empezó á decaer por falta de genios que le sostuviesen; y las muchas é innumerables bellezas producidas en la época anterior, yacieron sumergidas en un olvido verdaderamente ingrato y culpable. Y ¡ojalá que no hubiese producido peores efectos que este el furor de renunciar á todo lo que era nacional y de imitar todo lo que era francés! Pero una vez dado el impulso, se esten-

dió á la literatura, á las costumbres, hasta á los trages. Dejamos de ser originales, y el genio se vengó de nuestro servilismo abandonándonos.

Mi objeto en estas lecciones no ha sido otro que salvar del olvido reliquias preciosas y venerables, esponiendo al mismo tiempo las causas de la elevacion y decadencia de nuestra musa dramática. Por eso hemos espuesto con tanta lentitud los progresos de nuestro teatro desde *La Danza de la Muerte* hasta Calderon, Moreto, Rojas y Alarcon, porque entonces cada paso era una mejora: Juan de la Encina, Naharro, Rueda, Virúes, Lope de Vega y Calderon son nombres á los que estan ligadas las diferentes épocas del teatro español desde su nacimiento hasta su perfeccion. Su decadencia no merece tanto estudio, porque ni halaga los corazones patrióticos, ni hay mucho que aprender en ella. Ademas las cosas humanas se elevan siempre con dificultad, pero la caida es muy fácil.

FIN.